



Santo Grial del Underground

IGOR

FABIANA PERALTA

zafiro[♥]

Índice
Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Agradecimientos

Biografía
Referencias de las canciones
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

PlanetadeLibros



Explora Descubre Comparte

Sinopsis

En principio, no es un impedimento para entablar una relación que el chico que te gusta tenga seis años más que tú. Sin embargo, sí que lo es cuando tú tienes trece pero aparentas doce, y él tiene veinte y es uno de los chicos más populares del vecindario. En ese caso, sólo puedes aspirar a que cuando te saludé te revuelva el pelo, porque eres invisible para él y estás fuera de sus límites.

Han pasado quince años y ahora Emerson es una mujer de sinuosas curvas, y Grayson lo ha notado.

A pesar de ser un chico muy rudo, pues se convirtió en un popular luchador de MMA al que todos conocen como Igor, es mucho más sexy de lo que ella recordaba, músculos definidos, tatuajes..., y está segura de que es el sueño húmedo de cualquier mujer, incluida ella.

Como ninguno de los dos está interesado en más que una noche de sexo, Emerson está segura de que cumplirá su fantasía de adolescente sin poner en riesgo su corazón. Es todo cuanto necesita para eliminar el estrés que le ha supuesto montar su propio estudio de fotografía.

Por otra parte, Grayson King hace mucho que ha dejado de confiar en las féminas. Sabe que repetir con una mujer no es una opción, pues hacerlo siempre conlleva un drama innecesario, así que volver a ver a Emerson está fuera de sus planes.

Hasta que una noche con ella lo cambia todo. Quizá valga la pena arriesgar su corazón y conocerla más profundamente.

IGOR

Santo grial del Underground

Fabiana Peralta

zafiro[♥]

El amor es lo más parecido a la guerra, y es la única guerra en la que es indiferente vencer o ser vencido, porque siempre se gana.

JACINTO BENAVENTE

Para todos aquellos que buscan un amor, para quienes ya lo tienen, para quienes lo perdieron, y también para los que han dejado de esperarlo

Prólogo

Afganistán, Helmand, año 2014

La guerra cambia a las personas.

Por más que lo desees, cuando participas en una te das cuenta de que tu vida jamás volverá a ser lo que era, porque los amigos quedan atrás, al igual que las cosas que antes disfrutabas; todo eso se convierte en un sinsentido, porque, lo que antes te parecía importante, de pronto no es más que una nimiedad, pues la vida comienza a tener otro valor.

Participar en una guerra no resulta fácil; cuando estás en el frente, te percatas de que tu concentración es lo único que te salvará o te matará. Hay un momento en el que dejas de pensar en lo que verdaderamente te ha traído hasta este punto, porque lo único que tiene valor es salvar tu vida, completar la misión asignada.

Cuando estás en una situación de vida o muerte, tus sentidos se agudizan de puta madre, y tu mente se limpia y almacena cada detalle a tu alrededor, porque cada error y cada acierto se convierten en lo que te regalará un día más en tu existencia o acabará con ella.

No obstante, también hay otros momentos en los que el pasado es como una vieja película que transita y transita sin parar por tu cerebro, convirtiendo los recuerdos en hechos tempestuosos, transformándose en el único salvavidas que tienes para mantenerte cuerdo, puesto que te sirven para ser consciente de que hay otra manera de vivir que no es rodeado de muerte y armas; sin embargo, no puedo decir a ciencia cierta qué forma de vida prefiero.

Me alisté en el Ejército porque quería cortar con la vida que llevaba.

Desde que tenía uso de razón, los excesos y las putas en mi cama, cada noche, eran una repetición continua, y es que, según mi padre, eso era lo único que tenía sentido en la vida: disfrutar y pasarlo bien, sin importar qué hacer para conseguirlo.

A mi mente viene el recuerdo de esa mañana en particular...

* * *

Me desperté en la cama de mi padre con dos mujerzuelas a nuestro lado; siempre había vivido con él, o al menos no recordaba haberlo hecho nunca con mi madre... De ella, lo único que había heredado era el color de los ojos. Miré a la chica que dormía sobre mi pecho, una joven afroamericana de tetas grandes; yo siempre fui un chico de tetas..., me gustaba chuparles los pezones y mordérselos. Dejarles marcas en los senos era mi mayor fetiche, así que lo más probable era que a ésa la hubiese conseguido yo, aunque seguramente habíamos compartido a ambas con mi padre a lo largo de la noche. Me quité a la chica de encima, y me sentí con una resaca del demonio. Me levanté y, tambaleando, me dirigí al baño. Oriné en el inmundo retrete, al que sin duda le hacía falta un aseo, y luego me lavé la cara.

Estaba asqueado y harto de amanecer al lado de una mujer de la que desconocía su nombre, porque estaba tan drogado y tan borracho que ni siquiera recordaba cómo había llegado hasta mi cama... En ese caso en particular, a la de mi padre.

Así que, después de vestirme con una camiseta negra desteñida, unos gastados pantalones vaqueros y una roída chaqueta de cuero, salí de la repugnante casa que ocupábamos en Fuller Park, Chicago, un barrio infestado de pandillas, más concretamente en el vecindario Austin, sitio liderado por los Mickey Cobras; yo formaba parte de ellos, por supuesto.

No conocía otra vida, pero esa mañana, por algo en particular que en ese momento no terminaba de comprender, me sentía asqueado de todo.

Con el correr del tiempo me di cuenta de que había varias cosas que habían empezado a molestarme en la organización de la pandilla, entre otras la fuerte influencia islámica que la cosa estaba tomando, pero, si eras un miembro de ellos, no había opción, estabas dentro o no estabas, y yo sabía demasiadas cosas como para que me dejaran ir así porque sí.

Empecé a caminar sin rumbo.

En la esquina me encontré con otro de los integrantes de la pandilla, con quien chocamos las manos a modo de saludo.

—Oye, ¿vas para el palacio, Gigoló?

—Luego, Spiderman; antes tengo que hacer un encargo para mi padre —le contesté a Michael Creek, llamándolo por el alias con el que era conocido en la pandilla, tal como él había hecho conmigo.

Mi apodo me lo había ganado porque decían que tranquilamente podría trabajar de acompañante femenino si lo deseara; mis facciones y mi físico me ayudaban a pasar inadvertido, pues no tenía el aspecto de un pandillero, según

ellos; además, mis rasgos étnicos tampoco eran tan afroamericanos, tal vez por la mezcla de sangre entre mi padre y mi madre, que era sueca. Por eso, a menudo mis trabajos consistían en infiltrarme para conseguir información, puesto que podía pasar desapercibido muy fácilmente, no hablaba como un pandillero y destilaba carisma.

Los ocho hermanos de Spiderman también formaban parte de nuestra pandilla, y el mayor de ellos, Jason Creek, alias Maniac, era uno de los miembros del consejo. Él era quien había metido al imbécil de los BC 1 en nuestra organización, trayendo consigo esas doctrinas islámicas que detestaba; doctrinas que en el pasado ya habían querido introducirse y que nos habían llevado a una guerra con The Rukns y los Vice Lords por la muerte de uno de nuestros líderes, que se oponía a los cambios.

—Hoy hay reunión, ¿lo recuerdas?

—Sí, sí, allí estaré.

Maldije por habérmelo encontrado. ¡Joder!, no quería que nadie viese a dónde me dirigía.

Hacía varias semanas que había comenzado a asistir a clases de *kick boxing* con el viejo Rude Magic. El pobre imaginaba que con sus enseñanzas podría sacar a todos los pandilleros de las calles, tentándonos con el deporte para que cambiásemos nuestras actividades por el ejercicio físico; aunque yo sabía que dejar la pandilla no era una opción para mí, me entretenía practicándolo..., así podía eliminar una buena carga de adrenalina. Siempre había sido un chico muy inquieto y, además, asistir a esas clases me hacía sentir un poco más normal.

Continué andando, mirando disimuladamente hacia todos lados, pues en el vecindario siempre parecía haber ojos que vigilaban tu espalda a todas horas.

Los Mickey Cobras se dedicaban al negocio de las drogas y su mayor fuente de ingreso era la distribución de marihuana, cocaína y heroína a otras bandas. Mi padre también había sido un miembro de la pandilla, pero cuando ésta era conocida con el nombre Stone Cobras; él luchó por el control del territorio y el poder de nuestra facción en la época más cruda de guerras de pandillas, allá por los años setenta, contra los Vice Lords, los Harper's Boys, los Black Stone Rangers y los Devil's Disciples.

Caminé en sentido opuesto al Fuller Melville Park y, aunque tenía claro que me llevaría más tiempo llegar, no me importó; quería evitar a Spiderman a toda costa.

En el trayecto me encontré con Arya Campbell. ¡Joder!, cómo me gustaba

esa chica, pero sabía que con ella no tenía posibilidades. Yo era un pandillero y su familia lo sabía; además, su casa estaba en venta, muy pronto se irían del vecindario. Ellos eran de las pocas familias blancas que quedaban por allí, y ése era el mayor impedimento para que su padre me aceptara: mi piel era morena, porque mi padre era un negro, y los blancos no quieren a un pandillero hijo de un negro merodeando cerca de su familia..., pero, como mi otro nombre es Riesgo, me detuve de todas maneras.

—Hola, Arya.

—Grayson.

Dijo mi nombre de forma dubitativa, pero en su voz sonó de modo celestial. Automáticamente empecé a caminar a su lado, y ella miró hacia atrás; se la notaba nerviosa y su sonrojo al verme resultó más que evidente.

—¿A dónde vas? Te acompaño.

Ella volvió a mirar hacia atrás.

—¿Qué pasa? ¿No te permiten hablar conmigo?

—Soy mayor de edad, Grayson. A mí nadie me dice con quién debo o no debo hablar, yo elijo.

—Pero supongo que a tu padre no le gustaría verte conmigo, soy descendiente directo de un negro.

—Vivimos en un barrio liderado por los afroamericanos. Nosotros somos los raros en este vecindario.

—¿Por eso os vais a ir?

Ella negó con la cabeza.

—¿Es malo querer progresar? —me devolvió una pregunta.

—No, no lo es.

—Nos vamos porque mi padre, después de tantos años de trabajo, por fin ha podido comprar nuestra propia casa.

—Acepta salir conmigo. —Me puse frente a ella, sujetándola por los hombros—. Te propongo una cita: iremos al centro de Chicago, a comer a algún restaurante bonito.

—Grayson...

Soy consciente de que la estaba mirando más entusiasmado de lo que hubiese debido, pero no podía evitarlo. Yo jamás me sentía indeciso con ninguna mujer, pero con ella me volvía un inexperto.

—Ok.

—Perfecto, pasaré a recogerte a las cinco.

—Espera... Tu color de piel y el de tu padre no son un impedimento, pero

sí que seas miembro de los

Cobra. Compréndelo, no es nada personal, pero... mi padre no lo aprobaría y no quiero tener broncas con él.

—¿Dónde quieres que nos encontremos?

—¿Conoces a mi amiga Indra?

Asentí. Con tal de salir con ella, no me importaba convertirme en un lameculos sin orgullo.

—Pásame a buscar por su casa. Apunta mi teléfono.

Me lo dictó y rápidamente lo registré en mi móvil.

—Avísame cuando estés en la esquina y saldré.

Levanté la vista de la pantalla y la miré fijamente. Mis ojos traspasaron sus iris, del mismo color que los míos, aunque los de ella eran de un azul más oscuro. Mi dura expresión le demostró que sabía perfectamente en lo que me estaba metiendo, pero ella me gustaba tanto que... joder, parecía un idiota sin honor.

—¿Me convertirás en tu sucio secreto, Arya?

—Me gustas, Grayson, quiero salir contigo. ¿No es eso suficiente?

Moví la cabeza rápidamente e impacté contra sus labios, robándole un beso.

—Por ahora es suficiente. Estamos a una manzana de tu casa y no quiero que tengas problemas, lo que no significa que sea un miedoso, no te confundas.

—Lo sé. Gracias. —Ella se tocó los labios.

—Eso no se acerca siquiera a cómo deseo besarte.

Su pecho se agitó ante mis palabras. No me quitaba los ojos de encima, y sabía perfectamente a dónde iba dirigida su mirada: a mis labios.

—A las cinco en casa de Indra, lo tengo.

—Sí, te estaré esperando.

—Como si tuvieras otra opción.

—¿Perdona?

—Serás mía, Arya —le anuncié, acercándome demasiado a su oído—. No me importa a quién tendré que derribar en el camino si al final estás tú como premio.

Ese día supe que quería cambiar, que deseaba ser aceptado por ella y por su familia, así que, cuando llegué a Fuller Melville Park, miré al viejo Rude sin atender a su reprimenda por haber llegado tarde.

—¿Me estás escuchando?

—Quiero estudiar —solté rotundamente—, pero no veo la forma de

hacerlo sin que la pandilla se entere —confesé sin vergüenza.

El viejo Magic me miró ilusionado; advertí chispas de emoción en sus ojos, a pesar de que intentó ocultarlas..., pero yo era muy perceptivo, así que lo noté de todas formas.

—Te ayudaré a sacarte un examen GED 2 en línea —indicó.

Por supuesto, no tenía ni la más puta idea de lo que estaba hablando, pues creía que sólo asistiendo al colegio podía hacerlo.

Me agarró por el cuello y me llevó hacia su oficina; allí, me hizo sentar frente a su escritorio y él se acomodó al otro lado mientras abría su portátil. Podía notar claramente en lo que estaba a punto de convertirme: en su conejillo de Indias que salvar.

—El examen GED, o General Educational Development Test, consiste en aprobar cuatro materias para conseguir un título académico de estudios secundarios: estudios sociales (educación cívica, historia, economía y geografía), razonamiento a través del lenguaje (lectura y escritura), matemáticas y ciencia —comenzó a explicarme—. El curso se puede realizar a distancia, y también incluye clases interactivas *online* con los profesores, lo que significa que puedes hacerlo desde aquí, con mi portátil, o también puedes hacerlo desde tu móvil, pero conozco a alguien que, además, puede darte clases particulares: mi mujer es profesora, y estoy seguro de que estará encantada de ayudarnos.

* * *

Grayson King salió de su ensimismamiento, dejando en el olvido sus recuerdos, cuando el camión que los transportaba atravesó un cenagal para coger la carretera exterior hasta la zona del campamento donde se había activado un código tres. Grayson era el sargento encargado de ese pelotón y desde hacía dos años estaba destinado en Helmand, una zona al sur de Afganistán con una larga historia de conflictos, en un país devastado tras tantos años de guerra. Ellos pertenecían a las fuerzas de seguridad de Estados Unidos, y el código recibido por radio significaba que alguien estaba trepando a la valla perimetral de la base militar; a menudo eran espíados o vigilados, así que parecía ser un incidente menor, pero, de todas maneras, debían acudir para cerciorarse de qué se trataba.

Hacía varios meses que se había anunciado la retirada de las tropas estadounidenses, pero el repliegue se dilataba en el tiempo cada vez más, pues

los ataques talibanes no cesaban; aun así, el

Ejército norteamericano continuaba entrenando a los miembros de la policía afgana con el fin de instruirlos para que fueran ellos los que siguieran con la misión.

El proceso para que Grayson ingresara en el Ejército no resultó nada fácil, pero estaba orgulloso de haberlo conseguido.

Fueron meses muy duros hasta que logró su título GED. En el camino pasaron demasiadas cosas, cosas que lo marcaron, cosas que casi provocaron que lo abandonara todo. Quizá entrar en el Ejército no había sido su primera opción, pero luego se convirtió en su todo. Conseguir estar limpio para anotarse para una entrevista con un reclutador fue lo más difícil, pues resultó ser muy complicado lidiar con su abstinencia al alcohol, a las drogas y a las putas. Jamás lo hubiera logrado sin Rude y sin Victoria. Fue una providencia, además, que él no tuviera antecedentes penales; nunca había sido atrapado en ningún acto ilícito mientras era miembro de la pandilla, así que eso fue un tiro de gracia para cumplir con todos los requisitos para acceder al programa de reclutamiento. Otro tiro de gracia fue que ya era mayor de edad, por lo que, para inscribirse, no necesitó ningún permiso de su padre; de haberlo requerido, estaba casi seguro de que él se habría opuesto, pues jamás hubiera aceptado que Grayson se decidiera por optar a una vida digna y decente.

Cada paso que había dado en esa dirección se había vuelto más difícil, pero él era obstinado y tenía claro que nada iba a detenerlo en su propósito; incluso, una vez que fue capaz de entrar en el programa de reclutamiento, le costó mucho superar esos primeros días en los que sólo pensaba en desertar. El entrenamiento no era tan fácil como había imaginado, y se requería una gran fuerza de voluntad para superar cada tramo, pero, como técnicamente no tenía hogar, no le quedó más remedio que quedarse allí. Además, no quería defraudar a Magic ni tampoco a su mujer; ambos lo habían tratado como a un hijo, y lo habían animado a conseguir todo lo que había obtenido. Les debía mucho, les debía todo lo que era en ese momento. Ellos lo habían tratado como una persona y, cuando finalmente lo logró y le asignaron la primera misión en Afganistán, jamás dudó en aceptarla. Se había instruido arduamente para eso, así que allí estaba, cargando su rifle de asalto, que pesaba seis kilos y que formaba parte del conjunto de su equipo, que en total llegaba a pesar sesenta y ocho, sintiéndose orgulloso por primera vez del hombre en el que se había convertido.

Capítulo uno

Época actual...

Habían transcurrido tres años desde que Grayson había regresado de Afganistán, y a diario luchaba para superar el síndrome de estrés postraumático que lo aquejaba, un trastorno al que también se lo conoce como PTSD, por sus siglas en inglés, o síndrome del soldado o del superviviente. Dicha alteración mental es la que con más frecuencia lleva a los veteranos de guerra estadounidenses al suicidio, y se destaca por encima de la depresión y del abuso de sustancias. De hecho, las cifras que se manejan son escalofriantes, ya que el número de suicidios, en la actualidad, ya supera el de muertos en combate en Afganistán.

Para Grayson King cada día era un desafío. Vivía atrapado en sus fantasmas, originados en esa zona de combate, y no había una sola noche en la que no rememorase esa época en el campamento en la base de Helmand. A menudo podía sentir como si sus emociones fueran pólvora que sólo esperaba la cercanía de una chispa para estallar, y se encontraba en uno de esos días en que los recuerdos parecían ensombrecerlo todo.

Al poco tiempo de que la misión terminara y tuviera que regresar a casa, el Ejército le rescindió el contrato después de haber servido durante once años a su país.

En realidad, todo se desencadenó cuando iba rumbo al trabajo, en la 1.^a División de Marina en el Campamento Pendleton, en California, y se cruzó con un RG-33, un vehículo blindado ligero resistente a las minas que utiliza el Ejército. Al verlo, sintió que no podía moverse del sitio donde se encontraba, y de inmediato la vista se le nubló, además de empezar a hiperventilar y a sudar frío. Su visión se transformó en un túnel sin salida, y lo único que atinó a hacer fue sentarse hasta que esa sensación pasara, y así permaneció, inmóvil, durante casi una hora. Sentía los músculos agarrotados, y una sensación que le era muy difícil comprender.

Él siempre había completado cada misión que se le había encomendado. Era el mejor en eso; jamás había flaqueado, porque, simplemente, estaba entrenado para serlo. Por ello no podía entender por qué en ese momento se

había quedado paralizado. Incluso, a menudo, por las noches también sufría pesadillas, y ante cualquier incidente en la calle reaccionaba violentamente y de manera exagerada.

Pero Grayson quería restarles importancia a todos esos episodios, pues tenía la certeza de que muy pronto podría dejar atrás todos esos contratiempos; así que, atemorizado porque esos sucesos pudieran llegar a oídos de sus superiores, no quiso comentarlo con nadie, pues sabía de varios compañeros a quienes, por sufrir ese trastorno, les habían dado la baja, marcando el final de su carrera militar.

No obstante, y a pesar de que él esperaba que sucediera todo lo contrario, esos episodios empezaron a reiterarse con más asiduidad, provocando que fueran casi imposibles de ocultar frente a nadie. Finalmente le llegó una orden para presentarse ante su médico de cabecera, y no le quedó más remedio que acudir. El diagnóstico que le dieron cuando salió de la consulta fue devastador para él: efectivamente sufría el trastorno que sufren los supervivientes de la guerra, sumado a una profunda depresión. Las indicaciones fueron rotundas: el médico dictaminó que no era apto para el manejo de ningún arma de fuego. Su corazón pareció romperse en mil pedazos; no lo consideraban de fiar para hacer nada para lo que se había entrenado durante tanto tiempo. El Cuerpo de Marines al que él pertenecía era su vida entera; no sabía cómo vivir sin hacer lo que tanto le gustaba.

Lo que siguió fue muy difícil de afrontar... La baja no tardó en llegarle, y a partir de ahí su vida pareció ir cuesta abajo. No sabía qué rumbo tomar, qué hacer con su tiempo ni cómo organizar sus días. Incluso pensó en caer en viejos vicios, como el alcohol, las drogas y las putas, ya que con dinero en el bolsillo eso estaba claramente al alcance de sus manos; sin embargo, se resistía a volver a ser quien había sido alguna vez, pues no había pasado por todo lo que había pasado para, simplemente, volver al punto de partida.

Si algo tenía claro era que no deseaba establecerse en Chicago, aunque ése fuera el lugar donde vivía la única persona que guardaba un sentimiento de cariño por él, pero se resistía a eso, pues no quería volver al barrio que había abandonado hacía ya tanto tiempo.

El viejo Rude todavía tenía sueños de rescatar chicos de la calle, y por eso se negaba a abandonar su casa, así que, cuando se enteró de su situación, lo invitó a sumarse a su programa, pero, aunque era una actividad de la que bien podría haberse sentido orgulloso, no aceptó. Él se había preparado demasiado para ser un marine, y sentía que no había nada que le interesara y

que lo hiciera realmente feliz como lo fue en el Ejército. De todas maneras, y aunque le costó convencer a Rude para que dijera

que sí, Grayson se encargó de reformar su vivienda, así que en ese momento el gimnasio del viejo Magic estaba situado bajo su casa. Ese proyecto, al principio, lo ayudó a mantenerse ocupado durante unos cuantos meses, pues se encargó de que el lugar estuviera equipado con todas las comodidades necesarias para atraer a chicos en situación de riesgo social en la calle; también colaboraba con dinero para asistir a esos muchachos que necesitaban lo que una vez necesitó él: atención y una persona que supiera dar un buen consejo a tiempo.

Lamentablemente, Victoria los había dejado hacía ya algunos años; ella pasó a mejor vida a causa de un ataque al corazón al que no pudo sobrevivir. Eso ocurrió durante el primer año en que él se fue en misión a Afganistán. Grayson ni siquiera pudo despedirse de ella, ni tampoco tuvo la oportunidad de acompañar a Rude en su dolor.

Si cerraba los ojos, aún podía recordar la devastación que sintió el día que recibió la noticia. Se encerró en el baño a llorar como un niño, y las lágrimas que derramó por esa mujer fueron las más sentidas de toda su vida, tomando el lugar de las que no vertió por su padre cuando se enteró, unos meses después, de que éste había fallecido porque su hígado había estallado debido al consumo de tanto alcohol. Grayson vivió con su padre hasta los diecinueve años, pero los buenos recuerdos no estaban asociados a él, sino que iban de la mano de Rude y de Victoria; ellos le habían dado una familia, esa que jamás tuvo, pues lo habían tratado como a un hijo, y se habían enorgullecido de sus logros como si él fuera de su propia sangre... tal vez porque ellos no pudieron tener los suyos propios, o quizá, simplemente, porque en su corazón sólo había sitio para dar amor.

Estaba escuchando música; sonaba *Low life* en el equipo de sonido, y la letra parecía la historia de su propia vida. Se refregó la cara para alejar todos esos pensamientos y de inmediato sus divagaciones saltaron a otro sitio, que no era mejor que el anterior.

«Según José Martí, todo el mundo debería plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro»; pensó en esa frase tan repetida por todo el mundo y que parecía ser lo correcto para no pasar por esta vida en vano.

«Joder, yo estoy fallando estrepitosamente en todo. Lo del árbol se podría arreglar fácilmente, pero el resto... mmm... Respecto a lo del libro, tengo muchas historias que contar —reflexionó, sin apartar la vista del techo—,

podría intentar plasmar mis memorias, pero lo del hijo, ahí sí que no hay modo de cumplirlo. Jamás dejaré entrar en mi corazón a una mujer. Una vez lo hice y terminé destrozado, así que no hay forma de que eso vuelva a suceder; hay otros métodos para lograrlo, pero sé perfectamente que no estoy interesado en ninguno... Los revolcones que me pego son más que suficiente para mí. ¿Para qué complicarme la vida si así me siento satisfecho? Me basta con el sexo casual, que, sumado al entrenamiento diario y a las luchas, me sirven, además, para mantener a raya mis demonios, o al menos puedo decir que funciona casi mejor que con las malditas sesiones que antes realizaba con el psiquiatra.»

Un golpe en la puerta de su habitación lo hizo regresar a la realidad. En ese momento vivía en una lujosa mansión del estilo de las villas italianas, en el pueblo de Atherton, un sitio donde los ultrarricos habían echado raíces hacía un tiempo ya; el lugar estaba ubicado en el corazón de Silicon Valley, en el estado dorado de California.

Si bien Grayson no estaba del todo conforme con la vida que llevaba, tampoco podía decir que se sentía tan a disgusto. Él acabó viviendo en esa casa tras conocer de casualidad a Zane Mallic.

Todo ocurrió sin proponérselo. El psiquiatra al que visitaba por aquel entonces le propuso que asistiera a un grupo de autoayuda que se reunía en un sitio que en algún momento había sido una fábrica, en las afueras de la ciudad. Los viernes por la noche, los asistentes eran todos excombatientes, y se juntaban allí para hablar de sus traumáticas experiencias, esas que habían provocado que les dieran la baja. Hablar resultaba, para muchos, catártico, pero no para él; estaba encerrado en sus recuerdos y así quería permanecer. Sus evocaciones, al menos, hacían que extrañara menos la vida militar, la vida que ya nunca podría tener.

Masajeó su frente y a su mente vino el instante en el que la charla había terminado y estaba a punto de marcharse...

* * *

—¿Ya te vas?

—¿Me hablas a mí?

Zane Mallic le tendió la mano y se quedó mirándolo hasta que por fin estiró el brazo y se la estrechó.

—Has sido el único que ha permanecido callado durante toda la noche; no quería que te fueras sin que pudiéramos intercambiar al menos un saludo.

—Esto no es para mí, no creo que sea lo que necesito; no... me interesa.

—¿Y qué es lo tuyo? Porque en el Ejército ya no te quieren; de hecho, no nos quieren a ninguno de los que estamos aquí.

—He escuchado tu charla, te he prestado atención, no es que te haya ignorado, pero no quiero hablar de mis miserias.

—Te sientes miserable. —Zane palmeó su pierna—. A veces también me siento de ese modo, amigo, pero... no hay marcha atrás, así que, en vez de tenernos lástima, lo que debemos hacer es continuar.

Estoy seguro de que, más allá del servicio a la patria, hay algo más que te llevó a unirme a las fuerzas armadas. Piensa en ello, piensa en lo que dejaste atrás mucho antes de pertenecer a los Marines.

—¿Cómo sabes que serví en el Cuerpo de Marines?

—Bueno, amigo, soy observador y he podido notar que la mayoría de tus tatuajes cumplen con la política que los regula. Por otra parte, tienes tatuado el escudo de los Marines... Hoy llevas una camiseta con mangas más cortas de las que usábamos en el Ejército, así que supongo que, con la verde que formaba parte del uniforme, ése quedaba cubierto.

Grayson se tocó el brazo y maldijo el tatuaje; se sintió rebelde..., había cumplido al pie de la letra con cada indicación sólo para que, luego, lo hicieran a un lado como si fuera escoria.

—Yo he agrandado los míos; es tiempo de hacer lo que a uno le venga en gana, ya no es necesario seguir esas reglas. Te ves en forma, ¿aún entrenas?

—No necesito un consejero, y mucho menos un salvador.

—¿No? ¿Por qué vas al psiquiatra, entonces? ¿Por qué ya no estás en el Cuerpo de Marines?

Recordó que en ese momento quiso golpearlo; cerró los puños a cada lado del cuerpo con fuerza, conteniendo las ganas de borrarle la sonrisa de sabiendo que esbozaba.

Lo miró de arriba abajo, y se detuvo en la pierna que sabía que era ortopédica, ya que, cuando estaba frente a todos, la había mostrado.

—Puedo devolver un golpe, aunque me falte una pierna.

—Y, si eres tan normal como pretendes aparentar, ¿por qué no sigues en el Ejército?

—Porque, cuando volví de Afganistán, me sentí tan miserable como tú, y mi mente estaba tan desordenada como la tuya lo está ahora, y porque, obviamente, me falta una pierna. No soy tu enemigo; de hecho, ninguno de los

que a menudo te cruzas lo somos. Las misiones terminaron, ya no tienes que estar alerta para identificar al enemigo. En la vida normal, no vamos esperando una bala que nos asesine, ni desconfiando de todo.

Zane, en ese instante, lo miró a los ojos fijamente, y capto su reacción. Gray aflojó los puños, pero no porque no continuara sintiendo ganas de golpearlo, sino porque comprendió que él tenía razón: no era su enemigo.

—Sigo entrenando, sí, y además practico *kick boxing*.

—Interesante... Puedo ofrecerte un trabajo, si es que no tienes uno ya.

—¿Qué tipo de trabajo? No creo estar interesado en ninguno que no tenga que ver con...

—Llámame, aunque sea tan sólo por curiosidad, y sabrás lo que tengo que ofrecerte —lo cortó, sin dejarlo concluir la frase, al tiempo que le entregaba su tarjeta personal.

* * *

No lo contactó de inmediato; pasó un mes aproximadamente, hasta que se decidió a probar. Hacía un tiempo que había dejado de ir al psiquiatra, y estaba cayendo en viejos vicios... El alcohol parecía ser el mejor compañero para ayudarlo a adormecer sus recuerdos, pero aún tenía en la memoria esa mañana en la que de casualidad halló la tarjeta de Zane en su billetera. Ya había olvidado que se la había entregado, pero, al encontrarla sin proponérselo, marcó el número, arrepintiéndose al instante de haberlo hecho... Cuando estaba a punto de colgar la llamada, Malic contestó...

* * *

—Hola, ¿con quién hablo?

Dudó antes de presentarse, pero decidió probar si él aún lo recordaba.

—Soy Grayson King, tú me diste la tarjeta en...

—Sé quién eres, qué bien que me hayas llamado.

—Pensaba que sólo me habías dado la tarjeta por compromiso y que ya no te acordarías de mí.

—¿Aún estás interesado en conseguir un trabajo?

—No lo sé.

—Vente esta noche; apunta la dirección y podrás salir de dudas.

Y así fue cómo cayó en ese mundo. Zane le ofreció descargar su ira de una forma que nunca imaginó que sucedería; la disciplina del entrenamiento para

subir a la jaula suplió la del entrenamiento militar, así como la adrenalina descargada en cada lucha reemplazó la del combate.

Esa noche en particular, lo invitó a ver una pelea clandestina de MMA, artes marciales mixtas. Él estaba con Tao y Kanu, preparadores físicos, y lo sedujo con la idea de convertirlo en un luchador.

Al principio no vivieron en el mismo sitio donde lo hacían en ese momento; él estaba en plena selección de su equipo de luchadores, y Grayson fue el segundo en llegar. El primero había sido Viggo, y luego Gray trajo a Ziu, y éste, a Nix; posteriormente se incorporó Ezra, quien hasta hacía poco había sido su *sparring*. El chico llegó a ellos cuando era apenas un adolescente de tan sólo quince años; Zane lo conoció en Chicago, en una situación bastante desafortunada, pues, en el metro, Ezra le robó la billetera. Zane lo atrapó y, en lugar de llevarlo a la policía, se lo llevó consigo.

A decir verdad, el chico no tuvo opción: era eso o terminar en una institución para menores. Grayson aún se acordaba de cuando llegó, todo prepotente y rebelde; le hizo recordar mucho cómo era él mismo durante sus años de pandillero. Al principio al muchacho no le fue fácil lidiar con la abstinencia a las drogas. Él sabía mejor que nadie lo complicado que era pasar por eso, así que se hizo cargo de la situación y lo alentó para que no flaqueara. Muy pronto, el chico vislumbró por él mismo la vida que podía lograr si se quedaba junto a ellos, en su equipo, y entonces puso todo de su parte para lograrlo.

* * *

—Igor, baja a cenar —lo llamo Nix, uno de sus compañeros, que también vivía en la casa con él.

Igor era su nombre de guerra, el que utilizaba cuando se subía al ring para combatir en artes marciales mixtas.

Capítulo dos

Había sido un día atterradoramente largo. A Emerson le dolían el cuello y los brazos, pero estaba más que satisfecha, ya que había logrado capturar muy buenas imágenes para el catálogo de ropa para el que la acababan de contratar.

Hacia nada que se había mudado a Menlo Park, en el corazón de Silicon Valley, para montar su propio estudio fotográfico. Antes de venir, pensaba que en cuanto se instalara allí le lloverían las ofertas laborales, pero, a decir verdad, nada era tan inmediato; la cosa no estaba funcionando tal como ella esperaba que lo hiciera y las cuentas por saldar eran muchas.

Se había trasladado allí siguiendo el consejo de su amiga Camile Braxton; ésta era una experta en proyecciones, y fue la que realizó el estudio de mercado en la zona.

Hasta hacía poco más de dos meses, Emerson había estado trabajando como *freelance* para una agencia en Los Ángeles y, aunque le iba bien, no era para nada lo que había soñado para su carrera profesional; por eso, animada por su mejor amigo, Cristiano, empezó a fabular con una agencia propia.

Él era un brasileño al que conoció en la biblioteca de la Universidad de Illinois, en Chicago, donde ella se pasaba horas leyendo después de asistir a sus clases de fotografía. Allí, ambos se descubrieron compartiendo la misma pasión y nunca más se separaron. Por tanto, a través del impulso de Cristiano, Emerson se encontró invirtiendo los ahorros de toda su vida en la creación de Pixel Factory.

El personal con el que contaba, y que conformaba su equipo de trabajo, era perfecto, y se consideraba afortunada de disponer de profesionales de excelencia, tanto a nivel personal como laboral, que cubrían todas las áreas.

Ella era la fotógrafa principal y productora; Cristiano, su asistente de producción y fotografía, y ambos, conjuntamente, desempeñaban el cargo de directores de arte y se encargaban de gestionar todos los aspectos técnicos y organizativos de la producción, así como de presupuestar, planificar, coordinar y contratar al personal necesario para cada producto en particular, cuidando de que todo se adaptase perfectamente a la estética general acordada con el cliente.

Gabrielle, una hermosa morena de ojos negros que Emerson había conocido en un trabajo que se llevó a cabo en unos escenarios naturales de Estocolmo, y con quien construyó una hermosa amistad cuando regresaron a Norteamérica, era la encargada de desempeñarse con soltura como escenógrafa y ambientadora, y Emerson confiaba ciegamente en ella para esa tarea; también contaba con la ayuda de Xavier, su exnovio, que actuaba como técnico y se encargaba de toda la parte de iluminación; aunque no fuese algo común de ver, ambos mantenían una estrecha relación de amistad, a pesar de haber sido pareja un tiempo atrás, y él no dudó cuando le propuso sumarse a su proyecto. Entre el personal fijo de la agencia también contaba con la presencia de Jordan —la pareja de Cristiano desde hacía tres años—, en maquillaje, y la de Piper, en peluquería, una profesional de la hostia que conseguía resultados espectaculares con el cabello de cualquiera de las modelos. Por último, estaba el equipo de *making of*, los encargados de la posproducción, y esa función estaba a cargo de su amiga de secundaria, Abby, junto con Blake, un profesional que había propuesto ella y que se había unido al equipo hacía poco.

El contrato que había conseguido con la marca de ropa HC era el único con el que contaban por el momento, pero tenían mucha confianza en que pronto llegarían otros más, pues esperaban que ésa fuera la puerta que les abriría la oportunidad de que más marcas eligieran sus servicios al ver su trabajo.

Cristiano y Jordan ya se habían marchado, al igual que el resto del personal. Ella estaba terminando de ordenar su equipo; habían sido una mañana y una tarde muy agitadas, pero, aunque el trabajo había resultado francamente arduo, Emerson estaba segura de que, a partir de esa labor, la suerte de Pixel Factory cambiaría y muy pronto más empresas los contratarían para llevar a cabo sus campañas publicitarias a nivel de imagen.

Estaba acabando de recoger algunas cosas en el *set* y apagando las luces mientras se tomaba una Coca-Cola bien fría cuando su móvil comenzó a sonar. Miró la pantalla y descubrió que era su hermana.

No tenía ganas de hablar con ella; la verdad era que últimamente sólo la contactaba para quejarse de su marido, y Emerson no entendía por qué continuaba con él y seguía soportando sus infidelidades.

Finalmente, y ante la insistencia de ésta, cogió la llamada con resignación, pues su hermana podía ser muy obstinada y estaba convencida de que no dejaría de hacer sonar su teléfono hasta que ella contestara.

—Emers, ¡se acabó! ¡¡Esta vez se acabó para siempre!! —chilló su hermana tan pronto como descolgó. Estaba hecha un mar de lágrimas y no le decía nada más, sólo lloraba al otro lado de la línea.

—Cálmate, no solucionas nada llorando. ¿Qué es lo que te ha hecho ahora? —le preguntó con hastío.

—He salido de casa como todas las mañanas, con Owen, para dejarlo en el colegio de camino al trabajo y, cuando estaba llegando, me he dado cuenta de que nos habíamos olvidado su mochila.

El sobrino de Emerson era muy parecido a su padre y no le hacía nada fácil la vida a su hermana; el niño se pasaba todo el día enganchado a un móvil que le había comprado su papá, jugando y viendo vídeos en YouTube.

Interrumpiendo el relato, la hermana se arrancó otra vez a llorar, sin poder seguir con la explicación. La fotógrafa puso los ojos en blanco y aguardó paciente a que se tranquilizase y continuara.

—Emers, es un desgraciado, un malnacido.

«Vaya novedad», pensó, pero se mantuvo en silencio, resignada, esperando a que prosiguiera.

—Estaba en nuestra cama, follándose a la nueva vecina. Ya te dije que esa zorra iba a traernos problemas, lo supe en cuanto la vi. Fíjate: si en vez de bajar sola del coche hubiese entrado con Owen, el niño hubiese visto a su padre enterrando su polla en esa puta.

«Como si el niño no os oyera discutir», pensó Emerson, y continuó escuchando.

—Voy a dejarlo.

—¿Lo harás? ¿Qué quieres que te diga, hermana? Has dicho tantas veces eso que ya me cuesta creerlo.

—Por supuesto que lo haré. Se ha acabado para siempre; ésta no se la perdono.

Emerson se sentía fastidiada; su hermana parecía no tener orgullo, y la verdad era que no creía nada de lo que le estaba diciendo, ya que no era la primera vez que ella encontraba a su marido con otra mujer en la cama... En realidad, las otras veces no había sido en su propia cama, pero para el caso era lo mismo.

—El problema es que se niega a irse de casa, y yo no quiero ir a casa de mamá y papá con mis problemas.

—¿Entonces?

—No sé qué hacer. No quiero seguir viviendo bajo su mismo techo, pero

no veo opción.

—Múdate a otro sitio que te quede cerca del trabajo y del colegio de Owen, no puedes seguir perdonándolo. ¿Con cuántas mujeres te ha engañado ya, que sepamos? No puedo creer que aún permanezcas ahí, junto a él —le manifestó, claramente encabronada—. A ver, hermanita, encima eres tú quien abona los gastos de la casa y paga su comida y sus vicios, además del techo que tiene sobre su cabeza... ¿Para qué te sirve ese inútil? Si ni siquiera su polla es exclusivamente tuya. Él no trabaja; vete de ahí, busca otra casa y que Dios lo ayude, ese hombre es una mierda.

—Pero es el padre de mi hijo y...

—No me vayas a decir que todavía lo amas; no quiero escuchar eso. ¿Sabes?, no quería llegar a decirte esto, pero no me dejas opción: no me llames más si no es para decirme que estás viviendo con mi sobrino en otro sitio, lejos de ese tipejo que es un vividor y que, además, no es ejemplo de nada para el niño.

—No seas desconsiderada con tu hermana, Emerson.

—No soy mala contigo, lo que pasa es que estoy cansada de que no tengas orgullo, de verte sometida a un hombre que no sirve para nada. Eres una mujer inteligente, tienes un buen empleo, eres gerente en uno de los más prestigiosos bancos de Chicago, y no entiendo que no tengas las suficientes luces como para darte cuenta de que a su lado estás perdiendo el tiempo, la vida se te está yendo.

Mereces ser feliz, así que haz algo para serlo.

—Eres muy dura conmigo. No lo estoy pasando bien, te he llamado porque... ¿a quién quieres que le explique lo que me pasa? No quiero irle con problemas a mamá, ella tiene ya bastante con la enfermedad de papi.

—Ponle un punto final a este tipo. Desde que te casaste con él que lo padeces, es hora de decir basta. Múdate de esa casa, déjalo, que se arregle, o que encuentre a otra estúpida que lo mantenga, pero deja de ser tú esa estúpida.

—No soy una estúpida.

Emers puso los ojos en blanco.

—Se trata de que no sé estar sola. Emerson, yo no soy como tú.

—Tú eres más fuerte que yo, ya que estoy segura de que yo no hubiera sido capaz de soportar todo lo que tú soportaste por tener una familia. Prométeme que te irás de ahí de una buena vez.

—Lo haré. —No sonó muy convencida; las palabras salieron de su boca,

pero para complacer a Emerson y que no la siguiera regañando—. Mañana mismo buscaré apartamento. Si no te hubieras ido tan lejos... Te extraño.

—Yo también te echo de menos. Nos veremos para el cumpleaños de papá. Le prometí a mamá que me tomaría ese fin de semana, ya que justo cae en sábado este año, así que iré a Chicago.

—¿De verdad? Tengo ganas de verte.

—No hace tanto que no nos vemos, estuvimos juntas en Año Nuevo.

—Lo sé, pero nunca creí que mi hermana pequeña tendría el valor de volar del nido para ir tras sus sueños; a veces pareces más madura que yo. Primero te fuiste a Los Ángeles, y ahora a Menlo Park.

Incluso, por tu profesión, has recorrido casi todo el mundo. No entiendo por qué no consideraste poner tu agencia aquí en Chicago.

—Porque Camile estudió el mercado y éste es mejor lugar.

—Acabo de oír el sonido de la puerta de entrada, creo que él ha llegado. Me iré esta noche a un hotel, no me quedaré aquí ni un minuto más, te prometo que se ha acabado.

—Me parece perfecto. Llámame y mantenme al tanto, no te dejes convencer.

—No lo haré. Gracias por escucharme.

—Cuídate.

Emerson colgó la llamada y se tocó la frente. Realmente no podía creer que su hermana, otra vez, quizá estuviera barajando la idea de quedarse en la misma casa junto a ese inútil; por más que le había asegurado que se iría, no tenía tanta confianza en que de verdad lo hiciera.

Tras un arrebato de ira, gritó de forma amarga hasta que sintió que le dolía seriamente la garganta; lo más probable era que su voz, al día siguiente, sonara ronca como la de un camionero.

—No puedo creer que Arya sea tan estúpida, no entiendo que malgaste su vida al lado de una persona que nunca la ha amado. Lo cierto es que... ella nunca ha sabido elegir a sus parejas, siempre la han atraído tipos idiotas que se han encargado de romperle muy a menudo el corazón.

Continuó apagando las luces y luego se dirigió a su oficina, donde recogió su portátil para meterlo en su bolsa. Se puso la chaqueta y la cerró, y seguidamente envolvió su cuello con un fular, considerando que la temperatura fuera debía de ser bastante baja. Se colgó su bolso al hombro y, tras coger las llaves, se preparó para salir de allí. Agitó la cabeza en un intento de deshacerse de los acontecimientos por los cuales estaba pasando su hermana;

necesitaba olvidarse de sus problemas, ya que con el correr de los años había aprendido a no involucrarse más de la cuenta, pues con ella nunca se sabía... y lo más probable era que terminara perdonando a Kevin nuevamente.

Salió del estudio y lo cerró con llave. De inmediato, comenzó a caminar hacia donde estaba aparcado su Austin Healey Sprite del 66, un clásico descapotable del fabricante de automóviles británico que había heredado de su abuelo, el cual adoraba y cuidaba como su mayor tesoro, al igual que lo había hecho él.

El estudio fotográfico estaba ubicado en la calle Alameda de las Pulgas, en Menlo Park; en la misma manzana había un gimnasio donde impartían yoga, y Emerson, al salir, se quedó mirando el lugar con curiosidad. El barrio era una zona comercial muy elegante, como toda la ciudad.

«Tal vez podría apuntarme para ir a clase después del trabajo. En Los Ángeles lo hacía, así que...

¿por qué no? Hallar el equilibrio tras un arduo día laboral es todo lo que necesito.»

Miró el resto de los comercios de por allí y, en silencio, se sintió agradecida de descubrir justo en la esquina un Starbucks; eso significaba que su desayuno y su dosis diaria de cafeína estaría claramente solucionada. En diagonal al estudio, entre otros tantos establecimientos, vio un restaurante mexicano, enfrente una hamburguesería, un restaurante italiano y... más allá, una pizzería. Ciertamente, la zona era bastante concurrida, pues había un movimiento fluido de gente durante todo el día, aunque no tanto como en el centro de la ciudad, que estaba muy cercano.

Empujó la puerta del estudio de yoga y entró. Se dio cuenta de inmediato de que el sitio era enorme; desde fuera no lo parecía tanto. Admiró el local; el espacio estaba ambientado siguiendo el estilo zen, así que al instante experimentó cierta calidez y paz en el ambiente que la invitó a querer quedarse allí.

La recepcionista estaba ocupada atendiendo a otra persona; por tanto, decidió esperar cómodamente en uno de los sillones que estaban dispuestos en la recepción. Cuando la joven se desocupó, se dirigió a ella.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Emerson se acercó y se apoyó en el mostrador.

—Estoy interesada en inscribirme a clases de yoga, así que quisiera saber los horarios para ver si puedo compaginarlos con los míos —le contestó.

La chica, al instante, cogió unos folletos y se los entregó mientras

comenzaba a explicarle el funcionamiento.

—Abrimos los siete días de la semana, y tenemos horarios amplios. Puedes escoger tenerlos fijos o no; si optas por los fijos, puedes cancelar tus clases con una hora de antelación en caso de que te surja algún inconveniente. Aquí tienes todas las tarifas —le señaló con un lápiz el folleto—; además, tú eliges cómo deseas pagar, ya que puedes escoger entre diferentes cantidades, según hagas pagos anuales, mensuales, semanales o incluso por clases sueltas. También debes saber que, por un extra, también puedes acudir a clases de pilates y de meditación.

»Aquí contamos con los mejores profesores y siempre tratamos de adaptarnos a las necesidades de nuestros clientes. El centro ofrece, además, una amplia gama de tratamientos complementarios, como reeducación postural global (RPG), fisioterapia, liberación miofascial, masaje ayurvédico... así como los servicios de un nutricionista. En fin, nuestro programa es muy completo. Otra actividad que te ofrecemos son las clases de barre, que consisten en combinar el movimiento y la técnica del ballet con la precisión del pilates y el estiramiento del yoga. Tienes una primera clase gratuita, de lo que elijas, para que veas cómo es el ambiente y nuestra modalidad de trabajo. Sólo tienes que avisarnos para poder ubicarte en la que haya sitio. Contamos con un bar con comida sana, un salón biblioteca donde puedes pasar el tiempo que desees, además de una tienda dedicada al yoga y al bienestar del cuerpo en la que podrás adquirir varios de nuestros productos. Por otro lado, los vestuarios están equipados para que puedas darte una buena ducha después de tus prácticas. Una vez que te hagas socia, podrás descargar nuestra app, para que cojas las clases que desees en los horarios que te resulten más convenientes, y eso, además, te dará acceso a todas nuestras instalaciones.

—Guau, desde fuera no parece que este sitio cuente con todo esto. La verdad es que ya quiero quedarme; estoy bastante estresada, así que creo que esto es lo que necesito, apuntarme a todo para lograr que mi cuerpo vuelva a equilibrarse. ¿Sabes?, soy de aquí al lado, de la agencia Pixel Factory.

—Oh, el nuevo estudio de fotografía. Encantada, mi nombre es Peighton —le dijo la muchacha, estirándose para darle un beso.

—Emerson, un placer. Como te decía: la mudanza me ha dejado superestresada; vivía en Los Ángeles... Allí practicaba yoga, así que necesito urgentemente retomar las clases.

—Bueno, déjame darte la bienvenida a Menlo Park, entonces.

—Muchas gracias, me encanta este lugar.

—Ésta es una ciudad muy tranquila, y la población limítrofe, Atherton, es un pueblo muy residencial.

—Sí, es un sitio fascinante; las mansiones de Atherton son increíbles. ¿Hace mucho que trabajas aquí?

—Soy la dueña del negocio.

—Felicidades, entonces. Has logrado montar un sitio exquisito; se nota la buena energía en cuanto pones un pie aquí dentro.

—Oye, ahora que lo pienso..., la verdad es que necesito unas fotografías, porque ya es hora de renovar todo nuestro sitio web y nuestra publicidad. Tal vez podríamos intercambiar el trabajo por tus clases.

—Realmente sería fantástico.

—Además, como justo te estás instalando, sería una forma de que nuestros clientes conocieran tu trabajo, y así te estarías promocionando.

—Agradezco tu generosidad, Peighton; no tienes idea de la ayuda que será eso para mí.

—Me lo imagino. Sé lo duro que es arrancar un negocio en un sitio nuevo y abrirse camino en el mercado, no creas que Ch'i —el nombre del centro de yoga, que en chino es una palabra que se utiliza para indicar la fuerza de la vida— siempre ha sido así; al principio el local nos quedaba grande, y todo eran más sueños que resultados, pero por suerte, después de tres años, nos hemos hecho muy populares en la ciudad, y además cogemos clientes de Atherton también, ya que, por supuesto, les queda más cerca que ir hasta Palo Alto o San José.

—Créeme que sé de lo que estás hablando, pero confío en que muy pronto Pixel Factory también será más resultados que sueños. He llegado hasta aquí por todo esto que indicas; tengo una amiga que ha hecho un estudio de mercado y por eso he desembarcado aquí con mi agencia.

—Estoy segura de que muy pronto el trabajo de tu estudio fotográfico será muy conocido en la ciudad, y que tendrás muchos clientes. Estamos en el corazón de Silicon Valley, así que estoy convencida de que tu negocio funcionará muy bien. ¿Quieres recorrer las instalaciones?

—Me encantaría.

Emerson salió superemocionada de Ch'i; además, Peighton le pareció muy agradable y quedó claro que se habían caído muy bien, así que quedaron en salir juntas alguna vez por el centro de Menlo Park.

Se montó en su descapotable y no tardó en llegar al lugar donde se alojaba, una pequeña casita en el 1100 de Castle Way; se trataba de un barrio muy

tranquilo, con casas muy bonitas y calles arboladas.

La propiedad estaba en un callejón sin salida, así que estacionó en la entrada privada de su vivienda.

Ésta estaba ubicada al fondo de la casa principal y la había conseguido a través de quien les había alquilado a Jordan y Cristiano la suya, que encontraron a través de Airbnb, una aplicación que ofrece alojamientos, tanto casas completas como habitaciones, ya sea a corto o a largo plazo.

Cuando Emerson contactó con la propietaria, Maggi, y ésta le envió por correo electrónico las fotografías del lugar, se enamoró inmediatamente del jardín, pues las hortensias le hicieron recordar mucho su casa de la infancia; por ese entonces ella y su familia vivían con sus abuelos, pues aún no se habían mudado a Ravenswood.

Accedió a la casita de huéspedes que ocupaba y arrojó el bolso sobre el sofá, se quitó las zapatillas deportivas de una patada y, con la idea de proveerse de un poco de luz artificial para iluminar el ambiente, buscó a tientas el interruptor y encendió la lámpara que estaba junto al sillón. Se dirigió hacia la pequeña cocina, abrió la puerta de la minúscula nevera situada bajo la encimera y cogió una botella de agua, que bebió con deleite. Después de eso, empezó a quitarse la ropa y se dirigió al baño para darse una ducha. Estaba exhausta y le hubiese encantado darse un baño; añoraba su bañera en el apartamento que ocupaba en Los Ángeles, pero debía adaptarse a su nueva situación económica. Por el momento necesitaba adecuarse al pequeño lugar que sus finanzas le permitían alquilar, ya que, hasta que el negocio no empezara a funcionar como esperaba que lo hiciera, no podía pensar en vivir en un sitio más grande.

Tras ducharse, se colocó una bata y anduvo hasta la cocina del estudio, donde se preparó una ensalada; luego cogió un vaso, se sirvió jugo de arándanos y lo dispuso todo sobre una bandeja. Se preparó para meterse en la cama para cenar y trabajar un rato desde su portátil; quería echarle una ojeada al material que había capturado esa tarde durante la sesión de fotos.

Hubo un tiempo, después de que acabara sus estudios, en que ella y Cristiano formaron el dúo perfecto para buscar la siguiente fiesta o una posibilidad de ligue; por ese entonces su vida transcurría despreocupada después de tanto estudiar, pero en ese momento ambos habían sentado cabeza y atrás habían dejado los días de andanzas compartidas. Jordan, además, había conseguido milagros con Cristiano, pues él, en la actualidad, sólo pensaba en regresar a su casa y acurrucarse a su lado, y ella estaba dedicada de pleno a su

carrera.

Abrió el programa de edición y se puso a retocar algunas fotografías. Bajó la cabeza y se perdió durante unas cuantas horas en el trabajo. Desde que había madurado y había abandonado la vida sin sentido que llevaba antes, el tiempo en el curro consumía cada día de su vida, quizá por eso sus últimas relaciones habían fallado estrepitosamente, pues ella se había vuelto una obsesiva volcada en su profesión. Emerson no era la típica chica que vivía preocupada por conocer a alguien, enamorarse y formar una familia; ésa no era su meta principal, pues estaba perfectamente bien siendo una mujer independiente y soltera.

Transcurridas algunas horas, se dio cuenta de que los ojos le dolían mucho. Se quitó las gafas y se frotó las cuencas de los ojos; luego se estiró y, de la mesilla de noche, cogió las gotas oftálmicas y puso una en cada uno. De inmediato, miró la hora en el lateral inferior de la pantalla de su ordenador, para comprobar que realmente era muy tarde, así que despejó la cama, se levantó a lavarse los dientes y, después de ir al baño, regresó para ponerse a dormir.

* * *

Su día comenzó siendo una carrera que debía sortear si quería salvar la mañana.

Lo cierto era que Emerson odiaba llegar tarde a cualquier lado, pero la noche anterior se había acostado tan tarde que había olvidado poner la alarma y, por tanto, se había quedado dormida.

En ese momento lidiaba con el hecho de vestirse rápidamente para llegar al trabajo; corría por su casa recogiendo ropa que ponerse, fastidiada por no tener ni siquiera tiempo para darse una ducha matutina. Se había despertado gracias a Cristiano, pues él ya había llegado al estudio y le había extrañado mucho que ella no estuviera allí, ya que por lo general era la primera en hacerlo. Además, conocía muy bien su obsesión por la puntualidad, así que la llamó y eso fue lo que la alertó de la hora que era.

Se colocó un pantalón blanco desgastado de cintura baja, una camiseta sin mangas en gris melange, zapatillas deportivas All Star negras y una chaqueta de chándal gris; luego metió rápidamente algunas cosas en su bolso y corrió por todas partes sosteniendo el teléfono entre la oreja y la clavícula mientras recogía el resto de sus pertenencias.

—¿Puedes calmarte, Em? No hay nada de malo en llegar un poco más tarde; ayer nos fuimos todos y tú te quedaste trabajando, así que no quiero ni saber a la hora que te fuiste.

—No, no, pero todos me estáis esperando para empezar con la edición; anoche estuve adelantando algo de eso.

—¿Te das cuenta? Por eso te has quedado dormida, estabas exhausta.

—Cuelgo, ya casi estoy lista. Me lavo los dientes y salgo.

De camino hacia la salida, se colocó un gorro de lana gris para completar su atuendo y cogió una chaqueta de cuero por si por la noche refrescaba. Cuando salió a la calle, se encontró con su vecina y casera, que estaba arreglando el jardín.

—Buenos días, Emerson. Pareces apurada.

—Buenos días, Maggi. Sí, lo estoy, me he quedado dormida.

—Conduce con cuidado, tesoro; minuto más, minuto menos, eso no es más importante que tu integridad física.

—Tienes razón, lo haré.

Empezó con una búsqueda desenfadada dentro del bolso, pero las llaves de su coche no aparecían.

Terminó vaciando todo el contenido en el suelo, bajo la atenta mirada de la dueña de la casa. Estaba a punto de recogerlo todo de nuevo y salir corriendo hacia dentro, pues era obvio que, con las prisas, las había dejado olvidadas, pero en ese momento Maggi le preguntó:

—¿Qué se te ha perdido?

Al querer contestarle, Emerson se dio cuenta de que tenía las llaves sostenidas entre sus labios; se sintió una absoluta despistada.

—Oh, Dios, no sé qué tengo en la cabeza, buscaba las llaves.

Las dos rieron a carcajadas.

Luego Emerson se marchó.

Capítulo tres

Fue un día de entrenamiento muy arduo, y estaba en exceso agobiado. La presión por no fallar lo tenía nervioso, y eso lo contrariaba más aún, pues él no era un tipo de pensar mucho en los resultados, simplemente salía a buscarlos por naturaleza. Sin embargo, por varios motivos que no podía precisar, esa vez no lo sentía así... Era el regreso al *underground* después de todo el lío con los rusos y la chica de Viggo, así que la lucha del próximo fin de semana era muy importante y no podía desatender su estado físico.

Durante ese parón, habían tenido que buscar otros sitios donde llevar a cabo los combates, ya que estaban en el punto de mira de la justicia después de que el FBI y la DEA desembarcaran en sus recintos para desmembrar a la *bratva* instalada en Chicago; lógicamente, tuvieron que dejar pasar un tiempo para regresar a las luchas clandestinas, con el fin de acallar las voces y que todo se calmara; por eso, y para no quedar fuera de *training*, empezaron a participar en torneos secretos en otras ciudades. Pero por fin el *underground* regresaba a Atherton, así que la expectación era máxima.

Se sentía contrariado, y no sabía a ciencia cierta por qué; lo único que tenía claro era que no quería quedarse a cenar en la casa esa noche; necesitaba despejar su mente, salir, tomar el aire, cambiar de ambiente.

—¿Sales? ¿Acaso... tienes alguna cita? Vas muy arreglado.

—¿Arreglado? —Se encogió de hombros y tocó el cuello de su prístina camisa negra—. Lo dices sólo porque no llevo puesta ropa deportiva. Perdóname por traicionarte, Agatha, pero hoy he decidido cambiar tu comida por otra. —Abrazó a la rolliza cocinera y le dio un beso en la mejilla. Todos en la casa adoraban a aquella mujer—. Me voy a cenar fuera... Ziu está de un humor que apesta, sólo espero que su rehabilitación termine pronto, porque ya no se aguanta más su mal genio. Nix y Ezra se han ido de... putas, y Viggo y Zane son un empalago con sus mujeres.

—Por lo visto tu humor no está mejor que el de Ziu. Ve, ojalá conozcas a alguien que te ponga de rodillas como le pasó a Viggo, así aprenderás a no burlarte de la gente enamorada.

—Eso no es para mí, el amor apesta.

Se montó en su Porsche 911 Carrera, de color amarillo, y partió hacia un pequeño restaurante italiano donde se comía muy bien. No quería ir al centro de Menlo Park, y mucho menos aún a Palo Alto ni a San José; por eso eligió ese sitio, puesto que el lugar estaba ubicado en una zona más tranquila.

* * *

Tenían casi todas las imágenes seleccionadas y editadas, y estaba segura de que el catálogo quedaría fenomenal y HC estaría muy pero que muy conforme con el resultado obtenido. Ese día les habían enviado un preliminar de las fotos y se habían mostrado muy entusiasmados. Las dos semanas que restaban de trabajo serían intensas y duras, pero era la única forma de poder entregar el encargo a tiempo. Emerson no era ajena a por qué la habían elegido, y todo se resumía a los plazos de entrega, ya que al parecer Pixel Factory había sido la única agencia que había accedido a entregar el trabajo en tan corto período de tiempo, y no era extraño, pues no tenían otra producción en desarrollo que impidiera que pudieran hacerlo para cuando sus clientes lo necesitaban, pero también era consciente de que ese catálogo les abriría otras puertas; en fin, en realidad tenía enormes esperanzas de que así fuera.

Estaba saliendo del estudio cuando su teléfono sonó. Miró la pantalla y comprobó que se trataba de su hermana.

—¡Joder! Esta mujer va a volverme loca.

Puso los ojos en blanco. Ésta había insistido durante todo el día, pero, como no quería que sus problemas la desconcentraran en el curro, la había estado evitando; de todas formas, estaba casi segura de que no era más que para decirle que finalmente lo intentaría una vez más con el idiota de Kevin.

Desestimó la llamada.

—No estoy para cabrearme sabiendo que mi hermana no tiene dignidad y que ha perdonado una vez más a ese inútil.

Miró la pantalla de su móvil y, aunque se sintió culpable por ignorarla, cerró los ojos y entonces marcó el número de su mejor amiga.

—Hola, Vic —la saludó en cuanto descolgó.

—Amiga, nos hemos leído el pensamiento, estaba pensando en ti.

—¿Cómo están mis bebés?

—Malcriados por su madre postiza.

—Oh, Dios, cómo los echo de menos.

Emerson se refería a sus cuatro perros —un pomerania, un dachshund y dos mestizos que había sacado de la calle y adoptado— y a *Cordelia*, una cerdita de raza american mini pig.

—No veo la hora de que las cosas vayan mejor para poder traerlos conmigo, pero de momento me es imposible; la casita que tengo alquilada es tan grande como un pañuelo, y allí no quepo más que yo.

—No te preocupes, Emers; te prometo que los cuido como tú.

—Lo sé, y te lo agradezco muchísimo —dijo mientras cerraba la puerta de su estudio.

—¡¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!!, déjame en paz. ¿Acaso te has vuelto loco?

Su teléfono voló por los aires y Victoria se quedó hablando sola mientras oía el grito de su amiga. A partir de ahí, también se quedó profundamente preocupada.

—Maldita zorra, tú le has llenado la cabeza para que me deje. Debes de estar muy feliz, ¿no es cierto?

—Kevin, suéltame, me estás haciendo daño en el brazo. ¡Maldito desgraciado!

Su cuñado había aparecido de la nada, sorprendiéndola, y le estaba doblando el brazo hacia atrás, arrinconándola contra la puerta del estudio mientras Emerson forcejeaba en vano por zafarse de él.

—Abre la puerta de nuevo.

—No lo haré. Vete de aquí, estúpido. Eres un inútil. Si finalmente mi hermana te ha dejado es porque eres un mierda, y me alegro de que por fin se haya dado cuenta de ello... No te equivoques, no ha sido por lo que yo le haya podido decir.

—Zorra estúpida, nunca me has querido porque te rechacé cuando nos conocimos.

—No sé qué película te has montado en esa cabeza hueca que tienes, pero tú nunca fuiste para mí ni siquiera material para echar un polvo. En esa fiesta donde desgraciadamente conociste a mi hermana, yo ni te miré, por eso fuiste a por ella.

Emerson le soltó un escupitajo en la cara y dejó caer su bolso al suelo para aporrearlo con la otra mano, pero su cuñado no estaba dispuesto a dejarle hacer, así que la aprisionó con su cuerpo, aplastándola más contra la puerta. Luego la agarró de una muñeca y le dijo:

—Convertiré tu vida en un infierno si Arya no vuelve conmigo. Te hago responsable de que ella me haya echado, y te juro que voy a arruinarte.

—Aquí tú eres el único culpable, porque no puedes mantener tu bragueta cerrada. Gracias a Dios que ella por fin ha abierto los ojos y se ha alejado de ti. Te has cargado la gallina de los huevos de oro; ahora tendrás que salir a trabajar para mantenerte, basura, por eso estás tan desesperado.

Él aflojó su agarré sólo para cruzarle la cara de un bofetón.

En ese momento, una fuerza poderosa lo alejó de Emerson, arrojándolo al suelo como quien tira un papel.

—¿Qué te pasa? Idiota..., cobarde... ¿Por qué no te atreves a golpearme a mí? Eres muy macho con una mujer... Levántate y mídete conmigo, a ver qué tan macho eres en realidad.

Kevin se puso de pie y le lanzó un puñetazo que sólo se encontró con el aire, pues aquel hombre que había intervenido lo esquivó; inmediatamente, el poderoso puño de ese tipo salió disparado y aterrizó en el estómago de Kevin, dejándolo doblado, sin aire y tosiendo.

—Pídele disculpas. —Lo cogió por el pelo, obligándolo a que mirara a Emerson—. Pídele disculpas, te he dicho —le exigió, en ese instante apretando su cuello.

—Vete, Kevin —gritó Emerson, tocándose el rostro allí donde le había pegado—. Lárgate y no te atrevas a volver por aquí.

El musculoso hombre lo soltó, haciendo que éste rebotara contra la pared.

—Si vuelves —lo señaló con un dedo—, cabrón hijo de puta, te juro que te destrozaré a golpes.

Mírame bien y no olvides mi cara y lo que te estoy diciendo, porque, si te atreves a regresar, no será sólo un puñetazo lo que te llevarás de mi parte —sentenció aquel desconocido que había intervenido.

Su pose era atemorizante, y su porte más aún, pues su físico no podía pasar desapercibido para nadie.

Destilaba fuerza sin proponérselo; aun vestido, se notaba que su cuerpo era una conglomeración de músculos.

Kevin comenzó a alejarse trastabillando y, antes de subir a su coche, gritó:

—Esto no quedará así, zorra; me las vas a pagar. Sabes que no hablo en vano.

—Está bien, basta ya, no le hagas caso, ya se va, no vale la pena que sigas golpeándolo... Es un maldito cobarde, como has dicho; no te ensucies las manos con esa basura —rogó Emerson mientras forcejeaba con aquel hombre, que estaba enajenado y quería ir a por Kevin para continuar dándole su merecido antes de que éste se marchara.

Finalmente, el cuñado de Emers se montó en su automóvil y se alejó haciendo rechinar los neumáticos, como quien huye despavorido.

En ese momento el desconocido se dio media vuelta y miró de cerca a la fotógrafa, cogiéndola por el mentón y revisando su pómulos y su ojo.

Había mostrado toda su crudeza, pero ahora su toque era delicado y considerado.

—¿Estás bien? Necesitas ponerte hielo de inmediato o en unos segundos tu ojo tendrá bastante mal aspecto.

Emerson quedó obnubilada mirando a ese extraño, como suspendida en el aire o seducida por la fuerza sobrenatural que ese hombre emanaba. Su vigor era indiscutible; ella lo había podido comprobar cuando le sacó de encima a Kevin con excesiva facilidad.

—¿Estás bien? —volvió a preguntarle, pero Emers no le contestó.

«La inmensidad del sentimiento que me rodea me hace temblar, y no puedo hablar; estoy atónita mirándolo... Sé que él lo nota, pero no creo que sepa el verdadero motivo por el que lo miro así. Estoy segura, además, de que no me ha reconocido. Yo era una niña escuálida con *brackets* por ese entonces cuando nos presentaron, y por supuesto él no tenía puesta su atención en mí, yo era invisible para él en esa época... pero, ahora, continúa mirándome con curiosidad. No, me mira con preocupación, está revisando si estoy bien, y yo no puedo salir de mi aturdimiento, no logro hablar, pero sé que él lo está achacando al mal momento que he pasado con Kevin. Sigo mirándolo idiotizada y, aunque sé que se trata de él, me sigo diciendo que no es posible que después de tanto tiempo vuelva a verlo. Al igual que yo, está mucho más maduro... mucho más atractivo de como lo guardaba en mi memoria. Aunque se ve diferente, aún puedo reconocer en sus facciones al muchacho rebelde que era por aquellos días. Está más grande en todos los sentidos, su cuerpo exuda poder. Lleva puesta una camisa negra ajustadísima, de esas que son de spandex, y puedo notar cada uno de sus enormes músculos. Su cuerpo es perfecto, más de lo que lo era antes. Debo calmarme, debo respirar profundamente... Necesito contestarle y no seguir quedando como una tonta.»

—¿Estás bien? ¿Me oyes?

—Eh... eh... sí-sí, es-estoy bi-bien —contestó Emerson, tartamudeando, y se aclaró la garganta—, gracias a ti. De verdad te agradezco que hayas intervenido.

Igor se agachó y recogió las llaves, el bolso y el móvil que a Emerson se le había caído cuando Kevin la había atacado.

—Toma, creo que tu teléfono se ha estropeado con la caída. —La pantalla estaba rota y se había apagado—. ¿Quieres entrar y tomar algo para que te tranquilices? ¿Necesitas que te acompañe? —Le frotó los hombros; ella temblaba y sus dientes estaban castañeteando—. Si lo prefieres, cruzamos y tomamos un café ahí enfrente, o en el Starbucks de la esquina. Comprendo que tal vez dudes de entrar con un desconocido, pero sería bueno que te pusieras hielo en el pómulo.

—Estoy bien, no te preocupes. Puedes irte, de verdad, yo... —Se masajeó la frente. Seguía estando perpleja, tanto que había pasado por alto el dolor en el pómulo—. Me las puedo apañar sola, ya has hecho más que suficiente por mí. —Emerson miró hacia todos lados, para cerciorarse de que Kevin ya se había ido.

—Aún estás tiritando. ¿Vives lejos?

—No, mi casa queda muy cerca de aquí. —Volvió a tocarse la frente al darse cuenta de que Kevin había dado con su paradero y lo más probable era que también supiera dónde vivía—. Espero que no sepa...

Se frenó, interrumpiendo la frase; no quería que él pensara que estaba pidiendo su ayuda.

—Termina la frase.

—No, está bien, no importa.

—Tienes miedo de ir a tu casa y que esté allí esperándote, ¿eso ibas a decirme?

Emerson se quedó callada.

—¿Quién era? ¿Un novio despechado?

—¡No! —replicó demasiado vehemente—. Válgame, Dios, no tengo tan mal gusto. Es... es... mi excuñado, y me culpa de que mi hermana lo haya dejado debido a mis consejos.

—¿Y eso es cierto?

—¡Por supuesto que no! Es decir, sí la he instado de mil maneras distintas para que lo dejase, pero el tipo se lo merece. Él la ha cagado millones de veces, sólo que le es más fácil echarle la culpa a los demás y no hacerse cargo de sus propios actos.

Igor asintió y luego le tendió la mano.

—Me llamo Grayson, no nos hemos presentado.

Ella miró su mano, luego sus ojos, y comprendió que, definitivamente, era él... Grayson King, el antiguo novio de su hermana Arya.

Inmediatamente se vio en la encrucijada de facilitarle su verdadero

nombre... o no; pensó que tal vez era preferible que le mintiera. No creía que él tuviera un buen recuerdo de nadie de su familia.

Aunque ella era una cría por aquel entonces, estaba segura de que King no habría olvidado el desprecio que sufrió por parte de los Campbell, incluso casi podía asegurar que, en cuanto descubriera quién era ella, se mostraría arrepentido de haber intervenido para salvarla de su excuñado.

—Emers —le dijo, dándole el diminutivo de su nombre, a la vez que también le tendía la mano para presentarse formalmente, tal y como él había hecho.

Llenó sus pulmones de aire y contuvo la respiración, sintiéndose incapaz de alejarse de él, del magnetismo que Grayson siempre le había transmitido. Habían pasado un montón de años, pero al parecer eso para ella no había cambiado.

De pronto sus recuerdos la transportaron a cuando su hermana salió con él. King sólo era un pandillero al que su familia despreciaba.

«Aún me acuerdo de cuando fue a pedirle permiso a papá para salir con Arya y él lo humilló y lo echó a la calle como a un perro sarnoso. Incluso mi hermana se burló de sus sentimientos; ella lo había ilusionado, pero nunca había sentido nada verdadero por él. En realidad, lo había usado para llamar la atención del chico que le gustaba y, cuando finalmente logró la información de los actos delictivos de la pandilla de la que Grayson formaba parte, se la pasó a Marlon, el joven por el que verdaderamente babeaba, también un pandillero, pero contrario a los Mickey Cobras, y según Arya el amor de su vida.

Años más tarde, Marlon murió en un enfrentamiento entre pandillas. ¿Recordáis que antes he afirmado que mi hermana nunca tuvo muchas luces para elegir de quién enamorarse?»

Emerson estudió a Grayson en silencio, esperando que finalmente él la reconociera, pero no lo hizo, pues ella, en el momento en el que Arya y él fueron novios, sólo tenía trece años, y lógicamente tenía un aspecto muy diferente al actual... Antes era una niña sin formas, un ser insignificante para que él le prestara atención; además, King no tenía más ojos que para Arya Campbell.

Aún podía recordar la molestia que le causaba cuando él besaba a Arya. Emerson siempre había tenido un enamoramiento por Grayson; él parecía distinto al resto de los pandilleros..., su piel morena siempre había resaltado el azul de sus ojos, y ella había sido testigo de sus salidas de incógnito con su

hermana, puesto que ésta la usaba de tapadera para que su padre no sospechase que iba a encontrarse con él, ni con ningún otro chico. Así es que Emers, muchas veces, había tenido que ladear la cabeza y apartar la mirada para no ver cómo sus ligues le metían mano y, en ocasiones, algo más.

Su padre siempre había sido muy rígido; eran otros tiempos, y por aquel entonces no se vivía con tanta libertad como lo hacían los adolescentes en la actualidad, pero para Arya eso nunca había sido un impedimento para hacer lo que había querido. Además, vivían en casa de su abuela, en un barrio donde los delincuentes eran el común denominador entre los habitantes del lugar, y su padre siempre estaba alerta para que los pandilleros no corrompieran a sus princesas.

Un suspiro enojado brotó de Emerson.

—Te estoy incomodando. Pareces cabreada.

—No, no... No es eso. Estoy cabreada por toda esta situación.

—Tal vez no he debido meterme... Os he visto mientras estacionaba mi coche —le explicó, señalando su deportivo de color amarillo—. Al principio sólo me habéis parecido una pareja que discutía..., pero, cuando he sido testigo de que empezaba a empujarte y zarandearte... y luego cuando te ha golpeado... no me he podido contener ante el maltrato. Lo siento, nunca aprendo.

—Gracias una vez más, Grayson. —Ella tocó su brazo, y fue como tocar un trozo de madera—. Él estaba trastornado. Me ha asustado mucho. Si no hubieras intervenido, no sé qué hubiera podido pasar.

—Definitivamente debes ponerte hielo ahí. —Flexionó las piernas para quedar a su altura y observarla mejor, y luego pasó su pulgar por el pómulo y también por el ojo de Emerson—. Se te está hinchando.

—Lo haré; en cuanto llegue a casa... lo haré.

Miró su móvil dañado, que sostenía en una mano, y pensó en voz alta.

—Maldición, mi amiga tiene que estar muy asustada. No sé cómo aún no ha enviado aquí a la policía... Estaba hablando con ella cuando mi teléfono ha volado por los aires, no dudo de que ha oído mi grito.

—Toma, llámala con mi móvil y así la tranquilizas. ¿Te sabes el número?

—Creo que sí.

—Hazlo, entonces.

Habló rápidamente con Vic y le explicó, lo más rápido que pudo y sin demasiados detalles, lo que había ocurrido. No quería hablar de más frente a Grayson, así que le prometió que, apenas repusiera su móvil, esperaba que al

día siguiente, la volvería a llamar.

—Muchas gracias; la verdad que has hecho tanto por mí que me siento en deuda contigo. No te robo más tiempo, ya me voy —expresó cuando le devolvió el teléfono.

—No es nada, de verdad. ¿Estarás bien?

—Sí, por supuesto.

Era más que obvio que Emers no había aceptado su invitación a tomarse un café, aunque se estaba

muriendo de ganas de hacerlo, pero él no había insistido más, así que pensó que lo mejor era alejarse antes de que se diera cuenta de quién era en realidad y la despreciara.

Se puso de puntillas —ya que Grayson seguía siendo un hombre tan alto como recordaba, aunque en ese instante, por su complexión física, le pareciera más colosal todavía—, dispuesta a despedirse.

«*Meus Deus!* —a menudo ella y Cristiano, cuando elogiaban a un hombre, invocaban a Dios utilizando el portugués—, parece cincelado a mano —pensó—. Cada músculo de su cuerpo está marcado y definido, y eso se puede advertir con tan sólo mirarlo, aunque haberlo tocado ha hecho que mis rodillas temblaran», caviló mientras apoyaba una de sus manos en su pecho, aprovechando la oportunidad de palparlo. Se estiró y, con osadía, afirmó su palma sobre la camisa, sintiendo el calor que su cuerpo irradiaba. Se aproximó a él lentamente para disfrutar más del contacto y le dejó un beso en la mejilla; sus labios se posaron para apreciar el contacto de su piel y el roce de su barba de pocos días, la cual llevaba muy bien recortada..., incluso se impregnó del aroma de su perfume, una esencia cautivante y embriagadora. Grayson olía a madera mezclada con ese almizcle de sudor inconfundible que emanaba de su piel, y que la hizo recordar más el pasado, cuando ella sólo tenía acceso a eso, a robarle un beso sin que él ni siquiera la mirara.

Lo observó detenidamente mientras se alejaba... Su ropa cara, de marca, y los pantalones negros de vestir, estilo pitillo, le quedaban de fábula. Concluyó que nunca había visto a un hombre al que, aun llevando ropa, ella pudiera advertirle los cuádriceps, delimitando sólo con la vista el músculo vasto medial, el lateral y el medio, incluso también podía observar el recto lateral y el femoral.

«¡Joder, se ve muy ardiente, está guapísimo!»

Emerson notó que se le calentaba la entrepierna, y de inmediato supo que sus bragas estaban húmedas. Grayson segregaba poder y belleza, y ella se

estaba licuando con sólo mirarlo; incluso sintió la necesidad de cruzar las piernas, pero se contuvo.

Capítulo cuatro

Emerson había rechazado su ofrecimiento de tomar un café con él, así que Igor la vio subirse a su clásico británico y se quedó mirando hasta que ella desapareció calle arriba.

El automóvil, al instante, le hizo recordar al del abuelo de los Campbell, provocando que se amonestara por permitir que su mente se trasladara a ellos.

Agitó la cabeza, negando, y cruzó la calle mientras se pasaba la mano por el pelo. Entró en el restaurante italiano y se sentó a la barra mientras le asignaban una mesa.

—¿Qué le sirvo?

—Una copa de merlot, por favor.

Inmediatamente después de que le trajeran la copa de vino, lo hicieron pasar a la mesa. Bebió un sorbo y se bajó del alto taburete que estaba situado junto a la barra; no le pasó desapercibida la mujer rubia que lo miraba desde el otro extremo, pero no tenía ganas de enredarse con nadie; es decir, hubiese querido que Emers aceptara su invitación, pues desde que la había visto partir que no podía alejarla de sus pensamientos.

Se acomodó en la mesa y el camarero se acercó.

—¿Le dejo la carta, señor? ¿O espera a alguien?

—Déjemela, gracias.

Comió contrariado; su humor agriado se había intensificado al darse cuenta de que lo único que sabía de ella era que se llamaba Emers. Había estado tan idiotizado mirándola que la había dejado marcharse sin ni siquiera pedirle su teléfono.

Se pasó la mano por la frente y bebió del tirón lo que quedaba del vino con el que había acompañado la cena, un Barolo del año 2005 que maridaba perfectamente con la *saltimbocca alla romana* que había comido. Se limpió los labios y arrojó la servilleta sobre la mesa; luego estiró un brazo y llamó con la mano al camarero... y, en cuanto éste llegó, le solicitó la cuenta.

—¿No desea tomar postre, señor?

—No, muchas gracias.

—Tal vez... sea de su agrado una copa de *champagne*, o quizá una medida

de *lemoncello*; es obsequio de la casa.

—Se lo agradezco, de verdad, pero no. Todo estaba exquisito, como siempre que vengo, pero debo irme ya.

Tras pagar la suma de lo consumido, salió del pequeño restaurante, viró la esquina y miró hacia delante.

Se quedó de pie estudiando el lugar de donde Emers había salido, cruzó y leyó lo que indicaba el cartel.

—Pixel Factory. Estudio fotográfico. —Se pasó la mano por la barba y luego se la cepilló—. Así que eres fotógrafa...

Continuó escudriñando el local, pero no había otro dato significativo que le permitiera ponerse en contacto con ella.

—Joder, ¿cómo he sido tan estúpido? La chica estaba buenísima, tendría que haber insistido.

Volvió a experimentar la misma incomodidad que sintió en la entrepierna mientras estaba sentado en el restaurante. Su bragueta, cada vez que pensó esa noche en el vistazo que había conseguido echar a sus tetas bajo la camiseta gris que llevaba puesta, sin sujetador debajo, hizo que su polla latiera furiosa e incluso, durante un momento, se dijera que la única solución que le quedaba era levantarse de la mesa, irse al baño y sacudírsela hasta lograr satisfacerse con sus propias manos mientras imaginaba que se la pasaba por entre los pechos.

—Mierda, ¿qué me pasa? Parezco un puto cabronazo que necesita imperiosamente tener sexo, y no es así —se amonestó, contrariado.

Lo cierto era que Emers lo había vuelto loco más allá de sus asesinas curvas; la chica lo había dejado no sólo pensando en sus tetas, sino que, además, visualizaba continuamente la carnosidad de sus labios, la suavidad de su pelo rubio, el marrón claro con manchitas doradas de sus cautivantes ojos y la sedosidad abrumadora de su tersa piel. Incluso, durante la cena, mientras sorbía de su copa de vino, cerró los ojos y rememoró el sonido de su voz.

Agitó la cabeza tras desechar sus pensamientos, y caminó hacia su descapotable. Él nunca gastaba más de una reflexión en una mujer, y mucho menos hacía un examen exhaustivo de sus atributos, así que no entendía por qué con Emers se lo permitía.

—Sólo es una chica bonita a la que has sacado de un apuro —se dijo.

Igor siguió andando, alejándose de allí.

Procuró cambiar el rumbo de sus consideraciones, pues las mujeres con las que concretaba ir a la cama sólo eran para pasar el rato. Él había crecido

en un mundo en el que aprendió muy bien que nada dura para siempre, así que, para él, involucrarse en una relación sólo era sinónimo de destrucción, y él no quería nunca más eso para sí... por eso estaba de acuerdo en enredarse con una mujer siempre y cuando sólo fuera por pura atracción física, para quitarse las ganas, liberar endorfinas y listo. Dedicarle más de un pensamiento a una fémica significaba complicaciones, y él no estaba para eso. Por ello, lo mejor que podía hacer era seguir su primer instinto: no había insistido con Emers porque había sentido que su yo interior le decía que se alejara de ella, así que, en ese instante, seguir dándole vueltas en su cabeza no tenía ningún sentido.

«Las relaciones nunca son buenas», afirmó mentalmente con convencimiento.

Su propia experiencia se lo indicaba, no hablaba sin conocimiento de causa. Había crecido en un hogar con un padre adicto a quien él jamás le importó y una madre que lo abandonó cuando sólo era un crío muy pequeño; además, la única vez que intentó entregarle su corazón a alguien, sólo consiguió que se lo destrozaran. Por todo ello, sabía perfectamente que las compañías ocasionales eran buenas y las relaciones, por el contrario, sólo eran un verdadero desastre.

Llegó a la mansión con reminiscencias italianas, accionó el mando a distancia del portón y entró abruptamente con el coche, dando suficientes muestras de su agriado humor. Aunque se había propuesto no hacerlo, sus pensamientos giraban en torno a esa muchacha una y otra vez, y eso lo estaba fastidiando demasiado.

Dejó el Porsche aparcado frente a la entrada principal y, tras bajarse a la velocidad de un rayo, se metió en la casa a grandes zancadas.

Pasó ignorando a los que estaban en la sala y se dirigió a la escalera que llevaba a su dormitorio.

—Y, a éste, ¿qué le pasa? —le preguntó Ziu a Zane, y recibió un encogimiento de hombros por parte del segundo como respuesta.

Igor entró en su habitación y pateó sus zapatos para quitárselos. Luego se despojó de su ropa casi a tirones para, finalmente, meterse en la cama dispuesto a dormirse y dejar todo el asunto atrás... pero, tras unos minutos de dar vueltas y más vueltas en la cama, comprendió que necesitaba hacer algo o no lograría conciliar el sueño.

* * *

—No puedo creer lo pequeño que es el mundo... Quién iba a pensar que me encontraría con Grayson aquí.

Emerson se apretó la cabeza, sosteniéndosela con ambas manos, esbozando a la vez una sonrisa bobalicona al pensar una y otra vez en él; así había estado todo el rato desde que se alejó de Gray. Aún le duraba el *shock* que había significado verlo.

—¡Dios!, está para comérselo... incluso mejor de como lo recordaba. Ahora, simplemente, está para chuparse los dedos, para lamerlo de punta a punta y para cabalgarlo sin parar. Por favor —se cubrió los ojos mientras continuaba hablando sola—, me asusta lo que estoy pensando. Las cosas que le haría si tuviese apenas una oportunidad. —Se cubrió la boca; no podía dejar de reír mientras repasaba los hechos y mientras imaginaba toda clase de obscenidades que deseaba hacerle—. ¿Qué estás imaginando, Emerson? Eres una descarada. Deja de darle vueltas en tu cabeza a esa extraña coincidencia.

Francamente, no podía hacerlo. Ella siempre había estado secretamente enamorada de él y, después de haberlo visto, todas esas sensaciones de adolescente habían revivido bajo su piel, aunque ya no se trataba de los pensamientos inocentes de ese entonces; ya no sólo deseaba un beso de Grayson, anhelaba mucho más de él.

Estaba metiéndose en la cama cuando recordó sus manos. Sintió que su cuerpo vibraba al recordar lo grandes que eran; también revivió las venas que destacaban en ellas y el ancho de sus muñecas...; se veían poderosas, y ella sabía que podían dañar pero que también podían ser muy protectoras.

Se mordió el labio al imaginar las manos de Gray en sus pechos, para luego bajar aferrándose a sus caderas; las imaginó abriendo sus muslos, apartando sus pliegues y masajeando su clítoris.

—Joder... basta —se recriminó, retorciendo las piernas, pero la verdad es que no quería detenerse.

En realidad, no podía dejar de fantasear con él. Grayson siempre había sido su fantasía secreta.

Se estiró, abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó su vibrador. De inmediato, se quitó las braguitas que se había puesto para dormir, estaban empapadas. Su nueva adquisición, antes de mudarse allí, fue un consolador que servía para estimularle el clítoris, la vagina y el ano, todo a la vez.

—¿Por qué no? —se dijo—. Nada mejor que estrenarlo pensando en Grayson.

Emerson era una chica sin inhibiciones a la hora disfrutar del sexo y de

explorar su cuerpo; simplemente se dejaba llevar por las sensaciones que podía conseguir, pues estaba segura de que el coito era sólo una opción a la hora de obtener placer. Opinaba, además, que la masturbación, en cambio, podía ser de gran ayuda para conocer qué era lo que le gustaba verdaderamente a su cuerpo.

Tras encender su vibrador, empezó a estimularse. El orgasmo, por supuesto, no tardó en llegar. Ella sabía perfectamente cómo alcanzarlo; se conocía muy bien, pues, después de un par de relaciones fallidas, se había decantado por esa forma para liberar endorfinas, ya que consideraba, por otra parte, que era la manera más segura de obtener satisfacción sexual, pues no corría ningún riesgo de contraer una ETS, es decir, una enfermedad de transmisión sexual, ni tampoco de quedar embarazada... además de que no tenía que preocuparse por poner en riesgo su corazón.

El orgasmo la había golpeado con fuerza, haciendo que su cuerpo quedara temblando, pero para su sorpresa, tras masturbarse, no había conseguido bajar sus niveles de estrés. Sus pensamientos se habían intensificado con el alivio obtenido... y Grayson no dejaba de ser como un nubarrón negro que seguía acechando su cerebro.

Se levantó de la cama y se dirigió al baño para asearse y también para lavar su vibrador. Estaba contrariada; era la primera vez que, después de autocomplacerse, no se sentía aliviada. Era como si verlo hubiese despertado en ella una necesidad que antes nunca había experimentado. Siempre lo había deseado y, por alguna razón que desconocía, en todos esos años él se había mantenido a menudo en sus pensamientos, pues de vez en cuando su loca cabeza lo recordaba. Esa noche, tras encontrárselo, había comprobado que el deseo inocente de la niña que fue, la cual fantaseaba con el exnoviete de su hermana, en ese momento se había convertido en un deseo irreverente que no parecía poder controlar.

* * *

Igor se estiró para coger su móvil y a continuación se dedicó a buscar en Google, intentando obtener información del estudio fotográfico. Tecleó rápidamente el nombre del sitio y, de inmediato, obtuvo lo que deseaba. Se desplazó brevemente por las pestañas de la página web para estudiarla. Había varios *making of* en los que se podía ver a Emers en plena acción. Concluyó que la chica parecía buena en lo que hacía. En la página se mostraban varios

trabajos realizados por ella y, aunque él no entendía demasiado sobre eso, se notaba que tenía talento. Después de mirar varias fotografías, se dirigió a la pestaña de contacto.

—¡Joder! —exclamó al encontrarse con un formulario para completar en vez de toparse con un número telefónico para poder llamarla.

Regresó a la página en la que ella aparecía en plena acción y se quedó mirándola, estudiando sus facciones, sus curvas..., incluso se fijó en sus manos sosteniendo la cámara fotográfica. Notó que, aunque sus manos eran pequeñas, tenía los dedos largos y llevaba las uñas cortas pero arregladas.

Cuando se percató de su minucioso escrutinio, empezó a sonreír al notar la forma en que estaba obsesionándose con la muchacha.

Agitó la cabeza, sin poder creérselo. Igor jamás dejaba que una mujer le quitase el sueño. Ellas, a menudo, se obstinaban con él, pero éste jamás dejaba que tuvieran esa parte suya que sencillamente no existía, ya que estaba convencido de que las relaciones de pareja estaban condenadas mucho antes de que comenzaran, pues el «feliz para siempre» sólo era una leyenda.

No estaba dispuesto a que ninguna fémmina controlase lo que hacía y lo que dejaba de hacer, y mucho menos a que alguna provocara en él devastaciones emocionales. Por esa sencilla razón, su contacto con las mujeres era puramente físico. Ellas sólo poseían el coño para que él pudiera enterrar su polla y conseguir alivio, así que lo mejor era dejar de estudiar tan exhaustivamente a Emers; después de todo, aunque era muy atractiva, sólo era una más.

Capítulo cinco

Aunque había intentado evitarlo, la obsesión por volver a verla había controlado gran parte de su día.

Entrenó muy duro, ambicionando que el trabajo físico alejara sus pensamientos, pero, al parecer, todo cuanto hacía en ese sentido parecía en vano... Así que, renunciando a sus instintos de olvidarse de esa chica, salió del gimnasio y se fue a su habitación para pegarse un duchazo e ir a ver si lograba verla.

No era tan tarde, apenas las cinco, así que, tras quitarse el sudor bajo el chorro de agua, se secó rápidamente y fue a su vestidor para decidir qué ponerse. Se puso rápidamente un bóxer; unos vaqueros claros rasgados; una camiseta negra, entallada y de popelina elástica, de Boss, su marca favorita, y unas zapatillas deportivas All Star, también en negro. Luego se peinó el cabello húmedo con los dedos, cogió sus objetos personales, billetera y móvil, se puso un reloj de marco cuadrado y salió de allí para dirigirse hacia su Porsche.

No tardó en llegar a Menlo Park. Buscó dónde aparcar el coche y, de inmediato, se bajó de éste. Su corazón palpitaba con fuerza y, aunque no era la forma típica en la que él reaccionaba con una mujer, trató de no ofuscarse por hacerlo..., simplemente dejó que su ansiedad escalara, ya que, al parecer, con Emers la cosa era así y no iba a buscarle explicación.

Su vehículo quedó aparcado en la esquina; lo dejó ahí a propósito, en el estacionamiento del Starbucks, pues prefirió caminar hasta el local y comprobar por él mismo el panorama. Cuando comenzó a andar, la vio de pie en la acera, mirando hacia arriba, hacia los ventanales de la planta superior del estudio. Su pelo brillaba con la luz del día, emitiendo destellos. Llevaba puesta ropa de deporte: unas mallas rojas que le marcaban un culo alucinante y una sudadera negra.

Emers, en ese instante, se tocó la cabeza y miró a alguien que salía del estudio, un hombre joven de muy buen porte que era bastante atractivo y que se acercó a decirle algo. La chica apoyó su mano en el hombro de éste; parecía abatida, por lo que aquel tipo la acurrucó en un abrazo mientras le acariciaba

la espalda.

—Hola —dijo Grayson al aproximarse a ellos, y Emers levantó la cabeza del hombro de quien la estaba conteniendo, al tiempo que se giraba para mirarlo con brusquedad.

—Grayson... —Su nombre sonó en su voz con asombro—. Hola, ¿qué haces otra vez por aquí?

El tipo que la acompañaba no se preocupó en soltarla, y la vista de Igor vagó por el agarre de éste.

Emerson lo notó de inmediato, así que se apresuró a presentarlos.

—Te presento a Cristiano, mi socio. Cris, él es mi salvador de anoche —le aclaró a éste.

Grayson le tendió la mano y saludó al hombre con un fuerte apretón, sin poder evitar pensar si, además de ser su socio, había entre ellos otra clase de relación que los involucrara de un modo más cercano. Ambos parecían muy cómodos el uno con el otro, y no se apartaban.

—Gracias por salvarla de ese energúmeno, fue una suerte que justo pasaras por aquí —aseguró Cristiano—. Y anoche no se conformó con venir una primera vez a por Emers, pues regresó y rompió todos los cristales de la parte superior. Su imagen ha quedado registrada gracias a las cámaras de seguridad —le aclaró, mirando hacia arriba—. Acaban de irse los trabajadores que los han repuesto.

—¿Habéis hecho la denuncia?

—Emers no ha querido presentarla; prefiere dejar las cosas así para no exaltarlo más.

—Ya se olvidará —intervino ella.

—A mí me parece que no debes tomar sus actos tan a la ligera. Debes darle una advertencia para que no se le ocurra regresar—opinó Grayson.

—Ya sabes el dicho, perro ladrador, poco mordedor, así que no creo que se atreva a más. Por otra parte, si se ha ensañado con el estudio significa que no sabe dónde vivo, hecho que me deja más tranquila.

—No es justo que vivas con miedo.

—Lo mismo le he dicho yo —acotó Cristiano—. Bueno, os dejo para que converséis, tengo trabajo. Ha sido un placer conocerte, Grayson, y muchas gracias por salir en su defensa anoche.

—Sólo hice lo que cualquier hombre debe hacer cuando ve que maltratan a una mujer.

—Cierto, pero hay muchos que no se meten en una situación así. Por

suerte, tú sí lo has hecho. —Le dejó un beso en la sien a Emers, y Cristiano, finalmente, se perdió dentro del edificio.

Ella metió las manos en los bolsillos de su sudadera y se miró los pies; luego levantó tímidamente la vista hacia él y lo miró a los ojos.

—No me has dicho qué haces por aquí.

—Tenía que hacer un encargo cerca de aquí y se me ha ocurrido pasar a ver cómo está tu ojo. —Él le

sujetó el rostro por el mentón con una mano y le acarició la zona amoratada con la otra—. No se ve nada bien, ¿te duele?

—Sólo un poco; todo depende del movimiento que haga con la cara.

El contacto de su mano rozando su piel con suavidad la hizo estremecerse; sólo rogaba que él no se hubiera dado cuenta. Instintivamente, mientras le contestaba, su vista se posó en sus labios. Se sintió estúpida por ponerse tanto en evidencia, parecía haber perdido por completo el orgullo.

—¿A qué hora terminas de trabajar?

—A decir verdad, no tengo un horario fijo. Ya sabes, cuando uno es el jefe, las horas de trabajo, muchas veces, se alargan, y... además, con todo esto, hoy no he hecho casi nada.

—¿Otra vez me vas a rechazar? Mira que no acostumbro a volver a pedir una oportunidad. En realidad, y para serte muy sincero, nunca pido nada, sólo tomo lo que quiero.

—Estoy segura de que las chicas se arrojan a tu paso, pero ése no es mi caso —replicó con ímpetu, haciéndole saber que su poca modestia no le gustaba.

—Estás en lo cierto, suelen arrojarse a mí, y tal vez por eso tú me has intrigado. ¿O acaso... Cristiano y tú...?

—No, él es mi mejor amigo y mi socio, nada más que eso, pero no seas tan engreído. Eres atractivo, salta a la vista, pero acepta que alguien te pueda decir que no.

—Jamás. Nadie me dice que no, y tú no serás la excepción. Vayamos esta noche a tomar una copa.

Dime dónde quieres que pase a recogerte. —Él sacó su teléfono del bolsillo trasero de su pantalón—. ¿Has repuesto tu móvil?

—Sí, hoy temprano.

—En ese caso... —Le entregó su teléfono—. Graba tu número para que pueda enviarte el mío.

—Grayson..., no creo que sea una buena idea que tú y yo salgamos. Hace

tiempo que dejé de aceptar citas; estoy alejada de las complicaciones, y te aseguro que así es mucho mejor.

—No quiero ser una complicación en tu vida, y tampoco busco eso en la mía... pero... el destino nos cruzó, así que tal vez sería bueno salir sólo una vez y conocernos un poco más. Una buena cena, acompañada de una excelente charla, no puede hacernos ningún daño, ¿no crees?

Primero la había invitado sólo a tomar una copa, pero en ese momento había dicho cena; de pronto se había vuelto ambicioso, y esperaba que ella aceptara.

Emerson dosificó el peso de su cuerpo, transportándolo de un pie al otro; parecía que lo estaba meditando mientras no le quitaba el ojo de encima. En verdad lo estaba haciendo... Salir con Grayson era todo lo que deseaba; él no podía imaginar lo tentadora que era su oferta, pero King era una gran complicación en todos los sentidos. Sin embargo, su sano juicio y su deseo no se condecían, así que estiró el brazo, cogió el móvil que él le ofrecía y le anotó su número.

«A la mierda los prejuicios. Nadie me podrá quitar lo bailado. Además, él no tiene por qué enterarse de quién soy, y yo podré quitarme las ganas que le tengo.»

Grayson cogió su teléfono y rápidamente agregó el contacto; seguidamente le envió un mensaje para que le llegara y pudiera registrar el suyo. El móvil de Emers vibró en el bolsillo de su chaqueta, así que ella lo sacó y se sonrió mientras guardaba su número. A continuación le envió un mensaje con su dirección.

—¿Te parece que pases a recogerme a las ocho por mi casa? Tengo un día complicado y no me podré desocupar antes.

—Me parece perfecto. Me voy —anunció—, pero asegúrame, para que me quede más tranquilo, que cuando salgas de aquí no lo harás sola como anoche.

—Descuida, tendré cuidado. Nos vemos más tarde, necesito ir a trabajar.

—No te robo más tiempo... por ahora; dejaremos la distracción para la noche.

Ambos sonrieron. Grayson se acercó, le dejó un beso en la comisura de los labios y luego se marchó.

Capítulo seis

Tan pronto como entró en el estudio, se chocó con Cristiano, que estaba escuchando la conversación tras la puerta.

—Aaaaaaaaay, me has asustado.

—Dime que le has dicho que sí, porque te juro que te mato si has dejado escapar a ese bombón de metro noventa y pico.

—Si te oyese Jordan, no le gustaría nada tu comentario; modérate.

—Em, él es demasiado hetero, no tengo posibilidad alguna. Sólo estoy admirando la belleza masculina de ese hombre que te estaba comiendo con los ojos. Te puedo asegurar que, mientras te miraba, te estaba follando mentalmente.

—No es cierto.

—Sí lo es. No te hagas la tonta, que sabes muy bien que no te ha invitado a salir sólo para tomar una copa, como ha dicho. Grayson quiere enterrarse en tu coño.

—¿Has estado escuchando toda la conversación?

—Casi toda, porque luego os habéis alejado y me ha resultado imposible enterarme del resto. Por favor... ¡qué porte, qué manos, qué piernas, qué brazos! Su camiseta parecía que iba a estallar en cualquier momento. ¿Has visto el culo que tiene? Emerson Campbell, eres una jodida suertuda, te envidio.

—No dejo de pensar en él desde ayer; anoche, incluso, tuve que usar mi vibrador.

Cristiano le chocó el hombro.

—Te entiendo. Me ha dejado tan caliente con tan sólo mirarlo que quiero ir y meter a Jordan en el baño ahora mismo para enterrar mi polla en su culo.

—Cris... Ni se te ocurra hacerlo aquí con Jordan, al menos no cuando estemos todos.

—No lo haré, sabes que a mi chico le gusta gritar. Ahora respóndeme de una vez: ¿le has dicho que sí?

—Lo he hecho, pero ya me estoy arrepintiendo.

—¿Estoy oyendo bien? Tú, ¿arrepentida de querer tirarte a un hombre que

se ve a simple vista que está más bueno que el pan? No te creo, eres una mujer que jamás deja pasar el momento.

—Es que no sabes...

—Lo único que sé es que, sin preámbulos, me lo llevaría a la cama si él fuera gay. Y tú, que tienes la oportunidad de hacerlo, no deberías dudarlo.

—Debería quedarme trabajando; salir con él es un gran error antes de que incluso ocurra.

—¿Error? Ese adonis no puede ser un error bajo ningún punto de vista. La verdad es que está para darle sin parar. —Pasó su brazo sobre el hombro de Emerson mientras caminaban—. Escúchame bien: en cuanto te quedes sola con él y te quite la ropa, te subes a horcajadas y te lo montas bien montado... y te puedo asegurar que no habrá error en eso.

—No lo conozco de ahora, sino de antes.

—¿Cómo es eso?

—Él no me recuerda, porque yo en ese entonces era una niña de sólo trece años, sin forma, flaca, casi escuálida, sin tetas, sin culo, sin nada que admirar, y con *brackets*. Grayson y Arya tuvieron una historia.

—Joder... Bueno, eso no importa. El pasado, pasado está; ahora es tu oportunidad.

—Estoy segura de que, cuando sepa quién soy, me va a repudiar; sé que tiene motivos para odiar a mi familia.

—Mierda, tu hermana es una gran perra, pero... ¿qué fue lo que le hizo para que afirmes eso?

—Lo humilló mucho, y lo utilizó... y mi familia lo trató muy mal. Ya sabes cómo era mi padre cuando estaba bien. Siempre fue un poco racista, y el padre de Grayson era de color. Gray estaba muy entusiasmado con Arya, y no siempre fue como lo has visto ahora, todo correcto. Cuando vivíamos en Fuller Park, pertenecía a una de las pandillas del barrio.

—¡Cabronazo! Me pone todavía más cachondo saber que fue un chico muy malo. Sin embargo, ahora se lo ve muy diferente, vestido con esa ropa de diseñador que usa... porque yo me he fijado en que llevaba ropa de primeras marcas, ¿tú no?

—Por supuesto que me he fijado, y conduce un Porsche 911 Carrera de color amarillo.

—No podía tener otro coche; él exuda poder, y se ve tan macho alfa...

Cuando aún era demasiado temprano para salir, Cristiano insistió en que lo dejara todo y se fuera a



preparar para su noche con Grayson.

—Jordan y yo nos quedaremos trabajando para que tú lo pases bien.

—Sí, reina, nosotros nos ocupamos de todo. Tú sólo ve y disfruta de tu noche.

—Debería haberle dicho que no. Con tanto trabajo y los plazos de entrega tan cortos, no está bien que me desentienda.

—Te lo mereces. Desde que empezaste a planear este negocio que no has tenido un desahogo.

—Siempre tengo mis desahogos.

—Pero no con un macho de verdad. Por una noche, deja de lado a tus compañeros de goma y disfruta de un buen pedazo de carne humana. Grayson está de muerte lenta.

—¿De verdad está tan bueno? —preguntó Jordan—. Estoy intrigado por conocerlo.

—Pues no creo que tengas oportunidad. Ya sabes que, desde hace tiempo, jamás repito el mismo plato, así que, para que lo sepáis, hoy saldré con él y luego a otra cosa.

—Bueno, ya veremos... Tal vez sea el indicado y no quieras soltarlo después de probar su estofado.

—No lo haré, Cris.

—Vamos, o se te hará demasiado tarde —nos interrumpió Jordan—. Te acompañaremos a la calle, hasta que subas a tu coche, no sea cosa que el vándalo de tu excuñado ande otra vez merodeando por aquí.

—Gracias, Cris; gracias, Jordan. —Los abrazó a ambos—. No sé qué haría si no os tuviera en mi vida.

Emerson se despidió de ellos con un fuerte abrazo y se montó en su deportivo clásico de los sesenta.

En cuanto llegó a su casa, empezó a despojarse de la ropa que llevaba puesta y se metió en la ducha.

Al salir, se encontró con el gran dilema de qué ropa debía ponerse. No le había preguntado a Grayson qué tenía en mente, y por consiguiente no sabía si debía vestirse formal o casual. Por ese motivo, con una toalla envuelta en el pelo y otra en su cuerpo, fue hasta su bolso y sacó su móvil.

No te he preguntado adónde vamos a ir, así que no sé cómo debo ir vestida.

Por mí puedes ir desnuda, no me molestaría... aunque sería un poco embarazoso, ya que me pasaría todo el tiempo moliendo a palos a los tipos que te mirasen.

Estoy hablando en serio.

¿Crees que yo no? Ponte lo que quieras, estoy seguro de que te verás preciosa con lo que sea que elijas.

Definitivamente no estás siendo de gran ayuda. Sólo debes decirme si vamos a un lugar formal o informal.

Te llevaré a un sitio en Palo Alto que es considerado la meca de la carne; también tienen un gran bar y preparan, además, cócteles de autor, te gustará. Es un lugar bastante formal, pero el código de vestimenta es casual. Emers, ponte lo que quieras, lo que te haga sentir cómoda.

Okay, aunque debes saber que, aunque me llevaras a comer una hamburguesa grasienta, también me gustaría. Muchas gracias de todos modos por pensar en llevarme a un lugar encantador; sin embargo, no necesitas impresionarme con un sitio caro.

No busco impresionarte. Sólo se trata de que estoy acostumbrado a comer sano. Una hamburguesa grasienta implicaría, en mi caso, más horas de trabajo físico en el gimnasio. Nos vemos en un rato.

Ella continuó con la tarea de prepararse, pero las palabras que Grayson le había escrito la habían distraído de su cometido. En realidad, él era una completa distracción desde que había aparecido. Gray no cesaba con las indirectas y Emerson no se creía tan inmune como para pasarlas por alto y sólo pretender que salían para cenar. Cristiano tenía razón, King no se veía como un hombre que se conformara con la cosa platónica.

Repasó sus mensajes con la vista, y el mero hecho de saber que se cuidaba en su dieta la puso a pensar en sus abdominales. Se dijo que, sin duda,

deberían estar muy bien definidos, ya que, aun con ropa, te podías dar cuenta de que ese cuerpo no albergaba nada de grasa en su interior, y sí mucho músculo y fibra.

Agitó la cabeza, obligándose a dejar atrás el ensimismamiento o se le haría tarde. Se dirigió al armario y se paró frente a éste para intentar decidir qué ponerse. Se probó varios atuendos, pero ninguno la convencía. Finalmente optó por un pantalón negro muy ajustado, botines con tacón de aguja, una blusa con transparencias y, de abrigo, una chaqueta de cuero en color marrón para cortar el

negro del resto de las prendas. Se esmeró maquillándose, para cubrir el morado del ojo; por suerte había seguido las indicaciones de Jordan de lo que debía hacer. Él le había dado unos correctores y bases para que consiguiera cubrir el moratón por completo.

Estaba terminando de arreglarse el pelo cuando oyó que un mensaje llegaba a su teléfono; fue a por él y, al desbloquear la pantalla, pudo leer que era Grayson.

No eres vegetariana, ¿verdad? Si no iremos a otro sitio. Tal vez lo de la hamburguesa grasienta sólo fue por no despreciarme.

Amo la carne asada.

Te chuparás los dedos, es la especialidad del restaurante.

En ese caso, creo que has elegido el sitio perfecto. Ahora deja que me termine de arreglar o no estaré lista para cuando llegues.

Capítulo siete

Con perfecta puntualidad, llegó a recogerla; sin embargo, llamó en la casa principal, ya que ella había pasado por alto indicarle que debía tocar en la entrada lateral. Por ese motivo, fue Maggi quien le abrió la puerta, y no disimuló la curiosidad en torno al guapísimo hombre que pasaba a recoger a Emerson.

—Oh, sí... Ella tiene alquilada la casita del fondo. Su entrada es la de al lado, pero descuide —le dijo, estudiándolo minuciosamente—, ahora la aviso de que la está esperando. Aguarde, por favor.

—Muchas gracias y disculpe la molestia, pero... de verdad que no me cuesta nada tocar a la otra puerta.

—No es necesario, sólo debo cruzar el patio trasero y avisarla.

Maggi, rápidamente, se dirigió a la pequeña casita de huéspedes que ocupaba Emerson y golpeó a su puerta.

—Buenas noches, Maggi.

—Te espera un guapísimo hombre fuera. Él no sabía que vives en la casita y ha llamado a mi puerta.

Emerson se tocó la frente.

—Disculpa la molestia; olvidé por completo aclararle cuál era el timbre que debía tocar.

—No te preocupes, no es nada. Estás muy guapa, Emerson. Coge rápido un abrigo y ve a divertirte.

—Gracias, Maggi.

Emers se echó un último vistazo en el espejo, se puso la chaqueta de cuero y, tras coger su *clutch*, salió a encontrarse con Grayson.

Avanzando por el sendero que conducía a la salida, le pareció que el camino se hacía interminable.

Inspiró profundamente varias veces mientras se acercaba a su destino y, un poco antes de llegar, se detuvo para reforzar su perfume; luego continuó andando.

Al salir lo encontró apoyado de manera casual contra su coche. Esa vez no se trataba del Porsche Carrera, sino de un Audi A6 de color gris oscuro.

Emerson consideró de inmediato que él parecía estar en una posición económica holgada; su ropa y sus coches pregonaban poderío financiero. Mientras se disponía a cerrar con llave la puerta exterior, no pudo dejar de preguntarse a qué se dedicaría, ya que parecía irle muy bien.

Grayson estaba concentrado mirando la pantalla de su móvil, pero, cuando oyó que se cerraba una puerta, levantó la vista y se encontró en un santiamén admirando la belleza arrebatadora de Emerson.

Le encantó verla arreglada; saber que ella lo había hecho para él le produjo un extraño sentimiento de felicidad. Su estilo seguía siendo casual, pero los tacones de sus botas le daban ese toque de elegancia magistral; además, esos pantalones, que le quedaban como una segunda piel, obraban la magia perfecta, logrando que sus piernas se vieran larguísimas.

La imagen de esas piernas envolviéndolo a él provocó que su polla comenzara a latir.

Se irguió mientras esperaba que ella se acercara y le sonrió de forma diáfana; a cambio, obtuvo una justa retribución, pues Emers también sonrió encantadoramente.

Él también había diseminado su magia para con ella. Apenas salió y lo vio, sintió que sus pulmones se colapsarían. Grayson siempre conseguía quitarle el aliento. Se había puesto un traje azul noche de confección a medida, estilo Slim, y una camisa blanca que había combinado con cinturón y zapatos de cuero marrón.

—Estás preciosa —le dijo mientras la cogía por la cintura y le dejaba un beso en la mejilla.

—Muchas gracias, tú también estás muy guapo. ¿Has cambiado de coche? —le preguntó mientras él le abría la puerta del copiloto y le tendía la mano para ayudarla a subir, desplegando sus buenos modales.

—Me ha parecido más acertado traer éste, ya que no sabía qué atuendo usarías. El otro es más bajo y, con una falda, puede resultar difícil salir de él.

—Gracias por tu consideración.

—No hay de qué.

Grayson cerró la puerta y bordeó el coche. Al instante, se sentó en el asiento del conductor y ajustó su cinturón de seguridad. Se aclaró la garganta.

—¿Lista?

—Listísima.

Grayson salió de allí y no tardaron en llegar al restaurante elegido por él. Se trataba de un sitio con mucha historia, un lugar que era dirigido por dos

hermanos y que siempre había pertenecido a la

familia. Tras aparcar el coche, Gray se apresuró a bajar y luego ayudó a Emers a que también lo hiciera.

—He prestado atención durante todo el camino. ¿Qué has hecho con el golpe?, ¿brujería? ¿Acaso eres una hechicera?

Ella soltó una carcajada muy fresca ante la ocurrencia, y él también rio sonoramente.

—Sólo me he aliado con el corrector y la base; utilizando el color adecuado, pueden obrar milagros para cubrir moratones... aunque ninguna mujer debería aliarse con el maquillaje para tapar golpes.

—Estoy totalmente de acuerdo en eso —expresó Grayson mientras caminaban hacia la entrada del local—. Por eso no me parece bien que no le hayas puesto una denuncia a ese cobarde.

—Lo he hecho por mi hermana y por mi sobrino; estoy segura de que ya se ha ido de la ciudad. Él vive en Chicago, así que supongo que regresó después de sus fechorías de ayer. Sólo actuó así porque está desesperado... Tendrá que buscar trabajo, ahora que mi hermana parece decidida a no continuar manteniéndolo. Esta mañana he hablado con ella y espero que realmente no flaquee y no vuelva a perdonarlo.

—Espero realmente que ese tipo se haya ido de vuelta a casa —dijo mientras le abría la puerta y le daba paso, acompañándola con su mano en su espalda baja—. Si te molesta otra vez, ahora tienes mi número, así que sabes que puedes llamarme a la hora que sea.

—Gracias, pero estoy convencida de que no será necesario.

Entraron en el restaurante y King se acercó al mostrador de la recepción para solicitar una mesa. El anfitrión le indicó que había una demora de diez minutos, así que los invitó a que pasaran al bar, donde podrían tomar una copa para hacer más amena la espera.

—¿Sabes lo que quieres o prefieres la carta? —indagó Grayson cuando se sentaron a la barra.

Ella miró al *barman* y le preguntó de manera práctica:

—¿Qué me recomienda probar?

—Creo que puede gustarle mucho un margarita de la casa.

—Muy bien, póngame eso.

—¿Y usted, señor?

—Yo tomaré un Vesper Martini. —Emerson intentó ocultar una sonrisa—. ¿Qué ocurre? —preguntó Grayson.

—¿Acaso... después de medianoche, te conviertes en James Bond y no en calabaza? —bromeó ella, pues lo que él acababa de pedir era el famoso cóctel que el agente 007 siempre solicita que le prepare el *barman* en la conocida saga.

—Puedo convertirme en lo que te apetezca —le susurró, acercándose peligrosamente a su rostro.

El *barman*, inmediatamente, preparó sus copas y no tardó en servírselas. Emerson bebió de la suya y después habló.

—¿Puedo preguntar por tu trabajo? Tú ya sabes a lo que me dedico, incluso tienes varios datos de mi vida: sabes que cargo con un cuñado desquiciado, que mi hermana acaba de separarse, que tengo un sobrino... y también has conocido a mi socio, pero yo, de ti, sólo sé que te llamas Grayson.

—King es mi apellido, pero también me llaman Igor.

—¿Es tu segundo nombre? —planteó ella, sin recordar que él lo tuviera.

—No, es el nombre de guerra que uso en el ring. Soy luchador de MMA, artes marciales mixtas —le aclaró, por si no sabía lo que significaban las siglas.

—¡Joder! —exclamó la fotógrafa, dejando su copa sobre la barra—. Jamás lo hubiera imaginado. Ahora entiendo tu estado físico y el cuidado en lo que comes.

—Supongo que has oído hablar del *underground*.

—Sí: peleas clandestinas —ratificó ella.

—Así es.

—Y... dime... ¿es cierto que en el *underground* vale todo?

—Taxativamente, sí, aunque en el terreno en el que lucho hay ciertas reglas, incluso hay un árbitro que regula el combate. Si te refieres a que si las peleas son a muerte, debo admitir que hay circuitos, en barrios paupérrimos, en los que es así, hasta usan armas, pero donde yo participo hay ciertas normas. Somos lo más parecido a un combate legal como los que pasan por la televisión, pero aún no pertenecemos a ninguna federación reconocida por ninguna autoridad deportiva de las que hay en vigencia en la actualidad. De todas formas, las peleas son un poco más rudas y sangrientas que las que puedes ver en cualquier canal.

—¿Cuánto hace que eres luchador?

—Cuando era adolescente... —su semblante dejó entrever que estaba recordando más de lo que expresaba—... el *kick boxing* me rescató de las calles. Luego empecé a estudiar, y más tarde entré en el Ejército; estuve algo más de dos años en Afganistán.

Emerson se cubrió la boca.

—¿Estuviste en la guerra, Grayson?

—Sí, soy un veterano. Cuando me dieron la baja, conocí a mi actual entrenador, otro veterano como yo, y él me ofreció participar en las peleas, así que el entrenamiento para la lucha fue lo más parecido al entrenamiento militar que pude conseguir. Aproximadamente hace algo así como unos tres años que estoy en el mundo del *underground*.

—Guau —ella volvió a beber de su cóctel para absorber todo lo que Grayson le estaba contando; él no era ni la sombra del pandillero sin ningún futuro que ella conocía de Fuller Park—, así que eres un excombatiente. ¿Qué rango llegaste a tener en el Ejército?

—Pertenece al Cuerpo de Marines, y el rango máximo que tuve fue el de sargento; estuve a cargo de un pelotón en la base Helmand.

—¿Qué historia! Supongo que habrás visto atrocidades en la guerra.

—Prefiero no hablar de eso, son recuerdos que realmente deseo enterrar. Todo lo vivido me valió la baja, así que duele mucho, aunque te aseguro que no me arrepiento de nada de lo que he pasado.

Ella frunció el entrecejo.

—No pude superar el síndrome del soldado cuando regresé y por eso me licenciaron del Ejército.

Emerson estiró su mano para coger la suya, notando la desidia con que Grayson le contaba aquello.

—Lo siento; suena como si para ti la vida militar hubiese sido muy importante.

—Lo fue. Jamás creí llegar a ser nadie y, sin embargo, logré hacer una carrera militar, hasta que todo acabó.

—Eres un héroe, Grayson.

—No me gusta pensar de esa forma en mí.

—Pero lo eres.

—¿Podemos cambiar de tema?

La conversación había tomado un rumbo en el que Gray no se sentía cómodo; por eso odiaba eso de las citas. Estando sentados frente a frente el uno del otro, era difícil escapar a ese tipo de interrogatorios... Incluso, tras sorber de su copa, no obvió preguntarse por qué le había dado tantos detalles de su vida, si lo único que buscaba con Emers era una buena follada y listo, así que, acto seguido, decidió quitar el foco de atención de él y pasárselo a ella.

—Claro, ¿de qué te gustaría que hablásemos?

—¿Sabes que me resultas intrigante?

—¿Intrigante?

—No es muy común encontrar a una chica que diga que no quiere una relación.

—Aaah, eso te intriga de mí, pues... sólo se trata de que me gusta mi libertad. Odio eso de tener que estar dando explicaciones. Me agobia el mero hecho de pensar en que el buzón se me va a llenar de llamadas, que el teléfono va a sonar a todas horas con mensajes; no soporto que nadie cuestione si mi móvil tiene o no una contraseña para desbloquearlo... En pocas palabras, amo la libertad de no tener que avisar a dónde voy y con quién. No es que no haya estado en pareja, sino que no ha funcionado por eso mismo. Algunos hombres empiezan a creerse dueños de hasta lo que una respira, y eso no es lo que busco. A la larga las complicaciones aparecen, los corazones se desgarran y las lágrimas ocupan el momento, convirtiéndolo todo en una gran tragedia griega, así que... prefiero los ligues de una noche, en los que no hay peligro de nada, o, en su defecto, le echo mano a mi vibrador, algo menos peligroso y con menos riesgos. Además, con él no corro peligro de contraer ninguna enfermedad; ya sabes, es de mi uso exclusivo, y eso significa, asimismo, que tampoco me será infiel.

— *Touché*. ¿Eres de este mundo o has venido de otro planeta?

—¿Qué te asombra tanto?

—Quizá el hecho de que eres lo opuesto a todas las mujeres con las que a menudo me cruzo.

Frecuentemente debo quitarme a alguna mujer de encima, y eso siempre es una complicación. Cuando voy a la cama con una, luego quiere repetir, y yo sólo sé que, si hay repetición, hay un gran melodrama gestándose.

Grayson levantó la mano para que chocaran sus palmas y Emerson imitó su gesto.

—Me gustas, Emers. Creo que nos entendemos y que somos muy parecidos.

Emerson sonrió con suavidad mientras lo miraba fijamente a los ojos.

—En realidad... mi nombre es Emerson, pero casi todos me llaman Emers o Em. Es la forma corta.

—¿Y tu apellido es...?

En ese instante llegó el *maître* para acompañarlos hasta una mesa que se había quedado libre, así que Emerson fue salvada por la campana. Ambos cogieron sus copas y caminaron, siguiéndolo. La joven sintió que el corazón se le iba a salir del cuerpo, así que, en ese corto trayecto, se terminó lo que quedaba de su cóctel, intentando calmar las ansias que la pregunta le había provocado.

Por suerte, cuando se sentaron, les entregaron la carta del menú y se centraron en eso.

—Bien —dijo Grayson después de que les tomaran nota—, aún no me has dicho tu apellido.

—Klein, Emerson Klein.

Aunque se había puesto nerviosa cuando él le había preguntado antes sobre ese asunto, estaba segura de que Grayson no recordaba el apellido de su abuela, así que fue ése el que le dio, ya que era el que ella usaba en el mundo del arte fotográfico.

—Estuve viendo tu trabajo en la página web.

—¿De verdad?

—Sí. Algunas fotografías me parecieron muy buenas, aunque debo confesar que no entiendo demasiado acerca de eso; es decir, tengo muy claro y sé decidir entre lo que me gusta y lo que no, pero sólo eso. ¿Cuándo estuviste en África?

—Eso fue el año pasado. En realidad, no fue un encargo que le hicieran a Pixel Factory, sino un trabajo para otra agencia, pero tengo buena relación con el gerente y me ha autorizado a ponerlo en la web.

—¿Conoces muchos países?

—Algunos... El trabajo como fotógrafa *freelance* me permitió viajar bastante. Ahora espero que realmente salgan trabajos importantes para el estudio, pues he invertido todos mis ahorros en este proyecto. Necesitamos marcas que nos den prestigio y nos abran puertas al mercado. Por ahora lo que nos ha salido ha sido un catálogo de ropa de HC; esperamos que, a través de ellos, vengan más proyectos.

—De todas maneras, hace poco que estáis instalados en Menlo Park.

—Sí, tienes razón; nos hemos mudado recientemente.

—¿Cuántos años tienes, Emerson?

—Veintiocho, ¿por qué?

—Curiosidad, sólo intento saber un poco más de ti.

Después de culminar la cena, Emerson se ofreció a abonar la cuenta a medias.

—De ninguna manera, he sido yo quien te ha invitado a acompañarme.

—No somos nada para que me pagues la cena, ya han sido suficientes las molestias que desde ayer te he causado, y la verdad es que no quiero que te quedes con un mal recuerdo de mí.

—No hay discusión, Emers, no voy a permitir que pagues nada, y por los recuerdos..., la noche aún no ha terminado, así que espero sumar otros a esta grata cena.

Grayson, finalmente, abonó la cuenta y luego salieron del restaurante. Mientras caminaban hacia el aparcamiento, él estiró la mano y tomó la de Emerson entre la suya, levantó su brazo y se la besó, entregándole una sonrisa maliciosa mientras lo hacía.

—Eres una mujer muy interesante.

—Gracias; tú también eres interesante. Ha sido una noche estupenda, lo he pasado muy bien.

—Nuevamente estás dando por sentado que la noche ya ha acabado. ¿Debo tomármelo como una indirecta?

Se miraron fijamente, pero no dijeron nada más.

Deteniéndose junto al coche, Grayson se colocó frente a ella, despejando el pelo de su cara.

—No sólo eres interesante, también eres hermosa.

Emerson lo miró, rogando que se detuviera, porque estaba empezando a tener claro que no iba a ser capaz de continuar rechazándolo, pues no pensaba hacer nada al respecto si él decidía continuar avanzando. A decir verdad, sólo

mirarlo la enviaba al orgasmo, y podía sentir su corazón latiendo desacompañado dentro de su pecho, ya que la mera proximidad de Grayson le hacía desearlo y sentirse húmeda en sus partes íntimas.

Igor movió su mano y la tomó por la nuca; seguidamente se acercó a escasos centímetros de su boca y le habló, acariciándola con su aliento.

—Tengo unas ganas locas de besarte. Normalmente no pediría permiso, pero, no sé por qué razón, contigo lo estoy haciendo.

Emers cerró los ojos y eso fue todo lo que él necesitó como señal para caer sobre su boca.

Lentamente, con su lengua lamió sus carnosos labios, esos labios que había recordado todo el día y casi no le habían permitido descansar por la noche.

Emerson creyó que se derretiría entre sus brazos; el beso fue todo lo que ella imaginó que sería y más. Resultó suave, caliente, muy húmedo y, al final, casi descontrolado.

Despacio, se alejó de ella y apoyó su frente en la suya. Sentía su polla semidura en ese momento, y casi que no podía esperar para entrar en ella. Ambos respiraban con dificultad. Volvió a cogerla de la mano.

—Subamos al coche —le indicó.

«No, no, no pares, un beso no es suficiente», quiso decirle Emerson, pero se abstuvo de hacerlo.

Se sentía mareada; aún tenía la sensación de su lengua chocando contra la suya, y quería más; no obstante, bajo ningún concepto iba a solicitarle nada, así que se movió, haciendo lo que él le había pedido. Apartó un pie, luego el otro, y rezó para que sus piernas soportaran su peso y le permitieran subir ilesa al vehículo. Grayson abrió la puerta y la ayudó a sentarse, luego la cerró y rodeó el coche, cruzando por delante de éste. La fotografía no lo perdió de vista; lo siguió atentamente con la mirada, viendo cómo Gray se pasaba la mano por el pelo, parecía ansioso. Notó incluso que tomaba una profunda bocanada de aire; al parecer no era la única que pugnaba por más oxígeno. Sintió la humedad en sus bragas y se removió en el asiento; luego se lamió los labios y se los mordió.

«Estoy arruinada; no podré parar si él quiere más, porque quiero todo el paquete completo.»

King subió al Audi en silencio y lo puso en marcha. Condujo unas quince manzanas por el Camino Real y, de pronto, aparcó en el bordillo.

Quitándose el cinturón de seguridad, y sin pronunciar palabra, la tomó nuevamente por la nuca, y esta vez sin pedirle su consentimiento. Cayó con

vehemencia sobre sus labios, apoderándose de ellos y conduciendo con poderío y vasta experiencia el beso. Emerson gimió en su boca y él intensificó más el movimiento de su lengua, dándole un mordisco en el labio inferior antes de apartarse. Mientras respiraba con dificultad, le dijo:

—¿Te apetece que descubramos lo que el resto de la noche tiene para ofrecernos?

Emerson se mordió el labio que segundos antes él había mordisqueado, aún saboreando en su boca el aliño del vino que habían tomado en la cena mezclado con el Martini que él bebió anteriormente.

—Creo que realmente me gustaría.

—Sólo hay un problema, no vivo solo. La casa que ocupo en Atherton la comparto con otros cuatro luchadores, dos preparadores físicos, la cocinera y la esposa del entrenador, así como la mujer e hijo de uno de mis compañeros... y la verdad es que no quiero exponerte a las miradas de todos ellos. A menudo allí van *groupies*, pero tú no eres como esas mujeres. No quiero ponerte en esa situación, y sé que lo que estoy diciendo no suena bien, porque realmente no considero que esas chicas con las que paso un buen rato merezcan que piensen que no las respeto, pero quiero que entiendas que yo no las llevo allí, ellas van por su propia voluntad.

—Podríamos ir al estudio de fotografía. Cuando alquilé la casita que está en el patio trasero de Maggi, la única condición que me puso fue que no llevase hombres a dormir allí, y no quiero faltar a mi palabra.

—En la otra manzana hay un hotel. —Grayson se acercó a su boca y volvió a morderle el labio inferior y a lamérselo, como si con esa acción insistiera para convencerla—. Podríamos ir allí y pedir una habitación para toda la noche y terminar todo esto que hemos empezado.

Ella sólo asintió con la cabeza, y él le guiñó un ojo mientras se acomodaba en el asiento del conductor. Volvió a colocarse el cinturón de seguridad y arrancó el motor al tiempo que una sonrisa se intensificaba en su rostro.

Viró el coche, entrando en la explanada del hotel, y fue entonces cuando Emerson se dio cuenta de a dónde estaban llegando.

«Mierda, jamás habría imaginado que, cuando ha mencionado un hotel, me estuviera trayendo a uno de los más lujosos de la ciudad.»

Un empleado del Sheraton de Palo Alto se acercó de inmediato para abrirle la puerta a Emerson; en ese momento, Grayson se bajó rápidamente del Audi.

—Buenas noches, señora.

—Buenas noches, gracias.

Gray se apresuró a rodear el automóvil y, cuando estuvo a su lado, le ofreció la mano para que ella acabase de bajar. Al instante, le entregó las llaves al aparcacoches del hotel para que se ocupara del vehículo y ellos entraron.

Capítulo ocho

Conseguir una habitación fue muy rápido, así que, en cuanto le entregaron la llave a Grayson, él se acercó a ella y la cogió de la mano. Su mirada era hambruna y la expectación entre ellos se captaba de manera casi devastadora.

Apenas entraron, él la arrinconó contra la pared y volvió a besarla; no podía apartar su boca de la suya, tampoco sus manos. Su cuerpo la aprisionó con ímpetu para que sintiera lo duro que lo tenía, lo mucho que la deseaba, y sus dedos se hundieron, sosteniéndola de las caderas y acercándola más a él.

Frotó con delirio su bragueta contra ella; no veía el momento de estar metido en su interior, de bombear descontroladamente con su polla para alcanzar el alivio.

—Desde ayer que no he podido dejar de pensar en ti —confesó, apartándose ligeramente entre lametones y mordiscos en los labios—. Mi mente no ha parado de imaginar las cosas que quiero hacerte.

Emerson levantó los brazos, aferrándose de su cuello, y atrajo su boca a la suya de nuevo. En el instante en el que sus lenguas volvieron a chocar, ella sintió una necesidad imperiosa de apretarse más contra él; bajó una mano y lo acarició en el pecho, sobre la ropa, pero necesitaba tocar su piel, así que le pasó la mano suavemente por la chaqueta y se la deslizó por los hombros. Grayson apartó sus manos de las caderas de Emers a regañadientes, y se sacudió para que su americana cayera. En ese instante alguien tocó a la puerta.

—¡Mierda! —dijo él, alejándose—. No sé por qué carajo se me ocurrió pedir una botella de *champagne*.

Se pasó la mano por el pelo y se apartó, tomando una gran bocanada de aire.

—Ahora vuelvo.

Emerson miró su bragueta; se veía muy abultada, así que retorció sus piernas y enredó su dedo en un mechón de pelo.

—Creo que estás en problemas para ser el encargado de abrir la puerta, se nota demasiado tu erección. Deja, iré yo.

Cuando ella quiso moverse, él la sujetó por el mentón, robándole otro beso, duro y rápido.

—No, tú espérame dentro. Me importa una mierda que se note que estoy empalmado.

Cuando Grayson volvió, Emerson ya se había quitado la chaqueta de cuero. Él la sorprendió cogiéndola por los hombros desde atrás y enterrando la cabeza en su cuello para dejarle besos húmedos en esa zona.

—Me encanta cómo hueles.

—Culpable.

—¿Qué? —preguntó, confundido.

—Mi perfume, se llama Culpable, es de Gucci. 1

—Creo, entonces, que el aroma es el culpable de que me sienta tan atraído por ti, desde ayer que lo tengo impregnado en mis fosas nasales.

Gray se puso delante de ella, cogió el borde de la camisa que llevaba puesta y empezó a levantarla para quitársela.

—Te la has puesto a propósito para volverme loco, ¿no es cierto? Estoy seguro de que sabes perfectamente que no he podido dejar de mirar tus tetas, a través de esas transparencias, durante toda la cena.

Ella se rio.

—Culpable —dijo nuevamente.

En ese momento él dejó que la blusa cayera al suelo y después desprendió el broche del sujetador, para deslizar a continuación las tiras por sus brazos y dejarlo caer también a sus pies.

Se quedó fascinado mirando sus pechos durante unos instantes; eran perfectos, y no podía esperar para chuparlos. Inclino la cabeza y le dio una lamida a cada uno; luego los succionó con la boca y los atrapo entre sus dientes. Emerson gimió descontrolada con cada acto, y sus sensaciones se dispararon directas a su entrepierna.

Grayson se apartó y se movió para quedar de nuevo detrás de ella.

—He estado toda la noche preguntándome si, aparte de los que estaban a la vista, había más tatuajes por descubrir... y en tu espalda hay varios, y uno en particular se pierde dentro de tus pantalones.

Le pasó la mano por la cintura, recorriendo la tinta del diseño de flores al que acababa de hacer referencia. Su toque provocó que Emerson se estremeciera, haciendo que la piel se le pusiera como escarpías.

La rodeó con sus brazos hasta sostener sus pechos entre las manos y la aprisionó contra su duro cuerpo. Un fuerte gemido gutural se escapó de su garganta mientras le mordía el hombro y retorció sus pezones entre sus dedos.

—Eres preciosa, me tienes tan duro desde ayer... —declaró mientras, de

inmediato, apretaba su bragueta contra la raja de su culo—. No puedo esperar para enterrarme en ti.

Sin demora, bajó sus grandes y fuertes manos para desabotonar el pantalón de Emers.

Ella estaba tensa; por un instante dudó de si tal vez no había sido buena idea dejarse llevar por el deseo, y a decir verdad hasta se estaba sintiendo incómoda por no decirle su identidad. Eso le estaba impidiendo disfrutar plenamente del momento, pues los engranajes en su cabeza no dejaban de girar.

Grayson era muy atractivo, pero ella sabía que no estaba obrando bien.

—¿Qué sucede? ¿Acaso... quieres que me detenga? ¿No estás segura?

La joven fotógrafa salió de su ensimismamiento cuando oyó su barítona voz. Se dio la vuelta, enfrentándolo, y lo miró, perdiéndose en el espejo azul de sus ojos. No había manera de rechazarlo... Él era fuego, deseo, y el sueño húmedo de cualquier mujer, así que se instó a alejar sus miedos y dejó escapar sus anhelos. Negó con la cabeza al tiempo que enroscó sus brazos alrededor de su cuello, atrayéndolo hacia sí, y lo invitó a que volviera a besarla. Sus mullidos labios colisionaron contra los suyos y ella, al instante, le abrió paso en su boca para que tomase su ávida lengua, provocando que en cuestión de segundos ambos se entregaran al preludio de besos como si en eso se les fuera su vida, como si probarse y mantenerse unidos fuera lo único que importara.

Se dio cuenta de que lo deseaba demasiado para frenarse, así que se convenció a sí misma de que lo tendría una vez y luego se olvidaría de él; sólo necesitaba cumplir su fantasía de adolescente con Grayson y después todo quedaría atrás. No estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad que se le había presentado.

Hábilmente, él le desabrochó el pantalón y bajó la cremallera, todo sin apartar los labios de su boca.

Metió una mano dentro de sus bragas y alcanzó su hendidura.

—Joder, estás demasiado lista para mí.

Le bajó un poco el pantalón y la ayudó a que se sentara en la cama; al instante, se encargó de liberar sus pies de las botas, y acarició su piel, tersa y dorada, mientras se deshacía de su pantalón.

—Recuéstate —le ordenó con la voz cargada de necesidad, mientras comenzaba a desabrocharse la camisa. Su polla latía, enferma, bajo sus pantalones y Emerson tenía la vista fija en su bragueta.

—Parece que te gusta lo que estás viendo.

—Tanto como te gusta a ti mirarme a mí; no se me ha pasado por alto cómo estás mirando mis tetas.

Ella llevó sus manos a sus senos y se los acarició; luego se levantó ligeramente y bajó la cabeza para sacar la lengua y lamer una de las areolas de sus pezones.

Grayson gimió.

—Vas a hacer que me corra en los pantalones. Eres una chica mala, señorita Emerson Klein —le advirtió mientras pateaba sus zapatos—. Y eres condenadamente sexy.

—Guarda tu carga para derramarla en mi interior, Grayson. Sé que no eres un inexperto como para correrte mirándome solamente.

Ambos rieron.

—No te preocupes, no permitiré que te quedes sin conseguir tu placer; jamás podría perdonármelo.

Su camisa quedó abierta, revelando cada ondulación de su potente y macizo cuerpo, y Emerson se lamió los labios, ansiando pasarle los dedos para tocar su piel. Su complexión parecía una escultura y él era plenamente consciente de lo que ella estaba admirando; trabajaba a diario para tener el aspecto que tenía, y sabía que a las mujeres les gustaba. Claramente, su físico era un arma de seducción importante, además de ser su herramienta de trabajo. Sonriendo con suficiencia, Gray se desprendió del cinturón y arrastró el pantalón y el bóxer hacia abajo, dejando que todo se amontonara a sus pies.

Su erecta polla saltó tiesa apuntando hacia ella, y Emerson se mordió el labio inferior, conteniendo un gemido cuando advirtió lo grueso y poderoso que se veía su miembro. Recorrió con la vista toda su extensión y deseó pasarle la lengua por la punta, donde una gota de precum, líquido preseminal, brillaba.

Él se estiró sobre ella y, cogiéndola por las caderas, enganchó sus dedos en las bragas para desnudarla por completo.

Emerson era perfecta. Él se había tirado a muchas mujeres hermosas, pero, sin temor a equivocarse, podía asegurar que ella era lo más bello que había visto, y eso que verdaderamente había visto a muchas féminas dotadas de belleza; sin embargo, la de esa chica era natural, y sencilla, y la fusión de cada parte de su cuerpo era admirable. Su piel era tersa, y con la justa dosis de tinta en los diseños que había elegido para adornarla con tatuajes. Eso le daba un halo de misterio que la volvía más exótica.

Sintió un anhelo incontenible y supo que necesitaba enterrarse en ella

cuanto antes, poseerla y perder su polla en su interior para comprobar también la perfección de su coño; necesitaba sentir cómo su vagina abrazaba su miembro, necesitaba alivio.

Abrió la palma de una mano y le enseñó una tira de condones. Emerson pareció confundida, pues no había visto cuándo los había cogido; no obstante, conjeturó que lo más probable era que los hubiese sacado de su pantalón antes de quitárselos. King separó uno, rasgó el envoltorio, lo sacó e inmediatamente lo hizo rodar sobre su punta y por toda su vasta extensión sin dejar de mirarla; las venas de su polla se veían hinchadas, y la cúspide, muy estirada y brillante.

Emers dedujo, mientras observaba cada uno de sus movimientos, que él era un hombre al que le gustaba asumir el mando; el poderío que su cuerpo emanaba así se lo indicaba y, aunque a ella también le gustaba hacerlo, por el momento lo dejaría hacer; además, necesitaba darle ese dominio.

Grayson se inclinó sobre ella y arrastró su culo hasta la orilla de la cama, levantó sus piernas e hizo que las apoyara en sus hombros. Arrodillado, sumergió su cabeza entre los muslos y empezó a lamerla lentamente.

Pasó su lengua por los labios exteriores, y luego sus hábiles dedos abrieron sus pliegues, para conseguir lamer la humedad que a simple vista podía ver derramada.

Levantó la mirada y contempló cómo ella se retorció ante su contacto, y su polla se agitó al verla tan entregada... y luego se balanceó, ansiosa por encontrar el camino que la condujera al alivio.

—Joder... —exclamó, anhelante; al parecer no estaba dispuesto a demasiados preámbulos. De todas maneras, tenía pensado follársela algunas veces más durante el resto de la noche, así que decidió que lo mejor era acelerar el proceso y conseguir lo que ambos ansiaban con apremio.

Se levantó del suelo y la cogió por las axilas, ayudándola a que subiera más en la cama. La miró brevemente hasta que, al fin, le dijo:

—Necesito desesperadamente estar dentro de ti.

—También necesito que lo hagas.

Él se inclinó sobre su cuerpo y se agarró la polla, apuntando a su entrada. Antes de enterrarse en ella, metió uno de sus dedos en su hinchada vagina, haciéndola chillar. Bombeó lentamente su dedo dentro de ella, provocando que Emerson se aferrara a sus bíceps.

—Por favor...

Él sonrió con autosuficiencia, y metió otro dedo, para mover ambos para

encontrar su punto G.

—Sé que te gusta, pero ahora te daré lo que ansías.

Sacó los dedos y la estimuló frotando la punta de su miembro en su entrada, provocando que la necesidad que Emerson sentía le hiciera agitar las caderas para que finalmente él se decidiera y la penetrase.

Grayson se apoyó en los antebrazos, cada uno a un lado de la chica, y con las manos le despejó el pelo del rostro.

—Abre los ojos —le ordenó con la voz vibrante—. Voy a follarte, sólo dime cómo lo quieres.

—Lo dejo en tus manos, hazlo como más te guste.

Igor se fue enterrando lentamente, y cada centímetro de su sexo que iba clavando en ella resultaba una tortura mientras avanzaba en su camino.

Emerson sentía a su paso cómo su coño se abría más y más para recibirlo; las paredes de su vagina se ensancharon para acogerlo en su caliente interior.

Gimió...

—¿Qué? —le lamió la mejilla—, ¿dime qué quieres?

Ella no iba a rogarle, no iba a volverse una completa babosa, pero era lo que quería, pues el lento e interminable avance que él estaba haciendo la estaba poniendo de los nervios.

Emers agitó la cabeza sin aliento, indicándole que no era nada.

Finalmente, Grayson terminó su camino y se quedó enterrado muy dentro de ella, sin moverse.

Bajó la cabeza y aprisionó entre sus dientes su labio.

—¿Te gusta?

Ella asintió; no encontraba las palabras en el fondo de su mente para hablar. La presión que él ejercía dentro de ella era muy dolorosa, casi podría decir que hasta tortuosa; necesitaba que se moviese, pero estaba decidida a no suplicar.

Finalmente cedió a sus deseos y bajó las manos, cogiéndolo por el culo y enterrando los dedos en él.

—¿Quieres que me mueva? ¿Eso es lo que quieres, preciosa? Hasta que no me lo pidas, no lo haré.

Sé perfectamente que estás luchando con las palabras para que no salgan de tu boca, pero tienes que saber que así no es como lo quiero, y reconozco que soy un poco obstinado, quizá más que tú, así que, si quieres alivio, tendrás que solicitar lo que deseas. Hablando se entienden las personas, Emerson.

—Aunque lo quieras hacer ver como que es lo que yo necesito, sé que tú

también lo deseas, así que haz lo que tengas que hacer y consigamos lo que hemos venido a buscar aquí en esta habitación.

—Pareces apurada, ¿o debo decir necesitada?

Ella levantó la cabeza y le pasó la lengua por el pecho, notando cómo su piel se erizaba.

—Tanto como tú. Sé que te estás asegurando de parecer controlado, pero... cuando te has quitado lo pantalones, tu verga lucía bastante derramada. Muévete, Grayson; fóllame como tienes ganas de hacerlo, deja el *show* para tus *groupies*.

Él agitó la cabeza y salió de ella, sonriendo con suficiencia... pero en el fondo sabía que ella tenía razón y que también estaba flaqueando. Emerson parecía tener algún poder, porque, tan pronto como accedió a su interior, sintió que lo inundaba una sensación de saciedad que antes jamás había sentido enterrado en el coño de nadie.

Bajó la cabeza y le mordió un pezón, luego otro, haciéndola gritar.

Luego volvió a posicionarse en su entrada y se enterró hasta el final de una sola estocada, dejando escapar un lamento, que fue acompañado por un chillido de ella.

Volvió a salir y volvió a enterrarse con ímpetu... y la forma en la que se movía era más tortuosa que antes... hasta que finalmente pareció roto y sus caderas cogieron cadencia; sus envites se transformaron en movimientos fuertes y rítmicos.

—¿Esto es lo que querías? Dímelo.

Ella seguía negándose a hablar, pero en ese momento no era porque no quisiera hacerlo, sino porque él estaba drenando de ella toda la energía.

Se retiró de golpe y entonces ella gritó.

—Noooooooooooooooooooo.

—No, ¿qué, Emerson?

—No te detengas —finalmente dijo ella—, Grayson...

Su nombre en su voz fue todo lo que él necesitó oír.

La cogió por la cintura y le dio la vuelta, se subió sobre ella y enterró su polla desde atrás, comenzando un castigo más despiadado aún.

—Te gusta fuerte, ¿cierto? No lo querías despacio, ¿verdad?

Sus caderas chocaron contra su culo y el sonido invadió el ambiente, provocando que lo único que se oyera en la habitación fuera el combate de sus cuerpos y el concierto de sus gemidos.

Grayson la bombeó sin descanso hasta que la sintió tensarse; miró sus

manos, aferradas a las sábanas, y supo que ella estaba a punto de correrse, así que continuó su ritmo sin piedad. Luego siguió y siguió bombeando en su interior hasta que su coño empezó a abrazarlo nuevamente y dejó escapar un grito, derramándose en el condón, sabiendo que el último orgasmo lo habían conseguido al unísono, y sabiendo, además, aunque no fuera a reconocerlo, que nunca había tenido uno tan potente y tan devastador como el que acababa de experimentar.

Salió de ella y dejó que su espalda se aplastara contra el colchón; ambos respiraban con dificultad.

Se puso de lado y ella movió lentamente la cabeza para encontrar su mirada. Se quedaron en silencio, sin pronunciar palabras, apreciándose, absorbiendo la energía que todavía emanaba de sus cuerpos. Él se movió y se sentó en la cama, se retiró el condón; luego se inclinó y la movió para cogerla entre sus brazos. Caminó con ella hasta el baño. Sin dejar de mirarla. Emerson se aferró a su cuello y buscó su boca, y él se la entregó. Ambos cedieron a un beso lascivo, y desesperado; un beso que, aunque ninguno lo dijera, ambos necesitaban, para probar que el contacto entre ellos no había acabado, y para probar, además, que ese beso resumía todo lo que habían sentido en la cópula.

Grayson la dejó en el suelo y la cogió por la cintura, sin soltar sus labios; su frenética lengua estaba follando la suya, sin descanso.

Se movió de nuevo y abrió la puerta de la mampara; a continuación estiró más un brazo, sin abandonar su boca, abrió el grifo y la metió dentro junto a él. El agua los mojó lentamente, sin que sus bocas consiguieran separarse, y así permanecieron sin decir nada, sólo besándose, una y otra vez... hasta que él se apartó de ella y la sentó en el banco de la ducha. Se colocó otro condón, que había cogido de la tira de antes, y después la puso de pie nuevamente, tirando de ella para que se aproximara a él.

—Engancha tus piernas a mi cintura —le ordenó.

Emerson asintió y trepó a sus caderas ayudada por él. Grayson la sujetó por el culo y la bajó sobre su erección, enterrándose en ella por completo.

Sus cuerpos parecían insaciables; habían terminado de correrse en la cama, pero la necesidad del uno por el otro continuaba como cuando entraron en la habitación.

La apoyó contra la pared y comenzó a penetrarla de nuevo, descontrolado. Ella estaba aferrada a sus hombros y no dejaba de gritar con cada estocada que él le daba, hasta que finalmente volvió a sentir la anticipación en sus entrañas y abrió los ojos para mirarlo.

—Gray-son.

Su nombre brotó de su boca entrecortado.

—Déjame tener todo tu placer —le pidió él mientras mordía uno de sus pechos y se enterraba más profundo en ella.

Siguieron moviéndose hasta que ambos alcanzaron la liberación; después de eso, él la bajó despacio, la sentó en el banco de mármol y se sentó junto a ella.

Cogió una de sus manos y se la llevó hasta los labios. Seguidamente se puso de pie y se duchó.

Emerson parecía sin fuerzas, no lograba levantarse. Después de que Gray terminara de aclararse el jabón de todo el cuerpo, cogió la pastilla y la aseó. Con el duchador de mano, o alcachofa de ducha, la enjuagó cuidadosamente y luego salió de la ducha acristalada con el fin de ir a buscar toallas secas para ambos. Continuaron casi sin hablar, ya que parecían muy reticentes a hacerlo. La verdad es que preferían experimentar las sensaciones que cada uno obtenía con el cuerpo del otro, sin pensar demasiado en lo que estaban sintiendo. Entre miradas furtivas, se secaron y después se pusieron los albornoces del hotel. Salieron del baño y Emerson se sentó en la cama para secarse el pelo. Se sentía confusa; jamás se había sentido así después de intimar con un hombre, pero la presencia de Grayson la hacía sentir un poco cohibida. Levantó la cabeza, sintiendo que la mirada de él la intimidaba.

—¿Te parece bien si tomamos un poco de *champagne*? —preguntó él, acercándose al balde de hielo donde descansaba la botella.

—Por favor.

Grayson la descorchó de inmediato, y se dispuso a llenar dos copas.

Emerson sentía la boca seca; él había resultado ser arrollador, y la había dejado estancada en lo que minutos antes había sucedido entre ellos.

Mirándolo disimuladamente, no pudo dejar de admirar su enorme espalda. La buena genética en él era indudable; su piel en tonos dorados oscuros, al igual que su cabello color azabache, más allá del trabajo físico al que se notaba a simple vista que sometía a su musculoso cuerpo, lo hacían parecer irreal.

Admiró el tatuaje tribal que él llevaba en la espalda e inmediatamente paseó la vista hacia la pierna derecha, tatuada en su totalidad... allí pudo distinguir, porque ella sabía hacerlo, los tatuajes en el fondo de los nuevos. Divisó claramente los que tenía hechos de cuando era un pandillero, aunque debía reconocer que, quien fuera que los había cubierto, había hecho un

magnífico trabajo. Sin embargo, ella aún podía distinguir la cabeza de cobra con corona, así como las letras verdes de los Mickey Cobras en su bíceps izquierdo. En la pierna también supo encontrar la estrella de cinco puntas que le habían obligado a tatuarse, y que él tanto odió. Emerson todavía recordaba claramente ese día en el que Gray llegó fuera de sí, porque la orden era que todos debían llevar el símbolo que usa el islamismo, una estrella junto con una luna en cuarto creciente, aunque muchos de ellos la habían hecho utilizando el pentagrama invertido, es decir, con la punta principal hacia abajo, para también dejar plasmada la imagen esotérica y así mezclar ambos símbolos; ese lejano día estaba contrariado.

Lo cierto es que Grayson nunca estuvo muy de acuerdo con los mandatos recibidos, y ella lo sabía muy bien. A él le gustaba pertenecer a la pandilla por el poder y prestigio que daba ser un miembro de la misma en el paupérrimo vecindario donde vivían, y porque tal vez, habiendo sido su padre un miembro de ellos, pensó en su momento que otra opción no le quedaba..., pero la verdad era que nunca fue un gran partidario de acatar las ordenanzas que se le imponían, quizá porque en el fondo no estaba muy de acuerdo con los giros en los estatutos que se introdujeron por ese entonces en la organización.

Emers sabía muy bien todo eso porque siempre lo oía quejarse durante el tiempo que fue el novio de Arya, y ella, que siempre era la pantalla de su hermana para salir, a menudo se encontraba entre ellos y le prestaba atención. La personalidad y la vida de Grayson eran algo en lo que siempre quería ahondar; su enamoramiento, de niña, le resultaba imposible de hacer a un lado, pues tenía una obsesión oculta para con él que continuamente invadía su mente, así que era normal que intentara capturar cada detalle que tenía que ver con su vida, detalles que jamás pensó revelar a nadie.

La profunda y seductora voz de Gray cuando le alcanzó la copa con *champagne* la alejó finalmente de sus reflexiones.

—Pareces pensativa, ¿puedo preguntar qué te tiene tan abstraída?

—Estaba mirando que tu cuerpo también tiene mucha tinta.

Él se tocó el bíceps, y luego extendió su pierna, enseñándosela.

—No creo que continúe haciéndomelos; me tatué en otra época de mi vida. Aunque no me disgusta llevarlos, los que ves ahora están hechos para cubrir otros que si llegué a detestar... y, como se ven ahora, representan un momento de rebeldía.

A Emerson se le cortó la respiración, pero intentó parecer calmada. Ella sabía perfectamente a qué se refería él y por eso decidió no preguntarle; no le

pareció bien indagar en un pasado que ella conocía al dedillo; además, hacerlo la convertiría en una hipócrita peor de lo que ya era y sólo conseguiría, de esa forma, sentirse peor de lo que ya se sentía.

Grayson le tendió la mano para que ella lo acompañase y juntos se recostaron en la amplia cama *king size*. Mientras seguían bebiendo la burbujeante bebida, él se apoyó contra el cabecero de la cama y la cobijó contra su pecho; el aroma de su perfume era embriagador; aún podía sentirlo, por más que se hubieran duchado.

—¿Cuál fue tu primer tatuaje?

—Una pequeña mariposa. —Emerson se abrió el albornoz y tocó su cintura, ladeándose un poco para que él pudiera verla—. Me la hice cuando cumplí los dieciocho y representa mi libertad.

»Luego me tatué esta cruz, para recordarme que Dios es lo más importante en la vida de todo ser humano, y después continué con una escritura en mi espalda: «No hay nada en una oruga que te diga que va a ser una mariposa» —enunció el texto en voz alta—. Esa frase la puse ahí porque... quiere decir que, así como nadie debe juzgar un libro por su cubierta, lo mismo debe ser con los seres humanos. Lo importante no es siempre lo que ves, sino lo que guarda en su interior, y eso sólo puedes descubrirlo con el tiempo que te tomas en conocerlo. Tal vez la razón más poderosa fue porque sufrí de *bullying* en la escuela, ya que yo era lo que llamaban una chiquilla fea.

Él levantó las cejas y luego frunció el ceño, demostrando que no podía creer lo que ella le contaba, pues, cuanto más la miraba, más hermosa la encontraba.

—Yo era delgada, muy delgada —recalcó—; era alguien insignificante a quien nadie prestaba atención, y para colmo usaba *brackets*, que no me hacían nada agraciada. No pertenecía, por supuesto, a las chicas populares. Por todo ello, de pequeña fui bastante introvertida e insegura de mí misma, siempre intentaba ocultarme. Tal vez se deba a que crecí a la sombra de la personalidad arrolladora y la belleza descomunal de mi hermana; ella siempre fue la más bonita de las dos, y en mi familia incluso me lo hacían notar. Siempre me sentí menos, incluso... hubo una época en la que sufrí enormemente los celos que sentía hacia ella, hasta que me tocó ir a la universidad y nos separamos. Allí descubrí mi yo interior y me volví más segura e independiente, y descubrí, además, que quizá no tenía la belleza de mi hermana, pero tenía otras cualidades que ella no poseía. —Hizo un chasquido con la lengua y cambió rápidamente de tema para retomar el de sus tatuajes—.

Luego vinieron algunos más pequeños —se guardó para sí que, entre los diseños, llevaba los nombres de su familia, y esperaba de verdad que él no los descubriera—, pero no fue hasta que me mudé a Los Ángeles que empecé a tatuarme mis mangas.

—No creo que nunca hayas sido una chiquilla fea, tal como dices; viéndote, realmente me cuesta creerlo.

«¿No? ¿Entonces por qué nunca tuviste ojos más que para Arya? ¿Por qué, incluso, jamás me prestaste atención, más allá de que en ese momento yo era una niña para ti?», hubiese querido plantearle, pero Emerson se guardó las preguntas.

Decidió, en cambio, matar la conversación, dejándola atrás, así que se movió sobre él, sentándose a horcajadas en su regazo, inclinó su cuerpo y le sonrió ampliamente mientras se meneaba sobre su polla, machacando su entrepierna sobre él; al instante obtuvo la respuesta esperada: su miembro comenzó a hincharse bajo ella. Esa vez Emerson tenía pensado tomar el control que antes le había cedido.

Para conseguirlo, bebió de un tirón el *champagne* que quedaba en su copa y le sonrió pícaramente.

Grayson dejó su copa en la mesilla de noche y luego cogió la de ella para hacer lo mismo. Después la aferró de las caderas y la ayudó a moverse sobre él; inmediatamente, los besos, las caricias y los gemidos se abrieron paso en la habitación, y volvieron a tener sexo, duro y caliente, y después de eso ambos quedaron casi extenuados y se durmieron.

Capítulo nueve

La joven fotógrafa despertó de madrugada algo confundida, hasta que se dio cuenta, en la oscuridad de la noche, de dónde estaba.

Miró a su derecha y vio a Grayson, que yacía a su lado; su respiración era pesada y tranquila, lo que le indicó que estaba profundamente dormido, así que decidió que lo mejor era levantarse y marcharse.

Se movió muy lentamente para no despertarlo, cogió el móvil de la mesilla de noche y lo usó para alumbrarse y recoger sus pertenencias. Con ellas hechas un ovillo bajo el brazo, se introdujo en el baño y cerró la puerta antes de encender la luz.

De inmediato, empezó a vestirse; se colocó las braguitas y luego se apoyó en el lavabo y se miró en el espejo. De pronto experimentó un dolor en el pecho, y se tocó sobre la piel. Sentía un vacío dentro de su cuerpo que no podía ni quería explicar; no se sentía bien huyendo en plena noche, pero sabía que eso era lo mejor. Debía dejar atrás a Grayson y olvidarlo para siempre, pues su enamoramiento de adolescente por él sólo era eso. No era un sentimiento real, sino una fantasía que acababa de cumplir, y que anhelaba tal vez porque él pertenecía a una época de su vida en la que ella se sentía insulsa e invisible.

Agitó la cabeza y se frotó la cara, sin importarle si se corría el poco maquillaje que le quedaba.

Luego cogió una toalla y la humedeció, para pasársela por el rostro para limpiárselo. A continuación y sin demora, terminó de vestirse, se dirigió a la puerta y la abrió despacio, aún sin apagar la luz; quería que el reflejo le sirviera para admirar una vez más el magnífico cuerpo de Grayson. Él estaba boca abajo, y las sábanas apenas le cubrían las nalgas. Se encontró de pronto mordiéndose los labios, deseándolo una vez más, pero ya había sido suficiente lo que había obtenido de él, así que lo más recomendable era empezar a moverse para irse de allí. Apagó la luz del baño y caminó a tientas; no se puso las botas, las cogió en la mano, y salió de puntillas. Antes de cerrar definitivamente la puerta de la habitación, miró cómo dormía por última vez y sonrió, sin poder creerse todas las cosas que ambos habían hecho. Se sintió

más sexy que nunca, pues había sentido que Gray había adorado de punta a punta su cuerpo. Agitó la cabeza, deshaciéndose por un instante de sus pensamientos, y cerró muy despacio la puerta, esperando que el sonido del pestillo no lo despertase. En el pasillo, se calzó las botas y luego se dirigió hacia la salida mientras buscaba su móvil en el *clutch* para pedirse un Uber que la fuera a buscar al hotel y la llevara hasta su casa.

* * *

En cuanto la puerta se cerró, Grayson se sentó en la cama, sin poder creerse que la hubiese dejado marchar. Se pasó la mano por la cara y por el pelo, consciente de que, a pesar de que la había oído deambular por la habitación desde que ella se había levantado de la cama, lo mejor había sido no impedir que se fuera. No necesitaban una despedida, y aunque él había planeado volver a follársela durante el desayuno —ya que había alquilado la habitación por la noche completa y hasta media mañana no debían abandonarla—, interpretó que tal vez Emerson había sido más sensata que él.

«Pero joder, cómo me hubiese gustado volver a enterrarme una vez más en ella», se dijo mientras se desplomaba en la cama, con la vista fija en el techo.

«¿Qué mierda me pasa? Ambos dejamos muy claro que el compromiso y la repetición no nos va, así que, ahora, ¿qué carajo estoy pensando? Ha sido una noche perfecta, pero sólo eso... Buen sexo con una chica exquisita y nada más, así que espera un rato hasta que ella finalmente se vaya y luego mueves tu culo y sigues con tu vida.»

Pero, por más que se lo repetía una y otra vez, aún podía sentir la sensación de sus ojos comiéndoselo mientras él fingía estar dormido. Había notado claramente que ella se lo había quedado mirando desde la puerta del baño, y después desde la entrada, incluso había entreabierto los ojos levemente, haciendo un poco más de trampa, sin que ella se diera cuenta de que la había pillado haciendo un gesto que indicaba sin lugar a dudas que lo deseaba tanto como él la deseaba a ella. Verla mordiéndose los labios había sido sublime y su polla se había agitado ante la visión lujuriosa de Emerson, provocando que anhelara morder él mismo esa boca.

—¡Mierda! —farfulló, y se levantó de la cama. No necesitaba tener una erección con sólo recordarla.

Con un movimiento brusco, encendió la luz de la lámpara de la mesilla de noche y empezó a recoger sus cosas para marcharse también. Se vistió y, tras

cerciorarse de que tenía todas sus pertenencias, echó una mirada a la estancia antes de salir de allí. Entonces fue cuando vio los pendientes de ella

sobre la mesilla de noche del lado contrario a él. Estirándose sobre la cama con su esbelto cuerpo, los capturó, sonrió y pensó en llevárselos... Se dijo que tal vez, en algunos días, podía presentarse en su casa o en su trabajo con esa excusa, pero luego pensó que también podía enviárselos con un mensajero, o simplemente dejarlos en la recepción del hotel y enviarle un mensaje para que ella pudiera pasar a recogerlos.

Los metió en el bolsillo de su chaqueta y concluyó que eso era lo que debía hacer, ya que era lo mejor, aunque no podía obviar que en verdad no era lo que ansiaba.

—No es cierto que lo estás considerando —se rio mientras salía de la habitación.

Al llegar a la recepción, pidió que le trajeran su coche mientras le entregaba a la recepcionista su tarjeta de crédito para que se cobrara la estancia.

Luego sacó los pendientes, los vio brillar en su mano y finalmente volvió a meterlos en el bolsillo mientras agitaba la cabeza, incrédulo por lo que acababa de hacer.

Mientras conducía hasta su casa, conectó su móvil al equipo de sonido del automóvil con la esperanza de que la música lo distrajera. Abrió una carpeta al azar y la puso a reproducir, pero la canción que saltó, *Let's shut up & dance*, no hizo más que recordársela. Pensó en enviarle un mensaje, pero se dijo que entonces Emerson se daría cuenta de que él había salido casi detrás de ella del hotel, así que convino que era mejor hacerlo más tarde.

Cuando entró en su habitación y empezó a desvestirse de mala gana, oyó que su teléfono sonaba con la entrada de un mensaje.

Lo leyó parcialmente sin desbloquearlo, era de Emers.

Gracias por la magnífica noche. Lo he pasado muy bien, me ha encantado conocerte...

A la mierda si se daba cuenta de que él se había marchado tras ella, lo cierto era que quería leer el mensaje completo, así que desbloqueó su móvil y se metió en la aplicación de mensajería

... y que nos hayamos permitido un poco más de intimidad. Siempre tendré un gran recuerdo tuyo. Adiós.

«Adiós», reflexionó, sabiendo perfectamente que, aunque no quería encontrar explicación, no estaba dispuesto a aceptar esa palabra. Se tocó la

frente y se mesó el pelo; luego tocó la pantalla táctil para responder.

También lo he pasado muy bien.

Meditó algunos instantes lo que debía escribir, y se detuvo, consciente de que, lo que estaba a punto de expresar, distaba mucho de lo que deseaba decirle verdaderamente.

Te has dejado los pendientes en la habitación. Pensaba dejártelos en la recepción para que los pasaras a buscar por allí, pero al salir he olvidado hacerlo. Te los haré llegar, no te preocupes.

Releyó el mensaje antes de enviarlo y le pareció bien. Tal vez se arrepentiría al día siguiente, cuando lo pensara en frío, y decidiría no volver a verla, así que sonaba adecuado no concretar la forma en que se los iba a enviar. Volvió a releer y quedó conforme, pues el mensaje era escueto, y no demostraba ningún interés. Por tanto, tocó la pantalla y lo envió.

La vio en línea de inmediato, y casi de inmediato también ella le hizo llegar un estúpido emoticono con una manita con el pulgar hacia arriba que indicaba «ok».

—¿Qué mierda esperabas que te dijera? ¿Quizá imaginabas que sería ella la que se rebajaría a pedirte que os volvierais a ver? No lo hará, te ha dejado solo en la habitación del hotel y se ha ido sin despedirse siquiera. Esa mujer tiene los ovarios bien puestos y sabe lo que quiere, y por supuesto que no quiere ningún drama en su vida, así que no sé por qué cojones crees que puede cambiar de opinión sólo porque te la has follado. Es más —dijo mientras se metía en la cama, hablando consigo mismo mientras esponjaba su almohada—, tú tampoco deberías estar considerándolo siquiera.

Capítulo diez

Pasó por el Starbucks de la esquina para comprar un vaso grande de buen café; lo único que anhelaba a primera hora de la mañana era obtener una buena dosis de cafeína que la mantuviera con los ojos abiertos. Más tarde tal vez se sentiría capaz de lidiar con el café acuoso que preparaba Jordan en la máquina que estaba en la oficina.

Salió de la cafetería y se tocó la sien; sentía punzadas en la cabeza y por detrás de los ojos, ya que había dormido poco y nada después de que regresó a su casa tras abandonar el hotel.

Increíblemente, no había conseguido ni por un instante dejar de pensar en Grayson, ya que se había pasado el resto de la noche repasando una y otra vez cada momento que habían compartido. Tampoco había podido dejar de considerar lo magnífico que había sido el sexo con él. Incluso, aunque no quería aceptarlo, sabía que nunca había sentido una atracción tan instantánea ni una excitación tan profunda en toda su vida por otro hombre; todo lo que habían hecho, por más que habían sido tres veces las que habían tenido sexo, le sabía a poco... pero no porque hubiera sido poco, Grayson era un amante extraordinario, sino porque quería más de todo eso.

Por más que lo intentara, no podía obviar que quería más de Grayson; sin embargo, era plenamente consciente de que no era posible, ya que el problema radicaba en que él no debía enterarse jamás de que ella era la hermana de Arya, la persona que lo traicionó. No quería que la odiase; prefería que a él le quedara un buen recuerdo de la noche que habían pasado revolcándose en la cama del Sheraton.

Cerró levemente los ojos y luego se colocó sus Ray-Ban espejadas mientras sorbía de su humeante café sin dejar de caminar. Sus recuerdos volaron al día en que él descubrió el cebo que su hermana le había puesto; incluso rememoró la humillación que él tuvo que soportar por parte de su padre, y la forma despectiva en que toda su familia lo había tratado.

Agitó la cabeza y volvió a sorber de su café al tiempo que llegó al estudio de fotografía y entró.

* * *

«¿En qué mierda me he convertido?», se preguntó desde la esquina cuando la vio llegar. Iba vestido con un conjunto de chándal negro y llevaba puesta la capucha, que ocultaba parcialmente su rostro; incluso, cuando vio que ella se acercaba, se escondió tras un automóvil que estaba aparcado en el bordillo.

El caso es que, tras culminar su rutina de ejercicios en las máquinas del gimnasio de su casa, Grayson salió a correr para cubrir los kilómetros que a diario recorría para su entrenamiento, y había terminado allí, merodeando en su lugar de trabajo, como si él fuera un acosador.

Jamás había actuado de esa manera con ninguna otra mujer.

La villa italiana donde vivía estaba a menos de un kilómetro de distancia del estudio fotográfico de Emerson, así que, sin pensárselo dos veces, para no dar lugar al arrepentimiento, había salido en esa dirección.

Cuando llegó, se cuestionó seriamente lo que estaba haciendo, pero resolvió que no le importaba. Se había pasado el resto de la noche pensando en esa chica, y su atracción por ella se hizo cada segundo más insoportable que antes de haberla hecho suya. Sentía su cuerpo en llamas, con la sensación única de estar aún dentro de ella, drenando todo su placer.

«Esto es diferente... y me asusta», se dijo mentalmente.

Tocó los pendientes que llevaba en el bolsillo del chándal y empezó a andar en dirección al estudio.

Contarle que había salido a correr para entrenar parecía casi perfecto y no sonaba como una excusa, aunque él supiera que sí lo era.

La puerta se abrió, sin darle oportunidad de llamar.

—¿En qué puedo ayudarte? —le preguntó el hombre que salía de allí.

—Busco a Emerson.

—¿Se puede saber quién la busca, y para qué?

—Me llamo Grayson, y necesito hablar con ella. Es... por algo personal.

* * *

—Tienes un aspecto terrible, tus ojeras llegan hasta el suelo. Es evidente que no has pegado un ojo en toda la noche —le dijo Cristiano, apoyándose con las manos en su escritorio, mientras ella dejaba su

bolso y se sentaba tras la mesa.

—Estás en lo cierto, Cris —le contestó, dispuesta a soportar el

interrogatorio que se avecinaba, segura de que, hasta que no se lo contase todo con todo lujo de detalles, él no la dejaría en paz—, pero no por lo que te estás imaginando. Antes de las dos de la mañana estaba metida en mi cama.

—¿Quééééé? No me digas que el fortachón resultó ser una gran decepción.

—No, no lo fue. Es sólo que me fui antes de que la noche terminara.

—Pero... ¿lo hicisteis o no?

—Sí, lo hicimos, tres veces, y fue... glorioso cada vez. Y créeme que, de haberme quedado, seguramente lo habríamos hecho muchas veces más, pero me fui mientras él dormía.

—Cobarde, huiste de él entre las sombras. Tú no eres así, Emerson. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te perdiste la oportunidad de disfrutar hasta el último minuto?

Ella se encogió de hombros, apesadumbrada por el sentimiento, que no parecía del todo verdadero si no lo admitía.

—Emers —habló Jordan, entrando en su oficina e interrumpiendo la charla —, preguntan por ti.

—¿Quién? Si es otro vendedor de seguros, ya te dije bien claro que no los vuelvas a dejar pasar. Esta semana ya han venido cuatro.

—Soy yo.

—Es él —indicó Jordan, señalando hacia atrás y sin darse la vuelta, mientras se relamía los labios indicando grotescamente que Grayson estaba más que apetecible.

—Grayson... —contestó, extrañada y con la voz un poco temblorosa.

De inmediato se sintió horrorosa, pues sabía que ella tenía un aspecto de mierda, mientras que él, tan temprano, parecía escapado de una portada de *Men's Health*. Había salido tan amargada de casa que ni siquiera se había preocupado por lo que se ponía; estaba segura de que ni siquiera uno de los colores de su ropa combinaba con otro.

Durante unos segundos se quedaron en silencio, mirándose a los ojos, como si sólo ellos dos estuvieran allí.

«Dios mío, está increíble.»

La pura visión la hizo retorcerse en su silla, dirigiéndola casi a conseguir un orgasmo. Apretó los muslos mientras el deseo se intensificaba entre ellos.

King llevaba puesta una sudadera sin mangas con capucha y gafas espejadas de aviador. Sus tonificados brazos en completa exhibición la enviaron en caída libre al momento en el que la sostuvo en la ducha para empalarla sobre su gruesa polla. La visión era surrealista, pues estaba segura

de que sus bíceps estaban más hinchados que la noche anterior, lo que la llevó a conjeturar que tal vez, muy temprano, había estado entrenando.

—Hola, Emers. —Gray entró esquivando a Jordan y se paró frente al escritorio, luego lo rodeó y se inclinó para rozar suavemente sus labios con los suyos.

Ella sonrió, incómoda, y de inmediato miró por encima del hombro de éste, encontrándose con la mirada de Cristiano. Sabía que había visto muy bien cómo la había saludado, así que no le extrañó que su amigo tuviera una ceja elevada, dejando flotar un interrogante en el aire.

—Cristiano, ¿cierto?

Grayson se apartó y, girándose, le tendió la mano a éste.

—El mismo. ¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—Intrigadísimo, me acabas de cortar el cuento. —Ella le dedicó una mirada aniquiladora, y entonces su amigo intentó arreglarlo de alguna forma—. Emerson me estaba hablando de un trabajo que nos han pedido —agregó, aunque sin sonar muy convencido—. No te preocupes, Em; luego seguimos. —Le guiñó un ojo—. Atiende a tu visita.

Se movió en dirección a la puerta y de camino empujó fuera a Jordan, advirtiéndole que no le quitaba el ojo de encima a Gray. Finalmente los dejaron solos.

—Siéntate, Grayson. Sinceramente, no esperaba verte hoy.

Utilizó un tono despreocupado, o al menos creyó que lo hacía, pues estaba decidida a dejar de lado sus deseos. Aunque estuviera salivando por él, sabía con exactitud que no podía darse el lujo de demostrárselo, pues lo mejor era alejarlo más pronto que tarde.

Tragó el nudo que se le formó en la garganta y sintió que el corazón se le hundía en el estómago.

Él se estiró en la silla, y se quitó las gafas de sol y la capucha. Después metió la mano en su bolsillo y dejó sobre la mesa de trabajo los pendientes.

—No tienes que decirme que no había prisa —dijo él con una sonrisa de lado, como si tuviera el poder de leerle la mente—. Todas las mañanas salgo a correr sin rumbo fijo, así que hoy lo he hecho en esta dirección.

Ella lo miró incrédula; había corrido hasta allí y ni siquiera parecía cansado. Su resistencia era asombrosa.

Antes de que ella pudiera decir algo, Grayson se puso de pie y caminó tras el escritorio, corrió su sillón, empujándolo hacia atrás, y apoyó sus brazos a

ambos lados de ella, en los posabrazos, enjaulándola y provocando que Emerson quedara sin una sola gota de aliento.

—Sé muy bien lo que acordamos anoche, y sé exactamente lo que ambos queremos, así que... como ninguno quiere involucrarse más que en sexo, cuando he entrado y te he visto, he pensado que no hay nada de malo en que nos volvamos a follar. Anoche te fuiste muy pronto, tenía la habitación para nosotros hasta media mañana, y, la verdad, siento que nos perdimos poder experimentar algunas cosas más, juntos. Planeaba ponerte en varias posiciones y no tuvimos oportunidad. —Levantó una ceja en una expresión inquisitiva, esperando una respuesta por su parte.

Emerson abrió la boca, pero no le salieron las palabras. Grayson, con su proximidad, estaba consumiendo todo el oxígeno en la habitación y se le estaba haciendo dificultoso respirar.

Él se inclinó un poco más y reclamó sus labios; su lengua se abrió paso y hurgó con excitación en el interior de su boca. Con facilidad, tiró de ella y la puso de pie, atrayéndola contra su duro cuerpo, provocando que de inmediato Emers sintiera la longitud de su abultada polla incrustada en su vientre.

Finalmente, él detuvo el beso y ella deseó que no la soltara, pues temía acabar despatarrada en el suelo.

Cuando él se apartó, ella dejó escapar un gemido; se sentía demasiado mareada, pero, a la vez, más viva que nunca.

Gray apoyó su trasero contra el escritorio y cruzó los brazos sobre su musculado pecho.

—¿Estás de acuerdo?

Asintió con la cabeza y se mordió el labio; estaba segura de que él podía advertir claramente cómo la vena en su cuello palpitaba acelerada.

No podía ayudarse a sí misma con él tan cerca, invadiendo su espacio, y por supuesto no podía siquiera pensar en rechazarlo. Estaba haciendo el tonto sin hablar, inmersa en la nube de deseo en la que él la había envuelto, pero debía decir algo.

—Supongo que una vez más estará bien —logró responder—. Conectamos bien anoche en la cama.

Miró en el espejo azul de sus ojos y vio que sus pupilas se dilataban por el deseo. Estaba convencida de que él se sentía tan lujurioso como ella. Bajó la mirada a su entrepierna y notó que su miembro se veía monstruosamente duro bajo su chándal. Él advirtió dónde depositaba ella la mirada y se miró la entrepierna; sin pudor, se acomodó el paquete y le dijo:

—Sí, estoy seriamente en problemas. Tu cercanía me pone así de duro, y te juro que estoy conteniéndome para no tirarte ahora mismo sobre esta mesa y follarte sin parar, pero... respetaré tu lugar de trabajo. ¿A dónde quieres ir? ¿Paso a buscarte esta noche por aquí o por tu casa?

—Envíame mejor un mensaje con el sitio donde quieres que nos encontremos, prefiero ir en mi coche.

—¿Para huir más fácilmente de madrugada?

—Soy una mujer independiente; me gusta decidir cuándo me voy de algún lugar, así que espero que eso no hiera tu orgullo de macho alfa.

—No lo hace, en absoluto. Sólo intentaba ser caballeroso yéndote a buscar para que no tuvieras que conducir. Mi propuesta no tiene por qué herir tu orgullo feminista.

—Entonces, si no te molesta, prefiero ir por mis propios medios.

—De acuerdo. Quieres ir a cenar también o...

—Consigue una habitación —lo cortó—. Si lo que estamos acordando es follarnos unas veces más, el acuerdo no tiene por qué implicar que tengamos que salir en plan de cita.

—Me parece bien.

Lo que siguió fue un beso frenético, apasionado e imprudente. Él se movió tan rápido sobre ella que Emerson sólo atinó a sostenerse de su cuello. La había cogido por la nuca y estaba devorando su boca de una manera loca, succionando su lengua y sus labios, hasta quitarle todo el aliento. Tanto fue así que ella creyó que en ese momento, quien la poseía, era Igor, el que luchaba sobre un ring, el que no aceptaba jamás una derrota.

Grayson deslizó una mano por su costado y la dejó apoyada en el nacimiento de su trasero, luego la bajó un poco más y le apretó las nalgas, aprisionándola más contra su fornido cuerpo. Un gemido ahogado partió de la garganta de ambos y fue la señal precisa de que todo se estaba descontrolando más de la cuenta.

Sin embargo, parecía imposible que alguno de los dos se detuviera. Él metió la mano por la cinturilla de su holgado pantalón de tiro bajo y le acarició las nalgas sin dejar de besarla; luego quitó la mano y cogió una de sus piernas, enroscándola en su cintura. Frotó su erección contra la bragueta de ella y pensó por un instante en faltar a su palabra y no respetar que estaban en el lugar de trabajo de Emers.

Se apartaron, y ambos respiraron con dificultad, mirándose con ansias. Él levantó la mano y acarició los mullidos labios de Emerson, resiguiéndolos con

el pulgar, como si estuviera arrepentido de que el roce de su barba los hubiera dejado tan irritados. Se acercó, le dio un suave beso y luego dijo:

—Te enviaré las señas del lugar donde nos encontraremos. No te quito más tiempo.

Salió de allí aturdido, fue hasta el Starbucks de la esquina, compró un café, regresó al estudio, llamó y le abrió la puerta una mujer que no había visto nunca antes.

—¿Puedes dárselo a Emerson de mi parte?

—Claro —contestó, extrañada y admirando sin disimulo el físico de Gray—. ¿De parte de quién?

—Cuando ella lea el vaso, entenderá quién se lo envía.

Se colocó la capucha y las gafas después de que aquella mujer recogiera el vaso de café y se marchó.

—Em —habló Abby, la encargada de *making of*, entrando en su oficina—. Un chulo que estaba para pasarle la lengua de punta a punta como si fuera un cono de helado te ha traído esto.

Emerson sonrió embobada y cogió el vaso de café.

—Me ha dicho que, cuando leas lo que ha escrito ahí, sabrás quién te lo envía.

Emerson leyó.

Te pido disculpas por hacer que tu café se haya enfriado. No me permites invitarte a cenar, ni tampoco que te recoja y te lleve, pero me he tomado el atrevimiento de reponer tu café.

Había una flecha que indicaba que girara el vaso.

Me he excedido con el texto => La próxima vez...

De nuevo había una flecha para que girara el vaso.

... no sé si tendré la voluntad suficiente como para no olvidar el lugar donde estamos; es una advertencia, por si te estás preguntando de qué va esto: pienso volver y sorprenderte muchas veces más, me gusta follar contigo.

Cuando levantó la vista, se dio cuenta de que Abby aún permanecía de pie frente a ella, esperando una explicación.

—¿Qué?

—No puedo creer que te estés tirando a semejante tipo. ¿De dónde lo has sacado? Acabamos de llegar a Menlo Park y tú ya tienes una conquista, te juro que me siento deprimida. —Hizo un mohín—.

Hace seis meses que sólo tengo cita con mi vibrador; te odio... Emerson Campbell. Por favor, pregúntale si tiene un amigo y salimos los cuatro.

—Abby...

—No seas egoísta... Soy tu amiga de la secundaria, y, sí, estoy claramente necesitada, no me avergüenza decirlo. Supongo que debe de tener amigos tan buenorros como él.

—No lo sé... Sólo tenemos sexo; no pretendo indagar demasiado en su vida.

—Sólo tenemos sexo. —Abby la imitó hablando—. ¿Y lo dices así, tan despreocupada, y sin apiadarte de tu amiga? —Ella se sentó sobre el escritorio—. Eres una desvergonzada, cuentas dinero delante de los pobres.

—Si no buscaras una relación seria cada vez que conoces a un hombre, en tu vida tendrías mucha más acción.

—No hace falta que me lo digas, ya lo sé, pero no puedo, sabes que soy muy enamoradiza. Soy un desastre y los hombres huyen de mí atemorizados de que los lleve a la capilla de Elvis en Las Vegas en medio de la noche.

Las dos se desternillaron hasta las lágrimas y hasta que la barriga les dolió de tanto reír.

* * *

Durante todo el trayecto de regreso, no hizo más que pensar en los besos y en el pequeño cuerpo de Emerson moldeándose contra el suyo. Estaba empezando a resignarse a pensar en ella, y a aceptar que sus curvas lo tenían atrapado en un sentimiento que jamás imaginó sentir.

Ella era pasión, deseo, fuego... y sólo quería quemarse en ella, sin importar las consecuencias.

Llegó a la villa italiana que compartía con el resto de los luchadores, entró por el gran pórtico de medio punto hecho en madera alemana y empujó una de las hojas que lo conformaban; luego atravesó el vestíbulo de entrada, con techos abovedados realizados en ladrillo italiano, y en el camino oyó murmullos provenientes de la sala, así que fue allí donde se dirigió.

—Hola, tíoooo.

—Hola, pequeño gigante.

Daniel Júnior corrió a su encuentro y Igor lo levantó en el aire, haciéndolo girar. Besó el cuello del chiquillo, provocando que éste riera a carcajadas por las cosquillas que su barba le transfirió. El crío era el hijo de Kaysa, quien en la actualidad se hacía llamar Ellie Carter; ella había tenido que cambiar su identidad y la de su niño para salvaguardar sus vidas de la mafia rusa, ya que

había sido prisionera de esa organización. Viggo, uno de sus compañeros luchadores, fue el encargado de rescatarla de las garras de esos traficantes de vidas humanas, al igual que al pequeño, a quien también le dio su nombre y apellido y al cual trataba como si fuera un hijo de su propia sangre.

En la sala también encontró a Zane y a Ariana; esta última estaba recostada en el sofá mientras su marido le masajeaba los pies. Su embarazo ya estaba bastante avanzado, y en uno pocos meses nacería el primogénito de la pareja.

—Danieeeeeeeel —la voz de Ellie se oyó desde la cocina—, me has hecho perseguirte por toda la casa, ¡ven a bañarte!

El crío se retorció en los brazos de Igor.

—Tío, no permitas que mi mamá me atrape; ella me tira de las orejas para lavármelas, prefiero que después me bañe mi papá.

—Shhh... En ese caso, te bajo y te ocultas detrás de mí.

Apenas Ellie entró en la sala, Igor le guiñó un ojo y pidió compasión señalando al pequeñín, que se escondía tras él.

—Es imposible darle una buena educación a este niño si todos aquí en la casa lo consentís.

—Déjanos malcriarlo —acotó Zane—. No seas gruñona.

—Veremos qué dirás cuando nazca tu hija y te desautoricemos. Cuando ella crezca, seguramente querrá traer algún noviete... y yo seré la primera en ayudarla para que no te enteres.

—El niño no se quiere bañar en este momento, no entiendo por qué comparas ese hecho con que algún malnacido se quiera follar a mi pequeña.

—¿Qué es follar, tío? —inquirió Daniel Júnior, aferrado a las piernas de Igor. Todos se partieron de risa por el brete en el que se encontraba Zane, ya que el crío estaba en plena etapa de preguntar por todo y, hasta que no le contestaban y sus dudas quedaban todas subsanadas, no se detenía.

—Shhh... Tu mamá se dará cuenta de que estás ahí —le dijo Zane, intentando persuadirlo para que éste olvidara su pregunta.

Por detrás, Viggo entró corriendo y agarró al niño, suspendiéndolo en el aire mientras simulaba que lo hacía planear.

—Te atrapéeeeeéé.

—Papiiiii, no quiero que mamá me bañe; hazlo tú, por favor.

—Ok, yo te ayudaré a hacerlo, pero las orejas hay que lavarlas bien, como dice mamá.

—Tío Igooooor. —El chiquillo jugó una carta más, buscando su ayuda.

—Cariño, me temo que es todo lo que puedo hacer.

Viggo y su familia se fueron hacia la casita de huéspedes que ellos ocupaban, la cual había sido remodelada y ampliada, para adaptarla, cuando su hijo fue a vivir con ellos.

Igor se quedó con la vista perdida mirando cómo se marchaban y, aunque después de estar en la guerra creyó que no era posible que algún hecho lo asombrara, no pudo dejar de hacerlo al considerar el gran cambio ocurrido en la personalidad de Viggo... De ser un hombre solitario, taciturno, tosco y que renegaba de la vida, pasó a ser otro totalmente diferente; de un tiempo a esta parte siempre se lo veía jovial y agradecido de haber dejado entrar el amor nuevamente en su corazón.

Agitó la cabeza; eso no era para él, jamás lo probaría, que lo disfrutasen otros, porque él no estaba dispuesto a que su vida se convirtiera en un gran culebrón mexicano, ya que tarde o temprano las cosas nunca terminaban bien.

—Zane —dijo Igor antes de irse hacia la cocina para beber algo con lo que hidratarse—, necesito que me facilites entradas para la lucha del fin de semana y, en lo posible, que sean buenos sitios.

—A tan sólo dos días del combate será difícil conseguir buenas localidades. ¿Cuántas quieres?

—Que sean cuatro, por favor. Mueve tus hilos, hombre; necesito que sean para la primera fila... Ya sabes que nunca te pido nada.

—Veré qué puedo hacer.

* * *

Después de que Gray se fuera del estudio, Jordan y Cristiano irrumpieron en su despacho y no le permitieron eludir el tema hasta que ella no soltó todos los detalles del encuentro de la noche anterior, y de la visita matutina que Grayson le había hecho en su lugar de trabajo.

—Me arrepiento de haber sido tan débil y de haber aceptado pasar otra noche con él.

—Deja de mentir, no te arrepientes en absoluto. Te conozco y, cuando tus ojitos brillan de esa manera, en lo único que estás pensando es en si se la vas a mamar antes o después de echar el primer polvo.

—Jordaaan... —Ella intentó mostrarse ofendida, pero la verdad era que no podía dejar de fantasear con el encuentro de esa noche.

—¿Por qué estás tan callado, Cristiano?

—Porque no sería tu mejor amigo si no te recomendara que lo dejaras

pasar.

—¿Qué dices? No le hagas caso, reina; nadie puede quitarte lo bailado.

—Cállate, Jordan —lo urgió Cris.

—No lo haré. Creo que esta mañana, mientras me duchaba, éste de aquí ha debido de golpearse la cabeza y yo no me he enterado.

—Deja tus estupideces para otro momento y cállate.

—No lo haré. Estoy convencido de que las oportunidades no hay que dejarlas pasar.

Cristiano puso los ojos en blanco, ignorando a Jordan, y se estiró sobre el escritorio para coger las manos de Emerson.

—Yo también lo creo —afirmó Cristiano—, pero no quiero que sufras.

Emerson bufó, agobiada.

—Puedo bromear, puedo decirte que el tipo está para que te lo montes sin parar, hasta que te chupe incluso el cerebro... Ya sabes que ayer te alenté para que salieras con él, pero... te he visto mirarlo hoy y... tu mirada no era sólo de deseo.

Ella cogió una gran bocanada de aire, pero no lo negó.

—Sabemos que él odia a tu familia y tú estás tomando ventaja al usar el apellido de tu abuela, así que, por tu bien, antes que te enganches más, dile quién eres en verdad antes de volver a tirártelo.

—No quiero que me odie también, prefiero que guarde un buen recuerdo de mí. Cancelaré la cita, pero no le diré quién soy.

Jordan puso los ojos en blanco, se levantó del asiento y, antes de marcharse, soltó una frase sarcástica.

—Al final, importa una mierda si las cosas no salen como queremos, porque vale más tener cicatriz por valiente que piel intacta por cobarde..., y no lo digo yo, lo dijo Bruce Lee.

Capítulo once

Le había dicho a Cristiano que cancelaría la cita con Grayson, pero, aunque había intentado hacerlo en varias ocasiones mediante un mensaje, finalmente lo había borrado antes de mandárselo. No tenía el valor de declinar salir con él; su deseo era un vil villano que había levantado la cabeza, venciendo su razón. Incluso, cada vez que había escrito ese texto que nunca envió, procuró convencerse a sí misma de que ésa sería la última vez que se encontraría con él.

En ese momento estaba en su casa, lista e impaciente, y a esas alturas sentía que en cualquier momento la frustración se abriría paso en ella.

Gray no se había vuelto a poner en contacto con Emerson, no le había mandado ningún mensaje con los datos del encuentro, y ella, simplemente, había resistido las ansias de preguntar.

Tenía un nudo atascado en el estómago, y hasta estaba arrepentida por no haber cedido para que él fuera a buscarla.

Su teléfono, de pronto, se iluminó, y sintió cómo se le encogía el corazón. Cogió el móvil para desbloquearlo y leyó.

Hotel Garden Court, en el 520 de Cowper Street, en Palo Alto.

Sólo debes anunciarte en la recepción, pues estás registrada como huésped. Te darán una llave; sube directamente al ático.

Ok, nos vemos en un rato.

Le respondió de manera desinteresada, pero lo cierto era que se sentía totalmente opuesta a como le contestó. Tomó una bocanada de aire, batallando por obtener más oxígeno, y, aunque sabía que una buena estrategia para no demostrar lo desesperada que estaba por verlo era hacerlo esperar, también era consciente de que estaba a años luz de conseguirlo; su maldita voluntad era una puñetera idiota que sólo ansiaba salir a su encuentro.

Por ello, después de beberse el contenido de un botellín de agua, decidió que era hora de partir. Se dio un último vistazo en el espejo, retocó su maquillaje, acomodó su pelo y se marchó.

Como todavía no conocía muy bien las calles de la ciudad, introdujo la dirección en el GPS y dejó que la aplicación de su móvil la guiara. El trayecto

hasta el centro de Palo Alto resultó ser corto; cuando llegó, se dio cuenta de que su corazón latía de manera desbocada, debido a la anticipación que sentía por el encuentro con Grayson. Apenas divisó el hotel *boutique*, admiró el lugar elegido, advirtiéndole que era un sitio muy romántico. Dejó su automóvil en el aparcamiento del hotel y subió la escalinata de entrada, acercándose a la recepción para solicitar la llave.

—¿Necesita la ayuda de algún empleado para algo más?

—Muchas gracias, pero no es preciso.

—Muy bien. En ese caso, bienvenida al Garden Court; esperamos que su estancia aquí sea de su agrado.

Estaba nerviosa; le resultaba extraño encontrarse con un hombre sólo para follar; jamás había hecho un acuerdo tácito de esa índole con nadie... simplemente, cuando había tenido sexo ocasional, la cosa había surgido de forma espontánea.

«Tal vez Cris tenía razón y no debería haber aceptado este trato; ahora que lo pienso, no resulta nada coherente, ya que una repetición para follar sólo me coloca en el papel de amante, y no en el de un encuentro fortuito.»

La puerta del ascensor se abrió en el piso del ático, paralizando sus pensamientos; sin embargo, aún estaba a tiempo de retroceder sobre sus pasos, sólo debía apretar el botón para que el elevador la volviera a llevar hacia abajo, pero, casi como una respuesta instintiva e inconsciente de lo que su subconsciente deseaba, sus pies la llevaron fuera de la cabina.

Revisó los números de las habitaciones en el pasillo y, cuando halló la puerta que buscaba, pasó la llave electrónica por la cerradura y la luz titiló, indicándole que estaba destrabada.

Despacio, accedió a la habitación, a lo que era una sala de estar y un comedor integrado, y estudió brevemente el entorno. El sitio era bastante amplio, con una decoración clásica y sobria, en tonos ocres, beige y azules, con un aire del viejo mundo. Gray no estaba visible, aunque sobre el sofá había una chaqueta que le indicó que él ya había llegado; entonces decidió llamarlo.

—Grayson...

Después de decir su nombre, éste no tardó en salir de lo que supuso era el dormitorio.

Tuvo la tentación de lamerse los labios apenas lo vio, pero bajó la mirada, un tanto asustada por cómo palpitaba su corazón; no le quedaron dudas de que un sonrojo cubrió sus mejillas, pero esperó, ciertamente, que él no lo hubiese

notado.

King, por su parte, sabía perfectamente que ella estaba subiendo, así que no lo pilló desprevenido para nada; él mismo había pedido que lo avisaran desde la recepción cuando la fotografía llegase. Al verla, notó la preocupación en Emerson... Su ceño estaba fruncido antes de ocultar su rostro; tal vez se sentía confundida, al igual que él, por el deseo que podía notarse en el aire.

«Odio admitirlo, pero sólo verla me hace sentir totalmente vulnerable, joder», pensó él.

Con el tiempo, y todo lo que le había tocado vivir, había aprendido a ser un gran cínico que sabía enmascarar con excelencia cada una de sus emociones. El Ejército lo había adoctrinado en ese sentido, y las luchas lo habían perfeccionado, para que su oponente jamás advirtiera su próximo movimiento.

—Estaba en el baño. Entra, ponte cómoda si te apetece. —Señaló hacia la mesa—. Me sentaré a cenar; he pedido servicio de habitación del restaurante italiano que está en el hotel —le explicó mientras se acomodaba en la silla y desplegaba una servilleta sobre su regazo—, ya que no he tenido tiempo de comer nada antes de venir... y no quería que tuvieras que esperarme.

Él se mostraba distante, frío, pero por dentro estaba haciendo un gran esfuerzo por no acorralarla contra la puerta y hacerla suya de una vez por todas.

«¿Es así cómo será este encuentro? ¿Ni siquiera se acercará a saludarme? —se planteó ella—. ¿Qué ha pasado con la ternura del mensaje en el vaso de café?»

Asintió con la cabeza, pensando que tal vez no era para tanto, sólo que ella estaba muy ansiosa por recibir uno de sus acalorados besos.

—Enseguida estaré por ti —continuó diciendo él—. Puedes pasar a la habitación si no quieres acompañarme.

«¿Por qué me trata así? Parece como si yo sólo fuera un objeto para su satisfacción, como si mi lugar fuese el de una mujer que sólo sirve para hacerle el favor.»

Igor se sentó a la mesa y empezó a descubrir todas las exquisiteces que había pedido y que estaban en una bandeja de plata con tapa; había pasta, camarones, vieiras, cangrejo, tomates y rúcula. Llenó un plato con un poco de cada cosa; luego cogió la botella de chardonnay que descansaba en un balde con hielo y se sirvió una copa. De inmediato comenzó a comer; ella aún permanecía de pie en la entrada, mirando cómo él se dedicaba a ignorarla.

Finalmente, después de engullir algunos bocados, él se percató de que Emerson no se había movido; en realidad, lo había notado en todo momento, sólo que estaba haciéndose el desentendido.

Acto seguido, dejó los cubiertos a un lado con total parsimonia, se limpió la boca y bebió del vino antes de empezar a hablar sin mirarla.

—No has querido que te llevara a cenar —comentó él antes de meterse otro bocado en la boca, después de dejar la copa sobre la mesa—. Siempre puedes unirme a mí si no has cenado aún, hay comida suficiente para que la compartamos, o al menos... deja de mirarme, porque es un poco incómodo que lo hagas, además de ser una falta de educación.

—Lo has hecho a propósito, ¿no es así?

—¿Quieres comer? —le respondió con otra pregunta, eludiendo su afirmación.

—Sólo se trata de que no aceptas un no como respuesta, ¿a eso se debe? Contesta —le exigió.

—¿Vas a cenar o me esperas en la cama?

—Me gusta decidir lo que quiero y lo que no.

—Perfecto, lo he entendido muy bien esta mañana. —Él seguía comiendo mientras le respondía, sin levantar la vista del plato.

—Pareces un niño caprichoso haciendo su berrinche, sólo porque no he aceptado cenar contigo.

—A la única que estoy oyendo despotricar es a ti, así que lo que creo es que tú eres la única culpable de que el encuentro no esté resultando más ameno; ahora, si estás dispuesta a admitir que estás arrepentida por no haber aceptado cenar conmigo, de acuerdo: deja de rezongar, siéntate y come.

—¿Por qué haces que todo sea tan frío? Resulta incómodo.

—Alto —replicó, dejando la servilleta en la mesa y levantando un dedo mientras le dedicaba una mirada letal—. Tú eres quien ha decidido que el encuentro se resume a follar y follar; tal vez sólo tienes ganas de que tu cuerpo... no sé... produzca la melatonina suficiente como para conseguir un sueño placentero; no estoy en tu cabeza, pero, si es así, no te culpo, varias veces en la vida he apelado a un polvo para lograrlo, pero entonces no deberías quejarte de que no tengamos un intercambio que, además, implique buena charla... y te recuerdo, por cierto, que no he sido yo el que ha decidido que transformemos nuestro encuentro en simplemente meternos en la cama.

Volvió a bajar la mirada, cogiendo los cubiertos para continuar comiendo, sin escapársele que ella estaba a punto de convertirse en una bomba de

relojería preparada para estallar.

—Eres un pedante.

—¿Algo más que quieras decirme, adjetivándome?

Después de algunos segundos, volvió a levantar la vista y se quedó mirándola fijamente a los ojos.

—¿Debo creer que eres un entusiasta de darle alcohol a la chica que está a tu lado, ya que se supone que la bebida y la buena charla la ablandan para que se deje echar un polvo?

—No es el caso aquí, tú has venido para eso, así que compartamos una cena o una copa, o nada de eso; sé que te follaré de todas formas.

»Pero... también sé que no hay necesidad... —se puso de pie y se acercó a ella, cogiéndola por la cintura e invitándola a caminar. Pilló su bolso y lo colgó en el respaldo de una de las sillas—... de ser tan distantes... Siéntate y come conmigo. No hay nada de malo en ello, pues que compartamos una cena no implica que vayamos a involucrarnos más de la cuenta. Te pido que —le acarició los hombros para que se relajara— bajas la guardia, Emerson. Ambos sabemos de sobra lo que buscamos, así que... no hagas de este encuentro un momento antipático; todo puede pasar en un marco agradable sin necesidad de sentirnos incómodos. Sólo estoy intentando que te des cuenta de que no quiero coartar tu independencia feminista; simplemente intento que lo pasemos bien cuando estamos juntos, de principio a fin.

—Estás acostumbrado a salirte siempre con la tuya. —Ella se puso cachonda, a pesar del momento generado. Él la excitaba desde dentro hacia fuera; sentía su piel ardiendo por él, y su interior como un río de lava, por las palabras presumidas que se vertían de su boca, y por esa sonrisa fanfarrona que no se preocupaba en ocultar. Sabía que él tenía razón; además, estaba segura de que él estaba al corriente de lo atractivo que a ella le resultaba, y por supuesto estaba aprovechando eso.

—Casi siempre —le corroboró, y se inclinó para darle un beso suave en los labios—. Estás adorable, enfadada, y estoy a punto de saltarme la cena y tirarte aquí, sobre esta mesa —se acercó a su oído, haciéndole cosquillas con su aliento, y ella no pudo evitar que un escalofrío le erizara toda la piel, como si se tratase de una descarga eléctrica— y comerte el coño. Me muero por lamerte, Emerson, pero... —la miró a los ojos y sonrió, y luego le guiñó un ojo—... te dejaré para el postre, creo que eres el agregado ideal después de esta fantástica cena.

Ella quiso evitar que una sonrisa se dibujara en la comisura de sus labios,

pero no pudo hacerlo; le encantaba que él le hablara sucio al oído; era tan sexy que le hacía perder la razón.

—¿Has cenado?

Emerson negó con la cabeza.

—Muy mal —le sujetó el mentón con una mano—, te necesito con fuerzas, porque tengo pensado agotarte en la cama..., así que, sin discutir, vas a sentarte y comerás.

Emers tragó saliva. Él parecía tener la supremacía de anular todos sus pensamientos. Estaba a punto de sentarse en una de las sillas cuando Grayson tiró de ella y la situó sobre su regazo; su cuerpo pareció de gelatina al entrar en contacto con el duro y macizo cuerpo de él. Le acarició la espalda y dejó su mano, descansada, en su trasero. A pesar de llevar la ropa puesta, podía notar el calor que traspasaba la tela y que le desgarraba la piel. Estaban tan cerca que le resultó imposible no aspirar para comprobar lo exquisito que Grayson olía; su piel tenía rastros de una composición armónica de notas dulces y saladas con matices del calor del sol.

—¿Vino? —preguntó Igor finalmente con su voz de barítono. Levantó la copa de la que él estaba bebiendo anteriormente y se la ofreció.

Emerson se sentía temblorosa; él era un hombre abrumador se mirara por donde se mirase, y no quería que percibiese lo inconsistente que la ponía, así que rogó porque su pulso, cuando cogiera la copa, no la delatara.

—Gracias.

No quería pensar en lo fácil que había cedido; ni siquiera había intentado presentar batalla para no acceder a cenar con él. ¿Qué le estaba pasando? Tendría que haberse ido y haberle dejado claro que el acuerdo decía que sólo se encontrarían para follar; sin embargo, estaba siendo contradictoria con esa línea de pensamiento, ya que, cuando él quiso establecer ese punto, ella se sintió ofuscada, y en ese momento también lo estaba por estar haciendo lo que él quería.

«Decídete, Emerson.»

Grayson tenía la vista clavada en cada uno de sus movimientos; resultaba hasta intimidante la forma en que la miraba. Apenas Em bajó la copa, después de beber, él se la quitó de la mano sin apartar sus ojos, y cayó sobre sus labios, besándola descontroladamente, como si no le fuera posible permanecer alejado por más tiempo de ella.

Obnubilado por las sensaciones inmediatas que el beso le estaba produciendo, vislumbró que Emerson era la droga más peligrosa que jamás

hubiese consumido. Probarla sólo le hacía ansiar más, mucho más.

Por su parte, sentada en su regazo, Emers no pudo evitar sentir cómo su erección crecía bajo su peso a medida que el beso se desarrollaba. Sus respiraciones incluso se revelaban para volverse más pesadas, y más agónicas.

La muchacha cruzó sus dedos, enterrándolos en su nuca y provocando que Gray emitiera un sonido áspero que ella absorbió en su boca. Sus lenguas danzaron, retorciéndose, chocándose, succionándose, y los dedos de Grayson se hundieron en su trasero, consiguiendo de esa forma poder moverla sobre su bragueta mientras él se retorció en la silla para lograr más fricción.

Después de algunos instantes, y ante la falta de oxígeno, ella se apartó y abrió los ojos lentamente.

Su mirada entornada dijo más de lo que su boca podía expresar, pues sus pensamientos estaban siendo aplastados por la necesidad imperiosa de que Igor se metiera dentro de ella.

—Me ha parecido entender antes que me tomarías en el postre, pero apenas si has comido la entrada.

Grayson la cogió por la nuca y le mordió el mentón; luego se apartó y la miró a los ojos.

—Tienes razón, no es bueno saltarse ningún plato.

Emerson se arrepintió al instante de haberlo pinchado con esas palabras; si no lo hubiera hecho, tal vez él hubiese seguido y en ese instante ella estaría siendo penetrada intensamente, allí mismo o en la cama.

«Aprende a cerrar tu boca», se dijo para sí misma mientras una parte de ella quería simular que no le importaba tener que esperar para tenerlo, pero la verdad era que no engañaba a nadie... Sentía su entrepierna palpitante y húmeda, y estaba segura de que sus bragas estaban empapadas. Dejó caer su frente y la apoyó contra la de él y respiró con fuerza para impregnarse del aroma tan varonil de su colonia.

Los brazos de Grayson, entonces, dejaron sus nalgas y acariciaron su espalda, y a continuación la envolvieron, capturándola contra su fuerte pecho.

Emerson fantaseó con el abrazo; era tan poderoso que parecía que él podía protegerla de todo.

«No, —se amonestó en silencio—, él es sólo una aventura, y como tal te considera, así que eso es, simplemente. Grayson sólo es un ligue prohibido, algo que sólo puedes permitirte unas veces más y ya está, por todas las razones que ya sabes y que nadie tiene que recordarte.»

—Déjame alimentarte, para que luego pueda agotarte sin remordimientos.

Capítulo doce

La conversación durante la cena fue inevitable, pero Emerson sorteó con altura cada tema escabroso y sencillamente llevó la charla a un terreno seguro cada vez.

—¿Quieres que pida postre? —le preguntó Grayson, arrojando la servilleta sobre la mesa y demostrándole que no era un bárbaro sin modales.

Em se puso de pie y tiró de su blusa, quedando en sujetador. Grayson se recostó en la silla y sonrió; su mirada, implícitamente, se tornó oscura mientras cruzaba los brazos sobre su pecho, provocando que sus bíceps se abultaran casi hasta el punto de hacer saltar las costuras de su camisa, pero, como ésta era una mezcla que contenía spandex, resistió. Su postura, inherentemente masculina y dominante, hizo que la respiración de Emerson se entrecortara. Sonrió complaciente, demostrándole que le gustaba lo que estaba viendo, y esperó plácido su siguiente movimiento.

—Tú te has encargado de la cena... Así que ahora... déjame que me encargue yo del postre para ambos —pudo decir ella al final, y él asintió, sonriendo de forma peculiar.

Emers llevó las manos a la abotonadura de su pantalón, lo abrió y lo deslizó por sus caderas; lo dejó atascado en sus nalgas y cogió con un dedo el fino elástico de su tanga, enseñándoselo; a continuación, haciendo un movimiento muy sexy, lo levantó, trabándolo en sus huesos ilíacos. Le mostró una sonrisa maliciosa, demostrándole que ella también podía ponerse a jugar.

Grayson estaba totalmente duro, así que, con una mano, intentó acomodarse la erección, que se sofocaba contra la bragueta de su pantalón y que le resultaba muy incómoda. Esperó a que Em se quitara los pantalones, admirando su escultural figura. Esa mujer iba a matarlo y no estaba seguro de que pudiera contenerse más sólo mirándola, pues su polla saltaba desbocada a cada instante.

Emerson quedó sólo en ropa interior, pero no tardó en llevar sus manos hacia atrás para desabrocharse el sujetador. Se sentía hermosa, osada... Sólo con mirarla, Gray la hacía sentirse deseada. Cuando logró que el broche saltara, no dejó que el sostén se desajustara de sus senos: llevó una mano

sobre éste y lo sostuvo, permitiendo sólo que los tirantes cayeran de sus hombros.

Grácilmente, se dio media vuelta, lo miró por encima del hombro y comenzó a caminar hacia el dormitorio, invitándolo a que la siguiera. Grayson se puso de pie, dispuesto a perseguirla como si fuera un sediento en medio del desierto y ella, el agua que necesitaba para sobrevivir; no le importaba mostrarse así, precisaba estar cerca de ella, precisaba calmar de una vez las ansias que ella despertaba en él.

«Basta de juegos previos —pensó mientras se movía con rapidez para alcanzarla—. Necesito enterrarme en su coño o, para mi vergüenza, me derramaré en mis pantalones sólo mirándola.»

Entró en la estancia y la encontró sentada en la cama de tamaño extra *king*, acomodada en una postura sugerente. Aún se cubría los senos, sosteniendo el sujetador con uno de sus antebrazos, pero se había quitado el tanga; sin embargo, tenía cruzada las piernas y su vagina no estaba a la vista. Parecía haberse escapado de una de las portadas de la revista *Maxim*.

Igor, hambriento ante lo que veía, tragó saliva y comenzó a quitarse su propia ropa; sacó los faldones de su camisa de dentro del pantalón y, con prontitud, se la desabrochó, conteniéndose de arrancar los botones para lograr despojarse de ésta más rápidamente. Expuso su musculoso y atlético torso ante ella, provocando que Emerson se mordiera el labio inferior.

Los ojos de Gray brillaron y el negro de sus pupilas casi ocupó todo el azul de sus iris. Sin dejar de contemplarla, desabrochó la hebilla del cinturón y luego la cremallera, pataleó para quitarse los zapatos y se bajó el pantalón, despojándose a la vez de su bóxer y haciendo que su dura polla saltara libre. De inmediato, abrió una de sus grandes manos y le enseñó el condón que ya tenía preparado para hacer rodar sobre su longitud. Como la primera vez que estuvo con él, Emerson no se había dado cuenta del momento en el que se hizo con el preservativo, pero no le importaba; él era rápido, y eso le parecía más que bien a ella.

Él sonrió como el enigmático felino de Cheshire, ese que aparece en el famoso relato de *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*. Su sonrisa surgía cuando más cuestionamientos tenía Emerson. La muchacha cerró los ojos, intentando tranquilizarse; una controversia entre lo que era correcto y la lujuria que el cuerpo de Grayson le causaba se apoderó por un instante del momento, pero, cuando miró su erección, tragó el nudo en su garganta, y comprendió que no había tiempo para ponerse a pensar y mucho menos para

ser vacilante... Sólo se trataba de disfrutar de una noche más de sexo junto a este fabuloso hombre que emanaba lujuria.

Igor se inclinó sobre ella y empujó su lengua entre sus labios para darle un beso rudo, urgente, haciendo de manera instantánea que Em perdiera cualquier hilo de pensamiento que anteriormente tuviera. De inmediato, abandonó su boca y le lamió el cuello, y luego le habló de manera sucia al oído.

—Necesito estar dentro de ti... tan fuerte, que creo que no seré nada suave. Necesito, ahora mismo, que mi polla te penetre duro.

La abrumadora necesidad de poseerla dejaba de lado cualquier buen modal.

La tiró en la cama y abrió sus piernas.

El rápido movimiento la cogió por sorpresa, porque al instante él se abalanzó sobre ella.

—Aaaah... —gritó Emerson, pillada, y bajó su brazo, el que aún sostenía el sujetador, dejando sus pechos al aire; sus pezones le dolieron.

Grayson apartó la prenda y se quedó mirando sus tetas como si fuera un predador. Llevó una mano a uno de los senos y lo estrujó; su piel oscura contrastaba con lo cremosa que se veía la de ella y eso hizo que se sintiera obnubilado. Inclinó la cabeza para conseguir atrapar un pezón en su boca y llevó la otra mano a su entrepierna. Emerson estaba resbaladiza, y muy húmeda, y eso le encantó. Mientras le succionaba los pezones, bombeó con sus dedos dentro de ella, haciendo que su pequeño cuerpo se retorciera bajo el suyo. La chica había levantado ambas manos y le sostenía la cabeza, como si no fuera a permitirle que apartara la boca de sus tetas.

Sacó los dedos de su sexo y cogió su miembro para frotarlo en su entrada; sin poder esperar a sentir cómo su calor arrasador lo abrazaba, la penetró con la punta y ella gritó y envolvió sus piernas alrededor suyo. Gray alzó la cabeza y la miró; quería verla mientras se enterraba bien profundo en su interior.

Empezó a introducirse lentamente dentro de ella hasta que toda su longitud se perdió allí, y se sintió increíble, como si el calor de su coño fuese la cura de todo.

Quería besarla, pero no podía apartar sus ojos de ella, no quería perderse ningún gesto que Emerson hiciera. Movié sus manos, cogió las suyas y las llevó por encima de su cabeza; entonces meneó su cuerpo para bombearla más hondo, si eso era posible, y empezó a agitar las caderas. La forma en que ella jadeaba con cada envite que él le daba estaba dañando seriamente su razón; no quería dejarla a la mitad, así que esperaba desesperadamente que ella llegase

muy pronto, porque su cuerpo estaba al borde del clímax, a punto de perderse en un estallido febril.

—Joder, no puedo tener suficiente de tu sexo, Emerson; tu coño es un maldito embrujo..., es una droga y no puedo parar.

Grayson sintió cómo sus músculos lo aprisionaban cuando él empezó a hablarle sucio, así que continuó haciéndolo.

—Oh, Dios, creo que mi verga te había echado de menos; me gusta el calor que desprendes a mi alrededor. Me gusta tenerte así.

—Grayson, por favor, no pares. Justo ahí, es perfecto.

—No tengo deseos de hacerlo.

Milagrosamente, Igor consiguió contenerse el tiempo suficiente para que ella se corriera; había soltado una mano de sus manos para llevarla a su clítoris y ayudarla así a que llegase más pronto, y comenzó a moverse más rápido porque necesitaba sentir cómo su cuerpo lo envolvía, ordeñando su polla cuando entraba y salía de ella.

Todo era demasiado perfecto, demasiado mágico, demasiado intenso. Emers abrió los ojos y sus miradas se encontraron en el instante exacto en el que ambos contuvieron la respiración, mientras un orgasmo intenso e interminable los inundaba de placer.

La joven no se movió y él tampoco; con cada instante que pasaba, comprendían que algo extraño estaba comenzando a pasar entre ellos.

Finalmente, él rompió el silencio.

—¿Te gusta mi polla?

«Todo de ti me gusta», pensó ella, pero sólo asintió.

—Me gusta también tu sucia boca.

Su erección no había disminuido aún, a pesar de que había conseguido un orgasmo demoledor.

Grayson se movió dentro de ella.

—¿Qué es lo que te gusta de mi sucia boca? Las cosas que te dice... o las cosas que te hace.

—Ambas.

Igor salió de ella y un lamento involuntario ante la sensación de vacío partió de la boca de Emerson.

Gray se inclinó y le mordió el lóbulo de la oreja.

—No te aflijas —le dijo con la voz oscura—, todavía tengo planeado más para ti.

Se movió rápidamente y le dio la vuelta, poniéndola de lado; tiró del

condón que aún llevaba puesto y se colocó otro, luego levantó su pierna y la sostuvo en alto, para seguidamente penetrarla por detrás.

—Voy a follarte de nuevo —le anunció mientras se volvía a enterrar en ella—, voy a follarte toda la noche —le advirtió a la vez que comenzaba a bombearla—, para que por la mañana no puedas levantarte de la cama y sólo pienses en quedarte a mi lado esperando que te vuelva a penetrar. Te prometo que tu coño sólo querrá tenerme dentro, porque, cuando salga, no soportará la pérdida.

—Grayson, por favor —le pidió ella; no aguantaba las cosas que éste le decía, porque era lo que ella más deseaba, pero no podía ser; sin embargo, no quería pensar en eso, no cuando su miembro estaba entrando y saliendo tan despiadadamente de su cuerpo. Quería apartar sus fantasmas y disfrutar de los minutos que le quedaban junto a él; quería sentirlo y sentirse suya, aunque sólo fuera por unos instantes. Quería pensar que podía coger lo que él le ofrecía, y que no era imposible continuar disfrutando de Grayson tan libremente como lo estaba haciendo en ese momento.

—Eres la jodida perfección.

Sus palabras se derramaron de su boca sin proponérselo.

—¿Te gusta? —le preguntó él, y entonces ella se dio cuenta de que su pensamiento había sido expresado en voz alta.

Emerson asintió; no había manera de mentirle, no había forma de obviar lo mucho que le encantaba tenerlo dentro de ella.

De hecho, él pareció perder todo el control.

—Así es cómo te quiero; no te dejaré ir hoy, no hasta que tu cuerpo y el mío realmente queden saciados. No hay manera en el mundo de que te escapes de esta habitación, Emerson. Te quiero para mí, te quiero exprimiendo mi polla como lo estás haciendo ahora mismo.

Grayson soltó su pierna y levantó la mano, cogiéndola por el mentón para poder alcanzar sus labios; la besó y le mordió los labios sin dejar de follarla.

—No tienes escapatoria, Emerson Klein —le dijo con la voz entrecortada mientras ambos llegaban al orgasmo—, juro que no la tienes.

Lo hicieron durante toda la noche; descansaban o se duchaban y volvían a empezar. Era como si ambos se resistieran a despedirse. Él sabía que estaba siendo egoísta y muy rudo, pero no le importaba que al día siguiente ella no pudiera siquiera caminar; no lo hacía porque, cuando lo intentara, tendría que pensar en él, y lo desearía nuevamente dentro de ella para calmar esa pérdida insoportable que él dejaría entre sus piernas.

Finalmente se quedaron dormidos; ambos estaban exhaustos. Los despertó el sonido del teléfono de Emerson.

Ella abrió los ojos y pescó su móvil de la mesilla de noche.

—Hola —contestó con la voz adormilada.

—Em... ¿dónde mierda estás?

—¿Cris? —preguntó, desorientada. Había dormido apenas un par de horas y quería continuar haciéndolo, estaba extenuada.

—Sí, obvio, soy yo.

Sintió un pesado brazo que la envolvía desde atrás y, a continuación, un cuerpo que se deslizaba a su lado y que no tardó en abrirle los muslos. De inmediato, el calor húmedo de la lengua de Grayson incendió su hendidura, haciéndola gemir sin que pudiera contenerse de hacerlo.

—Joder, sigues con él y estás teniendo un puto mañanero mientras gimes en mi oreja.

—Lo siento, Cris, no es un buen momento. Luego te llamo.

—Oh, Dios, no puedo creer que estés follando mientras hablas conmigo.

—Yo no te he llamado.

Emerson tocó la pantalla de su móvil y finalizó la llamada. Al instante, abrió más sus piernas para darle mayor acceso a Grayson. Su maldita lengua era tan buena como su polla, y sentía que no tenía voluntad para salir de esa habitación.

Volvieron a tener sexo, y luego se ducharon.

—Es hora de irnos. Debería haber llegado hace dos horas al estudio de fotografía.

—También me he saltado mi entrenamiento matutino, y mañana tengo combate. Si pierdo, serás la culpable.

—¿Yo?, ¿por qué?

—Porque estás drenando toda la energía de mi cuerpo de una maldita forma —le mordisqueó los labios mientras se secaban en el baño—, pero no me importa. Desayunemos y luego nos vamos.

Se miraron a los ojos.

—Prometo que sólo será el desayuno.

Los dos se rieron, porque ya estaban nuevamente abrazados, acariciándose y sintiendo que las palabras de Grayson sonaban sin convicción.

—Tenemos que parar. Lo sabes. Hemos follado como conejos durante toda la noche.

—Y te ha encantado, así que no veo cuál es el problema.

—El problema es que debemos volver a la realidad; no podemos seguir encerrados en esta habitación, echando polvos.

Él la agarró por la cintura y la sentó sobre el lavabo.

—¿No?

La cogió por la nuca y volvió a besarla, demostrándole que sí podían quedarse ahí teniendo sexo de nuevo. Los dedos de su otra mano ya estaban acariciando los pliegues húmedos de su vagina y ella estaba otra vez gimiendo en su boca.

—Grayson, por favor, debemos irnos —le rogó, intentando apartarse de su boca.

Él bombeó sus dedos, entrando y saliendo de su interior, y se apartó para mirarla a los ojos.

—Por favor, no juegas limpio.

—Lo sé; sólo dime que realmente lo que quieres es que me detenga y me detendré.

—Grayson... —suplicó.

—¿Dime?

—Oh, Dios, eres tan bueno... —Él continuaba bombeando y, además, con la otra mano, le acariciaba el clítoris. Emerson estaba empapada otra vez—. No puedo; lo dicho, no eres justo, pero no pares.

—No lo haré; no lo haré, nena.

Después de que ella llegara gracias a sus dedos, se retiró, dejándola sola por unos instantes, y fue por el último paquete de condones que le quedaba y que había quedado tirado en el suelo de la ducha.

Blasfemó al darse cuenta de que no había más. Se lo colocó con rapidez y regresó para penetrarla rápidamente. Juntos eran como el Big Bang, y no les costaba demasiado esfuerzo hacer que explotaran.

Al parecer, durante toda la noche, habían aprendido a conocerse, así que sólo tenían que hacer exactamente lo que al otro lo encendía para llegar fácilmente al orgasmo.

—Esto es una puta locura, Grayson.

—Lo es, pero me encanta. Dime que a ti no.

—Estamos locos, ¿lo sabes?

Rieron. Luego se asearon por enésima vez y, después, pidieron el desayuno.

Estaban terminando de comer cuando él le preguntó:

—Sé que me he comportado como un maldito cavernícola, pero no lo he

podido evitar. ¿Cómo te sientes?

Emerson bebió lo que quedaba de café en su taza y se puso de pie. Se movió y luego caminó hacia la cama.

—Puedo andar, así que creo que estoy bien —contestó mientras se alejaba.

Él la alcanzó por detrás y se quedó mirando cómo ella empezaba a buscar su ropa. Emers estaba poniéndose el sujetador, y él entonces buscó su bóxer.

—Quiero volver a verte, y no empieces a decir nada, porque sé que tú también lo quieres. Somos perfectos en el sexo, así que seguiremos teniéndolo hasta que alguno de los dos se canse.

Ella se dio media vuelta y lo miró a los ojos, consciente de que, en cuanto saliera de ese lugar, se arrepentiría de lo que estaba a punto de aceptar.

—¿Cuándo quedamos?

Grayson sonrió complacido y ella también al verlo tan feliz. Él caminó hasta donde había dejado su chaqueta y sacó un sobre de ésta.

—Me gustaría verte esta misma noche —le explicó mientras se acercaba —, pero, como te he comentado, mañana tengo una pelea y, si te veo hoy, mañana estaré destrozado, porque te follaré toda la noche de nuevo. Toma, son entradas para que vayas a verme. ¿Te animas?

—¿De verdad me estás invitando?

Él asintió.

—Tienes cuatro entradas, para ir con quien quieras.

Emerson se colgó de su cuello y le dio un beso en sus mullidos labios.

—Gracias, iré con Cristiano y Jordan... y tal vez con Abby. —Él frunció el ceño—. La conociste ayer, le entregaste mi café.

—Aaah, sí, ya la recuerdo.

—Me muero por ir a verte sobre el ring.

—Bien; nos veremos mañana, entonces, y después del combate ya decidiremos qué hacer. Lo más probable es que deje reservado este ático.

—Me parece perfecto.

Capítulo trece

Se despidieron en la entrada del hotel, mientras ambos esperaban que les trajeran sus coches.

—¿Nos vemos mañana? —quiso corroborar él.

—Sí, iré, claro. Supongo que no puedo llevar mi cámara.

—No te dejarán entrarla.

—De acuerdo.

—Pero tal vez puedo ofrecerte... —se acercó a su oído—... una sesión de fotos íntimas algún otro día.

—Señor, su vehículo —interrumpió el aparcacoches, entregándole sus llaves.

—Muchas gracias.

Ella quedó sin habla, imaginando el momento que él acababa de prometerle. Le había dicho que le daría la oportunidad de fotografiarlo como quisiera, o al menos eso estaba imaginando.

Grayson se dispuso a subirse a su automóvil, listo para marcharse.

—Espera. —Emerson lo cogió por el brazo antes de que se fuera—. Concreta lo que quieres decir con *sesión íntima*.

Se rio subrepticamente y, sin contestarle, partió de allí desternillado de la risa, sin poder apartar de su mente la expresión pasmada de Emerson. Sin duda la había puesto a fabular, tal como quería que hiciera, y parecía muy interesada, así que no le quedaron dudas de que estaría esperando la oportunidad de realizar una sesión de fotos con él.

Condujo hasta la villa en Atherton sin poder alejar ni un solo instante sus pensamientos de ella.

No quería preguntarse lo que le estaba pasando con esa mujer; si lo hacía, estaría aceptando que algo era diferente... aunque en verdad sí lo era; desde la primera vez que la vio fue así. Y durante la noche anterior, cuanto más se enterraba en ella, más quería hacerlo... Era como una puta obsesión, cada vez que conseguía correrse, por demostrarse que el próximo orgasmo no sería tan demoledor y todo volvería a ser como era siempre que estaba con una mujer, pero eso no había ocurrido... y cada orgasmo se había convertido en el mejor

de toda su vida, pues cada uno había resultado ser más arrollador que el anterior. Esa mañana no quería dejarla, se había convertido en un idiota sin sentido que sólo ansiaba pasar un minuto más junto a ella. Cogió su móvil y conectó el reproductor al automóvil; luego tocó la pantalla táctil, buscando alguna carpeta de música, ninguna en especial, y la puso a reproducir.

Dancing with a stranger comenzó a sonar. Grayson bajó la ventanilla del coche y apoyó el codo en ella; necesitaba que el aire le golpeará en la cara para sentir que no era un sueño lo que estaba viviendo, para comprobar incluso que, aunque la realidad pudiera ser ominosa, era eso, su realidad. Se masajeó la frente y escuchó la letra de la canción. Se sentía abrumado, le costaba reconocer lo que estaba sintiendo, acaso como el cantante... ¿él tampoco podría superar a Emerson? Hacía escasos instantes que se habían despedido y... Agitó la cabeza cuando recapacitó y asumió lo que le estaba ocurriendo: sí, ya la estaba extrañando. Se tocó el pecho, confundido; quería redirigir el coche para ir en dirección contraria; quería perseguirla; quería, de ser posible, convertirse en su propia sombra.

—No es posible que esté reconsiderando esto —se rio.

Llegó a la villa italiana y entró dispuesto a ir a su habitación para ponerse ropa de entrenamiento y empezar con la rutina diaria. Ya era algo tarde, no podía demorarse más.

—¿Dónde mierda te has metido?

—No eres mi padre; soy adulto y no tengo por qué darte explicaciones acerca de dónde paso la noche, Zane.

Lo detuvo sujetándolo del brazo.

—Sólo soy tu maldito mánager, lo sé, pero mañana tienes una gran pelea que no puedes perder, y tendrías que estar con tu rutina de perder peso para mañana poder rehidratarte. Estás descuidando la estrategia que teníamos...

Igor se zafó de su agarre.

—No me jodas, sé muy bien lo que hago.

—Las apuestas están en marcha.

—¿Crees que no lo sé?

—Es una mujer la que te tiene así de distraído ¿verdad? Y, además, es alguien que te importa, porque, si fuera de otra manera, la hubieras traído aquí... Sin embargo, la estás ocultando. Para eso me pediste las entradas. Veo que Ariana tiene razón, tú también te has enamorado.

Igor lo cogió por la ropa.

—Cállate, sólo... ¡Maldición!, deja de decir estupideces.

—¿De verdad estoy diciendo estupideces? Porque te miro a los ojos y lo dudo.

—Tranquilicémonos. —Se apartó de Zane y se pasó la mano por la cara —. Deja de alucinar. Sí, es una mujer... pero no significa nada de lo que te estás imaginando; ella sólo es un desahogo. Estoy impaciente por la pelea, y necesitaba distracción, salir de aquí. Sólo se trata de eso, necesitaba cambiar de aires.

Se quedaron mirándose a los ojos.

—Te necesito concentrado en el combate de mañana, Igor. Sabes que invertí todo lo que tenía en este regreso. Ariana lo desconoce, y yo simplemente confié en mi equipo. Mi hijo está a punto de nacer y quiero asegurarme su futuro.

—Zane —lo cogió por los hombros—, no es preciso que me lo recuerdes. Todos estuvimos de acuerdo en que apostarás tu capital entero, y yo no te defraudaré. Puedes confiar en mí.

—Lo sé, sé que tu palabra es muy valiosa, y... sé que pondrás todo de tu parte, al igual que los demás, pero... mañana es la pelea, y tú nunca te distraes. Lo siento, creo que entré en pánico al ver que no aparecías y me he asustado un poco.

—No debes hacerlo. No he dormido en casa, pero sólo porque necesitaba despejar mi mente.

Mallic le dio espacio, decidiendo confiar en él, pero algo le indicó que no debía perderlo de vista, así que, cuando Igor ascendió escaleras arriba, lo siguió y entró tras él en su habitación.

—¿Qué quieres ahora?

—Súbete a la balanza. Quítate la maldita ropa y súbete a la balanza.

—Zane, sé muy bien cómo cuidarme. No me he salido de la dieta, no he hecho nada estúpido —

mientras replicaba, obedeció y se subió a la báscula.

—Es cierto que se supone que debes estar muy activo, pero hoy has perdido mucho peso, más de la cuenta, y esto se sale de nuestro plan... ¿Qué cojones has estado haciendo toda la noche?, ¿cómo es posible? Mandaré a que te preparen algo de comer; te meteré la comida hasta por el culo, si es necesario, para que llegues al peso que teníamos acordado.

—Deja de ponerte como un psicópata. ¿Puedes calmarte? Sólo son diez libras menos de lo que calculamos, apenas cuatro kilos y medio; hoy las recuperaré.

—No puedo tranquilizarme, siento que no estás comprometido. Tenemos un plan, teníamos un plan, mejor dicho, y en el último tramo tú vas y te apartas de él... y mira el resultado. No puedo creerlo.

—Estás exagerando, Zane.

—Vete a la mierda, Grayson King.

* * *

No podía llegar vestida al trabajo de esa forma —desde luego, hacerlo cerca del mediodía ya le aseguraba que todas las miradas estarían dirigidas a ella—, así que decidió pasar por su casa a cambiarse de ropa.

Cuando finalmente apareció en el estudio, no esperaba encontrarse

primeramente con Xavier.

—Hola. Tienes mal aspecto, de destrozada.

Ella volvió a ponerse las gafas oscuras.

—Creo que algo que comí ayer me cayó mal. No podía levantarme de la cama.

Él la miró, estudiándola; la conocía muy bien, así que se sonrió y asintió con la cabeza. Luego le bajó las gafas, demostrándole que no se creía nada, y la miró a los ojos, comprobando lo que ya sospechaba.

Ella jamás enfermaba; se veía exhausta, pero por haber estado de fiesta. De todas formas, no dijo nada, simplemente se acercó y le dejó un beso en la frente.

—Todas las luces están listas en el *set* para las tomas que hay que repetir esta tarde.

—Gracias, X.

Entró en su oficina y encontró a Cristiano sentado en su silla.

—Vaya, vaya, vaya... Finalmente la satisfecha amante se ha dignado aparecer. ¿Aún puedes andar?

Creía que llegarías a cuatro patas.

—No me jodas.

—Ayer me pareció entender que ibas a suspender el encuentro; cuando te fuiste de aquí, dijiste eso.

—Pero no lo hice, y me alegro de no haberlo hecho, porque lo he pasado muy pero que muy bien; he tenido una noche magnífica, con muy buen sexo... y seguirá ocurriendo mientras tengamos ganas de que ocurra.

—Entonces... si el arreglo ha cambiado, presumo que él ya sabe quién eres.

—No.

—¿No?

—Nuestro arreglo no involucra compartir nada excepto sexo, sólo eso. Ya te lo dije, pero parece que no me escuchaste.

—Estás jugando con fuego.

—Puede ser, pero disfrutaré cada momento con Grayson mientras tenga ganas de hacerlo.

—De acuerdo, disfruta, pero luego no digas que no te lo advertí. De todas maneras, como te quiero, y soy un buen amigo, aquí estaré para prestarte mi hombro cuando lo necesites, y por supuesto no tendré ningún cargo de conciencia, porque te he dicho desde el principio lo que pienso de esto.

—Descuida; puedes estar tranquilo, que no te molestaré. No necesitaré tu hombro. —Permanecieron en silencio, masticando la bronca—. A decir verdad, no te reconozco. No entiendo por qué te opones; me encantaría poder compartir contigo todo lo que me está pasando y, en vez de parecer mi mejor amigo, pareces todo lo contrario. Y, para que lo sepas, puedo decir mañana mismo que se acabó y él lo aceptará. No tendré problemas en manejarlo.

—Sí, claro.

—Por supuesto que puedo decir basta en cualquier momento.

—Me alegra que intentes autoconvencerte, pero a mí no lo haces. No quiero seguir hablando de esto, me pone loco que seas tan cabezota. Ve a otro con ese cuento que no te lo crees ni tú misma.

Mejor pongámonos a trabajar. Teníamos programadas las fotos del instituto de yoga de al lado, ya que por la tarde vienen las modelos para repetir las imágenes que salieron mal para HC.

—Iré a por mi equipo y avisaré a Peighton de que vamos para su local.

—Y yo se lo diré a Xavier, para que traslademos algunas luces; llevaré mi cámara también.

* * *

Por la tarde, Emerson estaba revisando todo el material fotográfico resultante de las dos sesiones de fotos que habían realizado ese día. Era tarde y ya no quedaba nadie en Pixel Factory, sólo ella y Cristiano, y éste justo se asomó a su despacho, dispuesto a despedirse.

—Si no me necesitas para nada más, me voy ya. —Ella estaba estirándose en el sillón mientras no podía contener un bostezo. Estaba agotada—. Tú deberías hacer lo mismo e irte a descansar; tienes unas ojeras tremendas.

—Aguarda, Cris, no me gusta que estemos enfadados. Oye, entra antes de marcharte y hablemos.

—A mí tampoco me gusta este ambiente hostil. ¿Qué quieres?

—Sólo enseñarte esto. —Le tendió un sobre de color blanco.

—Y, eso, ¿qué es?

Cristiano se sentó en el asiento frente al escritorio y cogió el sobre. Cuando lo abrió, descubrió las entradas para ir al *underground*.

—¿Irás?

—Quiero hacerlo, pero esperaba no tener que ir sola.

Emerson se levantó de su silla y dio la vuelta para sentarse en el regazo de

su amigo mientras se acurrucaba contra su pecho.

—Sé perfectamente que tienes razón en todo; si lo que buscas es que lo reconozca, lo hago: no es simple sexo. Estoy asustada, estoy idiotizada, estoy abrumada por todas las sensaciones que Grayson despierta en mi cuerpo, pero no puedo parar. Sé que esto, en cualquier momento, se irá a la mierda y que, cuando él sepa quién soy, me va a despreciar, pero... no consigo alejarme de él, soy incapaz. Ya es demasiado tarde, la noche de ayer fue increíble y sólo pienso en repetirla.

—Te lo advertí.

—Lo sé, sé que me lo dijiste, pero, a la velocidad de la luz, él se ha convertido en alguien irresistible para mí. Lo hicimos durante toda la noche, y cada vez se convirtió en un momento especial... y, cuando me decía a mí misma que debía marcharme, me encontraba deseándolo nuevamente y todo volvía a empezar. Soy consciente de que lo más lógico sería dejarlo todo como está ahora, pero no me siento con fuerzas para dar marcha atrás. No he podido dejar de pensar en Gray en todo el día. Creo que mi enamoramiento de adolescente se ha transformado en algo más, algo que me asusta, algo que, por más que me advertiste...

—Era imposible de evitar... —concluyó Cristiano—. Ay, amiga, estás en problemas desde antes de que tus problemas aparezcan.

—Sí, y sólo espero un milagro. Sólo deseo que a él le esté pasando lo mismo que a mí y que, cuando se entere de que soy una Campbell, no le importe.

»¿Me acompañarás a verlo pelear?

—Ay, Dios, mío, toda esa testosterona dentro de la jaula... ¿cómo resistirse?

Capítulo catorce

El día de la lucha...

«En la casa no se habla más que de la pelea de esta noche. Estoy inquieto... esto no es sólo querer darle una paliza a alguien; esto es por la vida, porque eso es en lo que el *underground* se ha convertido para mí, en mi vida.

»Me encuentro bajo mucha presión, siento que no puedo fallar, por mí, por Zane y por el honor del equipo. Experimento la sensación de la adrenalina recorriéndome el cuerpo, y es exactamente lo mismo que sentía cuando estaba cumpliendo alguna misión en el Ejército y sabía que no podía fracasar, porque de mi éxito o de mi derrota dependía la vida de muchas personas.

»Mentiría si no admitiese que estoy contrariado por haber descuidado mi entrenamiento en los últimos días, pero, aunque no se lo he querido admitir a Zane, Emerson me ha sobrepasado; ella me ha tomado silenciosamente y no me he dado ni cuenta. Sin embargo, tengo confianza; estoy seguro de que puedo ganar este combate; sé que Snake, el luchador al que me tengo que enfrentar esta velada, es muy bueno, pero también sé que no es mejor que yo, y soy consciente de que me he preparado para este duelo durante mucho tiempo.

»A pesar de todo, no puedo atribuirle todos mis nervios a la lucha, pues percibo que mi ansiedad va más allá de la pelea en la jaula, y debo reconocer que parte de mi inquietud se debe a que estoy ansioso porque sé que ella irá a verme.

»¡Joder!, nunca me importa quién está sentado en las gradas, quién apuesta por mí o quién está deseoso de que me vaya mal, pero hoy es diferente; hoy son muchas las malditas razones por las que no puedo malograr este combate. No quiero que Emerson me vea derrotado, quiero que se lleve una estupenda impresión de mí. Desear que se sienta orgullosa de mí es demasiado, lo sé, pero eso sería la puta gloria.»

Se levantó de golpe del taburete que ocupaba en la isla de la cocina, haciendo a un lado sus cavilaciones, y llevó la taza y el plato vacío que había usado al fregadero.

—¿Necesitas algo más, Grayson? —le planteó Agatha.

—No, gracias.

—Hoy es el gran día, ¿estás bien? No pareces tranquilo ni confiado, sino preocupado por algo.

—No, claro que no. Voy a destruir al maldito Snake en la jaula esta noche, eso es pan comido.

Igor salió de la casa abrumado por todo lo que había estado considerando durante el desayuno, pues el rumbo de sus reflexiones lo hicieron sentirse descolocado. Incluso la cocinera parecía haber notado que algo en él no estaba del todo bien. Por ello, intentando serenarse y recuperar un poco de su rutina diaria, se dirigió al gimnasio.

Normalmente el día de la pelea ninguno de los luchadores acostumbraba a entrenar duro, pero Grayson necesitaba sosegar de alguna forma, así que decidió que un poco de entrenamiento podría servir para mantenerlo con energía, equilibrado y a salvo de sus demonios.

Se subió a la cinta de correr, poniéndola a un ritmo entre bajo y moderado, y la programó para un rato largo, con el objetivo de mantener el ritmo cardíaco más lento, y fuerte, para así conseguir estabilizar su energía en el ring y lograr más resistencia en el consumo de oxígeno, sin que se quedara sin aliento. Afortunadamente, llevaban trabajando muy duro en eso desde hacía un tiempo.

Cuando bajó de la cinta, sin embargo, comprendió que no había manera de que pudiera apartarla de sus pensamientos y, a menos que hiciera algo que le diera un poco de tranquilidad mental, no lograría concentrarse en la pelea, así que cogió su móvil y le envió un mensaje.

¿Irás esta noche?

La respuesta de ella no se hizo esperar, llegó casi de inmediato.

Sí, lo haré. Me acompañarán Abby, Cristiano y Jordan. ¿Estás listo para el combate?

Del todo. Avisame cuando llegues, por favor.

Está bien. Cuidate.

Tú también.

Zane apareció en el gimnasio en el preciso momento en el que él metía su móvil en el bolsillo del chándal.

—Ha llegado el fisioterapeuta para tu masaje —lo informó desde la entrada.

Habían contratado a otro profesional, ya que la barriga de Ariana era ya demasiado voluminosa como para que ella continuara con esa labor.

—De acuerdo; he terminado aquí, ya voy.

—Tu bañera con hielo está lista —le palmeó el hombro—, así luego Landy trabajará tus músculos para que estén sueltos y flexibles para esta velada. ¿Confías en ti, en tus posibilidades?

—Mucho. Lo destrozaré, no hay manera en el mundo de que pueda perder esta pelea. Sabes que hemos estado trabajando muy duro, con Teo y Kane, en las técnicas de lucha, y también contigo en la parte física, así que no debes preocuparte por nada. Soy el favorito esta noche, el número uno, y así será..., no hay otra posibilidad.

—Así me gusta oírte, hablando como el ganador que eres.

* * *

El corazón de Emerson no podía hallar paz, pues retumbaba dentro de su pecho, latiendo a toda marcha. Cogió el móvil que había dejado sobre el sofá y le envió un texto a su amigo.

Acaba de enviarme un mensaje para cerciorarse de que iré esta noche.

¿Qué crees que significa eso?

Que quiere verte ahí, por supuesto.

¿Y por qué crees que lo hace?

Supongo que... lo que quiere es pavonearse contigo en su ámbito. Estoy empezando a presentir que él también está bastante interesado en ti.

Emerson dejó el chat de lado y marcó el número de Cristiano.

—Hola.

—Debes calmarte.

—Sé que no es bueno ilusionarme con nada, tú mejor que nadie sabes que no estaba en mis planes que alguien entrara en mi corazón, pero... está pasando y no lo estoy deteniendo, y sé que es un desastre anunciado y eso me angustia.

—Habla con él. Pon las cartas sobre la mesa antes de que descubra de otra forma quién eres y se sienta burlado.

—Buscaré el modo de hacerlo cuanto antes.

—Bien.

—¿Me pasas a buscar para ir a la pelea? Estoy ansiosa y no me siento segura para conducir.

—Claro, cariño. ¿Abby va para tu casa o cómo hacemos con ella?

—La recogeremos en la puerta de Pixel Factory; a ella le queda más cerca

ir hasta allí.

—De acuerdo; te recogeré a las seis.

—No quiero llegar tarde; dile a Jordan que, por favor, esté listo a tiempo.

—Lo haremos, Em. Tranquilízate, por favor; no te reconozco.

—Yo menos.

Capítulo quince

«El camino a seguir es construirte una reputación, para que, después, te ofrezcan peleas potentes en el *underground*. Los buenos resultados son los que te harán conseguir grandes combates, y entonces, cuando todos noten que estás ahí, nadie podrá parar de gritar tu nombre, y te convertirás en el maldito número uno.»

Igor estaba intentando concentrarse unos minutos antes de salir a luchar, y recordó las palabras que Zane le dijo cuando se metió en el mundo de los combates de artes marciales mixtas. Él jamás le había mentado en nada, siempre lo había cuidado, y esa noche no podía estropear esa pelea; la responsabilidad era mucha, pero no estaba dispuesto a dejarse vencer.

Todo el equipo estaba junto a él, alentándolo, en el vestuario. Había mucha gente a su alrededor, mostrándole su apoyo. Igor bailoteaba y lanzaba algunos golpes y patadas junto a Viggo, para calentar, mientras sonaba *B.I.G.*; la música funcionaba a la perfección para acallar las voces de la gente en la arena de combate, que parecía estar enfervorizada esa noche, esperando el combate estelar del que él era el protagonista.

Aún faltaban algunos minutos para que saliera a pelear. La suya era la lucha que todo el mundo esperaba, y en la que las apuestas eran más fuertes. Igor estaba entre los favoritos del *underground* y los combates anteriores al suyo habían sido llevados a cabo por luchadores que estaban empezando a hacer su camino.

Su móvil vibró y miró la pantalla; desde que llegó, había estado atento, esperando que Emerson lo avisara cuando apareciera por ahí.

Ya estamos aquí. Esto está a tope, y la gente sólo habla de ti a mi alrededor. Guau, es una locura. ¿Estás tranquilo? Yo estoy temblando.

Hola. Emers. Estoy muy preparado. Me gusta saber que estarás aquí, viéndome.

A mí también me gusta estar aquí. Estoy inquieta, esperando verte.

Pronto se anunciará la pelea, sólo faltan algunos minutos. No te vayas cuando termine, mandaré a buscarte. Quiero verte, por supuesto.

Está bien. Suerte; a ganar, Igor.

*Es un poco extraño que tú me llames así, pero me encanta que lo hagas.
Es que hoy dejas por un rato de lado a Grayson para convertirte en Igor.
Estoy ansiosa por verte luchar. Dale duro a ese Snake.
Lo haré. Gracias.*

La presión que sintió durante todo el tiempo en su pecho se diluyó en el instante en el que se enteró de que ella ya estaba en el recinto, así que bloqueó su móvil y lo tiró dentro de su bolsa. Al parecer, la droga llamada Emerson Klein había llegado para que él lograra centrarse. Se acercó a Giovanni, el chófer, y le dijo:

—En la sección A, fila uno, asientos cinco a ocho, hay una muchacha rubia con el cabello hasta los hombros, se llama Emerson Klein; quiero que te encargues de traerla a bastidores después de que gane la pelea.

Saber que ella estaba allí había renovado, por algún extraño motivo, su confianza. Se sentía triunfador, se sentía como el número uno, con la actitud nata de un ganador.

—De acuerdo, Gray, lo tengo. ¿Sólo la hago venir a ella?

—Si las personas que están con Emerson quieren acompañarla, no hay problema en que lo hagan.

—Entendido.

En ese momento, los organizadores del combate aparecieron, anunciando que era hora de salir.

Ziu, otro de sus compañeros luchadores, le alcanzó la bandera con el logo del dojo que representaba, la calavera alada del santo grial del *underground*, para que se la pusiera sobre los hombros. Todo su equipo, además, llevaba una camiseta con su nombre escrito en la tela y el logo del equipo.

Tocó los puños de cada uno de sus camaradas, Viggo, Ziu, Nix, Ezra, Teo, Kane, Giovanni, Ellie y

Zane. Ariana se había quedado en casa, pues su barriga estaba enorme y no quería parir antes de tiempo en el *underground*, así que decidió no moverse del lado de Agatha y Júnior.

—Recuerda, intentará ponerte sobre tu espalda, pero tú sabes muy bien cómo bloquearlo.

—No te preocupes, Zane, estoy absolutamente preparado para que eso no ocurra. Voy a entrar en la jaula y voy a machacarlo.

—Dos minutos; vamos saliendo, por favor —anunciaron los organizadores de nuevo, y todos empezaron a caminar hacia la salida y luego enfilaron por el pasillo que los llevaba directos al ring.

—¡A ganar! —gritaron todos juntos, en apoyo a Igor.

Viggo y Ellie salieron por delante; ambos tenían asignadas plazas VIP, para ver desde allí el combate.

Las luces estroboscópicas comenzaron a pulular sobre las cabezas de la gente y los chillidos de todos se transformaron en una ovación mientras comenzaba a sonar *Lose yourself*.

—Oh, Dios mío, ¡ahí sale! —exclamó Emerson, cogiendo la mano de Cristiano y apretujándosela.

—No te mueras de un ataque al corazón aquí, Em.

—Creo que estoy a punto, nunca en mi vida había sentido tanta expectación. Esto es muy loco.

El animador hizo el anuncio, presentando a Igor. Emerson estaba sentada muy cerca, y él sabía que estaba allí, porque la vio cuando entró en la jaula. Necesitaba concentrarse en la pelea y dejar de estar pendiente de ella, pero la mirada de esa chica era como un imán, pues tampoco le quitaba el ojo de encima; incluso advirtió cuando Giovanni se le acercó.

—¿Emerson Klein?

—Sí, soy yo.

—Vengo de parte de Igor. No se vaya cuando termine la pelea, vendré por usted. Ahora la dejo para que pueda ver la lucha.

—Gracias.

— *Oh, My God!* Asientos VIP y vendrán a buscarte luego. Madre mía, Em, quiero ir contigo y que me presente a un amigo. No puedo creer el físico de tu hombre —soltó Abby cuando Igor se quitó la camiseta.

—No es mi hombre.

—Pues, si sólo es tu ligue, no sé a qué esperas para pasar a la siguiente fase; yo que tú no lo dejaría escapar.

El combate se inició y el intercambio de golpes resultó un ida y vuelta incesante.

—Ésta es una verdadera lucha de titanes, señores. Ambos contrincantes lo están dejando todo de sí mismos en estos primeros ataques —relató el locutor—. Es evidente que los dos quieren dañar al otro y ganar.

Snake vio la oportunidad y logró derribarlo, y ésa fue una gran muestra de poder. Emerson gritó cuando le dio con el codo en el ojo, le cortó en la ceja y la sangre empezó a manar casi al instante.

—Me cago en todo, hostia puta —chilló Emerson, y Abby la miró.

—No te conocía de esta forma. Eres una chica con una boca muy sucia,

amiga.

—No sé por qué he venido, es demasiada sangre para mi gusto —comentó Jordan, horrorizado.

Rápidamente, Igor reaccionó y se puso de pie, tiró una patada al cuerpo de Snake, al pecho, y éste la sintió. Aprovechando esa circunstancia, comenzó a molerlo a palos, controlando claramente la pelea; no cabía duda de que esa noche estaba dejando claro que era un gran luchador, que era el legítimo dueño de ese *underground* y que merecía estar donde estaba. Además, su modo de estar sobre el ring indicaba que era el amo y señor de aquel sitio.

Haciendo una gran demostración de dominio, provocó que la gente enloqueciera cuando giró y lo golpeó con fuerza con el pie; luego volvió a girar y volvió a pegarle en las costillas. No hacía falta ser un entendido en ese deporte para saber que lo estaba resintiendo; por más que Snake no quisiera mostrarlo, le era casi imposible ocultar el dolor que sentía con cada impacto que recibía.

A cada minuto que pasaba, Igor se convertía más y más en el favorito de la gente, ya que el público no dejaba de corear su nombre. Parecía como que todo estaba dado para que él saliera victorioso esa noche y nadie esperara lo contrario.

—Están ustedes viendo lo mismo que yo, Igor está castigándolo —narraba el maestro de ceremonias, y Emerson sintió que se estaba ahogando.

No podía apartar su vista de Igor, no podía creer el poderío de esos dos hombres dentro de esa jaula.

Igor, entonces, separó las piernas y lanzó una patada, manteniéndose de pie sobre una sola pierna para golpearlo; luego volvió a separarlas, haciendo que la gente silbara, vitoreándolo. Emerson, de pronto, se dio cuenta de que estaba haciendo lo mismo.

—Continúan pateando y golpeándose —prosiguió el animador—. Hay mucho movimiento sobre el ring y el combate es muy intenso, es un gran *show*. Es el espectáculo que todos estábamos esperando ver. Ambos luchadores están sangrando por los cortes que se han infligido uno a otro.

Sorpresivamente, Igor lanzó un puñetazo, conectándolo a la perfección y haciéndole mucho daño a su adversario, y luego retrocedió y lo combinó con un golpe izquierdo que lo dañó más aún, haciendo que su nariz sangrara también.

—Sí, sí, ¡Snake está herido! Lo está rompiendo poco a poco —gritaban los que estaban detrás de ella.

Emerson también lo estaba viendo, pero, que además otros lo notasen, la dejaba más tranquila, porque le estaban corroborando que no era sólo su sensación, ni tampoco eran las ganas que tenía de que eso ocurriera. Le resultó extraño ser consciente de que estaba deseando que Igor lastimara a Snake y lo dejase fuera de combate, pues sentía que no podría soportar que éste volviera a golpear a Grayson.

—Acaba con él, Igor, es tuyo. Remátalo de una vez —gritaban todos, enloquecidos.

Sin embargo, él no encontraba el hueco para conectar el golpe adecuado. Estaba a punto de terminar el primer *round* cuando Igor lanzó otro gancho de derecha y luego otro más con la izquierda.

Su oponente se tambaleó y, entonces, Igor giró y le propinó una patada en las costillas, haciendo que Snake se agarrara el costado. Nuestro héroe parecía que no tenía piedad, porque volvió a girar y volvió a patearlo.

—Sigue así, con los golpes largos; acaba con él de una puta vez, Igor, coño. Se acaba el *round*, no lo dejes ir —le gritó Zane.

De pronto todo cambió y el lugar quedó casi en silencio, porque Snake se zafó nuevamente y lo enganchó, logrando derribarlo.

—¡¡¡Joder!!!

Zane se agarró la cabeza cuando vio que el codo de Snake estaba impactando con mucha fuerza contra el rostro y la cabeza de Igor, causándole mucho perjuicio.

Emerson no podía soportar ver el castigo que estaba recibiendo; la angustia en su cara era incuestionable. En cambio, los seguidores de Snake parecían haberse multiplicado por docenas, porque sólo se oía su nombre. Éste estaba buscando cogerlo por el cuello; ésa era la maniobra favorita de ese luchador y parecía que estaba a punto de conseguir estrangularlo.

—Grayson, nooooo. Muévete, hostia, muévete —chilló Emerson.

—Esto es terrible, Em; lo están golpeando muy duro —le comentó su amigo Cristiano.

—Ésta es la última vez que os acompaño a ver tanta violencia; esto no es para mí —anunció Jordan, cubriéndose la cara.

Emerson reunió valor y salió de detrás del cuerpo de Cris, lugar donde se había escondido los últimos instantes, cuando oyó que Abby se levantaba en la silla y empezaba a gritar el nombre de Igor.

—Eso es, Igor —gritó su amiga—, tú puedes, ¡aniquílalo! Por favor..., por favor..., voy a morirme de un ataque al corazón.

Emers miró a su amiga y luego a Gray, y vio que éste finalmente había podido librarse de esa maniobra en el suelo, pero sangraba mucho, tenía cortes en la cabeza; era una escena muy brutal.

Con todo, Igor de pronto pareció haber escuchado a su mánager, porque su patada salió directa a la cabeza de Snake.

—Esto está ocurriendo de verdad, no están ustedes alucinando, no lo hacen —corroboró el presentador—. Igor acaba de derribar a Snake cuando parecía que todo estaba perdido para él y, atención, se abalanza sobre el cuerpo de Snake para golpearlo sin piedad, una, y otra, y otra, y otra vez... truncándolo, pulverizándolo... Su cuerpo parece inerte en la lona y ha bajado los brazos, ya no se defiende. Sí, esto está a punto de suceder: atención, el árbitro le indica a Igor que se aparte.

Todos coreaban su nombre; Igor se quedó a un lado del ring, aguardando, y de pronto saltó cuando el árbitro hizo la seña que indicaba que el combate había concluido.

—Eso es todo, señores. —El animador parecía tan eufórico como el resto de los presentes—. Se acabó, Igor ha conseguido otro *knock out*.

»King of kings, como muchas veces se lo llama en este sitio, es el vencedor, y es un resultado extraordinario, porque es lo que todos sus seguidores estaban deseando que sucediera. La expectación era mucha esta noche, porque Snake se conocía, sin duda, como un rival muy difícil, pero el regreso de Igor al ring de Atherton ha sido impecable; ha demostrado una vez más por qué se lo apoda el rey de reyes.

Emerson saltó de la emoción y de pronto se dio cuenta de que estaba de pie sobre su silla, y ni siquiera recordaba el momento en que se había subido a ella. Cristiano y Jordan no paraban de gritar también, y en ese instante se abrazó con Abby.

—Esto es una puta locura, amiga... y yo que no quería venir, gracias por traerme —señaló Abby.

Todo el equipo del santo grial, en segundos, invadió la jaula para abrazarse a Igor. Cuando se tranquilizaron, el locutor se acercó y le puso el micrófono para que el ganador hablara.

—Gracias por acompañarme esta noche. —Él miró hacia donde sabía que estaba Emerson y, aunque no la nombró, fue como si le estuviera hablando a ella—. Gracias por el apoyo y la confianza. Quiero agradeceréselo también a mi equipo, y a mi mánager. —Zane se acercó, le palmeó la espalda y después dejó su mano sosteniéndole el hombro—. Este *underground* es nuestro santo

grial, y estamos de regresoooo.

Capítulo dieciséis

Todo cuanto ocurría en el vestuario era una verdadera fiesta.

—Estamos muy orgullosos de ti, Grayson; has sido demoledor.

—Gracias, Nix.

—Cuando te ha derribado la segunda vez y has empezado a sangrar, tío, uf... sólo quería que te levantasas y le patearas el culo como lo has hecho, ¡lo he disfrutado mucho!

—En todo momento he sabido lo que tenía que hacer, Ezra.

Zane entró con los médicos del *underground*; debían atender los cortes en el rostro y en la cabeza de Igor, para que dejase de sangrar.

—Eres el puto número uno, Grayson —gritó Viggo apenas accedió al vestuario, para luego acercarse y levantarlo por la cintura. Ellie entró junto con él y, después de la efusividad de su pareja, aguardó para tener la posibilidad de felicitarlo también.

Mientras tanto, Giovanni ya estaba en las gradas, ocupándose del encargo que le había hecho Igor antes de empezar la pelea.

—La vengo a buscar para llevarla al camerino —le indicó a Emerson.

—Ellos son mis amigos, ¿pueden acompañarme?

—Por supuesto. Síganme, por favor.

Anduvieron en dirección hacia los pasillos. El chófer no estaba sólo, pues lo acompañaban algunos hombres del personal de seguridad del recinto, quienes se encargaron de escoltarlos, abriéndoles paso entre el público para que se trasladaran más cómodamente. Emerson se sintió extraña con tanta gente a su alrededor cuidándola.

La joven fotógrafa avanzaba agarrada del brazo de Abby, y su corazón no dejaba de martillarle con insistencia dentro del pecho. Estaba muy ansiosa por encontrarse con Grayson, pero se sentía caminando entre arenas movedizas en ese sitio donde no conocía a nadie más que a él.

—¿Cómo estoy?, ¿qué aspecto tengo? He estado gritando como una loca —le preguntó en un susurro a su amiga mientras se alejaban de los asientos.

—Estás guapísima, lo tienes todo en su justo lugar.

Emerson agradeció haber atinado con el atuendo que había elegido

ponerse, un vestido de cóctel corto, muy ceñido al cuerpo, de color azul noche, bordado con abalorios; tenía un escote halter y la espalda descubierta. Lo había comprado a muy buen precio y era de una colección pasada de la conocida diseñadora Sherry Hill; tan sólo se lo había puesto una vez, para una fiesta de entrega de premios en Los Ángeles, donde fue galardonada por unas fotografías que capturó en África y que presentó para un concurso en el que ganó el primer puesto. En los pies, llevaba unas sandalias negras de tacón de aguja.

Si bien, en ese sótano, se llevaban a cabo peleas que no eran reconocidas por ninguna federación, éstas tenían lugar en un pueblo donde vivían los megarricos, así que era obvio que todos los asistentes vestían muy bien y se alegraba de no estar desentonando.

La muchacha se dio media vuelta para ver a Jordan y a Cristiano, que la seguían por detrás, consiguiendo un guiño de ojo por parte de su mejor amigo; su mirada le advirtió a las claras que debía tranquilizarse.

—Giovanni.

Un grupo de chicas vestidas con ropa de diseño interceptaron en el camino al hombre que los estaba llevando hacia Gray.

—Hay fiesta —planteó una de ellas.

—No tengo ni idea lo que van a hacer.

—No te lo estoy preguntando, ya sé que la hay, ¿te olvidas de quién es mi padre? ¿Vas para el vestuario? Queremos felicitar a Igor —le indicó una morenaza muy atractiva.

—Luego, chicas, luego; cuando me digan que podéis pasar, vendré a buscaros.

—¿Qué es lo que pasa hoy, que está tan restringida la entrada? El gorila que está en la puerta del vestuario, compañero de éstos —señaló a los de seguridad del *underground*—, ni siquiera ha querido avisar a Igor de que estábamos fuera. ¿Acaso me veré obligada a llamar a mi padre para que me abráis la puerta? —amenazó nuevamente la morena que había hablado antes.

Una punzada de celos recorrió el cuerpo de Emerson y se le atascó en medio del pecho al darse cuenta de que esas mujeres eran *groupies* que indudablemente acostumbraban a meterse en el vestuario para intimar con Grayson y sus compañeros de lucha.

—Dejadme pasar, y así podré averiguaros algo; si me obstruís el paso, no podré hacer nada.

—¡Ja!, hoy os habéis quedado sin vuestra oportunidad, brujas. Está

Emerson aquí.

A pesar de que Jordan lo dijo entre dientes, lo hizo lo suficientemente alto como para que Emers lo oyera, y ésta no dudó en fulminarlo con la mirada. ¿Acaso quería que la lincharan?

Se detuvieron frente a una de las puertas que había en ese pasillo y el gorila que estaba ahí, como lo habían llamado esas chicas, se apartó para que el chófer entrara. De inmediato, Giovanni le cedió el paso a Emerson, Abby, Jordan y Cristiano.

—Ey, Giovanni, eres un traidor. ¿Por qué éstas entran y nosotras no?

Por supuesto que el chófer desoyó cualquier comentario y continuó caminando como si nadie le hubiera formulado ninguna pregunta.

Emerson accedió al vestuario encabezando la fila, e hizo un breve escaneo de la gente que allí estaba. Había muchas personas que felicitaban a Gray sin cesar, tratando de llamar su atención; sin embargo, al instante advirtió que su mirada se centró en ella apenas la vio atravesar la puerta. Sus ojos se pegaron a su esbelta figura, recorriéndola con una mirada oscura, para acabar anclados en sus desnudas piernas.

Igor avanzó hacia ella, ignorando a todos los demás. Su andar seguro allanaba el camino, haciendo que todos se apartaran para darle paso. Sus heridas ya habían dejado de sangrar, aunque los moratones permanecían a simple vista. Le habían quitado las vendas de las manos, pero aún continuaba vestido sólo con el *short* de spandex que había usado para luchar y que lo hacía parecer sexy como el maldito infierno.

Emerson se apresuró para encontrarlo a medio camino, y no le importó mostrarse tan efusiva.

—¡Felicidades! Casi haces que me muera de un ataque al corazón, pero ha sido fantástico ver cómo le has pateado el trasero.

Él la cogió por la cintura, ejecutando un claro movimiento de posesividad, y la aplastó contra su cuerpo. Ella respondió tal como él esperaba que lo hiciera y enredó sus brazos en su cuello. Sus labios chocaron inmediatamente con los de ella, en un beso rápido.

—¿Te ha gustado verme luchar?

—Ha sido increíble. Me has asustado cuando te ha tenido en la lona; han sido los minutos más extensos que me ha tocado vivir en la vida. —Mientras le respondía, inspeccionó el corte en la ceja derecha.

—No te preocupes, estoy bien.

Igor se apartó de ella y tendió la mano para coger la de Cristiano y la de

Jordan, quienes también lo felicitaron.

—Lo dicho, aunque soy un nato opositor de la violencia, debo reconocer que parecías todo un luchador vikingo sobre el ring y...

—¡Jordan! —lo advirtió Emerson, poniendo freno a alguna barrabasada que se le ocurriera decir; era bien sabido que él no tenía filtro.

—Ay, que no iba a decir nada indebido, ni nada que no esté a la vista. — Lo miró recorriendo su musculoso cuerpo y de inmediato hizo un gesto como si cerrara su boca con un cierre—. Bueno... como verás, están coartando mi libertad de expresión, así que sólo diré: felicidades de nuevo.

—¿Recuerdas a Abby? —preguntó Em.

Grayson se acercó a saludarla.

—Gracias por entregar el café de mi parte.

—Ha sido un placer ser tu colaboradora; cuando necesites entregar otro recado, ya sabes, cuenta conmigo.

—Bien. Nos vamos a ir a festejar mi victoria a San Francisco, ¿venís con nosotros?

Grayson se había dirigido a los amigos de Emers; su mano estaba fuertemente asida de la suya, y estaba dando por sentado que ella iría con él.

—Yo me apunto, desde luego —aseguró rápidamente Abby.

—Nosotros mañana tenemos un almuerzo familiar con los padres de Cristiano, que llegan a primera hora de Brasil, así que tendréis que disculparnos; otro día saldremos a celebrarlo juntos.

—No hay problema. Gracias por haber venido esta noche, de todas formas.

—¿Y a mí no me preguntas?

Grayson entrecerró los ojos y una media sonrisa de lado tiró de sus labios.

—Creía que tú y yo teníamos planes —contestó él.

El sonido de la puerta abriéndose y un alboroto fuera los distrajo de su pugna. El siempre eficiente Giovanni se apresuró a salir para ver qué pasaba en el pasillo, aunque bien podían imaginarse todos de qué se trataba. El chófer siempre era el encargado de sofocar la histeria de las fans; al unísono, empleados de aquel lugar entraron con varias botellas de champán.

—¿Os quedáis, al menos, para un brindis? —les planteó Igor a Jordan y Cristiano, quienes al instante asintieron.

—Venid, os presentaré a mis compañeros y miembros de mi equipo — propuso Grayson, sin desenganchar su mano de la de Emerson, dejando claro que no había manera de que la dejara irse. La guio hacia el interior del

vestuario y entraron en otra sala; ese sitio era como un gran laberinto bajo tierra, y también enorme. Inmediatamente, Igor se encargó de darla a conocer.

Estaban en pleno brindis cuando el chófer se acercó, intentando acaparar la atención de King con disimulo. A Emerson no se le escapó la negativa muda que Grayson expresó con la mirada, y que acompañó, además, con un movimiento casi imperceptible de la cabeza; ella no era tonta, así que las señales fueron más que suficientes para comprender que tenía que ver con las riquillas caprichosas que eran parte de su *troupe de groupies*. Ziu, otro de los luchadores que conformaba su grupo de amigos, al que minutos antes Gray le había presentado y que andaba en muletas debido a una lesión en su tobillo, se movió y anunció:

—Giovanni, yo me encargo.

Ellie, la pareja de Viggo, se acercó a Emers, y la fotógrafa comprendió claramente que estaba intentando distraerla con su conversación. No le molestó, pues si ella tuviera que hacer lo mismo por alguno de sus amigos, actuaría de igual forma.

—Os dejo por unos momentos; voy a darme una ducha, no tardo —aprovechó Gray para decir, y se marchó.

—Está bien.

En el ínterin en que la puerta se abrió y se cerró varias veces, ella permaneció de espaldas, sin darle mayor importancia de la que tenía; después de todo, no era nadie para reclamarle que él se viera y contactara con quien quisiera.

—¡Por favor!, hoy las *groupies* están fuera de sí, parecen gallinas cacareando.

La voz femenina que expresó esa frase le resultó sumamente conocida a Emerson, así que volteó su cuerpo para ver de quién se trataba.

—¿Peighton?

—Emerson, no sabía que te gustaran las luchas. ¿Qué haces aquí?

—Estoy con un amigo. ¿Y tú?

—Hija...

—Mi padre —dijo sonriente cuando uno de los dirigentes del *underground* se les acercó.

—¿Os conocéis? —preguntó éste.

—Sí, papi: ella es la propietaria del estudio fotográfico que está haciendo toda la nueva campaña de promoción en Ch'i.

—Definitivamente, Atherton es un pueblo chiquitito.

—Sí, señor, coincido plenamente con usted —confirmó Emerson—. ¿Recuerdas a Abby? —añadió, dirigiéndose a Peighton.

—Claro, ayer se instaló con su camarita en el instituto de yoga para realizar el *making of* de tu trabajo.

—La misma.

—Hola, Ellie, qué alegría verte por aquí. ¿Y tu pequeño?

—En casa, con la niñera y con Ariana. La pobre parece un globo; no quiero ni imaginar cómo estará cuando queden pocos días para el parto... por eso no ha venido.

—Claro, debe de parecer un fenómeno; a partir del quinto mes, la barriga crece sin parar.

—Me alegra encontrar una cara conocida por aquí; es la primera vez que asisto a ver una lucha —expresó Emerson.

—Bueno, no puedo decir lo mismo... He crecido en este mundo; mi padre es el director de este *underground* y, como verás, mi vida gira alrededor de los deportes. Ahora entenderás que el yoga y el resto de los servicios que brindamos en el instituto no fueron elegidos al azar, pues tienen que ver con lo que he mamado desde pequeña.

—Me doy cuenta.

—Has dicho que has venido con un amigo...

—No he venido con él, pero ha sido quien me ha invitado.

—Es invitada de Igor —le aclaró Ellie.

—Ah, nuestra estrella de la noche. Ya veo.

Peighton continuó hablando y, rápidamente, Emerson comprendió que era muy cierto eso que dicen que detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer. Ella le contó que su madre había muerto y que su padre nunca había vuelto a casarse, y, aunque sin duda el señor Cruz era un gran empresario, Peighton era una gran negociante que lo ayudaba con el *underground* y los torneos, además de dirigir su propio negocio de manera excepcional.

—Bien, papi, nuestro Escalade está listo para llevarnos al centro de San Francisco. Abby, ¿quieres venir con nosotros o prefieres ir con Emerson?

—Creo que iré contigo, presiento que me quedaría algo colgada si fuera con Igor y Em.

—Yo también voy... en el Escalade, quiero decir; no estarás sola, Abby —intervino Ellie.

—Claro... —acotó Peighton—, como si Viggo no te fuera a acaparar para él. Ven conmigo, Abby, sé de lo que hablo.

—¿De qué os reís? —indagó Grayson, acercándose.

Ya se había cambiado, pero aún llevaba el cabello húmedo. Olía y se veía como un pecado, con esos pantalones pitillo y esa camisa blanca mezcla de lino y spandex. Grayson siempre se vestía bien, pero esa noche parecía escapado de la alfombra roja en la entrega de algún premio. Por supuesto que Emerson se lo comió con la mirada, y casi no se preocupó por disimular; él era como un imán para ella.

King le sonrió y caminó seguro, y cuadró más los hombros, como si eso fuera posible, ya que su espalda era como una gran pirámide invertida en conjunto con su estrecha cintura. Sostenía una chaqueta azul, del mismo color de los pantalones, en una de sus manos, y hasta eso se veía sexy en él, pues la forma en la que sujetaba la prenda hacía que las venas de su mano destacaran, potenciando su atractivo.

Emerson contuvo el instinto de cruzar las piernas, y temió ponerse a maldecir por el desvío que representaba la celebración en sus planes, pues se suponía que pasarían la noche en un hotel, practicando sexo; tuvo que concentrarse en no decir ni una palabra de más, ya que estaba atrapada en la idea de ir a un *nightclub*, y no había manera de decir que no, porque, aunque se sintiera como una arrastrada, no le importaba esperar el tiempo que hiciera falta para estar a solas con él.

—Nada, sólo le estoy ofreciendo a Abby que venga con nosotros, en nuestro coche, para que no se sienta como una sujetavelas junto a vosotros. Definitivamente, será una noche de negocios y mucho alcohol para celebrar tu triunfo, y creo que tendré que ponerla alerta, para que sepa en quién debe confiar y en quién no.

»No sé si lo sabes, Emerson, pero hoy, además, es el regreso del *underground* a Atherton; por eso hay tanta algarabía. Hemos estado parados durante algunos meses —se acercó a su oído—, y esto no se sostiene sólo con la venta de entradas, ya me entiendes. Hay apuestas, y de eso tratan los negocios.

—Ya me lo imagino, pero... oye —dijo Emerson—, tal vez hubiera sido mejor enterarme antes de que eras la hija del señor Cruz. —Miró a Gray pícaramente—. ¿Hay algo que debería saber antes de ir a festejarlo con el ganador de la noche?

—Lo siento, tú ya has caído en la trampa, es tarde para salvarte, aunque, más que tener cuidado con los luchadores, debería advertirte de que lo tengas con las niñas ricas que están fuera, y que parece que hoy no tienen un lugar

aquí. Solían ser mis amigas y, créeme, son de temer.

—Bueno, basta de advertencias, no hay nada sórdido en este mundillo de las artes marciales mixtas, creo que estás asustando a Emerson. Es simple: ella exagera; de no ser así, su padre no le permitiría estar entre nosotros.

—Eso es muy cierto —corroboró el señor Cruz—, aquí todo es transparente.

Capítulo diecisiete

Gray cogió a Emerson de la mano, guiándola para salir del vestuario.

Ella debería haberse sentido muy fuera de su liga, pero, estando a su lado, no fue así. La seguridad de tenerlo a él junto a ella ahuyentó cualquier vacilación. Por otra parte, cuando vivía en Los Ángeles estaba acostumbrada a relacionarse con la gente en diferentes eventos; su trabajo, además, le había permitido cubrir otros tantos a los que jamás se hubiera imaginado asistir por sus propios medios..., pero el mundo del deporte era, en cierto modo, un ambiente que no estaba acostumbrada a frecuentar.

El señor Cruz salió encabezando la comitiva que abandonaba el lugar, y Nix se apresuró para hacerse notar con Peighton.

—¿Te llevamos en nuestro Escalade?, ¿o te resignarás a ir en el tuyo, con los hombres que acompañan a tu padre, y aburrirte, envuelta en una conversación de negocios?

—Si quiero diversión, no tengo ninguna intención de buscarla junto a ti — le contestó Peighton—. Además, estoy muy por encima de esas que consigues sólo por un viaje en coche gratis.

Ezra se rio sonoramente y Nix lo miró de manera mortífera.

—Lo siento, tío. Tú te has arriesgado a que me ría en tu cara; sabes que la chica no tiene pelos en la lengua, pero no aprendes.

Se dividieron en varios automóviles, y en el trayecto Emerson se sintió muy cómoda, pues todas las personas le parecieron muy agradables.

Al llegar a Union Square, en San Francisco, se detuvieron frente al hotel Kimpton Sir Francis Drake, en el 450 de Powell Street. Los recibió el portero, quien llevaba la típica vestimenta de los hombres del renacimiento.

Grayson bajó primero y se puso la chaqueta, que llevaba en la mano; luego extendió un brazo para tenderle la mano y ayudarla a que también bajara. Ya en la acera, la atrapó de inmediato por la cintura, pegándola a su cuerpo, y le habló al oído.

—Debemos hacer negocios... pero luego... Tenemos reservada una habitación que nos está esperando aquí. —Una chispa surgió en la mirada de ambos, casi sin poder esperar el momento en que pudieran estar solos al fin—.

No he olvidado que nuestra cita de hoy implicaba eso.

Entraron en el vestíbulo del hotel, y comprobaron que Peighton ya lo tenía todo organizado; ella, sin duda, era una anfitriona muy eficiente, y mucho más cuando estaban en juego los negocios de su padre y, por supuesto, su legado.

Les indicó a todos que bajaran la escalera que dirigía a la zona de ascensores y, desde allí, subieron hasta el vigésimo primer piso, donde estaba emplazado el *nightclub* Starlight Room.

No fue hasta que llegaron al hotel que Emers se dio cuenta de que ésa era una fiesta privada.

El salón estaba abarrotado de gente, al tope de su capacidad, y, apenas entraron, Grayson fue acaparado por personas que no dejaban de felicitarlo por el triunfo de esa noche.

El ambiente era opulento, romántico y seductor, y la sensación de exclusividad no sólo acaecía porque se trataba de un evento reservado a unos pocos, sino también porque la elegancia del establecimiento así lo indicaba: cortinas de terciopelo, sofás con respaldos altos que daban la privacidad necesaria a quienes se sentaban allí, oficiando como cabinas exclusivas... y todo amalgamado en tres tonos predominantes: el rojo, el negro y el dorado.

—¿Te han dejado sola?

—Es su gran noche —contestó, mirando hacia donde podía divisar a Grayson, sonriente.

—Eso parece.

—Gracias por haber venido, Abby.

—Bueno, en fin, me parece que mi adrenalina estaba muy elevada por la pelea cuando he aceptado.

De todas formas, viendo tanto hombre musculado, no creo que, por el momento, me arrepienta de haber dicho que sí, ya que estas imágenes le darán un motivo más a mis fantasías en los encuentros con mi vibrador.

Emerson la propinó un codazo y ambas se carcajearon.

Animada por Abby, y sin querer interrumpir a Grayson, quien hablaba jovialmente con algunos hombres que parecían empresarios del deporte, se acercaron a la barra.

—¿Qué puedo prepararles? —les preguntó el *barman* de inmediato.

—¿Qué nos recomiendas probar?

Éste les preparó el cóctel estrella de la casa: el cable car, o teleférico, una bebida a base de ron especiado con canela, limón agridulce y curaçao de naranja.

Desde la distancia, Gray no lograba quitar un ojo de ella y concentrarse del todo en lo que le estaban diciendo; su vista escaneaba, ansioso, el sitio hacia donde Emerson se había alejado. Cuando por fin la divisó junto a la barra, quiso gruñir como un cavernícola mientras surgía en él un sentimiento posesivo que hasta ese momento no sabía que tuviera. La abrumadora necesidad de ir a buscarla para que nadie se le acercara pareció de pronto devastadora, y milagrosamente logró contenerse cuando vio que un idiota le hablaba. Haciendo gala de su autocontrol, cerró un puño y lo metió en el bolsillo del pantalón, reprimiendo el instinto de ir y explicarle al imbécil ese que Emerson estaba con él.

«Me cago en Zane, y en Cruz, que justo hoy se les ha ocurrido utilizar el día para atraer a patrocinadores. Si no estuviera atascado en esta mierda, sin duda que estaría enterrado en ella por segunda vez», pensó mientras asentía con la cabeza, sin saber exactamente de qué coño estaban hablándole.

Igor continuó intentando parecer interesado en la conversación, pero lo cierto era que su mente estaba anclada en Emerson Klein, y en cada movimiento que ella hacía. Sólo podía pensar en cómo librarse cuanto antes de cada compromiso, para meterse más rápido dentro de sus bragas.

Desde que la había visto con ese diminuto vestido, no había podido dejar de fantasear con el instante en el que se lo quitaría... y, por más que deseaba evitar cada tórrido pensamiento relacionado con Emers, ella se convertía, más y más, en todo lo que recordaba que había anhelado para él; de pronto, la chica parecía haberse transformado en lo que siempre había necesitado, pero que, a la vez, hacía tiempo que no imaginaba querer.

«Cálmate, Grayson, no olvides que una vez destrozaron tu corazón y te convirtieron en un hombre muy diferente del que querías ser. Ella es sólo una mujer bonita; una mujer con la que tienes un trato para follar y nada más.»

Intentaba autoconvencerse mientras la necesidad por ella invadía su cuerpo, pero fallaba malditamente porque sólo podía ansiarla más.

Estaba contrariado, porque, nada más entrar, ella se había apartado de él cuando se le acercaron.

Grayson no había tenido oportunidad de decirle que no se alejara, y en ese momento se encontraba ahí, atascado en una conversación que no le interesaba, y ella, sola a merced de los buitres que no dejaban de admirar su belleza, creyendo que la chica estaba disponible.

Maldijo para sus adentros cuando Ezra se acercó y le habló a su amiga, acaparando su atención.

«Maldito idiota, ha alejado a Abby y ahora Emerson ha quedado ahí, totalmente indefensa, sentada junto a la barra como si estuviera buscando compañía», reflexionó mientras ambicionaba seguir el hilo de la conversación con los hombres que lo rodeaban.

Sin embargo, al ver que se levantaba del taburete, ése fue el punto de inflexión para ofrecer una disculpa, pues se dio cuenta de que ella se alejaba hacia la zona de los baños.

Él pensaba interceptarla cuando saliese para comerle la boca como anhelaba hacer desde que la había visto aparecer en el vestuario.

—¡Joder! —exclamó al ver que del baño salía Mandy Harlow.

Se lamentó, consciente de que sería imposible esquivarla.

—¡Por fin! Me has estado evadiendo todo el tiempo, no soy tonta.

—¿Evadiendo? No creo que sea correcto decir eso, pues uno evade lo que considera una dificultad, un compromiso o un peligro, y tú, Mandy, no eres nada de eso para mí.

—¿Qué tipo de juego te traes conmigo, Gray? Hasta hace nada nos estábamos acostando dos veces por semana en tu cama, y eso parecía ser bueno para ti.

—No tienes ni idea de lo que es bueno para mí, te lo aseguro.

Grayson esperaba que su profunda voz de barítono le recordara que ellos no tenían nada en común más que unos cuantos revolcones.

—Sé perfectamente lo que necesitas y cuándo lo necesitas.

King se rio irónicamente, y ella se aproximó, intentando abrazarlo, pero él atrapó sus manos y le lanzó una mirada molesta.

—No estoy de humor para esta mierda, Mandy.

Grayson desanduvo sus pasos, alejándose de aquel pasillo. No quería que Emerson saliera del baño y lo viera allí con ella. La esperaría en la sala y, tan pronto como llegase, aunque tuviera que aguantar la cara de culo de Zane, se iría de allí a la habitación que tenía reservada en el piso dieciséis para pasar la noche.

* * *

—¿Puedes dejarme pasar?

—Aay, lo siento... No me he dado cuenta de que estaba obstruyendo la salida —le contestó una de las mujeres que entraron en el baño mientras Emers revisaba su maquillaje frente al espejo después de

terminar de usar el servicio. Reconoció de inmediato al grupito en cuestión: eran las chicas que habían detenido a Giovanni en los pasillos del *underground*.

—No estabas, estás obstruyendo la salida.

—Tienes razón, pero, si no me pides con buenos modales que me haga a un lado, no lo haré.

Las otras dos que estaban con ella se rieron, celebrando la ocurrencia de su amiga, cuando de pronto la puerta se abrió desde fuera para que apareciera la cuarta chica, que se había marchado del baño apenas había entrado ella.

—Hola, soy Mandy Harlow, ¿y tú eres?

Emerson la miró de pies a cabeza sin darle su nombre.

—Bien, no es importante saber tu nombre; a decir verdad, sólo quiero hacerte saber que Grayson está ocupado, así que será mejor que te pidas un Uber y te marches de aquí.

—Eres muy bromista; ahora hazme el favor de apartarte de mi camino.

—Supongo que no te ha contado nada de mí. ¿Sabes?, a él, de vez en cuando, se le olvida hacerlo, pero yo le permito que se divierta. Soy la hija del principal de sus patrocinadores. Grayson y yo tenemos una relación, hace algún tiempo ya, y no querrás ser la causante de que su carrera corra peligro, ¿verdad?... porque, si me siento amenazada, tal vez decida hablar con mi padre y... como imaginarás, no hay nada que él me niegue.

—Estás de coña, ¿verdad? Eres tan importante que tú te has quedado fuera del vestuario y yo he entrado, y, además, te tiene tan en cuenta que no le importa venir conmigo donde estás tú.

»Apártate y déjame pasar antes de que te haga a un lado yo; me estás haciendo perder el tiempo.

—Luego no digas que no te lo advertí: él siempre regresa a mí, así que no te ilusiones demasiado.

—Si hay algo que tengo muy claro es que no necesito tus consejos.

Mandy se apartó, dándole paso, y Emerson salió enfurecida, lamentando que la puerta tuviese un mecanismo cierrapuertas que evitara que pudiera dar un portazo; esa joven y las tontas de sus amigas habían logrado ponerla de muy mal humor.

Apenas salió al pasillo, intentó serenarse, ya que ella tampoco era nadie en la vida de Grayson como para reclamarlo como suyo. Después de todo, sólo era quien, por el momento, compartía cama con él.

—Realmente siempre me pregunto qué es lo que hacen tanto tiempo las

mujeres en el baño.

—Si he tardado... deberías pedirle explicaciones a la idiota con la que te acuestas... o acostabas, no sé. Tú dime qué papel cumple Mandy Harlow en tu vida.

—¡Maldición!

—Soy yo la que maldigo la pérdida de tiempo. Deberías aclararle que no tiene nada que temer, ya que lo nuestro es algo pasajero y pronto acabará; ve y hazlo, así no se volverá a poner paranoica.

Emerson quiso caminar hacia la barra.

—Espera. —Grayson la agarró por el brazo—. No hagas caso a nada que te haya dicho. Ella sólo...

—Sólo es la hija de uno de tus principales espónsors.

—¿Qué? —Rio sonoramente—. ¿Eso te ha dicho? No es cierto; bueno, no del todo.

—No quiero ocasionarte problemas, creo que me pediré un Uber y me iré.

—No eres un problema y no te dejaré marchar.

La cogió de la mano y la sacó de ese pasillo, conduciéndola a otro que ni siquiera tenía idea de dónde llevaba. La música sonaba más apagada en ese lugar, así que se percató de que estaban lo suficientemente alejados como para tener un poco de privacidad. La apoyó contra la pared y le acarició el costado; luego bajó la mano y pasó su palma, abarcando su terso muslo desnudo, y le pareció exquisito. Rápidamente, la encerró con su cuerpo y la aprisionó contra el muro de hormigón, apoyándole la pelvis para enseñarle lo doloroso que le resultaba sentir su firme polla bajo el pantalón.

—Me vuelves malditamente loco. No te irás, no lo permitiré. Te deseo más de lo que quiero admitir; te... necesito.

Las últimas palabras no habían sido fáciles de admitir, pero lo había hecho. Emerson estaba volviéndolo débil, pero no le importaba.

Reclamó su boca de una manea desquiciada. El beso empezó desmedido, y no podía ser de otra forma, porque todo lo que pasaba entre ellos era así, inconsciente, improvisado, excesivo, insolente, como si el tiempo que tenían para estar juntos fuera a acabarse en cualquier instante.

Cuando él se alejó de sus labios, con la respiración entrecortada, apoyó la cabeza en su frente.

—Tenemos un arreglo, Emerson, y no te permitiré romperlo si no es por las razones que acordamos de antemano. Dime que no quieres estar conmigo porque ya no me deseas y te dejaré ir, pero debes saber que, incluso así, haré

todo lo posible para que nunca dejes de hacerlo.

—Deberíamos parar, lo sabes... Seguir por este camino, ¿a dónde nos lleva?

—¿A dónde quieres que nos lleve? —le preguntó, mordiéndole los labios al tiempo que alzaba sus brazos, sosteniéndolos sobre su cabeza, y con la otra mano le acariciaba los pechos por encima del vestido.

—Quiero que todos sepan que eres mía.

—No, Grayson, no; ninguno de los dos quiere más de lo que acordamos.

—Sabes que sí. Sabes que fue diferente desde que te besé la primera vez.

Su mano había levantado el vestido y alcanzado el borde de sus bragas, haciéndolas a un lado.

Él gruñó, como si fuera una bestia salvaje.

—Mierda, estás tan mojada... Lo sabía.

Introdujo un dedo dentro de ella y Emerson sólo buscó más roce; se balanceó contra su mano mientras Gray devoraba su boca, amasaba sus pechos y hundía el dedo dentro de ella, haciéndolo girar.

Metió otro más en su sexo y empezó a bombear su urgencia por conseguir el alivio que necesitaba que él y sólo él le proporcionara. Probablemente, estar allí, en ese pasillo, no era lo más sensato de hacer, y estaba claro que Emerson no tenía voluntad para decirle que se detuviera.

Sin embargo, él sí lo hizo.

—Sólo deseo ver tu rostro cuando logro que alcances el clímax, y créeme que no hay nada más hermoso que ver cómo te corres, pero... no aquí, no quiero que nadie vea esa expresión en ti, sólo yo. Ven, subamos a la habitación que tengo reservada para nosotros.

Igor le acomodó la prenda y, cuando se cercioró de que estaba vestida correctamente para otra mirada que no fuera la suya, la cogió por la cintura, uniéndola a él, y la guio de regreso a la sala. No había otra manera de acceder a los ascensores si no era por ahí.

—Grayson. —Zane quiso detenerlo.

—Ahora no. Ocupate tú de vender mis peleas, yo haré mi parte cuando deba subir a la jaula.

Bajaron en el piso donde estaba la *suite* presidencial que tenían reservada. Gray pateó la puerta después de acceder a una sala de estar y la tomó por el rostro.

—Dime que quieres esto tan jodidamente como lo quiero yo.

—Eso no era lo previsto...

—Lo sé, pero ha ocurrido, ¿verdad?

—Gray... tal vez antes debería decirte algo.

—Shh... Sólo déjame besarte, déjame sentirte, nena, déjame cuidar tu cuerpo con el mío. Luego hablaremos, tenemos tiempo para eso; ahora es tiempo de otra cosa.

Si había una forma para que sus pensamientos se apagaran, sin duda Grayson sabía muy bien cómo provocarla: él, proporcionándole imágenes sucias con ellos como protagonistas, era la técnica adecuada y funcionaba a la perfección.

«Dios sabe que lo mejor sería largarme, pero Él también sabe que lo he intentado... El caso es que, si se trata de Grayson, pierdo toda voluntad», pensó ella mientras se perdía en el azul profundo de sus ojos.

Gray llevó su mano a la espalda de Emerson sin apartar su mirada, buscó la abotonadura del vestido y liberó la sujeción del cuello. No es que no supiera que no llevaba sujetador, pero ver caer la tela y comprobarlo resultó ser la cosa más erótica que había visto. Sus pechos, exuberantes y duros, eran aptos para ser considerados como la octava maravilla del mundo..., sólo que había un problema: no podría permitir que nadie que no fuera él los admirara.

Estaba jodidamente atrapado en la seducción de esa mujer. Emerson había logrado deslizarse bajo su piel como ninguna otra mujer lo había conseguido.

Igor se consideraba un hombre escéptico respecto a las relaciones entre un hombre y una mujer, y a causa de eso era un experto en separar los sentimientos y el sexo. Tomar simplemente lo que le satisfacía a su cuerpo era lo esencial para él y pensar en algo que involucrara sentimientos no estaba en su jerga, pero nada de eso estaba ocurriendo.

Sus ojos se encontraron y se sonrieron mutuamente en silencio; de inmediato, la mirada de Gray se ensombreció y su expresión se volvió seria.

—No puedo esperar más para tenerte. Siento como si hubiese pasado una eternidad desde la última vez que te hice mía, y apenas ha pasado un día.

Terminó de quitarle el vestido y dejó que la prenda se derramara a sus pies; luego, inclinándose, la cogió por la cintura, incitándola a que ella trepara sobre sus caderas. Emerson lo hizo, enroscando sus piernas a su alrededor, y él se aferró a sus nalgas para poder avanzar con ella a cuestras hacia el dormitorio. En el camino, sus bocas no perdieron tiempo y se enredaron en un beso insaciable, a la vez que sus lenguas se mezclaron con la desesperación de dos personas que sólo pueden reaccionar así porque es imposible estar el uno sin el otro. Emers sintió una extraña sensación, como si los labios de Grayson

nunca hubieran sido más que de ella, como si antes hubieran besado otras bocas sin pertenecerles realmente. Era una sensación tan enorme que no quería dejar de experimentarla; se sentía demasiado bien creyendo eso.

El trayecto desde la sala no fue tanto, así que no tardaron en chocar contra la cama. Igor la depositó allí y, cuando se inclinó para dejarla, experimentó un tirón en su costado izquierdo que procuró disimular; luego ya se ocuparía de que le vieran el golpe que tenía ahí.

Sintiéndose hambriento de su cuerpo, y ansioso por volver a probar cada milímetro de su piel, comenzó a desvestirse con prisa, maldiciendo por lo bajo con cada prenda que tuvo que quitarse y que se interponía entre ellos. Emers lo observó atenta mientras él se desnudaba; flexionó los brazos y semisentada, lo miró con los ojos más brillantes que de costumbre. Sin poder contenerse, estiró una mano y lo ayudó a desabrochar sus pantalones; en retribución por ayudarlo con el trabajo, Grayson se los bajó junto con el bóxer, y su polla, liberada, saltó sumamente preparada.

Una de las pequeñas manos de la fotógrafa rodeó el tronco de su miembro y lo bombeó hasta que una gota de líquido preseminal asomó, derramándose por la punta. Emerson inclinó la cabeza y, sin dejar de mirarlo a los ojos, recogió el precum con la lengua y lo saboreó, lamiéndose los labios y provocando con ello descargas eléctricas en el cuerpo de Grayson, que lo hicieron sentir frágil. Estaba conteniéndose para no cogerla por la nuca y empezar a mover sus caderas, follando su boca; luego la muchacha cerró los ojos y tragó toda su longitud, perdiéndola en su boca y succionando.

—¡Maldición! —maldijo Igor, obnubilado—. Tu boca es jodidamente buena practicando una mamada; estás haciendo que esté a punto de perder toda la caballerosidad.

Ella sonrió maliciosa y siguió lamiendo y succionando, mientras su mano, además, ayudaba bombeando y presionando su longitud, alternando incluso con su lengua para rodear el glande.

—Emerson, cariño, detente de una puta vez si no deseas... —gimió—... detente...

La joven lo tomó más profundamente con la boca y la alternó con sus bombeos; él la había advertido de que estaba a punto de romperse en mil pedazos, pero ella continuó trabajándolo, persiguiendo su liberación.

—Emers... nena... voy a...

Su advertencia salió entrecortada, y ella aceleró más el ritmo y la presión.

—Te ves tan jodidamente hermosa con mi verga en tu boca. Mierda, te ves

simplemente perfecta.

Grayson la agarró por el cabello al ver que Emerson no tenía intenciones de detenerse y comenzó a balancear sus caderas, enterrándose más en ella. La empalaba hasta que sentía cómo la punta de su polla tocaba su garganta. Estaba decidido a darle todo lo que al parecer estaba deseando de él, y le follaría esa carnosa boca como había imaginado hacerlo el día que la conoció.

—Soy el puto amo del infierno, esto es magnífico —gimió cuando su semen salió como un géiser, a chorros, y gruñó con voz profunda mientras derramaba hasta la última gota en su garganta.

Con las piernas temblando, y debilitadas como jamás las había notado sobre un ring, levantó a Emerson y la acomodó en la cama para poder ponerse encima de ella.

—Espera, quiero...

—¿Qué quieres? Sólo pídelo, no hay nada que pueda negarte, después de la mamada que acabas de hacerme —le aseveró antes de volver a devorar su boca con un beso desmedido, probando el sabor salobre de su semen, que aún se sentía persistente en su lengua.

—Quiero que me lamas, quiero tu lengua en mi coño.

—Lo que tú pidas, tesoro.

Su polla, que acababa de eyacular, volvió a balancearse, ansiosa ante su impuro requerimiento. Ya estaba otra vez empalmado y listo para ella, y es que, sencillamente, la boca de esa mujer iba a matarlo; literalmente iba a hacer que su corazón estallara.

—Tu sucia boca sólo hace que desee volver a follarla.

—Hazlo.

Se miraron a los ojos sosteniéndose la mirada, y ambos gimieron al imaginar haciéndoselo al otro.

—No seré suave —le advirtió él.

—No quiero que lo seas; lo quiero todo de ti, lo bueno, lo malo, lo oscuro, lo diáfano.

Grayson *Igor King* se levantó, bordeó su pequeño y torneado cuerpo y se acuclilló a la altura de su cara; la miró con los ojos entornados por la lujuria, y ella abrió sus labios, esperándolo. Agarrando con su morena mano la base de su polla, él la introdujo lentamente, centímetro a centímetro, dentro de su boca, perdiéndose en su húmeda y caliente cavidad. Gruñó de forma primitiva, y bombeó con su miembro, entrando y saliendo de ella. Ver cómo follaba su boca le estaba resultando demasiado erótico, y casi hizo que la visión lo

hiciera olvidar su petición, pero sus ojos se percataron del movimiento de la mano de Emerson, que intentaba bajarse las bragas, pues aún las llevaba puestas. Entonces, dejando de lado su avaricia, se inclinó y le rompió la prenda para ayudarla a que saliera más rápidamente; de inmediato, descendió la cabeza y enterró la cara entre sus muslos, recogiendo al instante toda la humedad de su excitación con la lengua, mientras continuaba agitando sus caderas, para que su polla entrara y saliera de su gloriosa boca.

Ambos gimieron, sin importarles que alguien pudiera oírlos. Era un momento sumamente ardiente, y no había manera de que se detuvieran para calmarse, así que, en cuestión de segundos, uno y otro hallaron la liberación.

Él se apartó de ella y la miró. Se mostraba somnolienta y se veía más sexy que antes. Ansió golpearse el pecho por conseguir poner esa expresión de satisfacción en su rostro; él era el único artífice de que ella tuviera un aspecto tan plácido.

—No te duermas —le indicó.

—No... Aún quiero más de ti; quiero que me agotes de placer, hasta que los dos nos quedemos sin fuerzas, aunque debo reconocer que tu resistencia es asombrosa... Vienes de tener una lucha durísima en el ring y aún luces entero, y listo para darme atención en la cama.

Grayson asaltó su boca para hacerla callar; su libertina boca fornicadora lo estaba perdiendo como ninguna otra lo había hecho nunca.

—Me pones tan duro, nena... Me vuelves tan insaciable de ti... —le confesó.

Capítulo dieciocho

La noche fue un castillo de fuegos artificiales parecido a los que lanzan para las Fallas de Valencia. Por la mañana fue difícil para ambos tomar la decisión de marcharse del hotel, pero no podían eludir que debían regresar a la realidad, aunque los dos hubiesen preferido quedarse allí retozando en la cama, haciendo uso del cuerpo del otro.

El aliento de Grayson en su nuca, y los besos que dejaba desperdigados por su espalda, eran la tácita prueba de cuánto les costaba separarse.

—Hace más de una hora que acordamos que debíamos levantarnos e irnos.

—Pero tú parece tener menos voluntad que yo —aseveró Gray, mordiendo su hombro y pasando su morena mano por la pálida piel de la chica, que en su mayor parte se veía cubierta por la tinta de los tatuajes.

Le apartó el pelo de la nuca y le sopló allí, después dejó unos cuantos besos en esa zona, provocando que ella se estremeciera.

—Gray. —El tono que empleó fue de advertencia.

—Eres una hipócrita; intentas hacerme sentir culpable, pero tú no paras de refregar tu mullido culo por mi pelvis —le informó con la voz oscura. Su miembro se balanceó entre la raja del culo de Emerson

—. Soy muy consciente de que esto es lo que pretendías lograr —añadió mecido sus caderas—, ya me tienes duro otra vez.

Ella se movió y se puso boca arriba para enfrentarlo; levantó la mano y le acarició el rostro, le delimitó los surcos que se le formaban en la parte externa de los ojos, resiguió con sus dedos la estructura de los huesos de su cara, los límites de su barba y la carnosidad de sus labios.

Suspiraron, sin dejar de mirarse.

—Por mucho que me encantaría sentirte de nuevo dentro de mí, debo confesar que también hay otras cosas que deseo de ti.

—¿Qué quieres?

—No sé... Tal vez que sigamos hablando como lo hicimos anoche. —Ella se rio y se mordió uno de los dedos al recordar cómo había terminado cada una de esas conversaciones en las que sólo intentaron conocerse un poco más.

—Si mal no recuerdo —expresó él—, no acabamos ninguna; fallamos

estrepitosamente en cada intento, porque terminé comiéndote la boca, como estoy a punto de hacer ahora.

—Espera... —Ella posó sus dedos sobre los labios de Grayson, deteniéndolo—. Quiero saber cuál es tu comida favorita.

—¿Planeas cocinar para mí?

—Quizá.

—¿Sabes hacerlo?

—Bueno, no soy una gran chef, pero, con la ayuda de algún tutorial en YouTube, he logrado grandes resultados.

—Torta de panqueques salados.

—Eso es fácil de hacer.

—Pero no la que yo quiero. La persona que me la hacía murió, y te puedo asegurar que nadie, nunca, la ha hecho más sabrosa que ella.

—¿Te refieres a tu madre?

—No, ni siquiera recuerdo el rostro de mi madre. De ella sólo sé que heredé el color de sus ojos y que se llamaba Helena Svensson. Hablo de quien fue lo más parecido a lo que alguna vez tuve como madre. Victoria, se llamaba, y era la esposa del hombre que, junto a ella, me sacó de la calle y me salvó de que fuera un delincuente que acabara en prisión.

«Rude y Victoria Magic», declaró Emerson para sí. Sabía de sobra de quién hablaba. Además, no era la primera vez que Grayson los mencionaba, y siempre hablaba de ellos con mucho cariño y agradecimiento; anteriormente le había estado contando algunas cosas de su vida como pandillero, una vida de la que ella no necesitaba detalles, porque los conocía muy bien.

—Ahora es tu turno, ¿cuál es tu comida favorita?

—Las hamburguesas de Shake Shack 1 con patatas fritaaaaaaaas.

Él se rio ante su elección, recordando que, la primera y única vez que la llevó a cenar, ella sugirió que una hamburguesa grasienta estaría bien.

—¿Qué? ¿De qué te ríes?

—Me gusta que seas tan auténtica y sencilla. En el centro comercial Stanford hay un Shake Shack, ¿lo sabías?

—Sí; tengo la aplicación en mi móvil, y ya he hecho algún pedido con la app y luego lo he pasado a recoger por allí. Eso hace que no eche de menos Los Ángeles.

—O sea, eres adicta a la comida basura.

—Sí, lo asumo, y no me importa que te horrorices, pues ya sé que en tu dieta no hay sitio para una hamburguesa. —Levantó la piel de su vientre,

pellizcándolo para comprobar que en el cuerpo de Grayson no había un gramo de grasa.

—¿Por qué asumes que no como hamburguesas? Sí lo hago, aunque no con frecuencia, pero de vez en cuando me descarrilo de la dieta, aunque eso signifique más horas de entrenamiento.

—Ok, lamento haber dado por sentado ese hecho; lo que pasa es que tu cuerpo es tan perfecto que es difícil imaginar que lo haces.

—Tu cuerpo también es perfecto, y admiro que tu metabolismo no tenga que batallar con lo que comes.

—Es mi turno nuevamente. ¿Vino o cerveza?

—Depende de la ocasión; no me desagrada ninguno, pero prefiero el vino rojo. ¿Y tú?

—Prefiero el vino blanco.

Él asintió.

—¿Cómo es un día completo en la vida de Igor?

—¿De Igor?

—Sí, porque hasta ahora estoy conociéndolo sólo en parte; presumo, y en esto creo que no me equivoco, que Igor es metódico, y Grayson es más distendido.

—¿Pretendes decir que soy dos personas?

—Sí, lo eres. Estoy segura de que el Grayson de la intimidad es muy diferente del Igor que dejas ver.

—Tal vez no estés tan equivocada.

—Has visto...

—Te lo contaré, sabelotodo. —Él le dio una nalgada cariñosa—. El día de Igor empieza muy temprano, a menudo alrededor de las cinco y veinticinco de la mañana. Salgo a correr seis kilómetros; media hora más tarde, el baño de los primeros rayos del sol me está dando los buenos días en mi recorrido y, al cabo de una hora, aproximadamente, estoy de regreso para estirar los músculos y hacer un poco de meditación. Después de eso, me doy una ducha y hago un primer desayuno, con media docena de huevos crudos y un suplemento dietético.

—¡Puaj!

—No sabe tan mal, te acostumbras. Posteriormente, me voy al gimnasio; ahora lo tenemos en la casa, así que ya no tenemos que salir para entrenar. Entonces, hago mi entrenamiento físico, que es muy diferente del técnico; ese es el que se hace para aprender y perfeccionar los métodos de combate en las

diferentes disciplinas de artes marciales. Ambas preparaciones son muy importantes; de nada sirve una buena técnica de lucha si, cuando subes al ring, te cansas, ya que, si eso ocurre, sólo quiere decir que vas directo a un fracaso asegurado.

»En fin —añadió, pasando un dedo de ida y vuelta por el canalillo de Emerson—, después del entrenamiento físico, tomo un desayuno real, y hago un descanso; luego, a media mañana, regreso al gimnasio para mi entrenamiento táctico.

—Joder, no pensaba que fuera tan sacrificado.

—Lo es; todo depende de a qué nivel quieras llevar tu preparación física y de cuánto aspire a conquistar dentro de la jaula. En mi caso, como ya te he contado, es lo más parecido al entrenamiento militar al que estaba acostumbrado mi cuerpo y mi mente.

»Estaba habituado a que mi cuerpo rebasara mi propio límite. Me habían entrenado para no dudar.

Cuando entré en el Cuerpo de Marines, fui capacitado para enfrentar el miedo, pues me enseñaron a reemplazar el sentido de la duda por el de la urgencia para resolver, ya que una nación no puede darse el lujo de depositar su fe en quienes no confían en sí mismos. Allí descubres el compromiso de inventar ese segundo hálito, aun cuando sientes que es imposible continuar respirando. —Se detuvo brevemente, tal vez recordando alguna misión; luego exhaló y dijo—: Dentro de la jaula, en una pelea, sucede lo mismo; no tienes tiempo para el miedo ni para dudas, y mucho menos para dar paso al cansancio, porque entonces, simplemente, te vencen. Es una batalla física y mental, que enfrentas cada vez, hasta que hallas una respuesta inconsciente que te ayuda a vencer ese estrés para poder encontrar la forma de ganar.

Emerson lo miró con admiración.

—Dios, ya estoy agotada tan sólo de oírte. Yo aún estoy en esa fase de que empiezo hoy, que empiezo mañana... y así voy postergando cada día ir al instituto de yoga de Peighton. Ahora entiendo tu tolerancia al esfuerzo.

Grayson rio sonoramente.

—No, no, no te rías, si es que me siento una holgazana.

—No te subestimes; me consta que tienes bastante tolerancia. —Le apretó un pecho y retorció su pezón entre los dedos.

—Tonto, no me refiero a esa tolerancia.

—Pero estás en buena forma, créeme. —Le dio una cariñosa nalgada de nuevo.

Ella sonrió.

—¿Continúo con el día de Igor?

—¿Aún hay más?

—El gimnasio es como mi oficina, así que, cuando acabo de almorzar, regreso para mi entrenamiento cardiovascular. Después de eso, me tomo un baño, en el que se alterna calor y frío, y el día culmina con un masaje que me ayuda a mantener los músculos desanudados y elásticos. A veces, después hago una siesta, o jugamos a la Play o la Xbox. Ya, el resto del día, lo tengo para disponer de él como quiera, y con quien quiera. —Le acarició la cintura y trazó círculos en su plano abdomen—. Cuando te apetezca, te paso a buscar para que asistas a un entrenamiento.

—¿De verdad? Me encantaría.

—Pues hecho; la próxima vez que salga a correr, paso por ti.

—Pero nos volvemos en mi coche.

—No seas floja.

Gray le hizo cosquillas, y las cosquillas dieron paso a los besos, y los besos a las caricias, y las caricias a más sexo.

Capítulo diecinueve

Las siguientes semanas se conjugaron de tal forma que encontraron la manera y la excusa para verse cada día, y ya había pasado casi un mes desde que se conocieron, aunque la promesa que Grayson le había hecho de llevarla a que presenciara un entrenamiento tuvo que aplazarse, ya que Pixel Factory, por suerte, cogió varios trabajos, gracias a los contactos que Peighton le proporcionó.

Cada día comenzó a fluir de forma natural, aunque la sombra de la mentira siempre pendía sobre ellos como un nubarrón oscuro. Sin embargo, y aunque Emerson supiera que no tenía derecho a continuar de ese modo, no encontraba cómo poder detenerse.

Como si fuera poco recordatorio que su conciencia le gritara cada dos por tres que se sincerara, esa tarde, mientras hacía un alto para beber un café y reordenar sus actividades, su teléfono sonó. Éste estaba boca abajo sobre el escritorio, así que, cuando lo cogió, en la pantalla apareció el nombre de su hermana Arya. Tomó una profunda bocanada de aire, se recostó en su silla y tocó la pantalla para aceptar la llamada.

—Hola, hermana. Espero que no me llames para contarme que te has arreglado con el imbécil de Kevin.

—No, no lo he hecho, pero podrías saludarme más afectuosamente antes de sermonearme.

—Lo lamento, tienes razón; es sólo que, cuando he visto que eras tú, he temido que me llamaras para decirme que lo habías perdonado otra vez.

—No lo haré. Estos días en los que he estado sola, junto a Owen, me he dado cuenta de que no lo necesito. Por supuesto que está insistiendo y me está haciendo mil promesas que sé que no cumplirá, pero no debes preocuparte, porque no volveré a caer en sus falsas palabras. Además, me he percatado de que mi miedo a estar sola era superior a lo que siento por él. Creo que hace tiempo que me he desenamorado de Kevin, sólo que me negaba a aceptarlo.

—Uff, doy gracias de estar oyendo todo lo que dices. Ahora escúchame bien lo que voy a contarte, pero no quiero que hagas nada; entiéndeme bien, que no te lo estoy diciendo para que actúes, sólo quiero que estés al tanto de

lo ocurrido, porque, en verdad, si vuelve a pasar, tomaré otras medidas.

—¿De qué hablas?

—Kevin apareció en Menlo Park, culpándome de llenarte la cabeza en su contra.

—¿Qué? ¿Cuándo hizo eso?

—Hace algunas semanas.

—¿Y me lo dices ahora...?

—No quería que te involucraras, ni que esa información te presionara para que volvieres con él.

—Me va a oír.

—Arya, no. Ves, por eso no te había explicado nada. No ha regresado, y estoy segura de que no lo volverá a hacer.

—Es un completo idiota.

—No me dices nada nuevo. Óyeme bien, lo mejor es dejar las cosas como están. Si le dices algo, le estarás metiendo el dedo en el culo y eso lo pondrá frenético. Deja las cosas así. Después de todo, el único que ha perdido en esta historia ha sido él. Prométeme que no le dirás nada.

—¿Qué te dijo?

—Me acusó, como te he comentado, y... me dio un bofetón.

—Es un hijo de puta. ¿Cómo se atreve?

—Dime la verdad... ¿Te pegaba?

Un silencio cayó en la línea, pero todavía podía oír la respiración de su hermana.

—Es muy doloroso admitirlo.

—Me lo supuse. Arya, mantente alejada de él.

»Para que te quedes tranquila, debes saber que no estoy sola, tengo quién me defiende. Ese día tu ex recibió una buena trompada, así que no debes preocuparte por mí. Sólo para que me quede confiada, prométeme que te mantendrás alejada de ese inútil.

—Lo haré. Lo siento tanto, hermana; de verdad, lo siento.

—No lo sientas, ya te lo has quitado de encima.

Emerson intentó calmarla; cuando lo consiguió, llevó la conversación hacia otro lado. Le preguntó por su padre y terminaron hablando de lo rápido que estaba deteriorándose cada día. Él sufría de esclerosis lateral amiotrófica, una enfermedad degenerativa de tipo neuromuscular que ataca las neuronas del cerebro y de la médula espinal; éstas van disminuyendo sus funciones y mueren y no son recuperables, y atacan a la función motriz. Hay medicamentos

y terapias que reducen el avance de la enfermedad, pero no tiene cura, y tarde o temprano, los que la padecen, mueren cuando empiezan a fallarles los músculos del pecho y el desenlace casi siempre es por una insuficiencia respiratoria.

—No creo que pase mucho tiempo hasta que empiece a usar el respirador. Y mamá, que no quiere ingresarlo, se ve tan agotada... Deberías venir y tratar de convencerla tú de que lo haga.

—Lo intento cada vez que hablo con ella, ya no sé si insistir; al menos ha aceptado la ayuda de un cuidador.

—Bien, cambiemos de tema, porque ya sabemos que no hay solución. ¿Te he entendido mal o me has dicho que estás con alguien?

—No como te lo imaginas. Sólo es alguien que se hizo cargo de la situación, eso es todo, pero no alucines. Sabes que no sirvo para una relación a largo plazo. Me gusta mi libertad.

—Ok, creo que tendré que seguir tu ejemplo; seguro que vives con menos complicaciones que yo.

Emerson se quedó en silencio después de colgar con su hermana, repasando en su mente todas las complicaciones en la que estaba metida con Grayson. Algo le había quedado claro después de esa conversación. Debía darle un corte final a la relación con él. Apartarse del plan inicial no había sido nada sensato, pero eso no era una novedad. El pasado y el presente estaban ahí, para atormentarla, aunque no eran sus errores, pero debía pagarlos como propios; al parecer no le quedaba opción.

Ella no era una chica de llanto fácil, pero sintió de pronto que las lágrimas le quemaban en los ojos.

Emerson presionó los labios, formando una fina línea, aguantando el deseo de llorar, pero no puso todo de sí para no hacerlo. Ella era consciente desde un principio y sabía a lo que se arriesgaba, así que no tenía sentido ponerse a chillar, porque eso nada solucionaría.

En ese momento entró Cristiano en su despacho y ella forzó una sonrisa.

—¿Qué sucede?

—Nada.

—Escúpelo, esa sonrisita falsa la conozco muy bien, aunque... —dio la vuelta y apoyó su trasero en el borde del escritorio mientras extendía las piernas—... creo saber quién es la persona involucrada para que tengas aspecto de perro abandonado.

—La impenetrable pared de hormigón que había levantado alrededor de

mi corazón se desmoronó cuando Gray apareció en mi vida; él, simplemente, socavó todos los muros y se instaló en cada espacio de mi ser.

—Era un riesgo y lo sabías, y decidiste no detenerte a tiempo; no puedes culpar a nadie.

—No lo hago; es sólo que me resulta inevitable sentirme mal por no merecerlo.

—No creo que sea así. Considero que, en verdad, sí lo mereces, porque tus sentimientos por él son sinceros y, además, opino que no es aceptable que paguen justos por pecadores: tú no has hecho nada y no está bien que saldes los errores que otros cometieron con él.

—Él tuvo que irse de Fuller Park, en Chicago, por culpa de mi hermana. Ella fue quien dio información a la pandilla contraria, y sus amigos pandilleros lo culparon de traición. Esas cosas, en el código de las bandas, no se perdonan, se pagan con la vida. Luego también estaba lo de mi padre: él lo humilló, diciéndole que no era digno de formar parte de nuestra familia. Sabes, cuando creces sin el apoyo de tus seres queridos, como es el caso de Gray, esas cosas te marcan... Las humillaciones pesan y duelen más que un puñetazo; te sientes una mierda que no vale la pena para nadie. Como si eso fuera poco, Arya quedó embarazada. Ella se lo dijo, pero sólo porque quería de él dinero para deshacerse del crío, pero Gray pensó que podían formar una familia. Él quería hacerse cargo del bebé, así que... una tarde se presentó en mi casa, pero mi padre lo echó como a un perro. Para colmo, mi hermana había ido con mi madre a un centro médico para que le practicaran un aborto; ella, al no conseguir la pasta, tuvo que hablar con mis padres y éstos no dudaron en que se librara del problema. Recuerdo muy bien ese día: cuando Grayson salía de casa, vapuleado y avergonzado, nos cruzamos; él siempre me había tratado bien, pero en esa ocasión me maldijo a mí también, acusándome de ser cómplice de Arya, al no advertirlo de lo que mi hermana había ido a hacer... aunque yo no sabía de qué me estaba hablando, lo descubrí después.

—Pero tu hermana, en realidad, salía con el de la pandilla contraria, ¿no es así?

—Exacto. El bebé era de ése, pero como la echó de su vida con la complicación a costas, se lo endosó a Gray. Arya nunca contó la verdad; estaba enamorada del otro idiota y lo protegía.

—¡Por Dios! No me odies, pero tengo razón cuando digo que tu hermana es una perra sin corazón, y que todo lo que le pasa se lo merece.

—Prefiero pensar que no ha sabido tomar decisiones adecuadas. Es mi

hermana, Cris, y la quiero.

—Lo que pasa es que eres demasiado buena, y demasiado honesta. No sé, ya hace tiempo que te dije que debías hablar con él. Callarse no es la mejor elección de todas. Arya le mintió en todo y ahora tú... también lo estás haciendo. El pobre tipo, si se entera, creerá que también te estás burlando de él, como hizo tu hermana en el pasado.

—Entiendo tu punto de vista, pero... no sé, han pasado algunas semanas y no he abierto la boca, ¿no crees que ahora es tarde para sincerarse?

—Dicen que quien no arriesga no gana. Al menos estás considerando la posibilidad de hablar, eso me hace sentirme orgulloso de ti.

Capítulo veinte

Más tarde, trabajaba en el *set*, en plena sesión fotográfica, cámara en mano, capturando lo mejor de la modelo que estaba frente a ella. Daba indicaciones y se mostraba como toda una experta en la materia.

La música que sonaba en ese momento, un tema de Jason Derulo, sofocaba todos los sonidos y servía para que pudieran concentrarse en el trabajo al ritmo de *Swalla*.

No obstante, una energía externa proveniente de otro lugar hizo que captara una alteración en el ambiente. Miró por encima de su hombro y, efectivamente, comprobó que no se había equivocado; lo había sentido aun sin verlo. Grayson estaba alejado, hablando con Cristiano, pero su mirada se clavó en cada movimiento que ella hizo.

Cuando Emerson lo descubrió, Gray esbozó una lenta y sexy sonrisa que se extendió por todo su rostro, y la fotógrafa sintió que su corazón comenzaba a precipitarse en su garganta, y supo que no había manera en el mundo de que ese hombre no fuera el protagonista de cada una de sus fantasías.

Estaba obnubilada, como cada vez que lo veía; sus impresionantes ojos azules, la cincelada línea de su mandíbula y su piel morena lo convertían en la imagen de la perfección absoluta. Em se giró, enfrentándolo, y llevó su vista a la pantalla de su Nikon. Entonces apuntó, sin que él se diera cuenta, hacia su principal objetivo, tocó la rueda de enfoque y el del zoom levemente, y disparó, capturando la esencia perfecta de ese dios griego que claramente la traía de cabeza y que la dejaba suspirando y casi a punto de tener un orgasmo sólo con verlo.

—Jordan —dijo inmediatamente—, por favor, quita un poco de brillo del rostro de Tanya; está dando demasiado en la cámara.

—Cómo mandes, Em.

Aprovechó esos breves instantes antes de volver al trabajo para acercarse a King.

—Hola, qué bien que hayas venido.

—No quería interrumpirte —le contestó él, acercándose para dejarle un beso en los labios—. Sólo deseaba sorprenderte; pretendía esperarte en tu

despacho, pero Cristiano ha insistido en que pasara.

—No hay problema.

—Ya te lo he dicho, hombre, no interrumpes.

—Ya casi he terminado; quedan pocas fotografías que hacer, es el último cambio de ropa de la modelo.

—No tengo prisa.

Grayson estaba fascinado viéndola trabajar; ella parecía estar muy segura de saber lo que hacía, y daba indicaciones sin cesar. Se asombró de la cantidad de gente que había a su alrededor, sólo para tomar una imagen y que ésta saliera con todos los efectos profesionales que se pueden apreciar en los *books* fotográficos y catálogos de marca.

—Xavier, necesito que muevas la luz para que le dé más de abajo. Cris, por favor, alcánzame el objetivo luminoso; haré algunas tomas con ése y creo que, después de eso, podremos dar la sesión por finalizada.

Ladró las últimas órdenes y, de inmediato, tuvo a toda la gente moviéndose para hacer lo que ella pedía; todos trabajaban sincronizados y se entendían a la perfección.

Realizó unos cuantos disparos más y luego dijo:

—Listo. Os excuso del trabajo por hoy. Muchas gracias a todos, siempre es increíble trabajar con vosotros.

Sacó la tarjeta de memoria de la cámara y se la entregó a Cristiano.

—Tanya, te has lucido, has estado genial. Esperemos que no haya que repetir ninguna imagen. —Le tocó el brazo—. En cuanto el cliente lo autorice, te enviaré algunas fotos para que las puedas subir a tus redes sociales y promocionar tu trabajo.

—Gracias, Emerson; ha sido un placer volver a trabajar contigo.

—¿A qué hora sale tu vuelo a Nueva York?

—A medianoche. Ahora me voy a cenar con Abby y con Blake, y luego ellos me llevarán al aeropuerto de San Francisco.

—Fantástico.

Los dejó a todos recogiendo lo que habían utilizado en el *set* y se dirigió hacia donde aún la aguardaba Grayson.

—Pensaba que Cristiano era fotógrafo, no tu asistente.

—Lo es, sólo que él prefiere hacer las tomas en exteriores, y yo casi siempre me encargo de las que

se hacen aquí en el *set*; dividimos el trabajo.

—Entiendo. ¿Ya estás libre?

Caminaron hacia el despacho de Emerson.

—A decir verdad, tenía pensado empezar hoy con las clases de *gym* en el local de Peighton.

—¿Quieres ir al gimnasio de casa? —Él levantó la mano y ahuecó su barbilla antes de que entraran en su oficina—. Podría ser tu entrenador personal.

—Suenan sumamente tentador, pero... eso sería saltar otra valla más en nuestro acuerdo inicial.

—¿Acaso no sigue tratándose de continuar pasándolo bien?

—La primera vez —una sonrisa cruzó su hermoso rostro— me dijiste que no querías que fuéramos allí, porque no vivías solo.

—Claramente, las cosas entre nosotros han cambiado, ¿no lo crees?

—Todo lo que trato de decir es que... tal vez estemos yendo muy lejos.

—Hay tantas cosas en mi cabeza que realmente me cuesta expresarlas. No voy a negártelo, estoy un poco asustado: tú eres la cosa más intensa que he experimentado, y quiero ser honesto contigo. Nunca me había sentido tan posesivo con nadie en toda mi vida, pero, desde que te vi la primera vez, todo eso cambió; me siento diferente a tu lado.

«Joder, se suponía que iba a dejarlo», se recriminó Emerson después de escucharlo, pero supo de inmediato que estaba fallando una vez más en alejarlo de su vida, ya que en ese momento en lo único que podía pensar era en lanzarse a sus brazos y besarlo.

—Nunca nadie me ha parecido tan sincero; lo que me dices, además, es muy dulce.

Él movió sus brazos, deslizándolos alrededor de su cintura, y lentamente Emerson se rindió a su boca.

Ella se impulsó contra él, conteniendo un gemido cuando percibió su duro cuerpo envolviéndola.

—Espera...

—No, Emerson, no me detendré; sólo quiero que me contestes si deseas olvidar por completo nuestro primer acuerdo y aceptas salir conmigo como mi novia.

La boca de Emerson se secó y su cuerpo se tensó. ¿Cómo iba a contestar a eso? Ésa era la gran pregunta que surgía en su cabeza, y ésa, tal vez, la mejor oportunidad para alejarlo; sólo necesitaba ser valiente y decirle que no era lo que buscaba; él tendría que entenderlo.

—Creo que es muy pronto —contesto sin embargo, sin desechar su

proposición del todo—. Quizá deberíamos seguir conociéndonos un poco más, antes de pensar en formalizar lo que tenemos y ponerle un nombre a la relación.

—¿Por qué deberíamos hacerlo? Podemos intentarlo y, si no funciona, volvemos al plan original. El caso es que... —apoyó su frente en la suya y soltó el aire que estaba conteniendo—... no soporto la idea de que alguien más se te acerque y crea que estás libre para lanzarse a ti. Te lo acabo de decir, me siento posesivo contigo. No pretendo limitar tu vida, ni volverme obsesivo. Sólo quiero que la gente sepa que estás conmigo; sólo te estoy pidiendo eso.

Era la segunda vez que le sugería que quería que supieran que era suya, pero la primera vez, en San Francisco, ella había eludido el momento y había conseguido más tiempo; en ese momento esperaba volver a lograrlo.

—Grayson, no te estoy rechazando —le aclaró—, pero tú y yo sabemos que la vida no es un maldito libro romántico en el que, en unas pocas páginas, los protagonistas deciden casarse y todo sale perfecto porque la autora los ha creado perfectos y es quien tiene el poder de escribir el mejor final para ellos.

Presionó sus dedos contra sus labios para hacerla callar y la miró a los ojos.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo. Sé que es una locura, sé que ambos estábamos negados a una relación y lo dejamos muy claro cuando nos conocimos. —Se pasó la mano por el pelo—. Me estás haciendo rogar, Emerson, y eso me está cabreando, porque prometí que nunca más le rogaría a ninguna mujer, y contigo estoy rompiendo todos mis cánones. Sólo di de una puta vez que sí. Sabes tanto como yo que nada cambiará; sólo quiero sentirme con el derecho de decir que eres mi novia.

—¿Tan importante es eso para ti?

—Sí, joder, sí.

Capítulo veintiuno

Iban de camino a su casa. Emerson se sentía como una mierda por haber cedido, pero de pronto las palabras habían salido de su boca sin que las quisiera decir, y sin pensárselo había aceptado ser su novia.

De inmediato, Gray se mostró tan feliz como un niño en la mañana de Navidad, cuando se encuentra con los regalos bajo el árbol. Por suerte, lo había convencido de que le permitiera seguirlo con su coche, así que estaba conduciendo el suyo. Eso le dio un poco de distancia, y también algo de tiempo para reflexionar acerca de la disparatada situación en la que se había metido.

—Es lo que deseabas, deja de mentirme; le has dicho que sí porque, cuando te lo ha pedido, no querías decir otra cosa, pero eres una hipócrita en toda regla, ya que deberías haberle expuesto la verdad y que él decidiera, después de que supiera quién eres, si quería seguir adelante o no. —Hablaba sola dentro del habitáculo del automóvil—. Te niegas a perderlo, pero tarde o temprano eso va a suceder, y lo sabes. No puedes tapar el sol con un dedo... Cuando Gray descubra tus mentiras, sólo pensará en dejarte.

Entraron en el vecindario. Las casas revelaban poder y dinero. Grayson se detuvo en el 47 del Camino Por Los Arboles, frente a un portón de madera que se abrió de forma automatizada, y la joven fotógrafa lo siguió, como había venido haciendo durante todo el camino.

Sus ojos casi se le salieron de las órbitas cuando vislumbró la fachada de la mansión en la que acababan de entrar. La lujosa y excéntrica casa tenía el estilo de las villas italianas, y era enorme. A decir verdad, ella había imaginado que Grayson vivía en una casa grande, pero no con la clase que tenía ésa; él nunca hacía alarde de nada, aunque en ese instante se dio cuenta de que bien podría haberlo hecho.

Igor bajó de su coche y se acercó al suyo; cuando ella paró el motor, le abrió la puerta y le tendió la mano para ayudarla a descender.

—Bien, ésta es mi casa. Aquí es donde vivo, donde vivimos todos nosotros, en realidad, porque los luchadores del equipo estamos todos aquí.

—Sí, ya me lo habías contado. ¡Guau! —exclamó Emerson, sin ocultar su

asombro—. La casa, realmente, tiene una fachada preciosa, y se ve grandiosa.

—Sólo es una casa. Coge tu bolsa, luego iremos al gimnasio para tu clase personal de entrenamiento.

Ella emitió una risita.

—No te rías, te demostraré que puedo ser un gran instructor.

Gray no había soltado su mano, así que la invitó a que lo siguiera. Caminar junto a él la hacía sentir demasiado bien.

Atravesaron la inmensa puerta y Emerson quedó más obnubilada que antes, de ser eso posible. Los techos abovedados de ladrillo le recordaron a los de alguna catedral visitada en alguno de los tantos viajes que había tenido oportunidad de hacer.

No podía despegar sus ojos de la arquitectura que conformaba esa casa. Cada acabado era más suntuoso y exquisito que el anterior, y allá donde su mirada se posara sólo encontraba exquisitez.

Accedieron a una inmensa sala, y encontraron a casi todos los habitantes de la villa reunidos allí.

—Oh, Emerson, ¡qué alegría volver a verte! —expresó Ellie, poniéndose de pie. Había estado sentada en uno de los sofás, con un niño a su lado. Se acercó y le dio un cálido abrazo.

—Hola, Ellie, también me alegra verte.

Otra mujer, que estaba recostada en otro de los sofás, se incorporó, y su barriga se vio, simplemente, como un fenómeno. Supo enseguida que se trataba de la esposa de Zane, pues había oído la noche de la pelea que ésta estaba embarazada.

Se puso de pie con dificultad y Em se apenó por no haber reaccionado antes de que lo hiciera; sin duda parecía muy pesada y a simple vista se notaba que le costaba mucho esfuerzo moverse.

—Bueno, he oído hablar mucho de ti en todos estos días. Por fin te has dignado traerla para que la conociera —regañó a Gray y le golpeó el brazo antes de acercarse a saludarla—. Soy Ariana, la esposa de Zane; a mi marido ya lo conoces.

—Sí, lo conozco. Encantada, tu barriga es...

—Gigante, lo sé. Mi médico y Viggo, quien no sé si sabes que, además de luchador, es obstetra, me regañan constantemente por lo mucho que he aumentado de peso.

—No iba a decir eso, aunque concuerdo contigo, pero iba a decir hermosa. El estado de gestación en

una mujer es la transformación más asombrosa del cuerpo, y la más sublime, porque está llena de tanta vida dentro... Te ves guapísima, de verdad lo digo.

—Gracias; tendremos una niña.

—Hola —intervino Viggo, acercándose a saludarla. El pequeño que antes estaba sentado junto a Ellie en esos momentos estaba en sus brazos—. Él es nuestro hijo, Daniel.

—Oh, pero qué guapo eres.

—Tengo cuatro años.

—Aún no —lo corrigió su madre—, faltan algunas semanas para que los cumplas.

—Ah, pero se ve grande y fuerte como si ya los tuviera —replicó Emerson, y el niño sonrió de oreja a oreja.

Nix y Ezra se acercaron a saludarla; no había nadie más a la vista. Faltaban Ziu y Zane, y tampoco estaban los entrenadores.

—Ven, te llevaré a la cocina; seguramente encontraremos a Agatha allí, nuestra cocinera.

—¡Maldición! —Se oyó claramente cuando la regordeta mujer blasfemó y luego soltó una retahíla de improperios al tiempo que ellos entraban en el enorme lugar.

—Su boca no parece siempre una letrina.

—Oh, por Dios, qué vergüenza —dijo la mujer, dándose la vuelta cuando oyó a Grayson y vio que venía acompañado—. En realidad, soy bastante floja de lengua, pero... qué quieres que te diga, si vivo rodeada de todos estos hombres, que muy a menudo olvidan sus modales... y me han contagiado. Tú debes de ser Emerson —añadió, saliendo de detrás de la isla de la cocina mientras se limpiaba las manos en el delantal.

—No se preocupe, a menudo también se me escapan improperios cuando algo me molesta o no me sale.

—Qué alegría conocerte, tesoro. Llámame Agatha, y tutéame. Ellie nos comentó que eras muy bonita, pero creo que se quedó corta.

—Gracias.

—Te quedas a cenar con nosotros, ¿verdad?

—Sí, por supuesto —contestó Igor por ella, y Emerson le dio un apretón en la mano y lo miró amonestándolo.

—La niña tiene boca para contestar y no te he preguntado a ti —le rebatió la cocinera, evitando la mirada de Gray y cogiendo las manos de Emerson—.

A veces, a los hombres, hay que recordarles que somos independientes y tenemos criterio propio. ¿Te quedas, entonces?

—Está bien, me quedo. Gracias por preguntar.

—Mujeres... Ven, Emers, haremos un recorrido por el resto de la casa y luego iremos al gimnasio.

—Una cosa más, antes de que te la lleves... ¿Quieres comer algo en especial? Estoy acostumbrada a hacer varios menús, aquí nadie come lo mismo, así que no te aflijas por pedir.

—Cualquier cosa que prepares para alguien más me servirá, no tengo problemas con la comida. Me gusta todo.

—Y te fascinará cuando la veas comer —acotó Gray—, porque es una chica de buen apetito.

—Oh, eso es fantástico, y lo bien que te ves.

Después de enseñarle los exteriores de la casa, entraron por la cocina, accedieron a la zona de escaleras, ascendieron hasta la última planta y Grayson la llevó a su dormitorio.

—Madre mía, esto es tan grande como todo mi apartamento de Los Ángeles, y para qué hablar del que ocupo aquí en Menlo Park; este baño ya es del tamaño de mi actual casa. Ahora entiendo que todos viváis juntos y no sintáis que invadís el espacio del otro.

—Al principio, antes de mudarnos aquí, pasaba eso que dices, así que, en cuanto las cosas empezaron a ir bien para todos, en lo que primero estuvimos de acuerdo fue en invertir en una propiedad... decente.

—No sé cuál es tu concepción de la decencia, pero esto, para mí, ha superado ampliamente todos los estándares, y hasta me atrevería a decir que es casi obsceno compararlo con decente.

Gray soltó una carcajada echando la cabeza hacia atrás y la abrazó; le acarició la espalda, abarcándola con sus poderosas y grandes manos, luego la enfrentó y sostuvo su barbilla para que ella lo mirase.

—Vuelvo a repetírtelo: sólo es una casa. Sé que vivir bien da seguridad, pero quiero que sepas que, aunque tener una holgada situación económica es genial, para mí no es lo más importante en la vida.

He vivido muy mal, y no me avergüenzo de ello. ¿Sabes?, mi casa... era casi una pocilga; ahora, cuando miro lo que he logrado, hace que sienta que me he superado, pero... —le besó la punta de la nariz—... no quiero asustarte. Sin embargo, desde que te conozco, siento que no tengo a nadie a mi lado para compartir mis logros, por eso tú...

«No lo digas... no lo digas... no lo digas...», imploró ella en silencio, mientras el latido de su corazón se disparaba, fuera de control, pero, como evidentemente él no iba a detenerse, era necesario que hiciera algo, así que se lanzó a sus labios y lo besó, aunque eso también podía malinterpretarse.

Gray empujó su lengua aún más fuerte, y sus manos apresaron sus nalgas, apretándola más contra él. Era inaudito pensar en ir despacio cuando ellos se encendían.

Ella se apartó y le dijo:

—La clase; prometiste que haríamos ejercicio, pero no el tipo de ejercicio que ya sé que tienes en mente.

—Tú me has besado, y sabes que, cuando logro acceder a tu boca, me es muy difícil parar.

—Lo sé, para mí tampoco resulta fácil. Gracias por decirme siempre cosas tan bonitas. Sé que a veces no te las retribuyo, pero es sólo que... —Se encogió de hombros; no podía decirle que no lo hacía porque no le quería hacer falsas promesas.

Grayson le besó la punta de la nariz de nuevo y buscó una de sus manos, sosteniéndola en la suya.

—Vamos a por ese entrenamiento.

—En mi bolsa tengo ropa para practicar yoga; me cambiaré.

—Hagámoslo en el gimnasio, también tengo que cambiarme —le explicó—. Allí hay una zona de vestuario donde podrás hacerlo. Si te desnudas aquí, frente a mí, no te dejaré salir de esta habitación.

—¿Ya te vas? —preguntó Ariana cuando se los cruzó en la escalera; ella iba hacia la cocina.

—No, aún no. Gray me ha invitado a cenar.

—Oh, genial; supongo que ya habéis avisado a Agatha.

—Sí, ya lo sabe —contestó Grayson—. Ahora iremos a hacer un poco de entrenamiento al gimnasio.

Por mi culpa ha perdido su clase de yoga, así que le he prometido que le prestaría el nuestro.

—Yo soy tan floja para eso que pienso que, cuando tenga el crío, tendré que instalarme ahí y ya me da debilidad.

—No vayas a creer que soy diferente de ti. Se suponía que hoy empezaba, y así igual todos los días, y ya ves, aquí estoy.

—Pero hoy empiezas —ratificó Igor—. Vamos, no perdamos más tiempo. —Le dio un cachete cariñoso en el culo para que empezara a andar.

—Guau, había dicho que no iba a impactarme con nada más de esta casa, pero debí suponer que, siendo todos deportistas, esta zona sería la mejor equipada, aunque reconozco que ansío ver alguna vez una película en esa sala de vídeo que parece un cine; me ha dejado flipada, ese espacio.

—Ya lo haremos.

Ella caminó entre las máquinas y luego se trasladó hacia la zona donde varios sacos de boxeo colgaban del techo; también había soportes con *punching balls*, o peras de boxeo, cuerdas para saltar colgadas, mancuernas, guantes, vendas, protectores de cabeza y cojines de impacto, una pared para escalar y, en el centro, una jaula donde practicaban artes marciales mixtas.

—Madre mía, hay de todo aquí.

—Sí, es un gimnasio muy completo. Ésta es nuestra empresa, nuestra oficina en casa.

»Ven a cambiarte; te diré dónde puedes hacerlo, mientras yo también lo hago.

Emerson se cambió rápidamente, poniéndose unas mallas blancas de yoga y un *top* del mismo color que resaltaba sus tetas; se calzó las zapatillas deportivas, se recogió el cabello en una coleta y salió.

Cuando lo hizo, se sorprendió de que él ya estuviera listo y esperándola, pues le pareció que no había tardado tanto; sin embargo, Grayson ya estaba junto a la cinta caminadora, aguardándola. Cuando ella le pegó un mejor vistazo, casi se cae de culo.

Él llevaba puesto un chándal negro que marcaba su entrepierna, dejando muy poco a la imaginación.

No es que ella tuviera que imaginar, pues sabía muy bien lo que había dentro de ese envoltorio, pero, vestido o desnudo, Grayson tenía el poder de dejarla con la mandíbula colgando.

Necesitaba concentrarse, así que realizó una respiración y se preparó para su clase personal.

«Madre de Dios —pensó—, qué afortunada soy al tener el *personal trainer* que tengo.»

—Haremos algo suave para empezar. —Le hizo un gesto para que se subiera en la cinta y, cuando ella lo hizo, Grayson cerró los ojos; para él no era fácil tampoco pasar por alto lo bien que esas mallas la envolvían y le resaltaban el culo.

Empezaron con diez minutos de cardio en la cinta.

—¿Tú sólo me mirarás?

—No seas floja y deja de quejarte.

—Entonces, súbete ahí y comienza a sudar conmigo.

—Ok, si ése es el incentivo que necesitas, lo haré. Te acompañaré en la rutina.

Se subió en la máquina de al lado y, antes de ponerla en marcha, se acercó a su oído.

—Sí quieres verme sudar, tengo otra forma que estoy seguro que apreciarás más.

Ella soltó una risa.

—No me distraigas; eres mi entrenador personal, no mi tentación.

—Tú te lo pierdes.

Emers estaba roja, sudada y a punto de echar los pulmones por la boca.

—Vamos, sólo faltan unos pocos minutos para que la cinta pare, un esfuerzo más —la animó él.

Ella se aseguró a los manillares de la cinta, levantó la cabeza para mirarlo y luego se observó en el espejo de la pared de enfrente; no pudo creer lo que el reflejo le devolvía. Ladeó la cabeza, casi rompiéndose el cuello, y le dijo:

—No es justo, tú ni siquiera has empezado a transpirar; tienes el aspecto de no haber comenzado siquiera.

—Cariño, esto es un juego de niños para mí: corro seis kilómetros diarios.

La máquina paró y ella se sintió mareada. Él se bajó de un salto y la atrapó, sosteniéndola contra su pecho.

—Joder, ya quiero abandonar, me ha dado vértigo.

—Eso es porque no estás acostumbrada. Vamos, me habías dicho que en Los Ángeles hacías ejercicio y no has parado de protestar.

—Sí, pero evidentemente mi cuerpo no tiene memoria, y ha pasado mucho tiempo ya. Vale, que ya estoy bien... ¿Qué sigue ahora?

Él se inclinó y le alcanzó un botellín de agua.

—Ahora, a rehidratarte.

Emerson bebió un poco y luego se sintió con fuerzas para continuar.

—Saltaremos a la cuerda. —Le alcanzó una—. Creo que ésta estará bien para tu estatura.

Luego cogió otra para él.

—Tú hazlo a tu ritmo, ¿de acuerdo? Esto será durante cinco minutos.

Emerson pensó que eso sería fácil, pero, después del primer minuto, ya parecía que sus pies no se despegaban del suelo y la cuerda comenzó a trabársele, mientras que él se reía y lo hacía con el estilo y la rapidez con la

que lo hacen los boxeadores.

—Deja de reírte, ¿quieres?

—Está bien, te pido disculpas. —Intentó ponerse serio—. Procura divertirte, cariño. Mira, mueve sólo las muñecas como lo hago yo, te cansarás menos; mantén la cabeza recta, obsérvate en el espejo y salta sobre las puntas de los pies.

—Para ti es fácil, y encima te haces el chulo y cruzas los brazos, alardeando de que no te supone ningún esfuerzo.

—No me estoy burlando de ti. Es algo que hago todos los días, claro que es sencillo para mí, pero te recuerdo que has sido tú la que ha querido que entrenara a la par que tú. Ha sido idea tuya, cielo.

Vamos, escucha lo que te digo y prueba; con práctica, ya verás que te saldrá con naturalidad.

Después de la cuerda, se subieron a la bicicleta estática. Eso Emerson lo llevó bastante mejor, y casi no se quejó pedaleando. Luego hicieron brazos, con mancuernas y después en el banco. A posteriori, realizaron tres series de abdominales diferentes. Grayson la ayudó bastante para que terminara cada serie, y sin duda ese ejercicio fue lo que más le costó.

—Joder, eres una bestia si no te cansas haciendo esto. Ahora entiendo por qué llevas incrustada esa tableta de chocolate en tu estómago; es admirable que te veas como te ves, y créeme que hoy aprecio más que nunca tu físico.

—Con práctica y voluntad, todo se consigue. Lo lograrás.

Él siguió contando y ayudándola a que se levantara de la colchoneta.

—Ya está. Ahora relájate... un poco. Lo has logrado.

—¿Hemos terminado? —preguntó cuando culminó la última serie de abdominales.

—Nos faltan las sentadillas y habremos trabajado casi todo nuestro cuerpo; para comenzar, será más que suficiente por hoy.

—Bien, las sentadillas siempre me han salido bien; ya verás que aquí me luzco.

Emerson tenía razón, eso lo hizo fácilmente, y los ojos de Igor no se pudieron apartar ni un instante de su trasero.

—Señor entrenador, creo que no queda bien que le esté mirando el culo a su alumna como lo está haciendo.

—Pues el que se queja ahora soy yo; estoy deseando que esto acabe, ya que en cualquier momento detendré la clase y te follaré ese culo, pues, cada vez que te agachas, le habla a mi polla, pidiéndole que le dé atención.

—Eso ha sido muy grosero.

—Pero es la verdad; sólo estoy siendo sincero: tu culo me está llamando, cariño.

Ambos empezaron a reírse a carcajadas. Cuando se detuvieron, él se acercó y le dio un beso.

—Eres increíble. Me encanta el tiempo que comparto contigo; lo único malo es que, cuando estoy a tu lado, el reloj se acelera.

—Me pasa igual.

Volvieron a besarse.

—Falta que estiremos los músculos.

—¿Me ayudas a hacerlo?

—Por supuesto.

La acomodó sobre la colchoneta y le hizo estirar los glúteos; para ello, le indicó que cruzara la pierna sobre la rodilla contraria y que rotara ligeramente el cuerpo, mientras él la ayudaba a hacer presión en la rodilla que estaba en el aire.

Luego se situó detrás de ella y la ayudó a que estirara los brazos y la espalda. Finalmente, la tendió en el suelo para hacerle estirar los abdominales, pero ahí perdió el control y cayó sobre su boca; le lamió los labios, y Emerson, de inmediato, le dio acceso a su boca y enredó sus piernas en su cintura.

—Puede entrar alguien —dijo preocupada, deteniéndose por un instante entre lametones.

—Nadie nos va a interrumpir, quédate tranquila. Además, cuando hemos entrado, he cerrado la puerta.

—O sea, que ya tenías planeado este final.

—A decir verdad —Grayson se acercó a su oído—, cuando hemos entrado aquí, tenía planeado que el entrenamiento ni siquiera empezara.

En cuestión de segundos, la ropa de ambos voló de sus cuerpos. Grayson se arrodilló frente a ella y abrió sus muslos, enterrando de inmediato su cabeza entre ellos; lamió sus pliegues, y su clítoris se hinchó.

—Sabes tan rico.

Emerson gimió y sintió que la sangre le palpitaba, taponándole los oídos, ahogando los chillidos de placer que no podía contener cada vez que Gray movía expertamente su lengua.

Sus labios, en ese momento, estaban succionando su clítoris; él chupaba con fuerza, y uno de sus dedos ya estaba enterrado en su húmedo y caliente

interior.

—Gray, por favor... —le rogó, apretando su dedo.

—Em, cariño, eres tan dulce...

Su liberación fue explosiva, y llegó con la furia de un tornado. Grayson la miró cuando lo consiguió y su polla estuvo a punto de derramarse. Sin detenerse, se situó sobre ella y, con su punta, empujó dentro de su sexo, abriéndose paso lentamente, hasta que su cuerpo contuvo cada milímetro de su carne.

Cuando estuvo enterrado por completo, empezó a moverse, llenándola y golpeándola una y otra vez.

—No pares nunca, haz que este momento dure para siempre. Gray, por favor, no me dejes.

—Jamás lo haré.

Sus lágrimas se derramaron por el rabillo de los ojos cuando su orgasmo cobró vida, y entonces él se movió más rápido, más duro, más desbocado, y montó su propia cresta de placer, vaciándose por completo en ella, derramando hasta la última gota de su cremoso semen en su interior. Nunca se había sentido tan feliz, nunca se había sentido tan hombre y tan completo. Se inclinó sobre su cuerpo y le susurró al oído.

—Eres perfecta; no quiero salir nunca de ti, eres todo lo que quiero en la vida.

Emerson tragó el nudo en su garganta; ella también había tenido el orgasmo más increíble de toda su vida y, cuando le había pedido que no la dejara, sabía que su ruego no era más que un deseo que jamás se iba a cumplir.

Después de unos segundos, Igor se retiró y ella pudo advertir consternación en su rostro.

—¿Qué ocurre, Gray? ¿Algo va mal?

Él la tomó por las mejillas y le besó los labios castamente, una y otra vez, y entre beso y beso comenzó a pedirle perdón.

—Perdón, ¿por qué? Sólo me haces feliz, Grayson; no tienes por qué pedir perdón.

—No me he puesto un condón, no sé cómo no me he dado cuenta. Ni siquiera te he preguntado, sólo me he dejado llevar... Nunca me había pasado esto, te lo juro.

—Cálmate; llevo puesto un DIU, y me ha encantado.

—Estoy sano, te lo prometo. Si quieres que me haga pruebas, me las haré para que no haya dudas entre nosotros. Siempre soy muy cuidadoso y jamás lo

hago sin preservativo.

—No las necesito —ella le acarició la frente para que se relajara; luego rozó sus carnosos labios, levantó la cabeza y lo besó—, pero si tú necesitas que yo me haga las mías, no tengo ningún problema en eso.

—No hace falta, creo en tu palabra si tú crees en la mía. Dicen que una relación se basa al ciento por ciento en la confianza, ¿no es así?

Ella asintió con la cabeza.

—Te doy mi palabra de que jamás te mentiría —le aseguró él.

—Ya está bien —lo cortó, sintiéndose una mierda por tantas mentiras que ella sí le había dicho—, no hace falta que sigas justificándote. Yo también podría haberte detenido y no lo he hecho, así que soy tan culpable como tú.

Capítulo veintidós

Se vistieron y salieron del gimnasio. Fueron directos a la habitación de Igor para darse juntos una ducha, y luego bajaron a comer.

Durante la cena, todos se sentaron en la extensa mesa del comedor, y las bromas con respecto a ellos no faltaron. Sus compañeros se mofaron casi todo el rato de Grayson, pero de forma cariñosa, sólo querían molestarlo para pasar el tiempo y hacerlo picar.

La verdad es que no lo consiguieron, porque él estaba orgulloso de lo que sentía por Emerson y no pretendía ocultarlo.

Esa noche se quedaron a dormir allí. Por la mañana, o al menos eso fue lo que ella creyó cuando lo oyó levantarse, abrió a duras penas un ojo, y pudo comprobar que fuera todo estaba oscuro.

—¿A dónde vas?

—Shh, duerme, deja mis sábanas impregnadas de tu perfume, que me encanta. Es muy temprano, pero debo comenzar mi rutina; aún no ha amanecido.

—Dios, es cierto que eres un ser de otro planeta que se levanta al alba.

Emers se volteó, se cubrió la cabeza con la almohada y continuó durmiendo.

El sonido de la ducha la volvió a despertar; no sabía cuánto tiempo había pasado desde que Gray había abandonado la cama, así que cogió su móvil de la mesilla de noche y miró la hora. Vio que ya debía levantarse, para ducharse y llegar a tiempo a su trabajo, así que se unió a él en el baño.

—No quería que te despertaras.

—Es hora de que lo haga, debo ir al estudio.

Después de desayunar, ella se montó en su coche y se largó de allí.

* * *

Fue muy fácil para ambos empezar a adaptarse al otro; los días comenzaron a sucederse sin que se dieran cuenta y terminó pasando otro mes, en el que no faltó ni un solo día en el que ella se prometiera a sí misma que se

sentaría a hablar con él, pero siempre aparecía una nueva excusa que era suficiente para que Emerson no lo hiciera. En realidad, sólo se trataba de postergar el momento, arrebatándole al destino un día más junto a él.

Las cosas en la agencia cada día iban mejor, y ella estaba buscando dónde mudarse para poder traer a sus mascotas consigo. Además, necesitaba un lugar más espacioso para que incluso Grayson pudiera pasar tiempo también a su lado... aunque, de todas maneras, algunas noches habían hecho trampa con la señora Maggi, pues él entraba a hurtadillas y se iba muy temprano sin que ella se diera cuenta.

En fin, eso es lo que ellos creían, porque la verdad era muy diferente.

Con el correr del tiempo la propietaria se había dado cuenta de que Emerson no era una chica ligera de cascos, así que prefirió hacer la vista gorda y alegrarse de esos momentos que ellos creían que le pasaban desapercibidos, como si no se enterase de nada.

Lo cierto es que se notaba lo mucho que Grayson y Emerson se querían, y ella también deseaba poner, de alguna forma, su granito de arena para que la relación entre ambos continuara avanzando.

Esa noche era un ejemplo de ello. Emerson iba a terminar tarde en el estudio, y él sabía de antemano que así sería; por ello, le pidió a Giovanni que lo llevara más temprano hasta allá y Gray se empeñó en quedarse con ella hasta que acabara el trabajo. No quería que saliera de noche sola y que se expusiera a sufrir algún atraco.

Cenaron incluso en el estudio y, cuando Emers dio por concluida su jornada laboral, se fueron juntos en el coche de ella hasta su casita, en el 1100 de Castle Way.

—Déjame que te ayude económicamente a mudarte a una vivienda más grande para que puedas traer a tus animales.

—No, Grayson, no; ya aparecerá algo que yo pueda pagar. No voy a aceptar tu dinero por nada del mundo.

—No puedo continuar entrando aquí como si fuera un delincuente.

—No lo hagas, entonces; acepta cuando no nos podemos ver y sanseacabó.

—¿Acaso no te gusta que pasemos cada noche juntos?

—Por supuesto que sí.

—¿Entonces?

—Entonces, deja de discutir conmigo, porque no cederé, y hazme el amor.

Capítulo veintitrés

El viernes, alrededor de las cinco de la tarde, Giovanni pasó a recogerla por el estudio. Su coche estaba en el taller y Grayson quería que durmiera en su casa, porque el sábado volvía a pelear y la necesitaba a su lado para poder concentrarse en el combate. Sin embargo, Emerson acababa de colgar con su madre; había recibido una noticia inesperada, su padre había empeorado y parecía que iban a tener que meterlo en el respirador.

Apenas el chófer llegó, le pidió que la comunicara con Zane. Sabía que la concentración era muy importante para Igor y no quería molestarlo directamente a él.

—¿Qué ocurre, Gio?

—Estoy aquí con Emerson; quiere hablar contigo, pero que no se entere Gray.

Ya era tarde, pues estaba a su lado y, cuando oyó que lo nombraba, empezó a preguntar qué sucedía con Emerson.

—¿Pasa algo? —se oyó la voz de Grayson al otro lado de la línea.

—Joder, hombre, espera; pareces desquiciado. —Era la voz de Zane regañando a Grayson, y el chófer optó por pasarle el teléfono a Em.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella a Giovanni.

—Ya se ha enterado de que soy yo, y está como loco. Será mejor que hables tú con él y lo tranquilices.

Le entregó el móvil y Zane también hizo lo mismo, cediéndole su teléfono a Igor.

Emerson le explicó rápidamente lo que pasaba.

—Prométeme que no estarás pensando en mí.

—Sabes que eso no es posible.

—Grayson, tengo que ir. Cariño, mi padre está muy mal. Dime que lo comprendes.

—Lo hago, pero... ¿por qué no puedes esperar a que termine la pelea y nos vamos juntos en el avión privado del equipo? No entiendo por qué me dejas fuera.

—No te estoy dejando fuera. Ya he sacado un pasaje, en cuatro horas

estaré allí, y me urge llegar cuanto antes. Entiéndeme, temo no llegar a tiempo... Su respiración ha comenzado a fallar.

—Tienes razón, soy un maldito egoísta.

—No lo eres. Sé que lo haces porque quieres estar a mi lado, pero debes concentrarte en el combate; te has preparado mucho y tienes que ganar. ¿Me lo prometes?

—Lo haré.

—Me siento tan orgullosa de ti...

—¿De verdad?

—Por supuesto. Te admiro muchísimo, porque todo lo que te propones lo consigues siempre. Entra en la jaula y patéale el culo a ese Fénix.

—Dalo por hecho. ¿Me mantendrás informado y me prometes que me llamarás si me necesitas a tu lado?

—No lo dudes.

—Déjame acompañarte al aeropuerto, al menos.

—Gray, cariño, quiero que sigas concentrado en la pelea; es mejor así. Por favor, me sentiría muy mal si fuera la culpable de que no obtuvieras el resultado que necesitas conseguir. Recuerda que sé lo de Zane.

—Está bien —cedió el finalmente—. Pásame con Gio —le indicó cuando terminaron de hablar.

»Te quiero, nena.

—Y yo a ti.

Ella le tendió el móvil al chófer y le explicó que Igor quería hablar con él.

—Quédate ahí con ella, llévala al aeropuerto y acompáñala hasta que el avión despegue.

—Está bien, no te preocupes, lo haré.

Durante el vuelo, no dejó de llorar. Estaba segura de que tenía los ojos completamente hinchados.

Lloraba por su padre, por el temor de no llegar a despedirse de él, y también lloraba porque se sentía la peor mierda sobre la faz de la tierra. Grayson no hacía otra cosa que preocuparse por ella y ella sólo podía rechazar sus buenas intenciones porque era impensable presentarse en el hospital con él y que lo descubriera todo; ni siquiera era capaz de darle tranquilidad para que subiera a pelear con la cabeza puesta en el triunfo que tenía que alcanzar.

* * *

Era sábado por la noche y el humor de Igor no era el más templado. El padre de Emerson estaba mucho mejor; habían logrado estabilizar su fallo respiratorio y, al parecer, él continuaba luchando por vivir, pero lo iban a seguir teniendo ingresado unos días más y ella aún permanecía allí.

Se sentía impotente por estar atrapado en Atherton cuando lo único que anhelaba era correr junto a su mujer, para acompañarla en ese mal momento que estaba atravesando. También se sentía un cabrón egoísta por haber tenido el pensamiento, cuando se enteró de que su padre estaba mejor, de que ella se montaría en un avión y regresaría a su lado.

Faltaban pocos minutos para subir a la jaula; en cualquier momento lo vendrían a buscar, y no lograba centrarse. De pronto se oyó un tumulto en el vestuario y, cuando la vio ahí, toda desarreglada frente a él, no podía creer que fuese cierto.

Se abalanzó sobre ella y ella también sobre él, y se abrazaron.

—Sólo dime que no estoy soñando.

—No, mi amor, estoy aquí. No he querido avisar a nadie de que regresaba, porque no estaba segura de si iba a llegar antes de que subieras al ring.

Grayson la besó con furia y luego la aplastó contra su pecho. Emerson era todo lo que necesitaba para estar en paz, para sentirse completo.

—¿Y tu padre? —le preguntó cuando se apartó a regañadientes.

—Él está bien. Luego hablamos, ahora ve y gana esta pelea; tú sólo debes concentrarte en eso, yo iré a ponerme un poco más decente. Abby me ha recogido en el aeropuerto y me ha traído ropa para cambiarme; no quiero avergonzarte con estas fachas.

—Estás preciosa. —Le pasó un dedo, con la mano ya vendada, por sus ojeras—. Tú siempre te ves preciosa.

—Eres un gran mentiroso.

Estaba cansada; llevaba más de un día sin dormir, además del *jet lag* que sufría, puesto que en Chicago hay otro uso horario que en California. Pero no importaba, había llegado para estar con Grayson, y no había nada que ansiara más. Luego tendría tiempo de descansar, abrazada a él.

Abby le repetía que estaba estupenda, aunque ella sabía que se veía como una mierda, pero más no podía hacer para tener un aspecto un poco mejor.

Sing for the moment comenzó a sonar y las luces se apagaron, y a Emerson le costó un gran esfuerzo no romper en llanto cuando Eminem empezó a cantar. Esa canción era la historia de Grayson, del muchacho pandillero rechazado por su familia. Sintió celos a la vez por el hecho de que hubiera elegido ese

tema para entrar, un tema que tenía que ver con el momento en el que él y su hermana tuvieron algo, pero la canción también era una historia de superación como la suya.

Igor hizo su caminata y entró en la jaula. Desde allí, fijó su vista de lince en ella, se tocó el pecho y la señaló. Luego movió la cabeza hacia ambos lados y centró la vista en su oponente. Algo en su interior hizo «clic» y apagó dentro de él el entorno para ir tras su objetivo: ganar.

Después de que los presentaran, el combate dio inicio y todo pasó casi en un abrir y cerrar de ojos.

Tras un corto intercambio de golpes, y un par de patadas que ambos lanzaron, midiéndose, Igor giró en el aire para que su pie conectara en la cabeza de su rival y lo noqueara.

Él había subido con un único propósito: bajarse cuanto antes del ring para poder reunirse con Emerson. Elevó un puño al cielo; después saltó sobre el tejido que rodeaba la jaula y, de ahí, se lanzó a donde estaba el público, para ir en busca de su chica. Le importaba una mierda no quedarse para hablar, ni para esperar el fallo de la pelea, y que sus fans enloquecieran con cualquier estupidez que se le ocurriera decir; mucho menos tenía pensado acudir a ningún sitio donde quisieran llevarlo, para que Cruz hiciera negocios gracias a él. Lo único que quería era ser un maldito cavernícola al que sólo le preocupaba enterrarse en su mujer, aunque ella estuviera destrozada por el viaje y la tensión debida a la enfermedad de su padre. Sólo podía pensar en hacerle el amor y, después de que tuvieran un orgasmo, abrazarla para que se durmiera en el cobijo de sus brazos.

Ya en el vestuario, Zane intentó hacerlo entrar en razón, pero estaba fuera de sí; la tensión de saberla tan lejos de él había hecho estragos en su mente. Incluso, la noche anterior, sus pesadillas de la guerra habían regresado, cosa que no ocurría desde que estaba con Emers.

—Grayson, mírame, por favor. —Emerson se paró frente a él, le enmarcó el rostro con ambas manos y le habló—. Vamos hasta San Francisco, te muestras un rato para que todos queden contentos y luego subimos a nuestra habitación. Zane te acaba de decir que ya ha llamado para reservarnos la *suite*.

—Maldición, sólo mira lo cansada que estás. No puedo arrastrarte a una celebración como si no hubieras estado pasando las peores horas de tu vida.

—Yo estoy bien. Me recostaré en tu regazo y dormiré un rato durante el trayecto, y luego hacemos lo que te he dicho y después nos vamos a la

habitación, ¿de acuerdo?

—Pero no te apartarás de mí.

—Grayson, me estás asustando. ¿Qué te pasa? Tú no eres así.

—Mi cabeza está más jodida de lo que crees; estuve en la guerra, ¿recuerdas? A veces se me va la chaveta —le explicó, poniendo un freno a sus pensamientos.

Ella se puso de puntillas y besó su frente.

—Te amo, Grayson *Igor* King. Simplemente te amo.

Él la miró casi sin creer lo que Emerson acababa de decirle. Maldijo por no retribuirle las palabras, pero lo había dejado sin habla, realmente lo había sorprendido.

Capítulo veinticuatro

Pasaron varias semanas después del susto que su padre les había dado; su salud no era la mejor, pero continuaba batallando para que su vida se extendiera un poco más; sin embargo, el desenlace no estaba tan lejos y Emerson sabía que ese día, además, sería el final de su relación con Grayson, porque no habría manera de detenerlo para que no fuera con ella y, obviamente, de más estaba decir que, entonces, él finalmente sabría quién era ella en verdad.

Acababa de hablar con su madre y estaba con los ojos cerrados y las manos sosteniendo su cabeza, cuando sintió esa sensación que sólo experimentaba cuando Grayson estaba cerca de ella. Abrió los ojos y lo vio de pie junto a la jamba de la puerta. Parecía un dios; él era su dios.

Supo una vez más que ella era capaz de sentir la energía de su cuerpo antes de verlo.

Emerson se puso de pie y fue a su encuentro, se arrojó a sus brazos y lo entró, tironeando de su ropa, a su despacho, cerró la puerta de un puntapié tras ellos y lo besó famélica.

—¿Qué pasa, cariño?

—Hazme el amor. —La petición que salió de su boca fue casi una orden —. Necesito que me hagas olvidar de todo —le rogó, pensando que estaba a punto de volverse loca.

—¿Qué ocurre?

—Sólo necesito sentirte. Por favor, Gray, hazme tuya.

Grayson siempre estaba listo, y jamás le podía negar un polvo, sin importar el lugar en el que estuvieran, así que accedió enseguida a complacerla.

Sin quitarse del todo la ropa, sólo desajustando lo necesario para conseguirlo, la empaló primero contra la pared y luego la dejó sobre el escritorio, donde la folló como un poseso, hasta lograr que ambos llegaran al orgasmo.

Se abrazaron. Gray sentía que el ánimo de ella era muy frágil, pero, por más que le preguntó varias veces, lo único que Emerson hizo fue abrazarse

más fuerte a él, sin contestarle.

Salió de ella a regañadientes; no quería sacar su pene de su interior, pues presentía que precisaba que la magia del momento permaneciera intacta algunos instantes más, ya que parecía que el contacto físico la sosegaba.

—Eres un gran hombre —le acarició el pecho con una mano, y luego se inclinó para dejarle un beso a la altura del corazón—, y me siento muy afortunada de tenerte a mi lado —acabó diciéndole mientras lo miraba a los ojos y con la mano, en ese momento, le acariciaba las líneas del rostro.

Él la cogió por el mentón y le regaló algunos besos rápidos en sus carnosos labios; luego entrecerró los ojos y estudió su gesto.

—¿Qué sucede? —volvió a insistir—. Sé que te pasa algo, pero no quieres decírmelo.

Ella negó de manera leve con la cabeza, conteniendo el nudo que se le había formado en la garganta, y se quedaron mirándose, absorbiendo las réplicas del orgasmo, que aún permanecían de una extraña manera en sus cuerpos.

—No me hagas caso... Ya sabes, las mujeres nos ponemos un poco raras cuando se acerca nuestro período. Creo que mi estado de ánimo se debe a eso; estoy próxima a esos días y mis hormonas están haciendo cortocircuito —lo engatusó.

A Emerson le dolió el pecho por continuar envuelta en una gran mentira, una que cada minuto crecía más y más, y de la que no sabía cómo salir.

Minutos después, en el ambiente aún podía percibirse el olor a sexo; ellos estaban algo acalorados, terminando de vestirse, cuando Abby abrió la puerta y chilló:

—¡Sorpresa! Mira a quién te traigoooo. Uy, perdón, no sabía que Grayson estaba contigo. Lo siento.

Emerson palideció cuando vio a la persona que estaba detrás de Abby y se tocó el pecho. Ella había tenido una premonición de que algo malo ocurriría cuando colgó el teléfono con su madre, pero no imaginó que todo fuera a suceder ese día.

Abby se apartó de la puerta y le dio paso a la hermana de Emers para que ésta accediera al despacho, y un silencio sepulcral cayó de golpe sobre ellos. Grayson y Arya no dejaban de mirarse.

—¿Qué puta broma es ésta? —preguntó él, rompiendo el silencio, reconociéndola de inmediato.

Abby, por supuesto, no entendía nada y miraba a uno y a otro sin saber qué

pasaba.

Em se apoyó con una mano en el escritorio para sostenerse; no podía hablar.

—Grayson, ¿eres tú? —planteó Arya, confundida, sin estar segura de no estar alucinando... Aunque estaba cambiado, aún podía reconocerlo.

—¿De qué la conoces? —inquirió él, enfrentando a Emers.

—¿Cómo que de qué me conoce? Es Emerson, mi hermanita, ¿no la recuerdas? Siempre estaba conmigo.

—Cállate de una puta vez, Arya —gritó la fotógrafa, y le ordenó a Abby que se fuera y cerrara la puerta.

Ésta obedeció, pero, presintiendo que algo muy malo estaba a punto de suceder, fue corriendo a buscar a Cristiano, que estaba en el *set*, y le contó lo que estaba sucediendo.

—Joder, no puede ser verdad que a la descerebrada de Arya se le haya ocurrido aparecer para darle una sorpresa a Em.

Mientras tanto, en el despacho, ya no había nada que Emerson pudiera hacer, así que lo único que al parecer le quedaba era rogar. Lo cogió por el cuello, sin importarle humillarse, y quiso hacer que la escuchara.

—Gray, perdóname, por favor... Sé que tendría que haber hablado de esto contigo hace tiempo; sólo te pido que me dejes explicártelo.

—Suéltame, eres una jodida embaucadora, igual que ella. No, si yo debo de ser el tipo más idiota sobre la faz de la tierra, caer con una y luego caer con la otra hermana. —Se tocó la frente y luego cogió por los hombros a Emerson para escupirle en la cara—: Me mentiste con tu nombre, me dijiste que te llamabas Emerson Klein, y has estado jugando conmigo todo este tiempo. ¿Con qué fin? ¡Dimeeee! —le gritó, exigiendo una explicación.

—No te mentí, no lo hice... Me dijiste que habías visto mi web, cuando salimos la primera vez, y supuse que habrías leído el nombre que utilizo profesionalmente y lo usé. Omití información, pero déjame explicarte... Es el apellido de mi abuela; lo adopté como nombre artístico y tú no me reconociste y yo sólo me callé.

Emerson lloraba mientras intentaba justificarse, pero sus explicaciones estaban oscureciéndolo todo, más de lo que lo aclaraban. Por suerte, Arya había decidido quedarse callada después de que su hermana le gritara que lo hiciera, y poco a poco iba desmadejando el lío y entendiendo lo que estaba pasando allí.

Emers intentó volver a acaparar la atención de él cogiéndolo por el rostro,

pero éste se alejó de ella y desechó sus manos como quien se despoja de un hierro candente. Miró a ambas hermanas, sintiéndose un gran estúpido, y decidió que necesitaba salir de allí, antes de que acabara cometiendo una locura.

—¿Por qué? —volvió a preguntarle—. ¿Qué retorcido motivo tuviste para mentirme así?

Se alejó de ella, Arya se apartó del camino cuando lo vio moverse, y él abrió la puerta, fuera de sí, y se marchó sin mirar atrás.

—Lo siento, Em. Cálmate, por favor, te hará daño ponerte así —le rogó Arya cuando se quedaron solas.

—Siempre arruinando todo lo que tocas, siempre ensombreciendo mi vida. Siempre has sido la preferida de papá y mamá, y también de la abuela. Nunca existí para nadie, porque tú siempre eras la que brillabas —le gritó la fotógrafa, buscando un poco de desahogo. Lo cierto es que necesitaba culpar a alguien, aunque seguramente, cuando se tranquilizara, se daría cuenta de que ella era la única culpable por no haber sido sincera desde un inicio.

—Em, estás nerviosa, y angustiada. ¿Qué dices?, si tú siempre has sido la mejor de las dos; yo no he hecho más que meterme en problemas durante toda mi vida, y defraudar una y otra vez a mamá y papá. Cálmate, ¿quieres?

Aunque tardó en reaccionar, después de espetarle todo eso a su hermana, salió corriendo tras él con la esperanza de poder detenerlo; sin embargo, cuando llegó a la calle, por más que se acercó a toda prisa hasta donde él estaba ya montado en su coche y se atravesó frente a éste, apoyando las manos en el capó, no logró nada, ya que Grayson, tremendamente ofuscado y dolido, maniobró el automóvil, dando marcha atrás, y, esquivándola, partió a toda marcha.

Capítulo veinticinco

Grayson condujo durante toda la noche sin parar más que para reponer combustible, hasta que por fin llegó a la casa en la playa, en Santa Mónica, sitio que pertenecía al equipo de luchadores. Ellos tenían unos caseros que cuidaban de la propiedad cuando no la utilizaban, así que, sin importarle la hora que era, ni si los despertaba, aporreó la puerta de éstos hasta que lo atendieron y les pidió la llave.

Abatido y sin entender del todo lo que estaba pasando, no hacía más que sentirse defraudado.

Arya Campbell era la mujer que lo había aplastado, y ahora también su hermana.

—¿Cómo he podido ser tan estúpido? ¿Cómo no la he reconocido?

Se tocó la cabeza, mientras hacía memoria, y se dio cuenta de que en verdad Emerson no se parecía en nada a la mocosuela que él había conocido quince años atrás. Ella era prácticamente una niña en ese entonces, y en la actualidad se había convertido en toda una mujer; una mujer que le había mentido desde el primer momento, cuando la encontró. Recordó ese día, y a su mente llegó la expresión de Emerson..., ella estaba asombrada y no le contestaba; él pensó que se debía al episodio con el cuñado, pero no..., en ese instante se acababa de dar cuenta de que lo estaba reconociendo.

—¡Maldita perra!

Había odiado con demasiada fuerza a Arya durante toda su vida, por haber matado sus ilusiones y a su hijo, y de pronto resultaba ser la hermana de la mujer de la que estaba perdidamente enamorado.

Se dejó caer en el sofá de la sala y cerró los ojos mientras se sostenía la cabeza. Todo parecía una jodida pesadilla de la que no se podía despertar.

De pronto empezó a reírse cuando se percató de que había estado preocupado por la salud del viejo Klein, que no era más que el viejo Campbell.

—¡Racista hijo de puta! —gritó, sabiendo que nadie podía oírlo porque estaba absolutamente solo, como había estado la mayor parte de su vida.

Se puso de pie y buscó algo para beber en la barra; odiaba el whisky, pero

cogió la botella de Johnnie Walker que había allí. Dilucidó que seguramente Viggo la había dejado, ya que él era quien tomaba esa porquería, pero, como necesitaba algo fuerte para adormecer sus pensamientos, pensó que eso podría funcionar. Bebió directamente del morro hasta terminarla y, en algún momento de la noche, se durmió.

Cuando despertó al día siguiente, casi no podía abrir los ojos. La luz cegadora del día entraba por los ventanales que daban a la playa y no había manera de detenerla. Su cabeza estaba a punto de estallar. Se encontró con que la mitad de su cuerpo estaba en el suelo y, la otra mitad, en el sofá. Le costó varios intentos ubicarse, pero finalmente recordó dónde estaba. La víspera bebió hasta caer desmayado, pero, tras haber despertado, comprobó que la mierda que había pasado el día anterior no había desaparecido. Se puso de pie y, sosteniéndose de las paredes, se arrastró hasta el baño, donde llevó su resacoso culo. Allí se quitó la ropa que llevaba puesta y se metió bajo la ducha.

Cuando salió, decidió que tenía que dejar de parecer un despojo humano, y se prometió a sí mismo que no iba a permitir que nuevamente una Campbell lo destrozara.

Cogió su móvil y se puso a revisarlo. Tenía varias llamadas perdidas y mensajes de voz de la hipócrita, que no pensaba escuchar; también le había enviado algunos de texto, que borró sin leer. No pensaba, ni por casualidad, darle la oportunidad de que se explicara, pues lo que había oído en el despacho era más que suficiente para él.

Mientras se cambiaba, sintiéndose un gran idiota por haber huido tan lejos, decidió que debía regresar y continuar con su vida; no iba a permitir que ella le robara nada.

No obstante, no pudo dejar de recordar los últimos días que había pasado junto a Emerson... Sentía como si, cada momento que había compartido a su lado, fuera lo mejor que había vivido en toda su vida, pero rápidamente se dijo que sólo era la emoción de creer que estaba encontrando algo nuevo y verdadero. Se tocó el pecho y sintió el dolor de las mentiras. Respiró profundamente y puso su mejor cara de póquer, decidiendo que esa vez era definitivo, nunca más volvería a confiar en una mujer.

Capítulo veintiséis

De regreso en Atherton, no dio explicaciones a nadie. Emerson se atrevió a ir una vez a su casa, pero no la recibió. Cuando Ariana le preguntó por ese asunto, pues como siempre era la más entrometida, le dijo:

—Ha sido un error más en mi vida que he decidido dejar atrás. Para mí, está muerta, y no quiero volver a oír su nombre. Simplemente se ha acabado algo que nunca tendría que haber empezado.

—Eso suena deprimente.

—Lo es, pero pronto dejará de serlo, porque no me importa.

—¿No? Sin embargo, te ves como una mierda y ella también se veía así, como tú, cuando vino. Eres un hombre adulto, ¿no crees que deberías actuar como tal y sentarte a hablar civilizadamente con ella?

—Qué raro, metiéndote en la vida de los demás. Como ya no puedes hacerlo con Viggo, crees que soy tu próximo conejillo de Indias por salvar. Entérate de que no quiero ser salvado, porque no me siento en peligro de muerte.

—Eres un soberbio.

—Lo prefiero a seguir siendo un tonto.

* * *

Se había rendido, había dejado de intentar hablar con él. Cristiano la había animado a que lo hiciera, pero resultaba evidente que no podría conseguir nada con Grayson, porque se había cumplido lo que siempre creyó: que, en cuanto él supiera quién era, la odiaría.

«Dicen que del amor al odio hay sólo un paso, y finalmente puedo decir que es cierto», meditó mientras ponía todo de sí para levantarse de la cama e ir a trabajar.

No es que pensara hacer como si Gray nunca hubiese existido en su vida, pero tenía que seguir adelante; no sería fácil olvidarlo, pero tal vez algún día lo lograría, o al menos tenía la esperanza de que, con el tiempo, dejaría de dolerle tanto. Finalmente había empezado a hacer actividad física en el

gimnasio de Peighton; eso y el trabajo la ayudaban a mantenerse cansada y ocupada, para que, cuando llegase la noche, fuera capaz de dormir algunas horas.

Esa semana, incluso, había comenzado a empaquetar las pocas cosas que entraban en la casita de Maggi, ya que por fin había encontrado otro sitio más grande donde mudarse y donde, además, podría traer a sus mascotas a vivir con ella. Ya lo tenía todo arreglado para que su amiga Victoria le enviara a sus perros y a su cerdita *Cordelia*, porque el próximo fin de semana ya iba a estar instalada en su nueva casa.

Ella siempre se había reinventado y volvería a hacerlo una vez más.

* * *

Zane entró en el gimnasio con un paquete en la mano.

—Toma, ha llegado esto para ti.

Grayson se levantó del banco donde estaba haciendo pecho con la barra y se sentó.

—¿Qué es?

—No lo sé, y no tiene remitente.

—Tira esa mierda, sea lo que sea.

—No soy tu maldita sirvienta, hazlo tú. Demasiado es que me haya tomado la molestia de traértelo hasta aquí.

Se lo dejó a la fuerza en las manos y se marchó.

Aunque la primera impresión de King fue la de deshacerse del paquete, luego le entró curiosidad y lo abrió. Eran tres cuadernos, y un sobre con una carta. Ojeó de pasada los cuadernos, haciendo correr las páginas pero sin leer nada, y abrió el sobre.

Por favor, no tires nada a la basura sin que lo hayas leído. Soy Arya...

Cuando leyó ese nombre, arrugó el papel y se dio cuenta de que su primera reacción había sido la más sensata, así que caminó hacia la casa con los cuadernos y la nota en la mano y, apenas entró en cocina, lo arrojó todo a la basura y se marchó a su habitación.

Ese fin de semana tenía otro combate importante, y estaba muy concentrado para ganar. Las apuestas que Zane había hecho, como siempre, lo condicionaban, pero estaba seguro de que ésa era una pelea que no podía perder. Sin embargo, cuando subió a la jaula, se encontró con un rival al que claramente había subestimado y, apenas se inició el segundo *round*, todo

comenzó a ir cuesta abajo para él. Para colmo, se le ocurrió mirar hacia donde ella siempre se sentaba y ahí la vio.

Sólo fue un momento de distracción, pero resultó suficiente como para que su oponente le diera un golpe muy certero y lo noqueara.

Se sentía frustrado, y además le había fallado a Zane... y, como si fuera poco lo ocurrido, cuando preguntó si Emerson había estado presenciando el combate, todos le dijeron que no.

—Lo siento, Igor, pero la chica que estaba junto a mí era rubia, sí, pero no era Em —le aseguró Ellie.

Cuando fue consciente de que todo había sido una alucinación producto de su mente, se enojó más con él mismo por continuar pensando en ella. Por ello, tuvo toda la intención de estrellar sus puños contra la pared, pero por suerte se detuvo justo a tiempo, ya que se recordó que podía dañarse las manos, y una lesión como ésa lo podría dejar fuera de la competición, y Zane había apostado por él en el resto de las luchas que le quedaban por pasar.

El ambiente, esa noche, era de decepción en todos, así que regresaron a la casa muy temprano. No había ánimos para ir a ninguna parte. Cuando entró en su habitación, se encontró con Agatha.

—¿Qué haces aquí?

—Te estaba esperando. Me he enterado de que has perdido, y quería verte apenas llegaras.

—No necesito la compasión de nadie.

—Tienes razón, nadie necesita eso cuando fracasa, lo que necesita es que le hagan saber que no está solo, y tú no lo estás, aunque te empeñes a veces en creerlo. Todos los que vivís aquí sois un poco mis muchachos y, cuando os veo sufrir, sufro a la par de vosotros.

Se levantó de la cama. Tras ella quedó la pila de cuadernos que él había tirado a la basura.

Lo abrazó, le palmeó la cara y le dijo:

—La derrota sólo se siente cuando te das por vencido.

»Deberías leer esos cuadernos, te iluminarían bastante. Perdona mi atrevimiento de leerlos.

Agatha se marchó de su cuarto, dejándolo solo, y Grayson se pasó una mano por el rostro, sintiendo que cada día que transcurría perdía más el rumbo.

Se acostó en la cama con las manos tras la nuca, mirando el techo; aunque no había desechado los cuadernos, los había dejado sobre uno de los muebles

de su habitación, sin hacer lo que Agatha le había sugerido.

Al rato, sabiendo que no iba a poder dormirse, se levantó y fue a por ellos. Notó que en la tapa tenían un número, así que supuso que era el orden en el que debía leerlos. Cuando finalmente se decidió a abrir el primero, encontró la nota que él había arrugado y que le había enviado Arya Campbell.

La abrió y se obligó a leerla, aunque realmente era muy extraño estar cediendo a algo que tuviera que ver con ella.

Por favor, no tires nada a la basura sin que lo hayas leído. Soy Arya, y en estos cuadernos encontrarás todas las explicaciones que necesitas. No los escribí yo, pero no te lo podría explicar mejor aunque quisiera hacerlo. Los encontré de casualidad en casa, en una caja con cosas que traje de la de mi madre cuando me mudé. Creo que ella pensó que eran míos, pero eran de Em. No debería estar haciendo esto, porque leer diarios ajenos no está bien, pero, como no aprendo y siempre rompo alguna regla, incluso te los estoy dando para que los leas.

No es justo que Emerson pague por mis errores. Ella no es como yo. Deberías haberte dado cuenta de que, aunque te mintió en su identidad, siempre que estuvo contigo fue auténtica, y cuando digo siempre, créeme que es así.

Si no lo puedes ver, entonces, querrá decir que no la mereces y, por tanto, me alegraré de que te hayas alejado de ella.

Grayson seguía dudando, mientras continuaba preguntándose qué mierda encontraría en esos cuadernos, que parecían viejos, además. Con todo, decidió seguir y comenzó a leer.

Cuando terminó la última página y cerró el tercero de los cuadernos, se dio cuenta de que había amanecido.

Se preguntó qué sentía, y se percató de que aún seguía cabreado, pero ese sentimiento continuaba prevaleciendo en él más por orgullo y por terquedad que por otra cosa. A medida que había avanzado en la lectura, sus argumentos para odiar a Emerson habían ido cayendo uno a uno.

Lo que ahí había escrito no limpiaba el nombre de Arya, sino todo lo contrario, lo enlodaba más, pues había descubierto cosas que él ni imaginaba y que aún incrementaban más su desprecio por ella.

Sin embargo, también había descubierto que su hermana, que en ese entonces sólo era una niña, tenía

mucha más sensatez que ella y que nunca había aceptado participar en nada de lo que Arya, y sólo Arya, había hecho.

También supo lo del enamoramiento que Em siempre tuvo por él, y no pudo dejar de sonreír por las frases cursis que le dedicaba. Incluso descubrió que el bebé que Arya abortó no era suyo, y que Emerson no se enteró de lo que ella iba a hacer ni tampoco de lo que ocurrió hasta un tiempo después... y lo supo porque oyó hablar a su hermana con una amiga.

Sin embargo, ella seguía siendo culpable de no haberle dicho quién era, eso no se podía borrar. El engaño, tácitamente, había existido, pero también era cierto que él no le había dado la oportunidad de explicarse como correspondía.

Con la cabeza más embrollada que antes, guardó los cuadernos y decidió acostarse para intentar conciliar el sueño. No quería continuar apresurándose en sus decisiones.

Capítulo veintisiete

Hizo el viaje, aprovechando los días de descanso que había en el *underground* antes de que las luchas del campeonato continuaran.

Recorrer las calles del vecindario donde había crecido le pareció extraño. Grayson no había regresado allí desde hacía mucho tiempo; sin embargo, en ese momento sentía la necesidad de hacerlo; necesitaba que el pasado quedara finalmente enterrado, y supuso que, si volvía al lugar de partida, podría dejarlo por fin todo atrás.

El barrio no había cambiado gran cosa; aún continuaba siendo un sitio sin prosperar demasiado, y las pandillas todavía podían encontrarse por las esquinas. La hostilidad en las miradas de sus miembros era la de siempre, pero eso a él no lo amedrentaba; había sido uno de ellos y sabía a la perfección cómo funcionaba el cerebro de quienes formaban parte de ellas.

Hizo un breve recorrido por el vecindario en un coche que alquiló al salir del aeropuerto. Pasó frente a la que había sido la casa de los Campbell; ésta estaba un poco cambiada, pero aún podía advertirse en ella los rasgos de la antigua fachada. Se sonrió al vislumbrar a la niña de trenzas y rostro moteado por las pecas que su mente imaginó sentada en las escaleras de entrada a ésta. Emerson, por aquel entonces, era realmente una niñata insulsa, demasiado para que él hubiera prestado atención en ella; sin embargo, se había convertido en una mujer exquisita. Su físico no era exuberante; seguía siendo delgada, pero sus curvas y contracurvas eran perfectas, y la hacían verse muy sexy.

En su itinerario, también pasó por su antigua casa, y comprobó que no quedaba nada de la pocilga que una vez fuera su hogar. No sintió ninguna pena porque ese sitio hubiera desaparecido; ahí, no había vivido nada que él quisiera recordar.

Finalmente, llegó a casa de Rude. Aparcó el coche junto al bordillo, se bajó del vehículo y caminó directamente hacia el gimnasio. Cuando entró, vio a varios muchachos entrenando, y se percató de que algunos llevaban los tatuajes de los Cobras dibujados sobre la piel. De inmediato, su presencia se hizo notar y las miradas fueron dirigidas a él con curiosidad.

—¿En qué puedo ayudarte? —le preguntó quien parecía estar a cargo del

entrenamiento allí.

—Tú debes de ser Demarco. —Le tendió la mano; el viejo Magic siempre hablaba de él—. Soy el hijo de Rude.

Demarco miró su mano y lo estudió de pies a cabeza.

—Rude no tiene hijos —le contestó, dejándolo con la mano suspendida en el aire.

—No lo soy de sangre, pero él hace mucho tiempo me adoptó como tal, aunque no llevo su apellido.

—Grayson... —Magic salió de la oficina, quitándose las gafas—, ¿eres tú? Mi muchacho... —dijo, apresurando el paso y dirigiéndose hacia él.

Se fundieron en un sentido abrazo. Rude siempre había sido un hombre de complexión física grande, pero los años habían provocado que se viera más pequeño, aunque aún se lo notaba bastante en forma.

—He oído tu voz y he creído que estaba alucinando. ¿Por qué no me has avisado de que vendrías?

—Porque no sabía si, al llegar a Chicago, tomaría de inmediato un avión de regreso.

La actividad en el gimnasio se había detenido; todos estaban intrigados, observando al extraño que acababa de llegar.

Gray miró a su alrededor y estudió las instalaciones.

—Esto tiene muy buen aspecto —dijo, palmeándole la espalda a Rude.

—Gracias a ti.

—No es cierto, esto es obra tuya, no mía.

—Pero, sin tu dinero, hubiera sido imposible contar con todo este equipamiento. Demarco —le palmeó la espalda al muchacho hostil que permanecía junto a ellos— también es un pilar en este lugar; me ayuda mucho para que todo siga funcionando.

El joven se mostraba tosco, y lo miraba con recelo. Gray, de inmediato, se dio cuenta de que lo hacía porque competía con él por Rude. Se vio reflejado en éste, y recordó cuando él sentía lo mismo cada vez que un nuevo chico era acogido por su padre adoptivo.

—Demarco, ¿recuerdas que te he hablado de él, hijo? Él es Grayson King.

—Sólo estoy aquí de visita, me iré hoy mismo. Gracias por cuidar de Rude, y por ayudarlo a que todo esto siga funcionando.

—El dinero es importante, pero el compromiso lo es más.

—Sin duda —coincidió Gray—. Por eso te estoy agradeciendo que estés tan involucrado en el proyecto de Rude.

Demarco, poco a poco, fue bajando su guardia. Se quedaron mirando un rato el entrenamiento de los muchachos que estaban ahí, y luego él y Rude subieron a su casa.

—¿Qué te trae por aquí? Han pasado tantos años desde la última vez que viniste...

—Lo lamento... Soy un desconsiderado contigo.

—No lo eres. Me llamas cada semana, siempre estás pendiente de mí.

—Sí, pero un hijo debe venir más a menudo a ver a su padre. Siempre digo que tú eres como un padre para mí, y no me comporto bien contigo.

Rude le palmeó la espalda.

—Todos tenemos diferentes formas de demostrar nuestros sentimientos y ninguna es cuestionable; sólo se trata de que cada uno lo hace como puede.

—Siempre tan comprensivo.

—Y tú, siempre tan lapidario contigo mismo. Prepararé algo para que comamos.

Grayson recorrió la sala, y se detuvo a ver las fotografías que Rude atesoraba sobre una mesa colocada contra la pared. Había varias de él y Victoria, y también había algunas de ellos tres.

—Fui tan feliz junto a ella... —dijo al tiempo que dejaba unos platos que contenían emparedados encima de la mesa—... y pensar que casi la dejo ir.

Se acomodaron en la mesa.

—¿Por qué dices que casi la dejas ir? Nunca me has contado eso.

—Cuando uno es joven, a veces hace cosas estúpidas. Yo me acerqué a Victoria, pero la que me interesaba era otra mujer. Incluso la engañé con ella; estaba obsesionado con su hermana.

—Joder...

—Sí... y, cuando perdí a mi esposa, me di cuenta de que mi capricho sólo me había alejado del amor de mi vida. Además, también comprendí que su hermana no era la persona que creía que era, porque no le importó hacerle daño. Recuperarla no me resultó fácil, pero, cuando el amor es grande y verdadero, no hay nada que no se pueda superar, porque, cuando le damos paso a ese sentimiento en nuestro corazón, él se encarga de ponerlo todo en su justo lugar. Lo único importante es no darle la espalda, y dejarlo surgir. El orgullo sólo nos lleva a cometer errores; errores de los que nos podemos arrepentir durante toda la vida.

—Sé lo que estás intentando...

—Estoy seguro de que lo sabes, y también estoy seguro de que por eso

estás aquí, porque estás intentando poner cada cosa en su lugar en tu cabeza.

»Cuando me llamaste para contarme todo lo de las chicas Campbell, estabas muy dolido y encabronado, y el enojo no te dejaba ver con claridad las cosas. Pero eres un hombre inteligente y, aunque sé que tu cabezota es muy dura, también sé que, aunque te resistas, tu corazón alberga mucho sentimiento por Emerson Campbell, y también estoy seguro de que sabes que lo que viviste con ella no tiene ni punto de comparación con lo que viviste con Arya.

—Te equivocas, ella se encargó de romper cualquier sentimiento que pudiera estar surgiendo en mí. Me mintió; no sé qué fue cierto y qué no, mientras estuve junto a ella.

—¿Realmente no lo sabes, después de haber leído sus diarios?

—Ésas eran las palabras de una adolescente soñadora.

—Y los hechos que ella te demostró durante el tiempo que estuvisteis juntos, ¿que fueron?

—Mentiras.

—Te mintió en su identidad, eso es cierto, pero eres un hombre intuitivo y listo..., lo suficiente como para darte cuenta del porqué; estoy convencido de que sabes muy bien que cada momento que te entregó fue verdadero. Cuando le haces el amor a la mujer que amas, y la miras a los ojos, es en ese momento cuando te enteras de que no volverás a vivir nada parecido con otra persona, simplemente porque estás con la correcta. El amor es para los valientes, hijo; los cobardes se escudan fabricando excusas para no vivirlo, pero no existe un amor sin riesgos..., un amor sin altibajos se convierte en una relación previsible, y aburrida.

»Es como cuando te planas en el ring. Sabes de antemano que recibirás algunos golpes, porque tu oponente no subirá al cuadrilátero con las manos atadas, pero, aun así, asumes el riesgo y vas tras la victoria, sin importar cuánto castigo vas a recibir, porque lo que quieres es ganar. Una vez me dijiste que en el Ejército te enseñaron que no hay tiempo para el miedo y las dudas, porque las misiones se llevan a cabo con la urgencia por resolverlas. En el amor es lo mismo; si dudas por miedo a sufrir, terminarás perdiendo más de lo que ganas. Perdonar en el amor, muchas veces, es un regalo que te obsequias a ti mismo. Valóralo...

* * *

Hacia bastantes días que había regresado de Chicago...

La hija de Zane y Ariana por fin había nacido, y en la casa todo era alegría.

Ellie y Agatha habían planeado una fiesta de bienvenida para la pequeña y habían llenado la casa de globos y regalos; en la sala, todo era de color rosa y blanco, y no podía negar que también se sentía feliz por la llegada de la nueva integrante de su familia. La había cogido en brazos en el hospital y, de inmediato, se había convertido en un tío baboso. Esa niña había capturado su corazón, así que no quiso quedarse fuera de la celebración y decidió ir a comprarle un obsequio para cuando llegasen esa tarde.

Cuando se acercó a la gran pila de regalos para dejar el suyo, le intrigó saber quiénes los habían enviado.

Encontró el nombre de Cruz, el de varias *groupies* y también el de muchos empresarios que tenían que ver con el *underground*... y, cuando leyó el de Abby, le extrañó que ella aún mantuviera algún tipo de contacto con Ariana. Evidentemente algo se había perdido. Continuó mirando y, finalmente, halló su nombre: Emerson también había enviado un obsequio, y éste tenía una tarjeta adherida al paquete.

Miró a su alrededor y, al constatar que estaba solo, decidió sacarla para leerla.

Me siento muy feliz de que Ransom ya haya nacido y me alegra saber que ambas estáis muy bien. Mis mejores deseos para ti y para Zane. No tengo dudas de que seréis unos grandes padres.

Me disculpo por no ir a la fiesta, pero, ya sabes, Ari, no quiero incomodarlo con mi presencia, es mejor así.

Ya habrá oportunidad de conocer a la pequeña princesa cuando puedas empezar a salir.

Un beso para los flamantes papás y para la dulce princesita.

xoxo

«Resulta evidente que no quiere incomodarme», dilucidó Grayson mientras volvía a guardar la nota.

Después de eso, volvió a sacudir la cabeza, al tiempo que pensó en cómo se llamaba la niña. Aún no podía entender que Zane hubiese accedido a que le pusieran a la cría un nombre que normalmente se usa para niño, pero, al parecer, Ariana, que tenía por costumbre taladrar la cabeza de la gente, había convencido a los de la oficina de nacimientos y le habían aceptado el nombre.

Ella se había empeñado en querer llamar a su hija Ransom, que traducido al español significa *rescate*, y a Grayson no le cabían dudas de que,

cuando la pequeña creciera, los iba a odiar por ello.

—Modas —dijo, yéndose hacia su habitación—, como cuando empezaron a usar el nombre Charlie en mujeres, supongo.

Por la tarde, la casa se había llenado de gente. No quería parecer un aguafiestas. Había algunas mujeres, que Zane y Ariana habían conocido en el curso de preparto, que todavía no habían tenido a sus críos; también había algunas personas que no sabía de dónde las habían sacado Agatha y Ellie. La reunión, por suerte, no duró mucho, ya que todos consideraron que la madre y la chiquitina debían descansar. Menos mal, porque eso casi se había transformado en un psiquiátrico. Abby aún estaba en la casa; ellos se habían saludado... con recelo, pero lo habían hecho. Cuando pasó hacia la cocina, le pareció oír el nombre de Emerson, así que se quedó en la escalera, donde no podían verlo, escuchando.

—Envíale mis condolencias a Em, dile que sentimos mucho su pérdida.

—Se lo haré saber cuando regrese de Chicago. No sabía cuánto tiempo se iba a quedar; el entierro es pasado mañana, y tal vez alargue su estancia algunos días para acompañar a su madre, aunque, como ahora Arya y el pequeño Owen viven con ella, no tenía claro si lo iba a hacer. Este desenlace es algo que la familia estaba esperando de un momento a otro, pero, claro, cuando sucede, nadie puede aceptarlo. Despedir a un ser querido nunca es fácil.

—¡Qué terrible enfermedad! —acotó Ellie—. Cuando Emers frecuentaba la casa, me estuvo hablando de ella.

—Sí, es una enfermedad muy penosa, que va consumiendo a la persona poco a poco.

Después de que Grayson oyera eso, se fue a su habitación.

Capítulo veintiocho

La madre de Emerson, obviamente, no tenía consuelo, y sus dos hijas estaban siendo su puntal. Habían sido muchos años de matrimonio, y en ese momento le resultaba muy difícil aceptar que había perdido a su compañero de toda la vida. Aunque el señor Campbell siempre había tenido un carácter difícil, el matrimonio de los padres de Emerson era de otra época, una en la que la mujer estaba acostumbrada a soportar.

No es que él le hubiera faltado al respeto siéndole infiel a su esposa, ni tampoco nunca le había levantado la mano..., pero en la casa siempre se había hecho lo que él había querido.

Arya, lógicamente, no lo había hecho, y Emerson, en cuanto se pudo independizar, se marchó.

Ese día era el entierro del señor Campbell y la familia y amigos acababan de llegar al cementerio.

Emerson y Arya estaban abrazadas a su madre.

Grayson King jamás hubiese imaginado que él asistiría a esa ceremonia. Si alguien le hubiera dicho que así sería, sin duda habría afirmado mil veces a quien fuera que estaba loco, pero, sin embargo, ahí estaba. En cuanto se enteró, en lo único que pensó fue en cobijar a Emerson contra su pecho, y el sentimiento de protección fue tan grande que decidió romper todas las barreras que había levantado en su corazón y cedió.

Al principio se mantuvo alejado. Era un momento muy íntimo y no quería ofender a nadie, pero necesitaba que Em lo viera, que supiera que estaba allí, acompañándola en su dolor, así que, antes de que todos comenzaran a irse, decidió acercarse un poco más.

La primera en notar su presencia fue Arya.

—Em—dijo, esquivando a su madre—, mira quién está ahí.

Emerson clavó sus hermosos ojos marrones en él, y su mentón tembló, conteniendo el llanto. Se sentía tan agradecida que por un momento se sintió flotando, mientras imaginaba que él la mantenía abrazada. Grayson notó el mohín que ella estaba haciendo y quiso correr a contenerla. Cristiano, que estaba a su lado, intentó hacerlo, pero ése era su lugar.

«Joder, no es posible amar tanto a alguien», se dijo, y empezó a caminar en su dirección, sin importarle nada más que llegar junto a ella. Cuando lo logró, Emerson se arrojó a sus brazos y él, sin dudarlo, la cobijó.

—Cálmate, ya ha dejado de sufrir —le susurró al oído, y la besó en el cuello, acariciándole la espalda.

—Lo sé. Gracias por haber venido. Nunca imaginé que podría verte aquí. Soy consciente de lo difícil que es para ti estar acompañándome en este momento.

La madre de Emerson lo reconoció de inmediato, pero Arya la miró fulminándola y le prohibió hablar; sin embargo, ella no le hizo caso.

—¿Qué mierda hace ése aquí? Tú padre no querría, con seguridad, que estuviera en su funeral.

—No es el momento, mamá. Papá ya no está, y Em sí lo quiere a su lado... y, además, hay muchas cosas que tú no sabes, así que mantén el pico cerrado y no te atrevas a decirle ninguna grosería, o te prometo que Owen y yo nos iremos.

—¿Os habéis vuelto todos locos?

—Basta, mamá.

Cuando la gente empezó a retirarse, Grayson se hizo a un lado, para que los que habían asistido al entierro pudieran despedirse.

Como era costumbre, después del sepelio pensaban reunirse, los más allegados, en la casa familiar.

—Estoy en el hotel Countyard hasta esta noche. Mi vuelo es el último en salir hoy —Grayson le besó las manos, notando que Emerson las tenía muy frías, y a continuación le cerró el abrigo, arropándola un poco más—, pero no te lo estoy diciendo por nada en especial. Quiero que te quedes con tu familia; sólo deseo que sepas que, cuando regreses a Menlo Park, si quieres que nos veamos para hablar, a mí también me gustaría.

Ella asintió y luego le dijo:

—Vuelvo mañana... por la noche.

—Ok, te enviaré un mensaje, ¿de acuerdo?

—Sí, está bien.

—No quiero incomodar más a tu madre, ni que sienta que de alguna forma estoy siendo irrespetuoso, así que por eso me voy.

—Grayson, gracias. Eres la última persona que esperaba ver hoy aquí —repitió, y luego añadió—: Te

mentiría si no te dijese que lo deseaba, y, por eso mismo, no sabes lo bien

que me sienta tu presencia.

—Ya hablaremos; hay muchas cosas sobre las que tú y yo tenemos que conversar. —Volvió a besarle las manos y luego también le dejó un beso en la mejilla.

King se retiró en silencio, se alejó lentamente, pero, antes de hacerlo, le encargó a Cristiano que no la dejara sola y éste le aseguró que no lo haría.

Capítulo veintinueve

Estaban en el vuelo de regreso.

—Aún no me puedo creer que ayer viniera al entierro de papá —le dijo a Cristiano.

—Ese hombre te ama, sólo tenía que asimilar todo lo que había pasado.

—No quiero ilusionarme, Cris.

Aterrizaron en el aeropuerto de San Francisco cuatro horas más tarde y, al salir, compartieron un Uber hasta Menlo Park. Ella bajó primero y, apenas Emerson entró en su nueva casa, sus mascotas le hicieron una fiesta. Jordan y Abby se habían encargado de alimentarlos en su ausencia.

Se sentó en la cama, muriéndose de ganas por enviarle un mensaje a Gray. Era tarde, pero quería anunciarle que ya había llegado.

Ya estoy en mi casa. Sólo quería avisarte, además de agradecerte que decidieras acompañarme en un momento tan triste, dejando a un lado tus rencores. No quiero pensar demasiado, pero me encantó verte.

Tal vez, lo que estaba escribiendo, era reiterativo, pero era mucho el tiempo que llevaba reprimiéndose para no decirle cada cosa que ella sentía por él, así que, en ese momento, cuando ya lo había dado todo por perdido, decidió que no tenía por qué continuar haciéndolo.

Vio que él estaba en línea y, de inmediato, los puntitos saltarines le indicaron que estaba escribiendo.

Se quedó esperando; su corazón latía de manera ensordecedora.

Intenta descansar, es tarde. Mañana hablamos. Te llamo y, cuando te sientas con fuerza, nos encontramos en algún sitio. Ahora duerme.

¿Cómo mierda pensaba él que ella podría dormir? Eso fue lo que pensó mientras leía y releía el texto, pero, al parecer, es lo que tendría que hacer, además de seguir esperando.

Pasaron otros dos días y no había sabido nada de Grayson desde la noche que ella había regresado de Chicago. Cada minuto que transcurría, se decepcionaba un poco más, y estaba casi convencida de que, seguramente, él se había arrepentido de haberse acercado a ella.

Esa tarde, cuando estaba en plena sesión fotográfica, su móvil empezó a

vibrar en el bolsillo de su pantalón. Detuvo por un momento el trabajo y miró para ver quién era. Sus ojos buscaron de inmediato a Cristiano y él entendió de qué se trataba al instante; además, casi que pudo leer en su ansioso rostro lo que ella no estaba diciendo con palabras.

—Ahora vuelvo —anunció, y se apartó un poco de allí; luego tocó la pantalla y atendió.

—Hola.

—Hola, soy Grayson. ¿Te llamo en un mal momento?

—No, no estaba haciendo nada muy urgente —mintió descaradamente, intentando parecer casual.

—Entonces, ¿nos podemos ver hoy, cuando termines de trabajar? He pensado que podríamos encontrarnos para tomar algo en un sitio que se llama Left Bank; está cerca del estudio.

—Está bien; envíame la ubicación cuando llegues allí.

—¿A qué hora crees que podrás venir?

—¿Te parece a las seis?

—Te estaré esperando.

Cuando colgó, buscó en Google el lugar; era un local bastante elegante, donde se podía tomar una copa y también se podía cenar. Se dio media vuelta y no le extrañó tener a Cristiano espiando por encima de su hombro.

—Se puede cenar ahí... Eso promete.

—No te adelantes a nada.

—Yo no me adelanto, sólo te leo el pensamiento, querida.

* * *

Se preparó intentando no verse demasiado arreglada, sino más bien casual. Usó ropa que tenía en el estudio, para no tener que ir hasta su casa, y apenas Gray le envió la ubicación, se despidió de Cristiano y de Jordan.

—Deséame suerte.

—No la necesitas. Él es tuyo —le indicó su mejor amigo, infundiéndole un chute de confianza.

Antes de que ella se marchara, Jordan se acercó y le arregló el escote, bajándolo.

—No quiero dar a entender que me he vestido para él.

—Mátalo de un ataque al corazón en cuanto llegues. Esas tetas tuyas son para lucir, no para esconder.

Emerson miró a Cristiano y él también asintió, así que dejó su escote expuesto.

El local quedaba a tan sólo unos cinco minutos de su trabajo, así que no tardó en llegar. Había un parking público, por lo que dejó el coche aparcado frente al bar donde habían quedado en encontrarse.

Apenas bajó, vio unos metros más allá el Porsche amarillo de Gray. Caminó decidida, entrando en el establecimiento, y se quedó sin respiración en cuanto lo vio sentado a la barra. Iba vestido todo de negro, como el día que se vieron la primera vez. Él la vio apenas ella apareció y se puso de pie, esperándola. Cuando llegó, le dio un beso en la mejilla.

—Gracias por haber venido.

—Gracias a ti por llamarme y darme una oportunidad para que hablemos.

Emerson se acomodó en uno de los taburetes de la barra y, en cuanto miró el cóctel que le acababan de servir a él, lo reconoció de inmediato: un Vesper Martini. Tuvo la tentación de bromear, tal como había hecho la primera vez que salieron a cenar, pero se abstuvo; aún no había tanteado el terreno y no quería dar nada por sentado. Tal vez, después de todo, sólo la había citado para darle un punto y final a lo que ellos habían tenido.

Los primeros momentos fueron muy tensos.

—¿Qué va a tomar? —le preguntó el *barman*.

—Un margarita, por favor.

—Algunas cosas nunca cambian —dijo Gray, rememorando que ella pidió eso mismo el día que salieron la primera vez, y Emerson se sintió feliz de que lo recordara. Había pedido esa copa a propósito, para ver su reacción.

Cuando le entregaron su copa, Grayson habló.

—Ven, he pedido una mesa apartada para que podamos hablar más cómodos.

Ella bajó del taburete y él posó una mano en su cintura, guiándola. Emerson estuvo a punto de caerse al suelo por ese simple contacto.

Se sentaron a la mesa y el silencio les sobrevino.

—Me mentiste, y eso aún no lo he olvidado —rompió el hielo Gray. Los días que había tardado en llamarla, después de que ella regresara, habían sido para escarmentarla un poco más por sus engaños.

—No esperaba que lo hicieras tan pronto. Sólo deseo que me dejes explicarte por qué lo hice.

Él asintió para que continuara.

—El día que todo salió a la luz, dije muchas cosas incoherentes. Te estaba

perdiendo y no podía pensar con claridad. Grayson, tú eres el amor de mi vida. No me importa si hoy me has citado aquí para cerrar nuestra historia, sólo quiero que no te lleves un mal recuerdo de mí. Siempre te he amado.

La sacudida que sintió al oír esas palabras hizo que quisiera tirar de su brazo y sentarla en su regazo... o, mejor aún, salir de ahí y conseguir un sitio donde poder estar solos, para follársela como un perverso durante toda la noche.

—Debería haber sido sincera contigo desde un principio, pero sólo vi una oportunidad de cumplir mis fantasías y la aproveché.

—¿Tenías fantasías conmigo? Eso suena interesante.

Ella asintió.

—Te lo acabo de decir, siempre te he amado, y no me estaba refiriendo al tiempo que hemos estado juntos, sino a la época en la que tú ni me mirabas, porque yo sólo era una chiquilla para ti.

Había planeado hacerla sufrir más, pero, teniéndola tan cerca, eso le resultaba una labor imposible de llevar a cabo. Él era tan vulnerable a ella como ella lo era a él. Por más que intentaba evitarlo, sabía que estaba fallando en no fijar su vista en sus labios..., unos labios que quería hacer suyos y probar con desesperación, como el resto de su escultural cuerpo.

Se inclinó y, de debajo de la mesa, sacó una bolsa de papel y la puso sobre la mesa.

—¿Qué es esto?

—Fíjate.

Emerson la abrió y, de inmediato, reconoció sus cuadernos. Ni siquiera le dio tiempo a ruborizarse por todo lo que sabía que había escrito allí. No se acordaba de la existencia de esos diarios hasta que los había vuelto a ver.

—¿Por qué tienes tú esto?

—Ahí dentro, en el primer cuaderno, encontrarás la explicación.

Apresuradamente, encontró la carta de Arya, y las lágrimas le nublaron la vista, impidiéndole seguir leyendo. Se pasó los dedos por los ojos, recogiénolas, y lo miró. Se encontró con la mirada penetrante de Grayson, esa mirada que conocía muy bien, y deseó no estar equivocándose y estar viendo sólo lo que en verdad quería ver.

—Salgamos ya mismo de este local, o te prometo que te meteré en el baño y te follaré aquí mismo.

Ella asintió y se puso de pie, y él, con una mano, capturó la bolsa con los cuadernos y con la otra cogió la suya. Cuando estuvieron en la calle, dejó de

contenerse y la besó; después de probar su boca largamente, hasta que ambos casi quedaron sin aliento, se apartó para preguntarle:

—¿Dónde quieres que vayamos?

—Pensaba que lo tenías todo planeado.

—Confío en mis encantos y confieso que leer todo eso que leí levantó bastante mi autoestima, pero me dije que quizá había tardado demasiado en reaccionar y que, por ello, tú ya no querías volver a confiarme tu corazón.

—Mi corazón es tuyo, siempre lo ha sido.

Se miraron y él volvió a besarla; le mordió los labios, estaba loco por tenerla.

—Mi casa queda a sólo dos minutos de aquí. Me mudé a la vuelta del estudio. Si quieres, podemos ir ahí.

—Te sigo.

Apenas llegaron, él miró la fachada y se dio cuenta de que era una vivienda bastante grande.

—¿Tanto necesitas, viviendo sola?

—Cuando encontré la casa pensaba que tendría compañía, sólo que no me dio tiempo a contártelo.

Luego, cuando pasó todo lo que pasó, no tuve el valor de dar marcha atrás. Ya sabes, una chica siempre puede soñar.

—Basta de hablar, entonces. Déjame cumplir todos tus sueños.

Entraron en la casa y la ropa de ambos, de inmediato, empezó a volar.

Había prisa, por supuesto.

Había ansiedad, eso estaba más que claro.

Había miedos, también eso había.

Había muchas cosas que deberían volver a superar, pero lo más importante para que eso fuera posible era que había amor.

Pasaron despiertos la mayor parte de la noche, y lo hicieron varias veces; como cada vez que los dos se encontraban juntos en una cama, nada parecía ser suficiente, hasta que finalmente el sueño los venció y se quedaron dormidos, abrazados.

Grayson estaba acostumbrado a levantarse temprano, pero, después de tantos días de no pegar ojo y dormir sólo a ratos, el cansancio lo atrapó y, además, el olor de la cama de Emerson era todo lo que necesitaba para no querer despertarse.

Su aroma era embriagador.

Gray dormía boca abajo, su musculoso cuerpo destacaba entre el blanco

de las sábanas, y Em estaba de pie, apoyada en la jamba, admirándolo incrédula. Ese hombre por fin era de ella por completo, y en ese instante tenía la plena seguridad de que nada los podría separar. Decidió dejar de babear por un rato y, a regañadientes, se fue hacia la cocina para preparar un desayuno decente para ambos, aunque, considerando la hora que era, lo haría bien completo, porque casi era tiempo de almorzar. Necesitaba cuidar de su hombre, pues él requería mantenerse muy bien alimentado.

Grayson empezó a remolonear, mientras salía de su plácido sueño. Podía sentir el calor del cuerpo de Emers, así que se dio la vuelta y la rodeó con uno de sus brazos. De inmediato se dio cuenta de que ésa no era ella, así que abrió uno de sus ojos y se encontró con el hocico de un cerdo frente a él.

Saltó de la cama y cayó de culo enredado entre las sábanas; se golpeó la cabeza con la mesilla de noche, pero, a pesar del golpazo que acababa de darse, estuvo bastante seguro de que no era un sueño ni una alucinación. Espió sobre el colchón y, efectivamente, el cerdo todavía estaba allí, así que decidió comenzar a gritar.

Emerson, por supuesto, llegó corriendo para ver qué le pasaba. Él la miró y le dijo:

—Me he despertado abrazado a un cerdo.

—*Cordelia*, ¿qué haces en la cama? —la regañó, y el animal pegó un salto y se acercó más a Gray—.

Lo siento, sabe abrir la puerta y seguro que, cuando me he ido, ha entrado en el dormitorio. No le temas, es inofensiva.

—¿Casi me muerdo del susto y me dices que no le tema? ¿Ésta es la cerdita de raza american mini pig de la que me hablaste? —preguntó Grayson, aún desde el suelo. Parecía aún bastante temeroso de lo que estaba viendo.

—Sí, por fin me pude traer a mis mascotas conmigo.

—Me imaginé que era una cerdita pequeña, no un animal de... ¿Cuánto pesa esta cosa? —preguntó, horrorizado.

—Lo sé... Se suponía que no iba a crecer demasiado, imagina mi sorpresa cuando llegó a lo que es hoy. Pesa trescientos kilos y, sí, me estafaron, no es una cerdita mini pig en realidad, es un cerdo comercial, pero ya forma parte de mi familia y no he podido deshacerme de ella.

—Pero me dijiste que era una mini pig, no una bestia.

—Es que yo sigo tratándola como si lo fuera.

—¿Y se supone que tendré que convivir con esta cosa?

—¿Quieres convivir conmigo?

—Saca esto de aquí, por favor; tengo miedo de que me muerda.

—Te digo que no hace nada.

—No me importa, quítala de mi lado.

Emerson sacó a *Cordelia* fuera de la habitación y cerró la puerta. Luego regresó y se encontró con Grayson, que estaba tumbado en la cama de nuevo. Aún parecía asustado, pero, al menos, estaba más calmado.

Ella hizo un mohín y se acostó junto a él.

—No quería estropear el momento, lo lamento mucho. ¿Tendré que deshacerme de la cerdita?

Él la miró a los ojos y empezó a reírse por toda la situación, y ella también se rio. Cuando lograron dejar de hacerlo, la besó y le dijo:

—No, pero sólo si me prometes que la mantendrás lejos de mí. Cariño, he temido por una de mis partes y... ya sabes... —apoyó su firmeza contra su muslo—, esto sólo te pertenece a ti.

Emerson era su droga, su cura y su todo. Una vez pensó que podría alejarse de ella, pero en ese momento sabía que quería a esa mujer con todo lo que acarrearía consigo.

Con cerda o sin cerda, no había manera de que él desistiera de estar junto a ella.

Después del follón al despertar, sólo pudieron hacer una cosa: el amor, y después desayunar.

Agradecimientos

Quiero agradecer muy especialmente a mi editora, Esther Escoriza, por cada oportunidad que me brinda para que mi obra siga conociéndose y cruzando fronteras. Año tras año, y libro tras libro, y ya van catorce, ella sigue creyendo en mí y en mi trabajo. Desde luego también le agradezco a la editorial, por continuar poniendo su sello para que mis novelas sigan saliendo bajo su respaldo.

A todo el equipo encargado de poner a punto cada historia: correctores de estilo y ortotipográficos, maquetadores, distribuidores y gente de diseño gráfico. Son un equipazo.

Por último, a mis amigas de aventuras, Verónica Comito y Lorena Bianchi, que mantienen el grupo de facebook siempre activo. Gracias al resto de cómplices que me acompaña desde hace tanto, Kari, Cecy y Silvi. Diana, que está todo lo que puede.

Tampoco quiero olvidarme de Paula Castellan. Agradezco haberte conocido, estabas muy cerca y ninguna de las dos sabíamos cuánto. Gracias por leer cada párrafo que te pasé y emocionarte y ansiar que los días pasaran pronto para desvelarte con una nueva novela mía. Eres una guerrera de la vida.

Gracias, por supuesto, a mi querida familia; son mi cable a tierra, siempre, y mi alegría diaria.

Gracias indiscutibles a cada uno de mis lectores, que están día tras día impulsándome a seguir adelante con su entusiasmo.

Nos encontramos muy pronto en una nueva aventura...



Biografía

Fabiana Peralta nació el 5 de julio de 1970, en Buenos Aires, Argentina, donde vive en la actualidad.

Descubrió su pasión por la lectura a los ocho años. Le habían regalado

Mujercitas, de Louisa May Alcott, y no podía parar de leerlo y releerlo. Ése fue su primer libro gordo, pero a partir de ese momento toda la familia empezó a regalarle novelas y desde entonces no ha parado de leer.

Es esposa y madre de dos hijos. Siempre le ha gustado escribir, y en 2004 redactó su primera novela romántica como un pasatiempo, pero nunca la publicó. Muchos de sus escritos continúan inéditos.

En 2014 salió al mercado la bilogía «En tus brazos... y huir de todo mal», formada por *Seducción y Pasión*, bajo el sello Esencia, de Editorial Planeta. Que esta novela viera la luz se debe a que amigas que la habían leído la animaran a hacerlo. Posteriormente ha publicado: *Rompe tu silencio*, *Dime que me quieres*, *Nací para quererte*,

Hueles a peligro, *Jamás imaginé*, *Desde esa noche*, *Todo lo que jamás imaginé*, *Devuélveme el corazón*, *Primera regla: no hay reglas* y *Viggo*, primer volumen de la serie «Santo Grial del Underground».

La autora se declara sumamente romántica.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

www.fabianaperalta.com





Referencias de las canciones

Low life, Copyright: © 2016 KIDinaKORNER/Interscope Records, interpretada por X Ambassadors y Jamie N. Commons. (N. de la e.)

Let's shut up & dance, Copyright: © 2019 7SIX9 Entertainment, interpretada por Jason Derulo, LAY y NCT 127. (N. de la e.)

Dancing with a stranger, Copyright: A Capitol Records UK Release; 2019 Universal Music Operations Limited © 2019 Universal Music Operations Limited, interpretada por Sam Smith y Normandi. (N. de la e.)

B.I.G., Copyright: © 2015 KIDinaKORNER/Interscope Records, interpretada por X Ambassadors. (N. de la e.)

Lose yourself, Copyright: This Compilation 2005 Aftermath Entertainment/Interscope Records ©

2005 Aftermath Entertainment/Interscope Records, interpretada por Eminem. (N. de la e.) *Swalla*, Copyright: © 2017 Warner Bros. Records Inc., interpretada por Jason Derulo, Nicki Ninaj y Ty Dolla \$ign. (N. de la e.)

Sing for the moment, Copyright: © 2002 Aftermath Records, interpretada por Eminem. (N. de la e.)

Notas

1. BC: siglas de la pandilla Black Disciples, que opera en Chicago en la actualidad.

2. El GED (Desarrollo de Educación General, en español) es una certificación que te permite asistir a la universidad tanto en Estados Unidos como en Canadá. Es el equivalente al título de Secundaria que se adquiere en una High School estadounidense.

1. Guilty es un perfume de la marca comercial Gucci. Traducida al español, significa *culpable*.

1. Shake Shack: cadena estadounidense de restaurantes de comida rápida.

Igor

Fabiana Peralta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Fabiana Peralta, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico: julio de 2019

ISBN: 978-84-08-21380-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

NOVELA ROMÁNTICA



¡Encuentra aquí tu próxima lectura!
¡Síguenos en redes sociales!

